





U.S.
PREMIER BOOKS
THE LIBRARY OF CONGRESS



PQ2225
.C9
S6
v. 2

D8863c



1020026271



UNIVERSITY OF TORONTO
TORONTO, CANADA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA MARAVILLA.

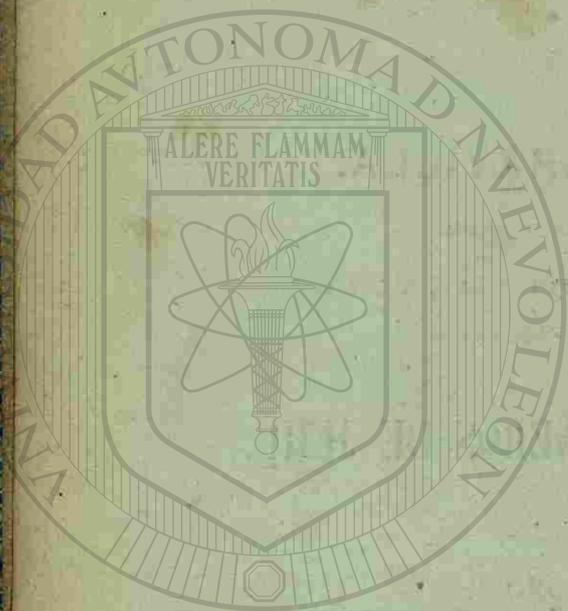
SEGUNDA SÉRIE.

SECCION RECREATIVA.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

TOMO II.

Núm. Clas. N
Núm. Autor D 88630
Núm. Adg. 29941
Procedencia - 8 -
Precio UCAS
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogó _____

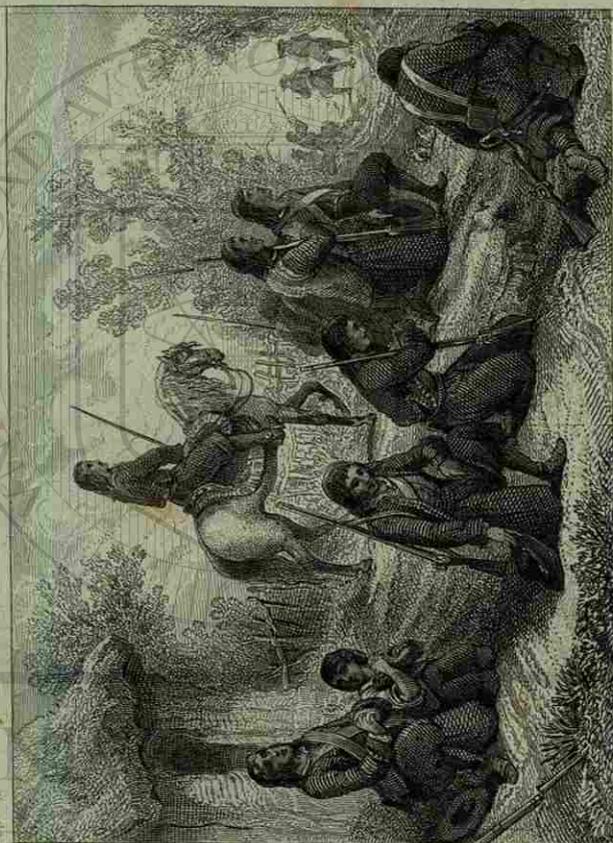


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA PLEBANA

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.
COMPAÑEROS DE JEHÚ,

POR
ALEJANDRO DUMAS,

TRADUCCION

de **D. Juan Subiró.**

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

MADRID.

D. ANTONIO DE SAN MARTIN, C. VICTORIA, 9. | D. ENILIO FONT, C. RELATORES, 42 Y 44.
HABANA: | MONTEVIDEO:
D. J. TURBIANO, C. DE LA OBRAPIA, 445. | LIBRERIA NUEVA, C. DEL 45 DE MAYO.

BARCELONA.

LIBRERIA DEL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.
1860.

098806

823
9

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

PQ2225

.C9
S6
V.2

La traducción de esta obra es propiedad de los Editores, y se perseguirá ante la ley a quien la reimprima.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers 40, piso 1.º—1980.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

CUARTA PARTE.

(Continuacion.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

X.

El embajador.

Hemos visto antes que al entrar Roland había preguntado por el primer cónsul, quien, según le contestaron, estaba despachando con el ministro de policía.

Atendida la familiaridad que tenía Roland con Bonaparte, cualquiera que fuese el funcionario con quien estuviese despachando, entreabría al llegar la puerta del gabinete y asomaba la cabeza. Algunas veces se hallaba tan ocupado el primer cónsul, que no paraba en ello la menor atención, en cuyo caso pronunciaba Roland esta sola palabra;

—General!

823
9

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

PQ2225

.C9
S6
V.2

La traducción de esta obra es propiedad de los Editores, y se perseguirá ante la ley a quien la reimprima.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers 40, piso 1.º—1980.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

CUARTA PARTE.

(Continuacion.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

X.

El embajador.

Hemos visto antes que al entrar Roland había preguntado por el primer cónsul, quien, según le contestaron, estaba despachando con el ministro de policía.

Atendida la familiaridad que tenía Roland con Bonaparte, cualquiera que fuese el funcionario con quien estuviese despachando, entreabrió al llegar la puerta del gabinete y asomaba la cabeza. Algunas veces se hallaba tan ocupado el primer cónsul, que no paraba en ello la menor atención, en cuyo caso pronunciaba Roland esta sola palabra;

—General!

En la íntima confianza que habia constantemente reinado entre los dos condiscípulos , significaba esta palabra :

—General, estoy aquí , necessitais algo ? aguardo vuestras órdenes.

Si al primer cónsul nada se le ofrecia , contestaba :

—Bueno.

Si por el contrario , tenia que ver á Roland , decia :

—Adelante.

En este caso entraba Roland , aguardando le dijese su general el motivo porque le habia mandado entrar. Siguiendo pues esta costumbre , asomó la cabeza Roland diciendo:

—General !—Entra , contestó el primer cónsul con visible satisfaccion , entra , entra.

Hízolo así Roland, encontrando á Bonaparte, como le habian dicho , despachando con el ministro de policfa. El asunto que ocupaba en aquel momento la atencion del primer cónsul , y que parecia excitar vivamente su interés , no dejaba de tenerlo tambien para Roland. Tratábase de nuevas detenciones de diligencias , verificadas últimamente por los compañeros de Jehú.

Habia sobre la mesa tres procesos verbales , instruidos con motivo de la detencion de una diligencia y de dos sillas de posta. En una de ellas viajaba el intendente del ejército de Italia , Triber. La primera de dichas detenciones habia tenido lugar en la carretera de Meximieux á Montluel , en el trozo que atraviesa el término del pueblo de Beligneux ; la se-

gunda en el extremo del lago de Silans, por la parte de Nantua ; y la tercera en la carretera de Saint-Etienne á Bourg, en el sitio llamado las Carronnières.

Resultaba de las actuaciones un hecho singular ocurrido en una de estas detenciones. Confundida , por descuido , con los fondos del gobierno una partida de cuatro mil francos y una caja de joyería de propiedad particular , de todo indistintamente se habian apoderado los que detuvieron el coche.

Créfanlo ya perdido sus dueños, cuando el juez de paz de Nantua recibió una carta anónima señalándole el sitio donde encontraria enterrados dichos efectos, y suplicándole se sirviese restituirlos á los viajeros á quienes pertenecian , añadiéndole que los compañeros de Jehú hacian la guerra al gobierno y no á los particulares.

Además, como al dar la voz de alto en las Carronnières no se habia detenido el coche con la prontitud que ellos deseaban, viéronse obligados los compañeros de Jehú á disparar contra el tiro, y habiendo de sus resultas caido muerto un caballo, remitieron al maestro de postas quinientos francos en indemnizacion de los perjuicios que podia irrogarle la pérdida de su caballería. Esta cantidad era cabalmente la que habia costado ocho dias antes el caballo muerto, lo cual indicaba que los tales compañeros eran personas inteligentes en esta clase de negocios.

Obraban, como era regular, en los procesos verbales las declaraciones de todos los viajeros.

Talareaba Bonaparte aquella cancion desconocida, de que hemos hablado antes de ahora; indicio seguro de que estaba furioso. Como no dudaba de que por boca de Roland tendria mas amplias explicaciones, le habia repetido tres distintas veces la orden de entrar.

—Está visto, le dijo, tu departamento me ha declarado la guerra: toma, lee.

Echó Roland una ojeada á los papeles, y comprendiendo de lo que se trataba:

—Cabalmente, contestó, venia yo tambien para hablaros de esto, general.—Habla pues; pero antes dí á Bourrienne que te dé mi atlas departamental.

Pidió Roland el atlas, y anticipándose á los deseos de Bonaparte, abriólo en el departamento del Ain.

—Esto es, dijo Bonaparte, enseñame ahora dónde han sido detenidas estas diligencias.

—Ved, general, le dijo, ahí teneis el punto donde fué detenida la primera, ahí, frente el pueblo de Beligneux.—Y la segunda?—Aquí, dijo Roland, señalando con el dedo al otro lado del departamento, hácia Ginebra; este es el lago de Nantua, y ahí teneis el de Silans.—Veamos la tercera?

Recorriendo Roland con la punta del dedo el centro:

—Aquí está, general; las Carronnieres no se ven en el mapa, sin duda por su poca importancia.—Qué significa esto de las Carronnieres? preguntó el primer cónsul.—Dáse este nombre en nuestro país á algunos hornos de cocer ladrillos,

pertenecientes al ciudadano Terrier; este es el sitio que les corresponderia en el mapa.

Y haciendo una pequeña señal con un lápiz, dejó marcado Roland el punto donde habia sido detenida la otra diligencia.

—Segun veo, dijo Bonaparte, ocurrió el hecho á media legua apenas de Bourg?—Efectivamente, general, y por esta razon fué conducido á Bourg el caballo herido, muriendo en las caballerizas de la Bella alianza.—Lo oís, caballero? dijo Bonaparte volviéndose al prefecto de policia.—Sí, ciudadano primer cónsul, contestó aquel.—Os he dicho ya que quiero que acaben tales escándalos.—Haré por mi parte todo lo posible.—No basta hacer todo lo posible; es preciso conseguirlo.

El prefecto se inclinó en ademán de asentimiento.

—Solo así, prosiguió Bonaparte, podré convenir en que sois realmente un hombre tan hábil como pretendéis ser.—Me ofrezco á ayudaros, ciudadano, dijo Roland.—No me hubiera atrevido á solicitar vuestro auxilio, contestó el prefecto.—Ya, pero yo os lo ofrezco; antes de obrar, convendrá que nos pongamos de acuerdo.

Dirigió el prefecto una mirada á Bonaparte.

—Sí, sí, dijo el primer cónsul, aceptad lo que se os propone. Dentro de un momento estará Roland á veros en la prefectura.

Saludó el prefecto y salió.

—Casi, prosiguió el primer cónsul, está interesado tu honor en exterminar á esa canalla, Roland; sin embargo de que parece elegido tu departamento como teatro de tales fechorías, manifiestan sus autores una particular deferencia hácia tí y tu familia.—Precisamente esta inexplicable consideracion es lo que me tiene desesperado.—Examinémoslo imparcialmente, y desde un principio, Roland; tal vez podamos dar con la clave de este misterioso enigma, pues no parece sino que vamos á empezar de nuevo la guerra contra los beduinos.—Ved lo que hasta ahora ha pasado, general; á la noticia de que aparecian duendes en la Cartuja de Seillon, me decido á pasar en ella una noche. Preséntaseme en efecto un fantasma, pero completamente inofensivo; le disparo dos pistolas sin que haya la menor resistencia. Viaja mi madre en una de las diligencias detenidas; le dá un desmayo: uno de los bandoleros le prodiga toda suerte de cuidados y atenciones, empleando medios impropios de gente de semejante ralea. Mi hermano Eduardo se defiende con temerario arrojo: le toman en brazos, acariciándole y ensalzando su denuedo; poco faltó para que le diesen algun dulce para premiar su bravo comportamiento. Todo lo contrario acontece á sir Jhon; pues, cogido en el mismo sitio donde estuve yo en la noche anterior, le consideran como un espía y tratan de darle muerte.—Sin embargo, no ha muerto?—Está tan distante de eso, que pretende casarse con mi hermana.—Ah! ah! ha hecho ya su demanda?—Oficialmente.—Y qué has contestado?—Que

mi hermana dependia de dos personas.—De tu madre y de tí, es muy cierto.—No; de mamá y de vos.—De tu mamá, ya lo veo; pero de mí?—No me dijisteis, general, qué queriais casarla?

Paseó un instante Bonaparte con los brazos cruzados, pareciendo reflexionar; deteniéndose luego delante de Roland:

—Quién es ese inglés?—Vos le habeis visto, general.—No hablo de su físico, en esta parte todos los ingleses se parecen; ojos azules, pelo rubio, color blanco y prolongada la quijada inferior.—Al *thé* debe esto atribuirse, general, dijo gravemente Roland.—Cómo al *thé*?—Sí, no habeis estudiado el inglés?—Es decir, me propuse estudiarlo.—Pues á las primeras lecciones, os diria vuestro profesor que el *thé* se pronuncia apretando la lengua contra los dientes; de manera que, á fuerza de repetir dicho monosílabo, y por consiguien- te de apretar la lengua contra los dientes, acaban los ingleses todos por tener prolongada la quijada, hasta constituir, como habeis dicho antes, uno de los caracteres distintivos de su fisonomía.

Miró Bonaparte á Roland para saber si hablaba en broma ó seriamente. Mantúvose, no obstante, el jóven impassible.

—Es esta tu opinion? preguntó Bonaparte.—Sí, general, y me parece que, bajo el punto de vista fisiológico, vale tanto como otra cualquiera; tengo un sin número de opiniones por el estilo, que voy manifestando á medida que se presenta la ocasion.—Volvamos á tu inglés.—Volvamos á él, ge-

neral.—Te preguntaba quién era.—Todo lo que sabré decir, general, será que es un excelente gentleman, muy valiente, muy sereno, muy impasible, muy noble, muy rico, y además, si bien no será para vos una gran recomendación, sobrino de lord Greenville, primer ministro de S. M. Británica.—Dices qué?...—Que es sobrino del primer ministro de S. M. Británica.

Volvió á pasearse Bonaparte, y deteniéndose de repente delante de Roland:

—Puedo yo ver á tu inglés?—Bien sabeis general, que vos lo podeis todo.—Dónde está?—En París.—Vé á buscarle.

Tenia Roland la costumbre de obedecer instantáneamente; tomó pues el sombrero y se dirigió á la puerta.

—Dí á Bourrienne que entre, añadió el primer cónsul al salir Roland del cuarto.

Cinco segundos despues de haber salido Roland, entró Bourrienne.

—Sentaos allá, Bourrienne, dijo el primer cónsul, y escribid.

Tomó Bourrienne asiento, preparó el papel, cortó la pluma y aguardó.

—Etais? preguntó Bonaparte sentándose tambien frente de Bourrienne, segun tenia costumbre de hacer, con grave disgusto del secretario. Mientras iba dictando, no cesaba Bonaparte de acompañar las palabras con violentos movimientos, de suerte que parecia la mesa una frágil barquilla agitada

por las enrepadas olas del Océano.—Ya estoy, contestó Bourrienne, que, de buen ó mal grado, habia tenido que acostumbrarse á todas las excentricidades del primer cónsul.—Escribid pues.

Y al mismo tiempo se puso á dictar:

« Bonaparte, primer cónsul de la república, á S. M. el rey de la Gran Bretaña é Irlanda.

« Llamado por el voto de la nacion francesa á ocupar el mas elevado puesto de la república, creo conveniente comunicarlo directamente á V. M.

« ¿Habrá de ser eterna la guerra que hace ocho años agita las cuatro partes del mundo? No encontraremos medio de entendernos?

« ¿Cómo es posible que las dos naciones mas ilustradas de la Europa, fuertes y poderosas ambas mas de lo que exigen su seguridad é independencia, sacrifiquen por mas tiempo á ideas de vana grandeza, ó á infundadas antipatías, el bien del comercio, la prosperidad interior, el reposo de las familias? Cómo dejan de comprender que la paz es la primera de las necesidades, no menos que la primera de las glorias?

« De seguro estos sentimientos hallarán cabida en el corazón de V. M., que gobierna una nacion libre, con el solo objeto de hacerla feliz.

« Espero que V. M. no verá en este paso mas que mi sincero deseo de contribuir eficazmente, por segunda vez, á la pacificación general, por medio de una resolución pronta,

llena de confianza, y despojada de las formas que, si pueden ser necesarias para la independencia de los Estados débiles, solo revelan en los Estados fuertes el mútuo deseo de engañarse.

« La Francia y la Inglaterra, abusando de sus recursos, pueden aun por largo tiempo retardar este feliz momento; pero, fuerza es decirlo, la suerte de todas las naciones civilizadas depende de la conclusion de una guerra que abrumba al mundo entero. »

Detúvose Bonaparte :

— Me parece que es esto, dijo : á ver, leedlo, Bourrienne.

Leyó Bourrienne la carta que acababa de escribir. Al fin de cada apartado, aprobaba el primer cónsul con la cabeza, diciendo :

— Esto es.

Tomando luego la carta de manos de Bourrienne, la firmó con una pluma nueva. Acostumbraba no ser virse mas que una vez de una misma pluma; nada le era mas desagradable que una mancha de tinta en los dedos.

— Corriente, dijo, cerradla y poned el sobre : *A lord Greenville.*

Hizo Bourrienne lo que se le mandaba. Oyóse en aquel momento el ruido de un coche que entraba en el patio del Luxemburgo. Poco despues abrióse la puerta y se presentó Roland.

— Has dado con él? preguntó Bonaparte.— Cuando os digo que nada hay para vos imposible, general.— Encontraste á tu inglés?— Al extremo de la calle de Bussy, y sabiendo que no os gusta aguardar, le he obligado á subir, tal como se hallaba en el coche; tentado estuve de hacerle venir por la posta de la calle de Mazarine, pues vá con botas y redingote.— Que entre, dijo Bonaparte.— Entrad, milord, dijo Roland volviéndose.

Presentóse lord Tanlay en la puerta. De una sola ojeada reconoció Bonaparte en él al perfecto gentleman. Flaco y pálido como estaba á la sazón, presentaba mas y mas lord Tanlay todos los caracteres de una alta distincion. Saludó respetuosamente, aguardando, á fuer de verdadero inglés, ser presentado.

— General, dijo Roland, tengo el honor de presentaros á sir John Tanlay, quien se hallaba en otro tiempo dispuesto á ir, para tener el gusto de veros, hasta la tercera catarata, y que se ha hecho hoy tirar de la oreja para llegarse hasta el Luxemburgo.— Entrad, milord, acercaos, dijo Bonaparte; no es esta la vez primera que nos vemos y que manifiesto el deseo de conoceros; hay por lo tanto algo de ingratitud en vuestra repugnancia á visitarme.— Si he vacilado, general, contestó sir John en excelente francés, como acostumbraba, ha sido tan solo porque me ha sorprendido el honor que me dispensais.— Y además, es natural que, por sentimiento nacional, me aborrezcais vos tambien, como todos vuestros

compatriotas.—No os negaré, general, contestó sir John sonriendo, que la admiración es hasta ahora el único sentimiento que les habeis inspirado.—Sin embargo, vos teneis demasiado buen juicio para no comprender cuán absurdo es creer que el honor nacional exige aborrecer hoy á un enemigo, que puede ser nuestro amigo mañana.—La Francia es casi mi segunda patria, general, y mi amigo Roland podrá enteraros de que estoy ansiando el momento en que sea de estas dos patrias la Francia á la que mas deba.—De modo que veriais sin repugnancia que la Francia y la Inglaterra se dan la mano para restablecer la tranquilidad del mundo?—El dia en que tal vea, será el mas feliz de mi vida.—Y si por vuestra parte pudieseis contribuir á este resultado, tendriais inconveniente en hacerlo?—Expondria para ello mil veces la vida.—Me ha dicho Roland que sois pariente de lord Greenville?—Su sobrino.—Seguís con él en buenas relaciones?—Amaba entrañablemente á mi madre, que era su hermana mayor.—Y habeis heredado el cariño que profesaba á vuestra madre?—Sí; únicamente creo que me lo disimula hasta el dia que regrese á Inglaterra.—Quereis encargarnos de llevar una carta mia?—A quién vá dirigida?—Al rey Jorge III.—Será para mí señalado honor.—Y trasmitireis además de viva voz á vuestro tío lo que no es posible expresar en una carta?—Sin cambiar una sola coma; las palabras del general Bonaparte pertenecen á la historia.—Pues bien, decidle....

Detúvose de repente, y volviéndose á Bourrienne:

—Bourrienne, dijo, búscame la última carta del emperador de Rusia.

Abrió Bourrienne una cartera, y, sin tener que buscar, tomó una carta y la dió á Bonaparte. Recorrióla este con la vista, y presentándola á lord Tanlay:

—Decidle, repitió, ante todo que vos habeis leído esta carta.

Inclinóse sir John y leyó:

« Ciudadano primer cónsul:

« He recibido, armados y equipados de nuevo, cada uno con el uniforme de su cuerpo, los nueve mil rusos hechos prisioneros en Holanda, que me habeis remitido sin rescate, sin canje, sin condicion alguna.

« Este es un acto de pura caballerosidad, y yo tengo tambien mis pretensiones de caballero.

« Creo que lo mejor que puedo ofrecerós, ciudadano primer cónsul, en cambio de este magnífico regalo, es mi amistad.

« Quereis aceptarla?

« En prenda de esta amistad entrego sus pasaportes á lord Whitworth, embajador de Inglaterra en San Petersburgo.

« Además, si quereis ser, no diré mi segundo, sino mi testigo, voy á provocar un duelo personal y particular contra todos los reyes que no se decidan á tomar parte contra la Inglaterra y no le cierran sus puertos.

«Empiezo por mi vecino el rey de Dinamarca, á quien he dirigido el cartel que podreis leer en la *Gaceta de la Corte*.

«He de deciros mas?

«No.

«En nuestra mano está imponer los dos la ley al mundo.

«Soy vuestro admirador y sincero amigo

«PABLO.»

Volvióse lord Tanlay al primer cónsul. Leíase en su semblante que, á pesar de la alianza de la Rusia, su orgullo nacional no le permitía titubear acerca del éxito de una lucha entre la Francia y la Inglaterra.

—No obstante, dijo Bonaparte, no es esta la cuestion del momento; á cada cosa le llegará su turno.—En efecto, murmuró sir John, estamos aun demasiado próximos á Aboukir.—Oh! no es en el mar donde me propongo batiros, repuso Bonaparte, necesaria cincuenta años para hacer de la Francia una nacion marítima; es allá bajo! y señaló con la mano el Oriente. Pero, por de pronto, repito, no se trata de la guerra, sino de la paz: para realizar mis sueños, me es indispensable la paz, sobre todo con la Inglaterra; ya veis que juego á cartas vistas, soy bastante fuerte para poder ser franco. El dia que un diplomático diga la verdad, será el primer diplomático del mundo, pues como nadie querrá creerle, conseguirá fácilmente su objeto.—Diré pues á mi tío que deseais la paz?—Ahí teneis la carta en que la pido á vuestro rey, mi-

lord; á conseguirla se dirige todo su contenido, y para tener una seguridad de que llegará á manos de S. M., suplicó al sobrino de lord Greenville se digne ser el portador.—Todo se hará segun vuestros deseos, ciudadano, y si en lugar de ser el sobrino fuese el tío, algo mas me atreveria á prometer.—Cuándo podreis poneros en camino?—Dentro de una hora habré salido.—Nada teneis que hacerme presente antes de despedirnos?—Nada: además de que dejo para todo plenos poderes á mi amigo Roland.—Dadme la mano, milord; esto será un buen augurio, ya que vos representais la Inglaterra y yo la Francia.

Aceptó sir John el honor que le dispensaba el primer cónsul, pero con cierto miramiento, que indicaba á la vez su simpatía por la Francia y sus reservas por el honor nacional. Estrechando luego la mano de Roland con una efusion verdaderamente fraternal, saludó por última vez al primer cónsul y salió. Siguióle Bonaparte con la vista, y despues de reflexionar un instante:

—Roland, dijo, no solo consiento en el casamiento de tu hermana con lord Tanlay, sino que hasta lo deseo; oyes? lo deseo.

Pronunció con un tono tal estas dos palabras, que para quien conociese al primer cónsul significaban claramente, no *lo deseo*; sino *lo quiero*.

La tiranía era grata para Roland, así que la aceptó con verdadero agradecimiento.

...y obispos...
 ...de los señores de la casa de...
 ...Toda...
 ...XI...

Las dos señales.

Veamos lo que pasaba en el castillo de Fuentes-Negras, tres días después de haber tenido lugar en París los hechos que acabamos de referir.

Salidos sucesivamente para aquella capital, primero Roland, madama de Montrevel y su hijo después, y finalmente sir John; Roland para comunicar á su general el resultado de la misión que le habia confiado, madama de Montrevel para acompañar al colegio á Eduardo, y sir John para proponer á Roland su proyecto de boda; habia quedado Amelia, sin otra compañía que la de Carlota, en el castillo de Fuentes-Negras. Decimos sin otra compañía, porque Miguel y su hijo Jaime no habitaban precisamente el castillo, sino un reducido aposento inmediato á la verja, reuniendo así Miguel las funciones de portero á las de jardinero.

Por esta razón, durante la noche, prescindiendo del cuarto de Amelia, situado, como hemos dicho, en el primer piso sobre el jardín, y el de Carlota, que lo tenia en el tercero, todas las demás ventanas, en número, según antes hemos visto, de doce, permanecían en la mas completa oscuridad. Atendida la soledad en que quedaban las dos jóvenes dentro

de un edificio de tres pisos con tantas habitaciones, sobre todo, cuando, según el rumor público, se consumaban tantos robos en las carreteras, habia ofrecido Miguel á la señorita dormir en el cuerpo principal del edificio, á fin de poder socorrerla en caso necesario; mas ella contestó con la mayor firmeza que no tenia miedo, y que en nada queria alterar las ordinarias disposiciones del castillo.

No dejó en un principio de inquietar á Amelia la noticia de que acostumbraba Miguel salir del castillo durante la noche; si bien tranquilizóse muy luego, sabiendo que tales excursiones tenían por único objeto disponer en el bosque de Seillon los lazos y trampas de que solian servirse para cazar el jardinero y su hijo; convicción que aumentó mas y mas la frecuente presencia en su mesa de las liebres con que la obscu-riaban los furtivos cazadores.

Dejó por la tanto Amelia de inquietarse por tales excursiones, mayormente constándola se dirigian por el lado opuesto al que se habia antes ella figurado.

Tres días después de los sucesos que hemos referido, ó para hablar con mas exactitud, durante la noche del tercero, los que estaban acostumbrados á ver dos solas ventanas iluminadas en el castillo de Fuentes-Negras, esto es, la de Amelia en el primer piso, y la de Carlota en el tercero, se habrian sorprendido al observar que, desde las once hasta media noche, habia luz en cuatro de los aposentos del primer piso.

Bien es verdad que en cada uno de ellos brillaba una sola

luz. Habrían además podido distinguir la figura de una jóven que, por entre las cortinas, tenia fija la vista hácia la direccion del pueblo de Ceyzeriat. Esta jóven era Amelia, extremadamente pálida, pareciendo aguardar con la mayor ansiedad alguna señal.

Al cabo de un rato, enjugóse la frente, respirando con libertad y satisfaccion. Acababa de descubrir una llama, allá en lontananza, en el mismo sitio donde tenia clavada su mirada. Pasando entonces de uno á otro aposento, fué apagando las luces, dejando únicamente encendida la de su cuarto. Como si la llama hubiese estado aguardando aquella oscuridad, extinguióse tambien á su vez.

Sentóse Amelia junto á la ventana, permaneciendo inmóvil, sin separar la vista del jardin. Era muy oscura la noche pues no se veia en el firmamento luna ni estrellas, y sin embargo, pasado un cuarto de hora distinguió, ó mejor, presintió una sombra que, atravesando la llanura, se acercaba al castillo.

Retiró la luz al rincon mas apartado del cuarto y volvió á abrir la ventana. El que estaba aguardando habia subido ya al balcon.

Del mismo modo que la primera noche en que le hemos visto trepar por la pared del castillo, rodeó con su brazo la cintura de la jóven, entrándola en el cuarto. Esta vez empero opuso ella una ligera resistencia, buscando con la mano la cuerda de la persiana, y separándola del clavo que la suje-

taba, cayó con mas ruido quizás del que aconsejaba la prudencia. Despues de la persiana cerró el balcon, y tomando la luz del rincon en que la habia escondido, la acercó iluminando su semblante. Lanzó el jóven un grito de terror: el rostro de Amelia estaba inundado de lágrimas.

—Qué ha sucedido? preguntó con sobresalto.—Una gran desgracia, contestó ella.—Oh! me lo he presumido al ver la señal con que me llamabas hoy, sin embargo de habernos visto ayer; pero esta desgracia es irreparable?—Poco menos, contestó Amelia.—Supongo que me amenazará á mí solo?—No, á los dos amenaza.

Pasóse el jóven la mano por la frente para enjugarse el sudor.

—Vamos, dijo, estoy preparado á todo.—Si tú podrias todo oirlo, no puedo yo decirlo todo.

Tomando entonces una carta que se veia encima de la chimenea:

—Toma, le dijo, esta es la carta que he recibido por el correo de esta tarde.

Abrióla el jóven, buscando con ansiedad la firma.

—Es de madama de Montrevel? preguntó.—Sí, con una posdata de Roland.

Leyó el jóven:

« Querida hija:

« Deseo que la noticia que voy á comunicarte te cause la misma alegría que á mí y á nuestro estimado Roland. Sir

John, á quien considerabas sin corazón, sosteniendo que era una máquina salida de los talleres de Vaucanson, reconoce que no ibas efectivamente descaminada hasta el día en que te vió; pero que desde entonces ha podido observar que tiene corazón y que este te adora.

«Lo habrías notado ya, querida Amelia, á pesar de sus maneras aristocráticamente distinguidas y de que ninguna inclinación había sospechado el ojo vigilante de tu mamá? Almorzando esta mañana con Roland, le ha pedido oficialmente tu mano. Roland ha acogido con alegría su proposición, si bien nada le ha prometido aun. Antes de que saliera para la Vendée, el primer cónsul le había ya ofrecido encargarse de tu matrimonio, y por lo mismo ha deseado ver á lord Tanlay, quien, con todas sus reservas nacionales, ha sabido granjearse el aprecio y confianza del primer cónsul, hasta el punto de que le ha encargado, á la primera entrevista, una misión para su tío lord Greenville. Lord Tanlay ha salido al momento para Inglaterra.

«No sé cuántos días estará ausente, pero de seguro á su regreso pedirá permiso para serte presentado como tu futuro. Lord Tanlay es aun jóven, de agradable figura, inmensamente rico, emparentado con los primeros personajes de Inglaterra, y amigo de Roland. No puede por consiguiente reunir mas títulos, no diré á tu amor, querida Amelia; pero sí á tu profunda estimación.

«En cuanto á lo demás, añadiré dos solas palabras: el

primer cónsul manifiesta su bondad de siempre para mí y tus hermanos, y madama Bonaparte me ha significado que solo aguarda tu matrimonio para tenerte á su lado.

«Será preciso dejar el Luxemburgo, para ir á vivir en las Tullerías. Comprendes toda la significación de este cambio de domicilio?

«Tu madre que te ama,

«CLOTILDE DE MONTREVEL.»

Sin detenerse, pasó el jóven á la posdata de Roland.

Estaba concebida en estos términos:

«Ya ves, cara hermanita, lo que te escribe nuestra buena mamá. Este matrimonio es conveniente bajo todos conceptos.

No nos vengas por tanto haciéndote ahora la melindrosa; el primer cónsul *desea* que tú seas Lady Tanlay, lo cual equivale á decir que lo *quiere*.

«Salgo de París por algunos días; si no me ves, oírás hablar de mí. Recibe el abrazo que te envía

«ROLAND.»

—Y bien! Carlos, preguntó Amelia al concluir el jóven la lectura, qué te parece?—Es cosa que un día ú otro debíamos esperar, mi pobre ángel, pero que sin embargo no deja de ser muy seria.—Qué haremos?—Tres son las cosas que podemos hacer.—Cuáles?—La primera resistir, si es que te sientes con fuerzas para ello; sería lo mas breve y seguro.

Dejó caer Amelia la cabeza sobre su pecho.

—No te atreverías, no es verdad?—No.—Con todo, eres

mi esposa, Amelia. Un sacerdote bendijo nuestra union.—Dirian no obstante que este matrimonio es nulo ante la ley, por no haberse llenado los demás requisitos indispensables.—Pero á tí, dijo Morgan, esposa de un proscrito, no basta esta formalidad?

Al proferir estas palabras temblaba su voz. Arrojóse Amelia en sus brazos.

—Pero mi madre! dijo. Falta la intervencion y el consentimiento de mi madre.—Porque no quisimos hacerla partícipe de los riesgos que arrostramos los dos solos.—Y ese hombre? No has visto que dice mi hermano que él *lo quiere*?—Oh! si tú me amas, Amelia, verá ese hombre, que si está en su mano cambiar la faz de un Estado, llevar la guerra de un extremo al otro del mundo, fundar una legislacion, destruir un trono; no podrá jamás hacer que la boca diga *sí*, cuando dice el corazon *no*.—Si te amo! contestó Amelia en tono de tierna reconvencion. Es media noche, estás en mi cuarto, lloro en tus brazos, yo, la hija del general de Montrevel, la hermana de Roland, y preguntas aun si te amo!—Tienes razon, mi adorada Amelia; sí, no ignoro que has sido educada en el culto de ese hombre; no aciertas á comprender la posibilidad de resistirles, pues cualquiera que lo haga será á tus ojos un rebelde.—Carlos, dices que son posibles tres cosas; cuál es la segunda?—Aparentar que aceptas la union que se te propone, procurando ganar tiempo con dilaciones y pretextos. El hombre no es inmortal.—No, pero

es demasiado jóven para contar con su muerte. La tercera, amigo mio?—Huir; pero eso en caso extremo, Amelia, pues hay dos inconvenientes: tú repugnancia....—Tuya soy en cuerpo y alma, Carlos; mi repugnancia ha desaparecido.—Y luego, añadió el jóven, mis compromisos.—Tus compromisos?—Mis compañeros están comprometidos conmigo, Amelia, así como yo lo estoy con ellos. Hay tambien para nosotros un hombre cuya causa hemos abrazado, y á quien hemos jurado obediencia. Ese hombre es el futuro rey de Francia. Si apruebas la fidelidad de tu hermano á Bonaparte, no podrás reprobar la nuestra á Luis XVIII.

Dejó caer Amelia su cabeza entre las manos, exhalando un suspiro.

—Siendo así, dijo, estamos perdidos.—Por qué? con excusas y pretextos, alegando sobre todo el delicado estado de tu salud, puedes ganar un año; antes de este tiempo tendrá probablemente que emprender de nuevo la guerra de Italia; con una sola derrota pierde todo su prestigio; en un año Dios sabe lo que puede suceder.—No has leído pues la posdata de Roland, Carlos?—Sí, mas no veo en ella cosa particular.—Vuelve á leer las últimas palabras.

Y Amelia presentó otra vez abierta la carta al jóven. Este leyó:

« Salgo de París por algunos dias; sino me ves, oírás hablar de mí. »

—Y bien, qué?—Sabes lo que esto significa?—No.—

Que Roland ha salido para perseguirte.—No me importa, puesto que no puede morir á nuestras manos.—Pero tú, desgraciado, puedes morir á las suyas!—Te parece podré quererle mucho si me mata, Amelia?—Oh! no se había aun presentado semejante idea á mi imaginacion, dominada siempre por los mas sombríos presentimientos.—Crees pues que tu hermano nos persigue?—Estoy segura de ello.—Y cómo has adquirido esa seguridad?—Sobre sir John moribundo, á quien consideraba ya muerto, juró vengarle.—Si en lugar de moribundo, hubiese sido muerto, repuso el jóven con amargura, no nos encontraríamos en tan terribles apuros, Amelia.—Dios le salvó, Carlos; no convenia por consiguiente su muerte.—Ni para nosotros?—No quiero penetrar los designios de la Providencia. Lo que te encargo sí, querido Carlos, es que te guardes de Roland; Roland no está léjos.

Sonrióse Carlos con aire de duda.

—Sabe pues que no está léjos, y aun que está aquí; no falta quien le ha visto.—Visto? dónde? quién?—Quién le ha visto?—Sí.—Carlota, mi doncella, la hija del alcaide; ayer domingo pidióme permiso para ir á ver á sus padres, y como yo te estaba aguardando, díselo sin dificultad hasta esta mañana.—Y bien?—Ha pasado por lo tanto la noche en la cárcel. A las once presentóse el capitán de los gendarmes conduciendo presos. Mientras se les estaba registrando, llegó un hombre envuelto en una gran capa, preguntando por el capitán. Parecióle á Carlota conocer la voz del recién

llegado, y examinándolo con atencion, al apartar por un momento el embozo que le cubria el rostro, conoció á mi hermano.

Hizo el jóven un movimiento de sorpresa.

—Ya ves, pues, Carlos, mi hermano que llega á Bourg, de incógnito, sin avisarme su venida, que se presenta en la cárcel, habla con el capitán de los gendarmes, y vuelve á desaparecer en seguida: no es esto una terrible amenaza para mi amor?

A medida que iba hablando Amelia, nublábase de una manera sombría la frente de su amante.

—Amelia, dijo, al contraer los compromisos que nos unen á nuestro legítimo monarca, conocimos muy bien todos y cada uno de nosotros lo que aventurábamos.—Pero á lo menos, preguntó Amelia, habeis cambiado de sitio abandonando la Cartuja de Seillon?—A estas horas solo se encuentran en ella nuestros hermanos muertos.—Pero es un refugio muy seguro la cueva de Ceyzeriat?—Tanto como puede serlo un lugar subterráneo, con dos salidas.—En igual caso se hallaba la Cartuja de Seillon, y no obstante, acabas de decirme que han quedado en ella muertos algunos de los vuestros.—Mas seguros están que los que hemos quedado con vida; saben á lo menos que no morirán en un cadalso.

Sintió Amelia recorrer todo su cuerpo un frio estremecimiento.

—Carlos, murmuró.—Hasta hoy, prosiguió el jóven,

has visto que en todas nuestras entrevistas he procurado desvanecer tus temores y presentimientos con mi sonrisa y tranquilidad; actualmente empero han cambiado las cosas de aspecto, Amelia; vá á empezar la lucha. Sea cual fuere, no tardará en verse el desenlace; no te pediré yo, mi pobre Amelia, lo que los amantes amenazados de un gran peligro acostumbran á exigir al objeto de su amor; no te pediré fidelidad á un muerto, amor á un cadáver.—Amigo mio, contestó la jóven apoyando la mano en su brazo, no parece sino que desconfías de mí.—No; es, al contrario, la mayor prueba de confianza dejarte libre para cumplir el sacrificio en toda su extension; pero no quiero que ningun juramento te obligue, que ninguna promesa te sujete.—Bueno; murmuró Amelia.—Lo único que te pido, prosiguió el jóven, lo que vas á jurarme por nuestro amor, para tí, ay! tan desgraciado, es que si me prenden..... aun cuando creo no será con vida, mas quién sabe? podrian tenderme un lazo..... Es que si me prenden, si me ves en una cárcel, sin armas y condenado á muerte; lo único que te pido, lo que exigo de tí, Amelia, es que por todos los medios posibles me proporciones armas, no solo para mí, sí que tambien para todos mis compañeros, á fin de que seamos siempre dueños de nuestra vida.—Pero en tal caso, Carlos mio, no me permitirias apelar al cariño de mi hermano, á la generosidad del primer cónsul?

No pudo concluir la jóven, pues cogiéndola violentamente la mano su amante:

—Amelia, dijo, no es un juramento, son dos los que exijo de tí. Vas á jurarme en este instante que en ningun caso te atreverás á pedir gracia por mí. Júralo, Amelia, júralo.—Habré de jurarlo, amigo mio? contestó la jóven prorumpiendo en sollozos; te lo prometo.—Por el instante en que dije que te amaba, por el que me contestaste que era amado.... Por tu vida, por la mia, por el pasado, por el porvenir, por nuestras caricias, por nuestras lágrimas! Porque de todos modos moriria, aunque fuese rompiéndome la cabeza contra la pared; pero moriria deshonorado.—Te lo prometo, Carlos.—Falta mi segunda súplica, Amelia; si somos presos y condenados, armas ó veneno, un medio en fin cualquiera para morir que reciba de tu mano, hará muy grata mi muerte.—Cerca ó léjos, libre ó preso, vivo ó muerto, soy siempre tu esclava; manda y serás obedecido.—Nada de gracia, y un medio cualquiera para disponer de mi vida: helo aquí todo, Amelia; ya ves que es muy sencillo.—Sencillo, pero terrible.—Así lo harás, no es verdad?—Lo quieres tú?—Te lo suplico.—Súplica ó mandato, cumplirás, Carlos mio, tu voluntad.

Sostenia el jóven con el brazo izquierdo á su amada próxima á desmayarse, y al momento que iba á imprimir un ardiente beso en sus labios, oyóse el canto de la lechuza tan cerca de la ventana, que Amelia se estremeció, levantando Carlos la cabeza. Volvióse á oír por segunda y luego por tercera vez.—Ah! murmuró Amelia, oyes el canto del ave

nocturna que presagia siempre alguna desgracia? Es un mal augurio, amigo mio.

Pero Carlos meneó la cabeza en señal de incredulidad.

—No es el canto de la lechuza, Amelia, contestó; es el aviso que me da uno de mis compañeros; apaga la luz.

Hízolo así Amelia, mientras su amante abria la ventana.

—Hasta aquí vienen á buscarte! murmuró.—Oh! es nuestro amigo, nuestro confidente, el conde de Jahia; el único que sabia donde yo estaba.

Y luego en voz baja, desde el balcon:

—Eres tú, Montbar? preguntó.—Sí; eres tú, Morgan?
—Sí.

Salió entonces un hombre de entre los árboles adelantando hasta la pared misma del castillo.

—Noticias de París, dijo, no hay un momento que perder; vá en ello la vida de todos.

—Oyes, Amelia?

Y tomando á la jóven entre sus brazos, la estrechó convulsivamente contra su corazon.

—Corre, dijo ella con voz desfallecida, no pierdas tiempo, vá en ello la vida de todos.—Adios, querida Amelia, adios!—Oh! no digas adios!—No, hasta la vista.—Morgan! Morgan, repitió la voz del que estaba aguardando al pié de la ventana.

Acercó por última vez el jóven los labios á los de Ame-

lia, y volviendo á la ventana, púsose de un salto al lado de su amigo.

Arrimóse sollozando Amelia al balcon, viendo únicamente dos sombras que se perdian en la oscuridad, mucho mas densa por el espeso follaje de los árboles que habia en el jardin.

QUINTA PARTE.

I.

La cueva de Ceyzeriat.

Adelantaron los dos jóvenes por entre los árboles, guiando Morgan á su compañero, menos familiarizado que él con las revueltas del jardín, conduciéndole directamente al sitio por donde acostumbraba saltar la pared.

Fácil por demás fué para ambos esta operacion. Poco despues llegaban á orillas del Reissouse, donde encontraron una barquilla amarrada al tronco de un sauce. Entraron en ella los dos jóvenes, y cogiendo un remo cada uno, pasaron en un instante á la ribera opuesta. Corre paralelo con la orilla del rio un camino que conduce al bosque que desde Ceyzeriat se extiende hasta Etrez, esto es, en una distancia de tres leguas, elevándose á la otra márgen del rio la vertiente de las colinas de Seillon.

Al entrar en el bosque, detuviéronse nuestros viajeros;

hasta entonces habian andado tan precipitadamente como es preciso hacerlo sin correr, guardando el mayor silencio. Desierto encontraron todo el trecho que acababan de recorrer, por lo que era probable, y hasta seguro, que nadie les habia visto. Érales pues posible descansar un rato.

—Dónde están los compañeros? preguntó Morgan.—En la cueva, contestó Montbar.—Y por qué no vamos á ella en seguida?—Porque al pié de esta encina encontraremos á uno de los nuestros, que nos dirá si podemos adelantar sin peligro.—Quién es?—D'Asses.

Apareció una sombra detrás del árbol, y acercándose:

—Héme aquí, dijo.—Ah! eres tú, exclamaron los dos jóvenes.—Qué hay de nuevo? preguntó Montbar.—Nada; se os aguarda para tomar una resolucion.—Vamos, pues.

Pusiéronse en marcha los tres; mas, apenas andados doscientos pasos, detúvose de nuevo Montbar, llamando á media voz:

—Harmand!

Oyóse al mismo instante un ligero ruido entre las ramas de un pino, y descolgándose de él una sombra, acercóse á los tres compañeros.

—Nada de nuevo? preguntó Montbar.—Sí, un enviado de Cadoudal.—El que vino la otra vez?—Sí.—Dónde está?—Con los hermanos, en la cueva.—Adelante.

Emprendieron de nuevo los cuatro la marcha, yendo delante Montbar; era tan estrecho el sendero que atravesaban,

que tuvieron que desfilar uno tras otro. Fueron subiendo como unos quinientos pasos una cuesta suave, pero tortuosa. Llegados á la cima, repitió Montbar por tres veces el mismo canto de la lechuza, que habia empleado para avisar á Morgan. La contestacion fué el canto del cuclillo. Vióse luego deslizarse un hombre á lo largo del tronco de una frondosa encina; era el centinela que vigilaba la entrada de la cueva, situada á diez pasos del árbol.

Cubríanla de tal modo las ramas y maleza, que era imposible distinguirla hasta penetrar en ella.

Cambió el centinela algunas palabras en voz baja con Montbar, que parecia desempeñar las funciones de jefe, sin duda para no interrumpir los pensamientos en que veia abismado á Morgan; subiéndose luego á la encina, entre cuyas ramas ocultóse tan perfectamente, que en vano intentaron descubrirle sus compañeros.

Iba estrechándose mas aun el desfiladero, á medida que se acercaban á la entrada de la cueva. Penetró en ella Montbar primero, y metiendo la mano en un hoyo que debia serle bien conocido, sacó de él un pedazo de yesca, un pedernal, un eslabon, algunas pajuelas y una tea. Brilló en la oscuridad la chispa, inflamóse la yesca, dejó una pajuela ver su luz azulada y vacilante, iluminándolo todo muy luego la chispeante llama de la tea.

Entre los tres ó cuatro caminos que se presentaban á la vista, tomó Montbar sin vacilar el de la derecha, que, des-

pues de revolver sobre sí mismo, va á perderse en las entrañas de la tierra. Por la direccion que iban siguiendo, parecia que se habian propuesto retroceder por un camino subterráneo, desandando el que habian atravesado para llegar hasta allí. Lo que no podia dudarse, es que iban siguiendo los límites de una antigua cantera, tal vez la misma de donde, mil novecientos años antes, salieron las tres ciudades romanas, que son en nuestros dias reducidos pueblos, y el campo de César que les rodea.

De trecho en trecho interceptaba un ancho foso el camino subterráneo que iban siguiendo, salvando entonces la distancia por medio de una palanca, que apartándola luego con el pié, caia dentro de la zanja. Véanse asimismo en algunos puntos aspilleras, detrás de las cuales era posible hacer fuego, teniendo el cuerpo enteramente á cubierto de los tiros del enemigo.

A quinientos pasos de la entrada, levantábase por fin una barricada, á la altura de un hombre, como último obstáculo para los que hubiesen querido penetrar hasta una especie de gruta, donde se hallaban reunidos unos doce hombres, sentados ó tendidos en el suelo, jugando unos, y entreteniéndose en leer otros.

Ninguno de los lectores ó jugadores hizo el menor movimiento al ruido de los pasos de los que llegaban, ni á la vista de la luz que se iba acercando: tan seguros estaban de que únicamente los iniciados podian penetrar hasta aquel sitio, tan cuidadosamente guardado.

Por lo demás, el aspecto que presentaba aquella lóbrega caberna era de los mas pintorescos: las bujías que ardian con profusion, pues los compañeros de Jehú eran demasiado aristócratas para servirse de otra luz que de la bujía, reflejaban sobre un arsenal en que figuraban armas de toda especie, si bien formaban el mayor número las pistolas y carabinas de dos tiros; pendian del techo floretes y máscaras de las que se usan en el ejercicio de la esgrima; veíanse esparcidos acá y acullá algunos instrumentos de música, y uno ó dos espejos con marco dorado, colgados en la pared, daban á conocer que no era conocido el desaliño entre los extraños habitantes de aquella mansion subterránea.

Levantó entonces la cabeza Morgan y adelantándose á Montbar, hallóse al instante rodeado por sus compañeros.—A lo que parece, amigos míos, acaban de recibirse noticias? preguntó.—Sí, capitán, contestó una voz; asegúrase que la policía del primer cónsul nos dispensa el honor de ocuparse de nosotros.—Quién ha traído la noticia? preguntó Morgan.—Yo, contestó un jóven con uniforme de correo de gabinete, cubierto aun de polvo y de sudor.—Os han dado algun pliego?—No, me han enterado verbalmente.—Proceden de buen conducto vuestras noticias?—De la oficina misma del prefecto.—Entonces serán ciertas?—Yo os respondo de ello, como que son oficiales.—Bueno es tener amigos en todas partes, dijo Montbar, á manera de paréntesis.—Sobre todo al lado de M. Fouché, contestó Morgan; veamos vuestras noticias.—He de

comunicáros las en alta voz, ó reservadamente?—Como presumo que á todos nos interesan igualmente, no hay reparo en que todos las oigan.—Pues bien, el primer cónsul llamó al ciudadano Fouché en el palacio del Luxemburgo, y le hizo muy graves cargos por lo que está pasando.—Bueno! y despues?—El ciudadano Fouché contestó que era empresa muy difícil evitar nuestras excursiones, puesto que éramos gente muy prudente y avisada; en una palabra, hizo de nosotros los mas grandes elogios.—Eso tendremos que agradecer á su amabilidad; y despues?—Despues el primer cónsul contestó que eso no le importaba, que éramos unos bandoleros, y que con el fruto de nuestras rapiñas sosteníamos la guerra de la Vendee, pues que el dia que no pudiésemos nosotros remitir fondos á la Bretaña, habria concluido la chuanería.—Hasta aquí, tiene razon que le sobra.—Que en el Este y Mediodía, era necesario pacificar el Oeste.—Como la Inglaterra, en la India.—Que por consiguiente, daba carta blanca al ciudadano Fouché para que á toda costa le presentase nuestras cabezas.—La peticion es muy justa, falta tan solo que nosotros nos las dejemos quitar.—Volvió entonces furioso á la prefectura el ciudadano Fouché, prometiendo que antes de ocho dias no habria en toda la Francia un solo compañero de Jehú.—Corto es el plazo.—Salieron al mismo dia correos para Lyon, Macon, Lons-le-Saulnier, Besanzon y Ginebra, con órdenes á los jefes de las guarniciones de obrar instantáneamente para conseguir nuestra destruccion, siguiendo las ins-

trucciones que les comunicará M. Roland de Montrevel, ayudante de campo del primer cónsul, á quien deberán obedecer sin excusa ni dilacion, poniendo á su disposicion toda la fuerza que pueda necesitar.—Yo os añadiré, dijo Morgan, que M. Roland de Montrevel está ya en campaña, y que ayer tuvo en la cárcel de Bourg una conferencia con el capitán de gendarmes.—Con qué objeto? preguntó una voz.—Toma! contestó otra, para descubrir nuestro escondrijo.—Y aun querrás salvarle? preguntó D'Asses.—Lo mismo que antes.—Ah! es demasiado, murmuró una voz.—Por qué? repuso Morgan en tono imperioso; no es acaso el derecho que como á simple compañero me pertenece?—Efectivamente, contestaron otras dos voces.—Pues bien, uso de él como simple compañero y como capitán.—Pero si en medio de la refriega se desviase una bala...?—Pues entonces no es un derecho lo que reclamo, no es una orden lo que quiero comunicaros; es tan solo una súplica, á que confío no os negareis; prometedme, amigos míos, por vuestro honor, que la vida de Roland de Montrevel será para vosotros siempre sagrada.

Con voz unánime contestaron todos los presentes, extendiendo la mano:

—Por nuestro honor lo juramos!—Ahora, repuso Morgan, es preciso no hacernos ilusiones y examinar bajo su verdadero punto de vista nuestra posición; el día que una policía bien organizada se decida á perseguirnos, declarándonos seriamente la guerra, es por nuestra parte imposible la re-

sistencia: nos deslizaremos entre sus manos como la serpiente, nos defenderemos como el jabalí acosado, pero nuestra destrucción será obra del tiempo; tal es á lo menos mi opinión.

Interrogó Morgan con la vista á sus compañeros cuya adhesión fué completa; por mas que no desapareciese la sonrisa de sus labios al reconocer que su perdición era inevitable.

Así ocurría con mucha frecuencia en aquella extraña época: se recibía la muerte sin temor y se daba sin emoción.

—Nada tienes que añadir? preguntó Montbar, dirigiéndose á Morgan.—Lo único, contestó este, es que tan fácil nos será procurarnos caballos como marchar á pié: todos somos cazadores, y acostumbrados estamos á andar por los montes. A caballo, seis horas nos bastan para salir de Francia; á pié, necesitamos doce; una vez en Suiza, nos burlaremos del ciudadano Fouché y de toda su policía: ahí teneis lo que puedo por mi parte añadir.—No deja de gustarme poder burlar al ciudadano Fouché, repuso Montbar, mas es por otra parte muy sensible tener que abandonar la Francia.—Por esto no someteré semejante resolución á la decisión de la asamblea, hasta despues de haber oido al enviado de Cadoudal.—Ah! es verdad, exclamaron dos ó tres voces; dónde está el breton?—Al salir, le he dejado durmiendo, contestó Montbar.—Pues durmiendo continúa, dijo uno de los compañeros, señalando con la mano un hombre echado sobre un monton de paja, en el mas apartado rincón de la cueva.

Despertaron al breton , quien se incorporó sobre las rodillas , frotándose con una mano los ojos , y buscando maquinalmente con la otra el fusil.

—Estais entre amigos , dijo una voz , no tengais miedo.

—Miedo! contestó el breton ; quién ha dicho que tengo miedo?—Alguno que probablemente no lo conoce tampoco , mi querido Rama de Oro , contestó Morgan , reconociendo en el enviado de Cadoudal al mismo que habia ido á la Cartuja la noche de su llegada de Aviñon.

Miró Rama de Oro el grupo de jóvenes que tenia á su presencia con ademán que daba bien á entender cuán desagradables le eran ciertas chanzas ; mas convenciéndose de que no habian tenido la menor intencion de ofenderle , preguntó en tono amistoso:

—Quién de vosotros , caballeros , es el jefe? Tengo que entregarle una carta de mi general.

Adelantándose Morgan hácia él un paso :

—Yo , contestó.—Vuestro nombre?—Tengo dos.—El de guerra.—Morgan.—Esto es , el mismo que me ha dicho el general ; además de que no me sois desconocido ; vos fuisteis quien en la Cartuja me entregó sesenta mil francos : voy á daros pues la carta.

Tomando el breton su sombrero , arrancó la copa , sacando de entre el forro y el fieltro un papel , que al primer golpe de vista parecia blanco , el cual presentó á Morgan haciendo antes el saludo militar.

Arrimaron una luz , y no descubriendo Morgan letra alguna despues de examinarlo con toda detencion , acercólo á la llama , apareciendo entonces los caracteres de un color parduzco.

Muy familiar parecia á los jóvenes aquella operacion , que contemplaba el breton con indecible sorpresa.

Parecíale al sencillo chuan que habia en tal proceder algo de mágia ; pero desde el momento en que el diablo se prestaba á servir la causa realista , no se hallaba muy distante de reconciliarse con el diablo.

—Amigos , dijo Morgan , quereis saber lo que nos escribe Cadoudal?

Inclináronse todos á la vez en señal de asentimiento , mientras abriendo la carta Morgan , empezó en estos términos su lectura :

« Querido Morgan , si llega á vuestros oidos que he abandonado la causa realista , tratando , juntamente con los jefes vendeanos , con el gobierno del primer cónsul , no lo creais ; soy de la Bretaña , y por consiguiente , terco á fuer de verdadero breton. El primer cónsul me ha enviado uno de sus ayudantes de campo , ofreciéndome completa amnistía para todos , y para mí el grado de coronel ; ni siquiera lo he consultado con mis soldados , sino que he rechazado la proposicion por ellos y por mí.

« En la actualidad todo depende de vos : como no recibimos de los príncipes recursos ni esperanzas , sois nuestro

único tesorero; cerradnos vuestras arcas, ó mejor, dejadnos de abrir las del gobierno, y el movimiento realista, cuyo corazon no late mas que en Bretaña, irá paralizándose poco á poco hasta extinguirse del todo. No es necesario deciros que al mismo momento que quede inerte habrá dejado tambien el mio de latir.

« Peligrosa es nuestra mision, probablemente nos costará la cabeza; pero no os parece una dicha poder oír despues de nuestra muerte, si es que algo se oiga mas allá de la tumba: « Cuando todos habian desmayado, fueron los únicos que conservaron entera su fe! »

« Uno de los dos sobrevivirá al otro, bien que para seguirle muy luego; procuremos pues que pueda exclamar el último al morir: *Etiamsi omnes, ego non.* »

« Contad conmigo, como cuenta con vos »

« Jorge Cadoudal. »

P. D. Por Rama de Oro podeis confiadamente remitirme la cantidad que tengais en caja: me ha prometido no dejarse coger, y yo creo mucho su palabra. »

Al concluir Morgan su lectura, levantóse un murmullo de entusiasmo entre los jóvenes.

— Habis oido, amigos? dijo. — Sí, sí, sí, repitieron todos los presentes. — Qué cantidad podremos entregar á Rama de Oro? — Trece mil francos del lago de Silans, treinta mil de las Carronnieres y catorce mil de Meximeux; total cincuenta y siete mil, contestó Montbar. — Ya veis, Rama de

Oro, dijo Morgan, poca cosa es; somos la mitad mas pobres que la otra vez; pero damos todo lo que tenemos. — No ignora el general cuanto os exponeis para procuraros ese dinero, así que me ha dicho recibirá con agradecimiento, por poco que sea, lo que podais enviarle. — Decidle, no obstante, que la remesa próxima será mayor, dijo un jóven que acababa de mezclarse con los demás sin ser visto, concentrada como se hallaba la atencion general en la carta de Cadoudal, sobre todo, si nos tomamos la pena de saludar la mala de Chamberi, el sábado próximo. — Ah! eres tú, Valensolle? dijo Morgan. — Fuera nombres propios, baron; expongámonos en horabuena á que nos fusilen, nos guillotinen, ó descuarticen; pero dejemos á salvo el honor de la familia. Yo me llamo Adler, y no contestaré á otro nombre. — Dispensa, amigo mio, ha sido una distraccion; decias pues?... — Que el sábado pasará la mala de París á Chamberi entre la capilla de Grinchay y Belleville, conduciendo cincuenta mil francos que remite el gobierno á los religiosos del monte San Bernardo, habiendo además averiguado que entre estas dos poblaciones hay un punto llamado la Casa Blanca, muy á propósito para una emboscada. — Qué resolveis, pues, amigos, preguntó Morgan; hacemos al ciudadano Fouché el honor de contrariar sus proyectos? Dejamos la Francia, ó continuamos siendo aun los fieles compañeros de Jehú?

Una sola fué la contestacion.

— Nos quedamos! — Enhorabuena! dijo Morgan; bien

reconozco en esta determinacion á mis valientes hermanos. Cadoudal nos traza el camino en la admirable carta que acabamos de recibir, adoptemos pues su heroica divisa : *Etiamsi omnes , ego non.*

Dirigiéndose luego al breton :

— Rama de Oro , le dijo , ahí tienes los cincuenta y siete mil francos; sal cuando quieras; promete en nuestro nombre al general mayor suma para la próxima remesa , y dñle de mi parte que por do quier él vaya, aunque sea hasta el cadalso, será para mí un honor seguirle ó precederle ; hasta la vista, Rama de Oro.

Volviéndose despues al jóven que tan á mal habia llevado el que no se guardase su incógnito :

— Querido Adler , le dijo como hombre que recobra su buen humor por un instante perdido , me encargo de facilitaros esta noche cena y cama, si os dignais aceptar mi ofrecimiento.— Con mucho gusto, amigo Morgan , contestó el recién llegado ; no olvides sin embargo que cualquier cama me parecerá excelente, atendida la fatiga que me rinde ; mas no así en cuanto á la cena , pues tengo un hambre que me devora.— No faltará buena cama y abundante cena.— Qué es preciso hacer para conseguirlo?— Seguirme.— Estoy pronto.— Vamos pues ; buenas noches, amigos; eres tú quien vigila hoy, Montbar ?— Sí.— Entonces podemos dormir tranquilamente.

Tomó Morgan del brazo á su amigo , y cogiendo con la

otra mano una tea que le presentaron, fué descendiendo á las profundidades de la cueva , por las cuales le iremos siguiendo, si el lector no ha llegado á fatigarse con tan larga sesion.

Era aquella la primera vez que Valensolle, habitante como hemos dicho de las cercanías de Aix , visitaba la cueva de Ceyzeriat , elegida recientemente como punto de reunion por los compañeros de Jehú.

En las precedentes reuniones , habia tenido únicamente ocasion de examinar los alrededores de la cartuja de Seillon, donde le fué confiado el papel de duende para aparecerse á Roland.

Completamente desconocido érale por lotanto el nuevo domicilio en que debia pasar la noche, el cual parecia ser, por algunos dias á lo menos , el cuartel general de Morgan.

Como sucede en todas las canteras abandonadas , que presentan á primera vista el aspecto de una ciudad arruinada, las diferentes calles que se abren y cruzan por la extraccion de la piedra, terminan siempre en un callejon sin salida, formado por la pared de la cantera en el punto donde quedan interrumpidos los trabajos.

Solo una de dichas calles parecia prolongarse indefinidamente, si bien por uno de sus ángulos se veia cruzada ; con qué objeto? esto es lo que nadie podia resolver en el país ; lo cierto es, que se observaba una abertura, dos metros menos larga que la otra , suficiente á dar paso á dos hombres de frente. Por ella penetraron los dos amigos.

Hasta tal punto estaba enrarecido el aire, que á cada paso amenazaba la tea apagarse. Sentia Valensolle caer sobre sus manos algunas gotas de agua helada.

—Llueve tambien por estos sitios? preguntó.—No, contestó Morgan riendo; es que pasamos por debajo del Reissoussé.—Vámos pues á Bourg?—Muy cerca á lo menos.—Bah! tengo buen guia, me han ofrecido cena y cama, truene pues por donde tronare; lo que sentiria, sí, es que se apagase la luz, prosiguió el jóven, viendo que iba extinguiéndose la llama.—No importa; no nos perderíamos por eso.—Cuando uno piensa que es por un príncipe que ni siquiera nuestro nombre sabe, y que si llega algun dia á saberlo, lo olvidará al siguiente, que á las tres de la madrugada nos paseamos por las profundidades de una cueva, atravesando por debajo de un rio para ir á cenar Dios sabe dónde, con toda la traza de ser presos, juzgados y guillotinos por la mañana; sabes que esto es estúpido, Morgan?—Querido, contestó Morgan, lo que podria parecer estúpido á un entendimiento vulgar, merece á las almas elevadas el nombre de sublime.—Vamos, repuso Valensolle, veo que aun me aventajas en nuestro asunto; yo tengo adhesion, pero tú llegas al entusiasmo.

Exhaló Morgan un suspiro.

—Hénos aquí llegados, dijo, dejando caer la conversacion como un peso incómodo.

Acababa en efecto de tocar con el pié las primeras gradas de una escalera; subieron hasta diez, yendo delante, con

la tea en la mano, Morgan, encontrándose entonces delante de una reja. Sacó Morgan del bolsillo una llave, con la que abriendo la reja, se encontraron dentro de una tumba.

Vefase á cada lado un ataúd, sostenidos por un trípode de hierro; las coronas ducales y el escudo que ostentaba la cruz de plata indicaban que aquellos ataúdes contenian miembros de la familia de Saboya, fallecidos antes de que dicha familia ciñese la corona real. Habia en uno de los ángulos de la tumba una escalera, por la cual bajarían sin duda los que por afecto ó curiosidad deseaban visitar aquellos inanimados restos.

Dirigió Valensolle una curiosa mirada á su alrededor, reconociendo, á la vacilante luz de la tea, el fúnebre sitio en que se hallaba.

—Diablo! exclamó, á lo que parece, somos todo lo contrario de los espartanos.—Es claro, puesto que ellos eran republicanos y nosotros somos realistas.—No es esto, sino que ellos se hacian presentar un esqueleto despues de haber comido, y nosotros lo hacemos antes de comer.—Estás seguro de que eran los espartanos los que daban esta prueba de filosofía? preguntó Morgan cerrando la puerta.—Ellos ú otros, lo mismo dá, contestó Valensolle; sea como fuere, hecha queda la cita, y no la retiro.—Pues bien, otra vez dirás los egipcios.—Corriente! repuso Valensolle con una indiferencia que tenia algo de melancólica, probablemente seré yo mismo un esqueleto antes de que pueda manifestar de nuevo mi erudi-

ción. Pero qué diablos estás haciendo! por qué apagas la tea? supongo que no querrás hacerme cenar y dormir aquí?

Acababa en efecto Morgan de apagar la luz al pisar la primera grada de la escalera que conducía al piso superior.

—Dáme la mano, le dijo.

Cogió Valensolle la mano de su amigo con una prisa que daba á conocer su poco deseo de permanecer por mas tiempo en compañía de los duques de Saboya, por muy honroso que pudiese ser para los vivos hallarse al lado de tan ilustres muertos.

Subió Morgan la escalera, conociéndose luego por la contraccion de su mano que hacia algun esfuerzo. Estaba efectivamente levantando una baldosa, por cuya abertura vino á herir la luz crepuscular los ojos de Valensolle, aspirando al mismo tiempo una brisa aromática, muy diferente por cierto de la mefítica atmósfera de la tumba.

—Ah! ah! exclamó, esto es otra cosa, entramos sin duda en una granja.

Sin dar contestacion alguna, ayudóle Morgan á salir del sepulcro, volviendo á colocar la piedra en su puesto. Miró á su alrededor Valensolle, encontrándose en el centro de un grande edificio lleno de heno, por cuyas ventanas penetraban la luz y el aire con mayor libertad de la que acostumbra á hacerlo en el interior de una granja.

Durante este exámen, colocó Morgan cinco ó seis gavillas de heno sobre la piedra, á fin de ocultarla á todas las miradas.

—Pero, dijo Valensolle, no nos hallamos en una granja?
—Sube á este monton, y ven á sentarte detrás de esta ventana, contestó Morgan.

Obedeció Valensolle, y, saltando por cima de las haces como estudiante en vacaciones, tomó asiento en el sitio que le habia indicado Morgan. Un instante despues depositó este sobre las rodillas de su amigo una servilleta que contenia un pollo asado, pan, una botella de vino, dos vasos, dos cuchillos y dos tenedores.

—Diablo! dijo Valensolle, me tenias preparada una cena espléndida.

Dirigiendo despues su mirada por la ventana hácia una pared que se veia en frente, y que formaba parte sin duda del mismo edificio, al pié de la cual estaba paseando un centinela:

—Vamos, dijo, de seguro se me indispondria la cena, si no supiese dónde nos hallamos: por qué se pasea aquel centinela frente de aquella puerta?—Ya que tan curioso eres, preciso será decírtelo, contestó Morgan: nos hallamos en la iglesia de Bourg, convertida, por un acuerdo del ayuntamiento, en almacén de provisiones. Ahí en frente tenemos el cuartel de la gendarmería, y ese centinela vigila para que no nos estorben durante nuestra cena, ni nos sorprendan cuando durmamos.—Valientes gendarmes, dijo Valensolle llenando su vaso; á vuestra salud!—Y á la nuestra! añadió Morgan riendo; el diablo me lleve si á nadie ocurre la idea de venir á buscarnos aquí.

Apenas habia Morgan desocupado su vaso, como si el diablo hubiese aceptado el reto que acababa de dirigírsele, oyóse la vinagrada voz del centinela, gritando: Quién vive?

—Eh! exclamaron los dos jóvenes, qué significa esto?

Llegaba del lado de Pont-d'Ain una partida de treinta hombres, la cual, despues de haber rendido el santo y seña, entró en el cuartel, mandada por dos, al parecer oficiales.

—Atencion! dijo Morgan.

Pusiéronse los dos á escuchar, fija la vista en la puerta del cuartel.

Expliquemos al lector el motivo de una interrupcion tan inesperada en una cena, que, no por ser servida á las tres de la madrugada, era por esto menos favorecida.

II.

Golpe en vago.

No se habia equivocado la hija del conserje, al asegurar que era Roland quien hablaba en la cárcel con el capitán de gendarmes. Tampoco iba descaminada Amelia al creer que la venida de su hermano tenia por objeto la persecucion de Morgan y de los suyos.

No se crea sin embargo que dejó Roland de presentarse en el castillo de Fuentes-Negras, porque abrigase la mas re-

mota sospecha de las amorosas relaciones existentes entre su hermana y el jefe de los compañeros de Jehú. Lo único que le indujo á obrar con tan extremada reserva fué el temor de alguna indiscrecion por parte de los dependientes del castillo.

Habia reconocido perfectamente á Carlota en casa de su padre, mas como ella no hizo la menor demostracion al verle, consideró habria sido desconocido; con tanta mayor razon, cuanto que estuvo muy breves instantes en su presencia, saliendo luego de la cárcel para aguardar al capitán en la plaza del Bastion, lugar muy solitario en aquella hora.

Allí debia ir y fué en efecto á encontrarle el jefe de gendarmes, hecha la entrega de los presos, aguardándole entretanto Roland con visible impaciencia, recorriéndola á largos pasos. En la cárcel se habia contentado con darse á conocer; allí podia ya entrar en materia. En pocas palabras enteró por lo tanto al capitán del objeto de su viaje.

Así como en las asambleas públicas, al pedir uno la palabra para una alusion personal, se le concede al momento, del mismo modo al solicitar Roland del primer cónsul, por un motivo personal tambien, el encargo de perseguir á los compañeros de Jehú, lo habia obtenido sin dificultad.

Una órden del ministro de la guerra ponía á su disposicion, no solo toda la guarnicion de Bourg, sí que tambien las de las demás ciudades vecinas. Una circular del prefecto de policia mandaba á todos los oficiales de gendarmes auxiliárle en cuanto menester fuese.

Apenas habia Morgan desocupado su vaso, como si el diablo hubiese aceptado el reto que acababa de dirigírsele, oyóse la vinagrada voz del centinela, gritando: Quién vive?

—Eh! exclamaron los dos jóvenes, qué significa esto?

Llegaba del lado de Pont-d'Ain una partida de treinta hombres, la cual, despues de haber rendido el santo y seña, entró en el cuartel, mandada por dos, al parecer oficiales.

—Atencion! dijo Morgan.

Pusiéronse los dos á escuchar, fija la vista en la puerta del cuartel.

Expliquemos al lector el motivo de una interrupcion tan inesperada en una cena, que, no por ser servida á las tres de la madrugada, era por esto menos favorecida.

II.

Golpe en vago.

No se habia equivocado la hija del conserje, al asegurar que era Roland quien hablaba en la cárcel con el capitán de gendarmes. Tampoco iba descaminada Amelia al creer que la venida de su hermano tenia por objeto la persecucion de Morgan y de los suyos.

No se crea sin embargo que dejó Roland de presentarse en el castillo de Fuentes-Negras, porque abrigase la mas re-

mota sospecha de las amorosas relaciones existentes entre su hermana y el jefe de los compañeros de Jehú. Lo único que le indujo á obrar con tan extremada reserva fué el temor de alguna indiscrecion por parte de los dependientes del castillo.

Habia reconocido perfectamente á Carlota en casa de su padre, mas como ella no hizo la menor demostracion al verle, consideró habria sido desconocido; con tanta mayor razon, cuanto que estuvo muy breves instantes en su presencia, saliendo luego de la cárcel para aguardar al capitán en la plaza del Bastion, lugar muy solitario en aquella hora.

Allí debia ir y fué en efecto á encontrarle el jefe de gendarmes, hecha la entrega de los presos, aguardándole entretanto Roland con visible impaciencia, recorriéndola á largos pasos. En la cárcel se habia contentado con darse á conocer; allí podia ya entrar en materia. En pocas palabras enteró por lo tanto al capitán del objeto de su viaje.

Así como en las asambleas públicas, al pedir uno la palabra para una alusion personal, se le concede al momento, del mismo modo al solicitar Roland del primer cónsul, por un motivo personal tambien, el encargo de perseguir á los compañeros de Jehú, lo habia obtenido sin dificultad.

Una órden del ministro de la guerra ponía á su disposicion, no solo toda la guarnicion de Bourg, sí que tambien las de las demás ciudades vecinas. Una circular del prefecto de policia mandaba á todos los oficiales de gendarmes auxiliarle en cuanto menester fuese.

Habíase dirigido naturalmente, antes que á otro alguno, al jefe del destacamento de Bourg, á quien conocia desde mucho tiempo, teniendo muy experimentado su valor y exquisito celo. No podia haber hecho mejor eleccion: el capitán de gendarmería de Bourg estaba sumamente prevenido contra los compañeros de Jehú, que se atrevian á detener las diligencias á un cuarto de legua de la ciudad, burlando su vigilancia y repetidas precauciones. Estaba enterado de los partes remitidos al prefecto de policía sobre las tres últimas detenciones, y no se le ocultaba hasta donde podia esto perjudicarle.

Pero Roland acabó de alarmarle refiriéndole lo que le habia sucedido en la Cartuja de Seillon la noche que se propuso sorprender los misterios de aquella tenebrosa asociacion, y sobre todo, lo que á sir John aconteció en la noche siguiente.

Habia llegado á su noticia, cuando ocurrió lo que Roland le referia, que el huésped de madama de Montrevel habia sido mortalmente herido de una puñalada; mas como nadie fué á darle parte, consideró prudente dejar aquel hecho en el silencio que parecia Roland desear.

En aquella época de confusion y desorden manifestábase con frecuencia la fuerza pública indulgente hasta un extremo desconocido en otra cualquiera ocasion. Por lo que toca á Roland, nada habia dicho, para reservarse la satisfaccion de perseguir por sí mismo á los nocturnos habitantes de la Cartuja.

Por esto hemos visto que al llegar á París fué lo primero de que habló á Bonaparte, insistiendo en la misma idea tan luego como volvió á presentársele ocasion favorable.

Contaba en la actualidad con todos los medios indispensables para conseguir su intento, hallándose firmemente resuelto á no volver al lado del primer cónsul sin haber exterminado á los asesinos de sir John. Era por otra parte una de las aventuras que mas podian halagarle. No estaba exenta de peligros, y era al mismo tiempo altamente pintoresca. Iba á combatir á una clase de enemigos que no se dejaban ver á la luz y que presentaban por consiguiente algo de misterioso.

Muy distante estaba Roland de adivinar el verdadero motivo, esto es, la recomendacion de Morgan, de haberse salvado dentro de la Cartuja y en el campo de batalla donde se batieron los republicanos con los soldados de Cadoudal.

¿Cómo suponer que una simple cruz trazada sobre su nombre le hubiese tan eficazmente protegido en una distancia de doscientas cincuenta leguas, á uno y otro extremo de la Francia? Formó pues su plan, proponiéndose cercar la Cartuja de Seillon, registrando despues escrupulosamente sus mas recónditos rincones. Mas como la noche estaba ya demasiado adelantada, aplazó su realizacion para la siguiente.

Durante el dia, debia mantenerse oculto en el cuartel de la gendarmería, á fin de que nadie supiese su llegada á Bourg. Entretanto, uno de los gendarmes, que era sastre, le arreglaria un uniforme completo de oficial del propio cuerpo; di-

ríase que correspondía á la brigada de Lons-le-Saulnier, por cuyo medio podría, sin ser conocido, dirigir al día siguiente la expedición contra la Cartuja.

Arreglóse todo conforme á este plan. Entró á la una Roland en el cuartel con el capitán retirándose al cuarto de este, donde se le preparó una cama de campaña, en la cual durmió con la profundidad que es de suponer en un hombre que ha pasado dos días y dos noches en una silla de posta. Entretúvose al día siguiente en delinear un plano de la Cartuja de Seillon, con el cual podía dirigir cualquiera la expedición, sin equivocarse en lo más mínimo.

Como el capitán no tenía á sus órdenes más que diez y ocho soldados, fuerza insuficiente para cercar del todo la Cartuja, ni tan siquiera para guardar las dos salidas y practicar un reconocimiento interior, y como para completar la brigada diseminada por aquellas cercanías eran necesario dos ó tres días; por orden de Roland fué á encontrar al coronel de dragones, cuyo regimiento estaba de guarnición en Bourg, y enterándole de lo que se proyectaba, pidióle doce hombres, que con los diez y ocho gendarmes formarían un total de treinta.

No solo facilitó el coronel los doce hombres que se le pedían, sino que, al oír que la expedición sería dirigida por el jefe de brigada Roland de Montrevel, ayudante de campo del primer cónsul, ofrecióse á tomar en ella parte personalmente,

Aceptó Roland la oferta, acordándose de que el coronel (usamos indistintamente los nombres de coronel y jefe de brigada, porque en nuestro ejército designan el mismo grado) acordándose, decíamos, que el coronel y sus doce dragones saldrían á las once, reuniéndose con Roland y los gendarmes en la carretera de la Cartuja de Seillon.

Así sucedió en efecto: á las once en punto, con una exactitud verdaderamente militar, halláronse las dos partidas en el sitio designado, dándose á reconocer Roland, que vestía el uniforme de oficial de gendarmes, al coronel de dragones, siendo para todos los demás un simple oficial procedente de la brigada de Lons-le-Saulnier.

Para desvanecer la extrañeza que pudiese causar que un oficial inferior dirigiese la expedición, habíase dicho á los soldados que Roland en su juventud fué novicio de Seillon, y que por este motivo conocía mejor que otro alguno los sitios todos de la Cartuja.

A la primera noticia, sintiéronse algo humillados aquellos bravos militares de ser mandados por un ex-fraile; pero como á pesar de todo llevaba el sombrero de tres picos con bastante coquetería, y daba á entender con sus maneras que al vestir el uniforme había olvidado enteramente los hábitos, suspendieron el juicio, reservándose manifestar su opinión sobre dicho oficial después que le hubiesen visto manejar el mosquete, que tenía en la mano, las pistolas que se le veían en el cinto, y el sable que pendía de su costado.

Previéronse de teas, poniéndose en marcha con el mas profundo silencio, divididos en tres partidas; una, de ocho hombres, al mando del capitán de gendarmería; otra, de diez, á las órdenes del coronel; y otra, de doce, mandada por Roland. Separáronse á la salida de la ciudad.

El capitán de gendarmería, mas conocedor del terreno que el coronel de dragones, encargóse de guardar con sus ocho hombres la ventana de la *Correrie*, que daba al bosque de Seillon.

Colocó Roland al coronel de dragones con su fuerza en la puerta principal de la Cartuja, tomando él á su cargo, con cinco gendarmes y siete dragones, el registro interior. Dióse la orden de que dentro de media hora estuviese cada cual en su puesto. Era á la verdad sobrado tiempo, atendida la corta distancia que debían atravesar.

Al dar las once y media en la iglesia de Peronnas, Roland y los suyos debían escalar la pared del huerto. El capitán de gendarmes, siguiendo la carretera de Pont-d'Ain hasta llegar al bosque, debía ocupar el punto que se le había designado. El coronel de dragones se dirigiria al mismo tiempo, por el camino que empalma con la carretera de Pont-d'Ain, á la puerta principal de la Cartuja. Atravesando pues Roland por los campos llegó al pié de la pared, que, segun hemos visto, habia escalado ya otras dos veces.

A las once y media, como estaba convenido, dió la señal, saltando á la otra parte de la pared, seguido de los gendar-

mes y dragones. Al hallarse dentro del huerto, no podían aun estos asegurar si Roland era valiente; lo único que les constaba sí, es que era muy ligero.

Señalóles Roland entre la oscuridad la puerta por donde debían penetrar; era la que desde el huerto daba entrada al claustro.

Lanzándose luego el primero por entre la maleza, fué el primero tambien en alcanzar la puerta y penetrar en el interior. Permanecía todo en la mayor oscuridad y silencio. Siempre al frente de los suyos, entró Roland en el refectorio; por todas partes la misma soledad, por todas el mismo silencio.

Atravesó aquellas fúnebres bóvedas encontrándose en el jardín sin haber hallado otros seres vivientes que los murciélagos huyendo espantados al aproximarse. Faltaba registrar la cisterna, el cementerio y el pabellon ó capilla del bosque.

Encaminóse resueltamente Roland hácia la cisterna. Al llegar al pié de la escalera, encendió tres antorchas, quedóse con una y entregó las otras dos á los que le seguían, separando luego la piedra que ocultaba la escalera. Los gendarmes que acompañaban á Roland empezaron á creer que era tan valiente como ligero.

Al extremo del pasillo subterráneo encontraron la primera verja, la cual estaba entornada, pero no cerrada. Entraron en el cementerio. Allí no solo reinaba tambien el mis-

mo silencio y soledad : reinaba igualmente la muerte. Los mas decididos no pudieron sobreponerse á cierto estremecimiento. Registró Roland una tras otra las tumbas todas, tentando las losas de los sepulcros con la culata de la pistola que llevaba en la mano. La misma soledad , el mismo silencio.

Salió del cementerio , entrando por la segunda verja en la capilla, que se hallaba del mismo modo abandonada , al parecer, desde muchos años. Dirigióse Roland al coro , en cuyo pavimento se veia aun la sangre que nadie se habia tomado el trabajo de lavar. Habia llegado ya al término de su excursion sin obtener el menor resultado. No podia con todo resolverse á retirarse. Creyendo no se habrian atrevido á atacarle por su numerosa escolta, dejó diez hombres con una antorcha en la capilla, encargándoles ponerse en comunicacion por la ventana con el capitán de gendarmería emboscado detrás de ella en el bosque , y retrocedió con dos hombres por el mismo camino.

Los dos que siguieron á Roland le consideraron esta vez, no solo valiente , sino temerario. No parando él sin embargo la atencion en si le seguian ó no, volvió á recorrer , en direccion inversa , toda la distancia que habia antes seguido. Decididamente la Cartuja estaba de todo punto abandonada.

Al llegar á la puerta principal , llamó al coronel de dragones , que con los diez soldados se hallaba en su puesto , y abriendo la puerta , se reunió con ellos. Nada habian visto,

nada habian oido. Entraron juntos , y volviendo á cerrar la puerta para cortar la retirada á los misteriosos duendes si tenian la dicha de dar con ellos , fueron á reunirse con sus compañeros , que les estaban aguardando en el coro, despues de haberseles incorporado el capitán y su partida.

Indispensable era emprender la retirada : acababan de dar las dos, de suerte que habian empleado tres horas en inútiles pesquisas.

Roland , rehabilitado en el ánimo de los gendarmes y dragones , que no sabian cómo elogiar el valor del ex-novicio, dió con harto pesar suyo la señal de retirada, abriendo la puerta de la capilla que daba al bosque , tomando toda la expedicion el camino de Bourg. Roland , con el capitán y sus diez y ocho gendarmes entraron en el cuartel , despues de haber sido reconocidos por el centinela. El coronel de dragones y sus doce hombres prosiguieron su camino entrando en la ciudad.

Entonces fué cuando vino la voz del centinela á llamar la atencion de Morgan y Valensolle ; la entrada de los diez y ocho gendarmes en el cuartel fué lo que interrumpió su cena; esta circunstancia en fin es la que obligó á Morgan á decir :

— Atencion !

En la situacion de los dos jóvenes, todo debia en efecto llamar su atencion. Así que quedó interrumpida la cena, cesando de funcionar las mandíbulas para dejar á la vista y oido llenar sus funciones, con la mayor exactitud posible.

Conocieron no obstante muy luego que solo la vista podría emplearse. Volvió á entrar cada gendarme en su cuarto á oscuras y sin proferir palabra; distinguiéndose solo dos ventanas iluminadas entre las muchísimas que contaba el edificio.

Eran cabalmente las que caian en frente de la que ocupaban Morgan y Valensolle, y como estaban en el primer piso, dominaban perfectamente todo el interior. Eran estas ventanas las del cuarto del capitán.

Fuese por descuido de este bravo militar, ó debido á la penuria del Estado, no habia en dichas ventanas cortina alguna; de suerte que con la luz que despedian dos bujías, encendidas sin duda por el capitán para obsequiar á su huésped, podian Morgan y Valensolle observar todo lo que pasaba dentro del cuarto. De repente cogió Morgan el brazo de Valensolle, apretándolo con fuerza.

—Diantre! exclamó Valensolle, qué hay de nuevo?

Acababa Roland de dejar su tricornio sobre una silla, y Morgan le habia conocido.

—Roland de Montrevel, dijo, Roland con uniforme de oficial de gendarmería; afortunadamente tenemos nosotros su pista, mientras busca inútilmente la muestra. Conviene no perderla.—Qué vas á hacer? preguntó Valensolle, viendo que su amigo se disponia á dejarle.—Voy á avisar á nuestros compañeros; quédate tú y no le pierdas de vista; ahora deja el sable y las pistolas, de manera que pasará seguramente la

noche en el cuarto del capitán: bien guardado está de tomar mañana cualquier camino que sea, sin que alguno de nosotros vaya siguiéndole los pasos.

Y deslizándose Morgan por el montón de heno, desapareció á los ojos de su compañero, que acurrucado é inmóvil, no perdía de vista á Roland de Montrevel.

Un cuarto de hora despues estaba de regreso Morgan, viéndose en las ventanas del oficial de gendarmería la misma oscuridad que en todas las demás del cuartel.

—Qué tal? preguntó Morgan.—Nada! contestó Valensolle, lo mas prosáico del mundo; despues de desnudarse, han apagado las luces y se han acostado, el capitán en su cama y Roland sobre un colchon; de manera que á estas horas estarán ambos roncando á mas y mejor.—Pues entonces, repuso Morgan, buenas noches para ellos y para nosotros.

Diez minutos despues dormian los dos jóvenes como si no hubiesen tenido tan próximo el peligro.

III.

Casa de postas.

El mismo dia, cerca de las seis de la mañana, es decir, durante una de las nebulosas y frias mañanas de los últimos dias de febrero, salia de Bourg por la carretera de Macon ó de San Julian un jinete precedido de un postillon, encargado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Conocieron no obstante muy luego que solo la vista podría emplearse. Volvió á entrar cada gendarme en su cuarto á oscuras y sin proferir palabra; distinguiéndose solo dos ventanas iluminadas entre las muchísimas que contaba el edificio.

Eran cabalmente las que caian en frente de la que ocupaban Morgan y Valensolle, y como estaban en el primer piso, dominaban perfectamente todo el interior. Eran estas ventanas las del cuarto del capitán.

Fuese por descuido de este bravo militar, ó debido á la penuria del Estado, no habia en dichas ventanas cortina alguna; de suerte que con la luz que despedian dos bujías, encendidas sin duda por el capitán para obsequiar á su huésped, podian Morgan y Valensolle observar todo lo que pasaba dentro del cuarto. De repente cogió Morgan el brazo de Valensolle, apretándolo con fuerza.

—Diantre! exclamó Valensolle, qué hay de nuevo?

Acababa Roland de dejar su tricornio sobre una silla, y Morgan le habia conocido.

—Roland de Montrevel, dijo, Roland con uniforme de oficial de gendarmería; afortunadamente tenemos nosotros su pista, mientras busca inútilmente la muestra. Conviene no perderla.—Qué vas á hacer? preguntó Valensolle, viendo que su amigo se disponia á dejarle.—Voy á avisar á nuestros compañeros; quédate tú y no le pierdas de vista; ahora deja el sable y las pistolas, de manera que pasará seguramente la

noche en el cuarto del capitán: bien guardado está de tomar mañana cualquier camino que sea, sin que alguno de nosotros vaya siguiéndole los pasos.

Y deslizándose Morgan por el montón de heno, desapareció á los ojos de su compañero, que acurrucado é inmóvil, no perdía de vista á Roland de Montrevel.

Un cuarto de hora despues estaba de regreso Morgan, viéndose en las ventanas del oficial de gendarmería la misma oscuridad que en todas las demás del cuartel.

—Qué tal? preguntó Morgan.—Nada! contestó Valensolle, lo mas prosáico del mundo; despues de desnudarse, han apagado las luces y se han acostado, el capitán en su cama y Roland sobre un colchon; de manera que á estas horas estarán ambos roncando á mas y mejor.—Pues entonces, repuso Morgan, buenas noches para ellos y para nosotros.

Diez minutos despues dormian los dos jóvenes como si no hubiesen tenido tan próximo el peligro.

III.

Casa de postas.

El mismo dia, cerca de las seis de la mañana, es decir, durante una de las nebulosas y frias mañanas de los últimos dias de febrero, salia de Bourg por la carretera de Macon ó de San Julian un jinete precedido de un postillon, encargado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de volverse el caballo que montaba, al cambiarlo en la próxima parada.

Decimos por la carretera de Macon, ó de San Julian, porque á una legua de Bourg se encuentra una encrucijada que presenta al viajero dos diferentes caminos, el primero de los cuales conduce directamente á San Julian, y el segundo, doblando á la izquierda, á Macon.

Llegado á dicha encrucijada, iba el jinete á tomar el camino de Macon, cuando una voz, salida al parecer de un carro que se veía volcado en medio del camino, vino á implorar su misericordia. Mandó el jinete al postillon examinase lo que habia ocurrido.

Encontraron en efecto á un pobre labrador cogido bajo un carro de hortaliza. Habia sin duda intentado detenerlo en el momento que, cayendo la rueda en la zanja, habia perdido el equilibrio, viniéndole encima con tan buena fortuna, que, segun él, creia nada le habria lastimado, pidiendo únicamente le ayudasen á sacar el carro del atolladero, puesto que él confiaba poder levantarse por sí mismo.

Era el jinete muy amigo de socorrer á sus semejantes, pues no solo permitió que el postillon se detuviese para ayudar al pobre labrador á salir de aquel mal paso, sino que, echando él mismo pié á tierra, cooperó á aquella buena obra, con una fuerza que no era de esperar en un hombre de su mediana estatura, consiguiendo por fin poner el carro otra vez en medio de la carretera.

Disponfase luego á auxiliar al conductor, á quien encontró sano y salvo, como antes habia dicho, y que si bien no se hallaba en disposicion de mantenerse firme sobre sus piés, otra muy distinta seria la causa. Deshízose el carretero en cumplimientos y demostraciones de gratitud, volviendo á tomar por la brida á su caballo, al que no sabia sin embargo guiar tan directamente como habria sido menester.

Montaron otra vez jinete y postillon, y poniendo al galope sus caballos, desaparecieron bien pronto en la revuelta que forma la carretera, cinco minutos antes de llegar al bosque de Monnet. Pero apenas hubieron desaparecido, observóse una notable mudanza en las maneras del fingido carretero; pues deteniendo su caballo y llevándose á la boea una trompetilla, tocó por tres veces consecutivas. Salió del bosque contiguo á la carretera una especie de palafrenero, llevando del diestro un brioso caballo.

Despojóse rápidamente el carretero de su blusa y tocoso pantalon, y subiendo al carro, sacó de él un envoltorio que contenia un traje de caza verde, galoneado de oro. Despues de cambiar su gorro con el sombrero que le presentó el criado, proporcionado á su elegante traje, se calzó las espuelas; y saltando sobre su caballo con la ligereza y maestría de un consumado jinete:

—A las siete de esta tarde, dijo al criado, encontrarás á Morgan entre San Justo y Ceyzeriat y le dirás que aquel que *él sabe* se dirige á Macon, pero que yo estaré allí antes que él.

Para cumplir sin duda lo que acababa de prometer, abandonando al cuidado de su criado el carro cargado de hortaliza, dirigióse el jinete, que no era otro que nuestro antiguo conocido Montbar, hácia el bosque de Monnet, poniendo á escape su caballo.

No era este un mal troton de posta como el que montaba Roland, sino al contrario un excelente caballo de carrera; de suerte que entre el bosque de Monnet y Polliat, Montbar adelantó á los dos jinetes.

Salvo un corto descanso en Saint-Cyr-sur-Menthon, corrió el caballo en ménos de tres horas las nueve ó diez leguas que separan á Bourg de Macon. Al llegar á este último punto, apeóse Montbar en la casa de postas, única posada á la sazón para los viajeros de cierta clase. Por el modo como fué recibido por el posadero, echábase de ver que era uno de los antiguos parroquianos de la posada.

— Ah! sois vos, M. de Jayat, exclamó al verle el posadero; ayer precisamente estábamos hablando de vos: hace mas de un mes que no os habíamos visto.— Tanto tiempo hay, amigo? contestó el jóven; he estado con mis amigos Treffort, Hautecour; les habreis oido nombrar, no es verdad?— Oh! y les conozco tambien.— Hemos estado de caza; pero no se almuerza hoy en vuestra casa?— Por qué?— Porque traigo un regular apetito; á ver, servidme un pollo, una botella de vino de Burdeos, dos chuletas, algunas frutas y cualquier otra friolera.— Al instante: quereis que os sirvan en vuestro

cuarto, ó en el comedor?— En el comedor, es mas alegre; pero ponedme mesa aparte. Ah! no olvideis mi caballo, es un excelente animal que quiero mas que á ciertos cristianos.

Mientras el posadero fué á dar sus órdenes, calentóse un instante Montbar en la chimenea.

— Continuais teniendo la posta? preguntóle al entrar de nuevo.— Vaya!— De manera que paran aquí las diligencias?— Las diligencias no, solamente las sillas-correos.— Ah! decidme: tengo que ir uno de estos dias á Chambéry; cuántos asientos van en las sillas?— Tres: dos en el interior y uno con la correspondencia.— Y os parece si encontraré alguno desocupado?— Algunas veces sucede; pero lo mas seguro es viajar en coche propio.— Y no puede pedirse anticipadamente?— No, porque ya veis, M. de Jayat, si hay viajeros que tomen asiento desde París á Lyon, naturalmente han de ser preferidos.— Vaya con los aristócratas! dijo riendo Montbar. A propósito de aristócratas, ahí detrás he dejado uno que viaja en posta, le he adelantado á un cuarto de legua de Polliat y por cierto me ha parecido que monta un mal rocin.— Oh! repuso el posadero, milagro seria; casi todos los caballos de posta son lo mismo.— Ahí le teneis, contestó Montbar, creia llevarle mas ventaja.

En efecto, Roland entraba en aquel momento en el patio.

— Tomais el cuarto número uno, M. de Jayat? preguntó el posadero.— Por qué me lo preguntais?— Porque es el mejor; y si vos no lo quereis, lo daremos al viajero que acaba

de llegar, si tiene que detenerse.—Oh! me es igual; hasta la noche no sabré si he de quedarme, ó proseguir mi viaje. Si el que acaba de llegar pide cuarto, dadle el número uno; me contentaré yo con el número dos.—Cuando V. guste, dijo el criado desde la puerta del comedor.

Hizo Montbar una señal con la cabeza, dirigiéndose al comedor, al mismo tiempo que entraba Roland en la cocina. Estaba puesta la mesa, pero cambiando Montbar de sitio los platos y el cubierto, se colocó de manera que diese la espalda á la puerta.

Era inútil aquella precaucion, pues Roland no entró siquiera en el comedor, pudiendo por lo tanto concluir su almuerzo sin ser molestado. Únicamente fué el mismo posadero quien le sirvió el café.

Conoció Montbar que era debida esta deferencia al deseo de conversar un rato, lo cual no le disgustaba por cierto, deseoso como estaba de hacer sus averiguaciones.

—Qué tal? preguntó Montbar, se ha detenido nuestro hombre? Se ha contentado con cambiar de caballo?—No, no, contestó el posadero; lo habeis adivinado, es un aristócrata; ha querido que le sirvan el almuerzo en su cuarto.—En el suyo, ó en el mio? repuso Montbar, porque apuesto que le habeis dado el famoso número uno.—Diablo! no teneis de que quejaros, Mr. de Jayat, pues me habeis dicho que podia disponer de él.—Y habeis hecho perfectamente en tomarme la palabra; me conformo con el número

dos.—Oh! pues á fe que tal vez os pese; solo un pequeño tabique lo separa del número uno, y por consiguiente se oye todo lo que se habla de un cuarto al otro.—Os figurais acaso que he venido á la posada para hacer algo que no pueda saberse, ó cantar coplas sediciosas, que temeis sea oido lo que haga ó diga?—No es esto.—Pues qué?—No temo que vos molesteis á los otros; sino al contrario, que los otros os molesten á vos.—Es pues algun baladron el nuevo viajero?—No, me parece militar.—Y en qué os lo parece?—En primer lugar, por su facha; y además porque me ha preguntado cuál era el regimiento que estaba de guarnicion en Macon, y habiéndole yo dicho que es el séptimo de cazadores: « Ah! bueno, me ha contestado, ya conozco al jefe de brigada, es uno de mis amigos: podria el mozo llevarle una carta y proponerle que venga á almorzar conmigo? »—Ah! ah!—Ya veis pues cuánto ruido van á meter dos oficiales jóvenes! y lo peor es que no solo querrán almorzar, sino que son capaces de comer y cenar aquí.—Ya os he dicho que no creo tener el gusto de pasar la noche en vuestra casa; estoy aguardando de un momento á otro cartas de París para determinar lo que deba hacer; entretanto poned luces y fuego en el cuarto número dos, procurando hacer el menor ruido posible para no incomodar á mi vecino, y hacedme subir luego tintero, pluma y papel, pues tengo que escribir.

Fueron con toda puntualidad cumplidas las órdenes de

Montbar, subiendo él detrás del criado para procurar que no se incomodara Roland con su vecindad.

Era en efecto el cuarto tal como había dicho el posadero, pues era imposible hacer en uno el mas ligero ruido, ó pronunciar una sola palabra, sin que fuese distintamente oído en el otro. Por esto oyó perfectamente Montbar cuando el mozo anunció á Roland la llegada del jefe de brigada de Maccon, no menos que las alegres exclamaciones de los dos amigos al entrar este en el cuarto.

Por su parte Roland, si bien percibió el ruido que se hizo en el cuarto vecino, olvidólo tan pronto como hubo cesado, sin temor de que se reprodujese.

Una vez solo Montbar, sentóse frente á la mesa en que se había puesto el recado de escribir, permaneciendo inmóvil. Habíanse conocido los dos oficiales en Italia, habiendo servido Roland á las órdenes del jefe de brigada, siendo este capitán y teniente aquel.

En la actualidad era igual la graduacion de los dos, y como iba á mayor abundamiento revestido Roland de una doble comision encargada por el primer cónsul y el prefecto de policía, dábale esta circunstancia cierta superioridad para con los oficiales de su misma graduacion, y aun, por lo tocante al desempeño de su cometido, para con los oficiales superiores.

No se había equivocado Morgan al presumir que el hermano de Amelia había tomado á su cargo la persecucion de

los compañeros de Jehú. Aun cuando no lo probase ya suficientemente su visita nocturna á la Cartuja de Seillon, lo habría demostrado hasta la última evidencia la conversacion del jóven oficial con su compañero de armas, si hubiese podido llegar á sus oídos.

De ella resultaba que el primer cónsul remitía en efecto en calidad de donativo á los monjes del Monte de San Bernardo cincuenta mil francos que debía conducir realmente la posta; pero que esta cantidad era tan solo un lazo tendido á los que acostumbraban detener las diligencias, sino se lograba sorprenderles antes en la misma Cartuja de Seillon; ó en cualquier otro de sus escondrijos.

Lo que faltaba ahora era combinar el plan para llevar á cabo dicha sorpresa, y esto es lo que discutieron detenidamente los dos oficiales durante el almuerzo.

Al levantarse de la mesa, estaban acordes y el plan perfectamente convenido. Aquella misma noche recibió Morgan una carta concebida en estos términos:

« Como nos había dicho Adler, el viernes próximo, á las cinco de la tarde, saldrá de París una silla de posta conduciendo cincuenta mil francos para los monjes del Monte de San Bernardo.

« Ocuparán los tres asientos, el del cupé y los dos del interior, tres viajeros que los tomarán el primero en Sens, y los otros dos en Tonnerre.

« Estos viajeros serán, el del cupé, uno de los bravos

agentes del ciudadano Fouché; y los del interior Mr. Roland de Montrevel y el jefe de brigada del séptimo de cazadores, de guarnicion en Macon.

«A fin de no excitar sospechas, vestirán de paisano, pero irán armados hasta los dientes.

«Irá la silla de posta escoltada por doce cazadores de caballería con sus carabinas, sables y pistolas; siguiéndola á una regular distancia, para no ser vistos y correr en su auxilio cuando sea la ocasion.

«Al primer pistoletazo que se dispare, tienen la órden de poner al galope sus caballos y caer de sorpresa sobre los que hayan detenido el coche.

«A pesar de todas estas precauciones, ó mejor, á causa de ellas, soy de parecer que se obre tal como nos habíamos propuesto; esto es, deteniendo la silla en el sitio convenido de la Casa-Blanca.

«Si son de la misma opinion los compañeros, que se me avise sin tardanza: yo acompañaré la posta en clase de postillon, desde Macon á Belleville.

«El jefe de brigada queda por mi cuenta; que se encargue uno de vosotros del agente del ciudadano Fouché.

«En cuanto á Mr. Roland de Montrevel, nada le sucederá, pues, por un medio de mi exclusiva invencion, le impediré salir del coche.

«Pasará la mala de Chambery por la Casa-Blanca el sábado á las seis de la tarde, sin falta alguna.

«Por lo tanto, contestarme en pocas palabras: *El sábado á las seis de la tarde*: esto bastará, y lo demas irá á las mil maravillas.

«MONTBAR.»

A media noche Montbar, que se habia quejado del ruido que hacia su vecino, logrando así trasladarse á otro cuarto en el extremo opuesto de la posada, fué despertado por un lacayo, el mismo que le habia llevado á la carretera su caballo ensillado.

Traia este criado una carta para Mr. de Jayat, quien abriéndola, leyó estas senciltas palabras:

«El sábado á las seis de la tarde.

«MORGAN.»

«P. D. No olvidar en ningun caso que la vida de Roland de Montrevel es para nosotros sagrada.»

Enteróse con extraordinaria alegría de esta concisa contestacion: no se trataba esta vez de la simple detencion de una diligencia; era además una especie de lance de honor entre hombres de diferente opinion, un encuentro entre valientes.

No era solo el oro lo que iba á disputarse en medio de la carretera, sino que tambien se interesaba en aquel hecho el amor propio de los que en él debian tomar parte. No consistia todo el peligro en unas pistolas cargadas sin bala en manos

de un niño; tenía que hacer frente á soldados aguerridos, provistos de toda clase de armas.

Quedaba todo aquel dia y el siguiente para hacer los preparativos. Quiso ante todo enterarse Montbar de quién era el postillon que á las cinco debía tomar el coche en Macon y correr la estacion, ó mejor, las dos estaciones que hay desde Macon á Belleville. Encargó asimismo la compra de cuatro clavos y dos candados que cerrasen con llave.

Sabia de antemano que el coche llegaba á las cuatro y media á Macon, donde se detenía á comer, volviendo á salir á las cinco en punto. Sin duda habia tomado ya Montbar anticipadamente sus medidas, pues luego de haber hecho este encargo á su criado, le despidió, echándose él á dormir como hombre que lleva un grande atraso en esta reparadora necesidad.

Al dia siguiente, eran ya las nueve de la mañana cuando salió de su cuarto. Preguntó con la mayor naturalidad al posadero por su ruidoso vecino, y supo que á las seis habia salido con la mala de Lyon á París con su amigo el jefe de brigada, pareciéndole al buen posadero que solo habian tomado sus asientos hasta Tonnerre.

No habia sido menor la curiosidad del jóven oficial, por lo tocante á Mr. de Jayat, que la que manifestaba este por aquel; pues habia preguntado quién era, si acostumbraba ir á la posada, y si querria vender su caballo.

Contestóle el posadero que conocia muy bien á Mr. de Ja-

yat, pues se alojaba muy á menudo en su casa en sus frecuentes visitas á Macon, y que en cuanto á su caballo, no creia, atendido el gran cariño que parecia tenerle, quisiese cederlo á ningun precio. Hubieron de satisfacer sin duda estas noticias al viajero, pues no volvió á insistir sobre el particular.

Despues del almuerzo, Mr. de Jayat, al parecer muy desocupado, hizo ensillar su caballo saliendo de Macon por el camino de Lyon. Mientras atravesó la ciudad, dejó ir al paso el caballo; mas una vez fuera de ella, púsole al galope.

Atravesó los pueblos de Varennes, Creches y Grinchay, no deteniéndose hasta llegar á la Casa-Blanca.

No podia, en efecto, como habia dicho Valensolle, elegirse sitio mas á propósito para una emboscada.

Estaba situada la Casa-Blanca en el fondo de un valle, en una hondonada, bañando las tapias de su jardin un riachuelo sin nombre que vá á reunirse con el Saona á las inmediaciones de Challe. Altos y frondosos árboles, plantados á la orilla del rio, se extienden en semicírculos, ocultando completamente la casa. En cuanto á ella, destinada antes á servir de venta, habia sido desde siete á ocho años abandonada, y empezaba ya á desmoronarse.

Antes de llegar á ella por la parte de Macon, hacia una revuelta la carretera, que impedia verla hasta muy corta distancia. Examinó Montbar el terreno con todo el cuidado de un general que va á examinar el campo de batalla, y sacando de su bolsillo un lápiz, delineó en su cartera un plano exacto, regresando luego á Macon.

Dos horas despues, salia el criado llevando este plano á Morgan, dejando enterado á su amo del nombre del postillon que debia conducir la mala: Llamábase Antonio. Entrególe además los cuatro clavos y los dos candados que habia ido á comprar.

Hizo subir Montbar una botella de vino de Borgoña, y llamar á Antonio. Al poco rato entraba este en su cuarto. Era un alto y gallardo jóven, de veinte y cinco á veinte y seis años, de la misma estatura que Montbar; quien, despues de haberle examinado de piés á cabeza, pareció quedar altamente satisfecho.

Detúvose el postillon en el umbral de la puerta, y llevándose la mano á su sombrero, al estilo militar:

—El ciudadano me ha hecho llamar? preguntó.—Sois vos el postillon que se llama Antonio? dijo Montbar.—Para serviros en todo lo que yo pueda, á vos y á la compañía.—Pues bien! sí, amigo mio, puedes servirme; cierra la puerta y acércate.

Cerró Antonio la puerta, y adelantando dos pasos hácia Montbar, llevó de nuevo la mano á su sombrero, diciendo:

—Estoy á vuestras órdenes, mandad.—Ante todo, dijo Montbar, podremos, si te parece, echar un trago á la salud de tu novia.—Oh! oh! de mi novia! exclamó Antonio, creéis que la gente de mi raela gasta novias? esto se guarda para los señores.—Si te figurarás, picaron, que vas á hacerme creer que con tu arrogante figura has hecho voto de casti-

dad?—Oh! no quiero hacerme tampoco el recatado hasta este extremo; no diré que á veces no se coja al vuelo algun amorcillo.—Es claro, á cada parada; á qué sino detenerse tantas veces con los caballos, á la vuelta, á remojar la garganta, ó encender el cigarro?—Bah! repuso Antonio encogiéndose de hombros, vale mas reir.—Por supuesto; prueba este vino, y yo te aseguro que no te hará llorar.

Y tomando Montbar un vaso lleno, hizo señal al postillon de que tomase el otro.

—A vuestra salud y á la de la compañía!

Era esta una locucion familiar al buen postillon; una especie de cumplimento refinado, para el que no habia necesidad de que hubiese tal compañía.

—Ah! es excelente, dijo despues de haber bebido, no me lo habia parecido, antes bien le creia muy inferior.—Pues te has equivocado, Antonio.—Oh! sí, no hay duda, me he equivocado.—Pues es preciso, repuso Montbar volviendo á llenar el vaso, que repares la injusticia.—Un dedito nada mas, paisano, dijo el alegre postillon, colocando á lo largo su dedo, de modo que llegaba hasta el borde del vaso.—Aguarda, dijo Montbar, al momento en que Antonio iba á llevar el vaso á la boca.—Si os descuidais, no podeis salvarlo, contestó Antonio; iba ya á emprender su curso. Qué hay de nuevo?—Tú no has querido que yo bebiese á la salud de tu novia, pero supongo que no tendrás reparo en beber tú á la salud de la mia.—Oh! esto no puede negarse, sobre todo, con semejante vino: á la sa-

lud de vuestra novia y su compañía! y de un sorbo desapareció el líquido en su boca.—Oh! dijo Montbar, te has precipitado, amigo mio.—Cómo! repuso el postillon.—Es claro: como yo tengo muchas novias, sin nombrar aquella á cuya salud bebemos, de nada podrá servirle.—Es verdad!—Lo siento, pero es preciso volver á empezar, amigo.—No hay mas remedio! con un hombre como vos, conviene no hacer mal las cosas; yo he cometido la falta, justo es que la repare.

Alargó Antonio su vaso, que volvió á llenar Montbar hasta el borde.

—Vamos á ver, dijo echando una ojeada á la botella y asegurándose de que estaba vacía, no vayamos á equivocarnos otra vez. Su nombre?—A la hermosa Josefina! dijo Montbar.—A la hermosa Josefina! repitió Antonio. Y apuró de nuevo el vaso, con una satisfaccion que parecia ir en aumento.

Después de haber bebido y enjugádose los labios con la manga, dejando el vaso sobre la mesa:

—Eh! dijo, no basta, paisano.—Qué? dijo Montbar; no ha ido esto en regla?—Ni por pienso; no ha ido bien, pero ya es tarde.—Por qué?—La botella está vacía.—Es verdad, pero por qué no ha ido bien?

Y tomó Montbar de encima la chimenea otra botella llena.

—Ah! ah! dijo Antonio, cuyo semblante se puso mas animado.—Tiene la cosa remedio? preguntó Montbar.—Creo que sí, contestó Antonio.

Y alargando al mismo tiempo el vaso, volvió á llenarlo Montbar, como lo habia hecho las otras tres veces.

—Decia, pues, prosiguió el postillon mirando el líquido que llenaba su vaso, que hemos bebido á la salud de la hermosa Josefina.—Esto es, dijo Montbar.—Pero, repuso Antonio, hay en Francia un sin número de Josefinas.—Cuántas te parece que habrá, Antonio?—Cien mil, á lo menos.—Concedido, y qué?—Supongamos que entre las cien mil son hermosas una décima parte.—Ya es mucho suponer.—Bueno, una vigésima, pues.—Corriente.—Serian cinco mil.—Sabes que eres muy buen aritmético?—Cómo que soy hijo de un maestro de escuela!—Ah! bien se conoce.—Pues señor, á la salud de cuál de las cinco mil hemos bebido?—Tienes razon que te sobra, Antonio; será preciso añadir el apellido al nombre de la hermosa Josefina.—Aguardad, el vaso está empañado, no sirve; para que sea provechoso á la salud de vuestra novia, es necesario vaciarlo y volverlo á llenar.

Y llevándoselo á la boca:

—Ya está vacío, dijo.—Pues ya vuelve á estar lleno, contestó Montbar, poniéndolo en contacto con la botella.—Decid, pues, á la hermosa Josefina...—A la hermosa Josefina..... Lollier.

Y Montbar desocupó su vaso.

—Pardiez! dijo Antonio; Josefina Lollier, yo la conozco.—Tal vez.—Josefina Lollier es la hija del maestro de

postas de Belleville.—Cabal.—Canario! no hay que teneros compasion, paisano, es una hermosa jóven; á la salud de la hermosa Josefina Lollier!

Y con estas palabras apuró el quinto vaso de Borgoña.

—Y bien, preguntó Montbar, comprendes ahora por qué te he hecho llamar, Antonio?—No, pero por esto no os quiero menos.—Eres muy amable.—Oh! soy un buen muchacho.—No lo dudo, voy á comunicarte mi secreto.—Hablad.—Antójaseme que con el vaso vacío [no tendrias el oído bastante fino; llenémoslo pues.—Cuán previsor sois! habreis sin duda sido médico de sordos.—No; mas no por esto conozco menos lo que mas conviene, contestó Montbar volviendo á llenar el vaso.—No vayais á creer que mi afición al vino llegue hasta el extremo de hacerme perder la cabeza.—Qué disparate! cuando uno se mantiene tan firme sobre sus estribos como tú en este momento, no hay motivo para sospechar tal cosa.—Pues ya veis! dijo Antonio esforzándose en guardar el equilibrio; pero aun no me habeis hablado de vuestro asunto.—Has dicho que no sabias porque te habia mandado llamar.—Y es la verdad, paisano.—Sin embargo, algun fin habrás creído tendria para hacerlo?—Bueno ó malo, siempre se propone el hombre algun fin, así á lo menos lo asegura nuestro buen cura, repuso sentenciosamente Antonio.—Pues bien, el que yo me propongo, amigo mio, es penetrar de noche en la habitacion del tio Nicolás Lollier, maestro de postas de Belleville.—De Belleville, re-

pitó Antonio siguiendo las palabras de Montbar con toda la atencion de que era capaz, ya entiendo; quereis penetrar de incógnito en la habitacion de maese Nicolás Lollier, maestro de postas de Belleville, para tener un buen rato con la hermosa Josefina? Lo he acertado?—De medio á medio, querido Antonio; y me obliga á presentarme de incógnito la tenacidad del viejo Lollier, que ha prohibido á su hija hablar conmigo.—Corriente; pero qué tengo yo que ver con todo eso?—Conservas aun las ideas algo oscuras, Antonio; un nuevo traguito acabará de aclararlas.—Teneis razon.

Y de un sorbo apuró su sexto vaso de vino.

—Dices qué tienes que ver con esto, Antonio?—Pues es claro; qué puedo yo hacer para remediarlo?—Puedes hacerlo todo, amigo mio.—Yo?—Tú.—Ah! pues tengo curiosidad de saberlo; á ver, ayudadme á aclarar mis ideas.

Y diciendo esto, alargó de nuevo el vaso.

—No te toca mañana acompañar la silla de posta de Chambéry?—Sí, á las seis.—Pues bien, supongamos que Antonio sea un buen muchacho.—No basta suponerlo; podeis asegurarlo.—Entonces, hé aquí lo que haria Antonio.—Veamos, qué haria?—Ante todo, apurar este vaso.—Oh! esto es muy fácil; ya está.—Luego, ganar estos diez luises.

Y hablando así, dejó caer en la mesa diez luises de oro.

—Ah! ah! exclamó Antonio, qué amarillitos! creia que habian emigrado todos, estos diablos.—Pues ya ves que aun

han quedado algunos.—Y qué debe hacer Antonio para méterselos en la faltriquera?—Nada mas que prestarme su mejor traje de postillon.—A vos?—Y permitir que ocupe yo su puesto mañana por la tarde.—Ah! ya.... para ver de este modo á la hermosa Josefina, sin ser conocido.—Cabal; luego á las ocho á Belleville, entro en la cuadra, digo que los caballos están muy fatigados y que es preciso dejarlos descansar hasta las diez; de las ocho á las diez.... comprendes?—Dos horas de gloria; allá se las avenga maese Lollier.—Con que, entendidos?—Entendidos; soy jóven, y sigo el partido de los jóvenes; soy soltero, y favorezco en lo posible á los de mi estado: cuando sea viejo y tenga hijas, ya será otra cosa; entonces, ojo al Cristo!—De manera que mañana me entregas tu mas hermosa chaqueta y todos tus demás atavíos.—Precisamente tengo una que no tiene igual.—Y me cedes tu puesto?—Con mucho gusto.—Y yo te entrego estos cinco luises adelantados.—Y los otros cinco?—Mañana al cojer el látigo; pero una cosa he de advertirte.—Cuál?—Como se habla tanto de los ladrones que salen á robar los coches, cuidarás de que en la silla del delantero haya pistoleras.—Por qué?—Toma! para meter las pistolas.—Dejaos de tonterías; no vayais á indisponeros con esos guapos chicos.—Cómo! guapos chicos llamas á los salteadores que salen á robar las diligencias?—Bah! no creo que por robar el dinero del gobierno merezca uno el nombre de salteador.—Lo crees así?—Y no soy el único; muchos son del mismo parecer. Lo

que sabré deciros es que si yo fuese juez, no me atreveria á condenarles.—Serias capaz hasta de beber á su salud?—Sí, á fe mia, mayormente si el vino se lo mereciese.—Pues vamos á verlo, dijo Montbar, echando en el vaso de Antonio todo el que quedaba en la segunda botella.—Vaya un gran sacrificio! á la salud de los compañeros de Jehú!—Así sea, contestó Montbar.—Y los cinco luises? dijo Antonio, dejando el vaso sobre la mesa.—Tómalos.—Gracias; no faltarán las pistoleras; pero creedme, no pongais en ellas pistolas, ó si las poneis, no las cargueis con bala, como hace el compadre Gerónimo, conductor de la diligencia de Ginebra.

Dada esta filantrópica advertencia, despidióse el postillon de Montbar, cantando con voz enronquecida por el vino, al bajar la escalera:

Levantéme al rayar la aurora

Y gozoso al bosque volé;

Dormidita una hermosa pastora

Entre robles y encinas hallé:

Despertándola «os seria mi bella,

Grato oír de un pastor la cancion?»

De un pastor á mí? dijo ella...

Ay? callaos, callaos, burlon.

Eseuchó Montbar atentamente al cantor hasta el fin de la segunda copla; mas por grande que fuese el interés que le inspiraba la cancion de Antonio, como á medida que se iba alejando se hacia menos perceptible la voz, hubo de renunciar por entonces á saber el resto de la misma.

IV.

La mala de Chambery.

Al día siguiente, á las cinco de la tarde, empezó Antonio á aparejar en el patio de la posada los tres caballos que debían correr la posta.

A consecuencia de lo que le habia encargado Montbar, no descuidó poner las pistolerías en la silla del delantero. Levantaba muy á menudo los ojos hácia la ventana de un pequeño cuarto, que salia al patio por una escalerilla. Por aquella ventana, tras la que se veia algo apartada la cortina, podia el que ocupase dicho cuarto observar, á la escasa luz de una tarde de invierno, lo que pasaba en el patio. Habría-se dicho que Antonio se proponia dar cuenta de todos sus gestos y movimientos á algun desconocido vigilante, oculto detrás de la cortina.

A las cinco y treinta y cinco minutos oyóse el ruido de un coche y el chasquido del látigo del postillon.

Poco despues entraba al galope la mala en el patio de la posada, parándose debajo de las ventanas del cuarto, que tanto habia parecido llamar la atencion de Antonio, á tres pasos del primer peldaño de la escalerilla.

Si á alguién hubiese interesado observarlo, habria visto que, apartándose de una manera casi imprudente la cortina

de la indicada ventana, asomó la cabeza el misterioso inquilino para examinar los viajeros que bajaban del coche. Fueron saliendo de él, uno tras otro, hasta tres hombres; quienes, á guisa de viajeros hambrientos, se dirigieron precipitadamente al comedor iluminado con profusion.

Apenas habian entrado en él, vióse bajar por la escalerilla un elegante postillon, cuyos piés cubrian unos finos escarpines, sobre los cuales contaba sin duda calzarse las gruesas botas que usan por lo comun los de su clase. Dejó oír un ligero silbido, el cual bastó no obstante para avisar á Antonio; puesto que presentóse al momento corriendo con sus botas de montar en una mano, y su vasto alboroz en la otra.

Calzóse el elegante postillon las botas de Antonio, en cuya mano deslizó cinco luises, echándose luego á las espaldas el grueso capote, que el rigor de la estacion hacia indispensable. Dispuesto de esta manera, volvió á entrar Antonio en la cuadra, ocultándose en el mas apartado y oscuro rincón.

En cuanto al que acababa de ocupar su puesto, despues de haberse ajustado cuidadosamente el capote que le cubria casi el rostro, engancho los tres caballos aparejados por Antonio, metió en las fundas del delantero un par de pistolas de dos tiros, y aprovechándose del abandono en que conductor y viajeros habian dejado la mala, clavó con el auxilio de un punzon, que podia muy bien tomarse por un puñal, cuatro clavos en la madera del coche, esto es, uno á cada porte

zuela, y los otros dos, á la misma línea, en la tabla inmediata.

Aguardó luego, calmando la impaciencia de los caballos, ya con la voz ya con el látigo inteligentemente combinados, ó empleando alternativamente cada uno de estos dos medios.

Sabida es la precipitación con que han de comer los que se hallan condenados á viajar con la mala; así que antes de media hora oyóse la voz del conductor, gritando:

—Señores, al coche.

De pié Lepretre en el estribo, reconoció perfectamente á pesar de la oscuridad á Roland y al jefe de brigada del séptimo de cazadores, que subieron al interior, sin parar la menor atención en el postillon. Cerró este la portezuela, colocando al mismo tiempo el candado entre los dos clavos y cerrándolo con llave. Dando luego vuelta al coche, fingió habersele caído el látigo delante de la otra portezuela, y al bajarse á recogerlo, colocó asimismo el segundo candado que dejó igualmente cerrado, y teniendo de este modo bien asegurados á los dos oficiales, montó su caballo, gritando al conductor que estaba aun conversando con el posadero:

—Tenemos que aguardar ahí la salida del sol, compadre Francisco?—Ya voy, ya voy, contestó el conductor sin reparar en la voz del postillon, que este sin embargo procuró disimular lo mejor que pudo.

—Dónde están los viajeros? preguntó el conductor.—Aquí estamos todos, contestaron á una voz los dos oficiales desde

el interior, y el agente de policía en el cupé.—Al avío pues, repuso el conductor, poniendo el pié en el estribo y sentándose en su puesto, junto al viajero, cerrando tras sí la portezuela.

No hubo necesidad de repetir el aviso: salieron al galope los caballos animados por los repetidos chasquidos del látigo del postillon.

No parecía sino que Lepretre no habia hecho otra cosa en toda su vida; atravesó la ciudad con la velocidad del rayo y con toda la destreza del mas ejercitado postillon. A la salida de Macon vió un grupo de hombres montados: eran los doce cazadores que debian seguir la mala, sin dar á entender que la escoltaban. Sacando el jefe de brigada la cabeza por la portezuela, hizo una seña al oficial que los mandaba.

Nada pareció observar Lepretre, pero á una distancia de quinientos pasos, ejecutando una sinfonía con el látigo, volvió la cabeza y vió que la escolta se habia puesto en marcha.

—Aguardad, mis bravos, dijo para sí; por mucha prisa que os deis, no habeis de llegar á tiempo.

Y poniendo de nuevo en movimiento las espuelas y el látigo, disparáronse los caballos como saetas, arrastrando el coche que parecia no tocar al suelo. Temeroso el conductor:

—Eh! maese Antonio, gritó, habrá hoy algo de chispa?—Sí á fe, contestó Lepretre, la comida ha sido espléndida... Un plato de acelgas.....—Si seguimos á ese paso, gritó Roland sacando la cabeza por la portezuela, es imposible

que la escolta nos siga.—Oyes lo que están diciendo? gritó el conductor.—No, contestó Lepretre, no se oye.—Dicen que á este paso la escolta no podrá seguirnos.—Vamos pues escoltados? preguntó Lepretre.—Pues es claro: no ves que conducimos fondos del gobierno?—Ah! esto es otra cosa; podiais haberlo dicho antes.

Pero en lugar de detener la carrera, continuó la mala al mismo paso; y si alguna diferencia podia notarse era solo su mayor velocidad.

—Sabes que si nos sucede alguna desgracia, dijo el conductor, te rompó la cabeza de un pistoletazo?—Bah! contestó Lepretre, poco cuidado me dan vuestras pistolas, cargadas sin bala.—Tal vez; pero no sucede lo mismo con las mias, gritó el agente de policia.—Esto lo veremos cuando llegue la ocasion, repuso Lepretre.

Y sin hacer caso de advertencias ni amenazas, siguió corriendo del mismo modo. Con la rapidez del rayo atravesaron los pueblos de Varennes, Creche y Grinchay, faltando apenas un cuarto de legua para llegar á la Casa-Blanca.

Cual si saliesen de un baño, cubria el sudor á los pobres caballos, que relinchaban de rabia, echando espuma por la boca. Miró hácia atrás Lepretre distinguiendo á los cazadores á mas de mil pasos del coche. Hallábase en la cima de una cuesta, y sin tomar precaucion alguna, precipitóse á todo escape por la pendiente, llevando empero los caballos sujetos de modo que pudiese detenerlos á su antojo.

Calló por fin el conductor, conociendo iba dirigido por una mano tan hábil como vigorosa. Solo el jefe de brigada miraba á cada instante por la portezuela, para ver la distancia que le separaba de sus soldados.

A la mitad de la pendiente era Lepretre perfectamente dueño del tiro, sin haber disminuido en lo mas mínimo la velocidad de la carrera. Púsose entonces á cantar en alta voz el *Despertar del pueblo*, que era la cancion de los realistas, como la *marseillaise* era la de los jacobinos.

—Qué está cantando ese bruto? gritó Roland, sacando la cabeza; decidle que calle, conductor, ó sino le mando una bala entre los riñones.

Antes de que el conductor tuviese tiempo de trasmitir al postillon la amenaza de Roland, salió de entre una línea negra, que cerraba el paso de la carretera, la voz de:

—Alto, conductor!—Postillon, á ver si sabes aplastar á esta canalla, gritó el agente de policia.—Poquito á poco, señor mio, contestó Lepretre: creéis que así se aplasta á los amigos? hooeh.

Detúvose el coche como por encanto.

—Adelante, adelante! gritaron á un tiempo Roland y el jefe de brigada, conociendo que la escolta se hallaba á demasiada distancia para poder darles auxilio.—Ah! infame postillon, gritó el agente de policia saltando del cupé, y corriendo pistola en mano hácia Lepretre; la vés á pagar por todos.

No habia aun proferido la última palabra, cuando Lepre-

tre, anticipándosele, disparó contra el agente, que cayó mortalmente herido entre las ruedas del coche. Apretando con su dedo crispado por la agonía el gatillo, salió el tiro, sin causar daño á persona alguna.

—Conductor, gritaban los dos oficiales, abrid pronto!— Caballeros, dijo Morgan adelantándose, nada pretendemos contra vosotros; buscamos únicamente el dinero del gobierno. Así pues, conductor, vengan los cincuenta mil francos, y despachemos.

Dos tiros salidos del interior fueron la contestacion de los dos oficiales, quienes despues de haber procurado inútilmente abrir las portezuelas, intentaron en vano salir por las ventanillas.

Sin duda se aprovechó alguno de los tiros, pues oyóse un grito de rabia, al mismo tiempo que la llama de un fogonazo iluminó la carretera. El jefe de brigada exhaló un gran suspiro, cayendo exánime al lado de Roland. Disparó este su segunda pistola, pero nadie le contestó. Descargadas sus armas, encerrado en el interior del coche, y privado de servirse de su sable, rugia de cólera.

Durante este tiempo, obligóse al conductor, arrimándole una pistola á la oreja, á entregar el dinero: dos hombres tomaron los saquitos que contenian los cincuenta mil francos, colocándolos sobre el caballo de Leprete, que su lacayo le habia llevado ensillado, como para dirigirse á una partida de caza.

Quitándose Leprete sus gruesas botas, púsose de un salto sobre su caballo.

—Tantas cosas al primer cónsul, M. de Montrevel! gritó Morgan. Dirigiéndose despues á sus compañeros:

—En marcha, amigos, tome cada cual por su camino. Ya sabeis el punto de reunion; mañana por la noche!...—Sí, sí, contestaron diez ó doce voces.

Dispersóse la cuadrilla como una bandada de pájaros, desapareciendo por el valle, á la sombra de los árboles plantados al borde del riachuelo que ocultaba la Casa-Blanca.

Oyóse en aquel momento el galope de los caballos, diviéndose en lo alto de la pendiente la escolta, que advertida por los disparos, venia corriendo á todo escape. Llegó, no obstante, demasiado tarde, pues encontró tan solo al conductor sentado á la orilla del camino, los dos cadáveres del agente de policífa y del jefe de brigada, y á Roland prisionero y rugiendo como un leon que muerde los hierros de su jaula.

Mientras tenian lugar los hechos que acabamos de referir, de los que se ocuparon no poco los habitantes y periódicos de provincia, preparábanse en París sucesos mucho mas gra-

tre, anticipándosele, disparó contra el agente, que cayó mortalmente herido entre las ruedas del coche. Apretando con su dedo crispado por la agonía el gatillo, salió el tiro, sin causar daño á persona alguna.

—Conductor, gritaban los dos oficiales, abrid pronto!— Caballeros, dijo Morgan adelantándose, nada pretendemos contra vosotros; buscamos únicamente el dinero del gobierno. Así pues, conductor, vengan los cincuenta mil francos, y despachemos.

Dos tiros salidos del interior fueron la contestacion de los dos oficiales, quienes despues de haber procurado inútilmente abrir las portezuelas, intentaron en vano salir por las ventanillas.

Sin duda se aprovechó alguno de los tiros, pues oyóse un grito de rabia, al mismo tiempo que la llama de un fogonazo iluminó la carretera. El jefe de brigada exhaló un gran suspiro, cayendo exánime al lado de Roland. Disparó este su segunda pistola, pero nadie le contestó. Descargadas sus armas, encerrado en el interior del coche, y privado de servirse de su sable, rugia de cólera.

Durante este tiempo, obligóse al conductor, arrimándole una pistola á la oreja, á entregar el dinero: dos hombres tomaron los saquitos que contenian los cincuenta mil francos, colocándolos sobre el caballo de Leprete, que su lacayo le habia llevado ensillado, como para dirigirse á una partida de caza.

Quitándose Leprete sus gruesas botas, púsose de un salto sobre su caballo.

—Tantas cosas al primer cónsul, M. de Montrevel! gritó Morgan. Dirigiéndose despues á sus compañeros:

—En marcha, amigos, tome cada cual por su camino. Ya sabeis el punto de reunion; mañana por la noche!...—Sí, sí, contestaron diez ó doce voces.

Dispersóse la cuadrilla como una bandada de pájaros, desapareciendo por el valle, á la sombra de los árboles plantados al borde del riachuelo que ocultaba la Casa-Blanca.

Oyóse en aquel momento el galope de los caballos, diviéndose en lo alto de la pendiente la escolta, que advertida por los disparos, venia corriendo á todo escape. Llegó, no obstante, demasiado tarde, pues encontró tan solo al conductor sentado á la orilla del camino, los dos cadáveres del agente de policífa y del jefe de brigada, y á Roland prisionero y rugiendo como un leon que muerde los hierros de su jaula.

Mientras tenian lugar los hechos que acabamos de referir, de los que se ocuparon no poco los habitantes y periódicos de provincia, preparábanse en París sucesos mucho mas gra-

ves, que debían ocupar la atención de los habitantes y periódicos de todo el mundo.

Lord Tanlay se hallaba de regreso, portador de la contestación de su tío lord Greenville. Consistía esta contestación en una carta dirigida á M. de Talleyrand, y una nota escrita para el primer cónsul. La carta estaba concebida en estos términos:

« Dowling-street, 14 de febrero de 1800.

« Caballero:

« He recibido y presentado al rey la carta que me habeis dirigido por mano de mi sobrino lord Tanlay. No encontrando S. M. razón alguna para separarse de las formas desde larguísimo tiempo establecidas en Europa para tratar con los estados extranjeros, me ha ordenado remitiros en su nombre la contestación oficial que incluyo.

« Tengo el honor de ser con la mas alta consideración vuestro muy humilde y obediente servidor

« GREENVILLE. »

La contestación era seca, la nota precisa. El primer cónsul habia escrito un *autógrafo* al rey Jorge, y el rey Jorge, *no queriendo separarse de las formas establecidas en Europa para tratar con los estados extranjeros*, contestaba por una simple nota, escrita por un secretario cualquiera, por mas que llevase la firma de Greenville. La nota era tan solo una larga recriminación contra la Francia, con-

tra el espíritu de desórden que la agitaba, manifestándose los temores que inspiraba á toda la Europa, y la necesidad de reprimirlo en que se hallaban, para atender á su propia conservación, todos los soberanos reinantes. Era, en suma, la continuación de la guerra.

Brillaron los ojos de Bonaparte al leerla, con aquella llama que precedía en él á los grandes acontecimientos, como precede el rayo á la tempestad.

— Esto es, caballero, dijo volviéndose á lord Tanlay, todo lo que habeis podido conseguir?— Sí, ciudadano primer cónsul.— No habeis pues enterado verbalmente á vuestro tío de todo lo que os encargué?— Sin olvidar una sola sílaba.— No le habeis dicho que vos habitais hace dos ó tres años en Francia, que la habeis visto, la habeis estudiado, que es fuerte, poderosa, feliz, y que aun cuando desea la paz, está preparada á la guerra?— Todo esto le he dicho.— No añadisteis que es una guerra insensata la que nos están haciendo; que el espíritu de desórden de que hablan, y que no es otra cosa que la exageración de la libertad por tan largo tiempo comprimida, conviene encerrarlo en la misma Francia, por medio de una paz universal; que esta paz es el único cordón sanitario que puede impedirle salir de nuestras fronteras; que mientras arda en Francia el volcán de la guerra, se extenderá como una lava por todo el mundo? La Italia es libre, dice el rey de Inglaterra; pero libre de quién? De sus libertadores; la Italia es libre, mas por qué? porque yo con-

quisto el Egipto, desde el Delta á la tercera catarata; la Italia es libre, porque yo no estoy en Italia; pero dentro de un mes puedo yo estar en Italia, y para conquistarla desde los Alpes al Adriático, me basta una sola batalla. Que creéis está haciendo Massena defendiendo á Génova? Me está aguardando. Ah! los soberanos de Europa necesitan la guerra para asegurar sus coronas! pues bien, milord, yo os prometo conmover tan violentamente la Europa, que las coronas han de temblarles en las sienas. Tienen necesidad de la guerra! aguardad. Bourrienne! Bourrienne!

Abrióse precipitadamente la puerta de comunicacion entre el gabinete del primer cónsul y el de su secretario, presentándose Bourrienne tan alarmado, al parecer, como si Bonaparte hubiese pedido socorro. Encontró al primer cónsul muy exaltado, con la nota diplomática en una mano, y golpeando con la otra la mesa de despacho, y á tres pasos de él, á lord Tanlay, impasible, mudo y en pié. Comprendiendo desde luego que la contestacion de Inglaterra habria sido la causa de la exaltacion que en el primer cónsul observaba:

— Me habeis llamado, general? dijo.— Sí, contestó el primer cónsul, tomad la pluma.

Y con voz breve y entrecortada, sin parar la menor atencion en las palabras, y como si por el contrario se amoldasen estas á sus ideas, dictó la siguiente proclama:

« Soldados!

« Al prometer la paz al pueblo francés, he sido el intérprete de vuestros deseos. Demasiado conocido me es vuestro valor. Sois los mismos que conquistaron el Rhin, la Holanda, la Italia, y que ajustaron la paz al pié de los muros de Viena, llena de asombro.

« Soldados! no son ya nuestras fronteras lo que conviene defender, es preciso invadir los estados enemigos.

« Soldados! cuando sea la ocasion, estaré entre vosotros, y la Europa admirada reconocerá que sois de la raza de los valientes! »

Levantó Bourrienne la cabeza, aguardando la conclusion de la proclama.

— Está concluida, dijo Bonaparte.— Añadiré las palabras sacramentales: *Viva la República?*— Por qué me lo preguntais?— Porque hace cuatro meses que no hemos escrito proclamas, y tal vez podria esta no ajustarse á las fórmulas ordinarias.— Está bien así, repuso Bonaparte, nada debeis añadir.

Y tomando una pluma, puso su firma al pié de dicha proclama.

Devolviéndola despues á Bourrienne:

— Que se publique mañana en el *Monitor*, le dijo.

Salió Bourrienne, llevándose la proclama.

Quedó Bonaparte con lord Tanlay, paseándose por el cuarto como si hubiese olvidado su presencia; mas parándose de repente delante de él:

—Milord, le dijo, creéis haber conseguido de vuestro tío todo lo que habría podido conseguir otro en vuestro lugar?— Mas, ciudadano primer cónsul.—Mas, mas; qué habeis conseguido pues?—Me parece que el ciudadano primer cónsul no ha leído la nota con toda la atención que se merece.—Bah! dijo Bonaparte, la sé de memoria.—Con todo, el ciudadano primer cónsul no se ha detenido en la verdadera significación de cierto párrafo.—Lo creéis así?—Estoy seguro de ello; y si el ciudadano primer cónsul me permitiese leerle el párrafo á que acabo de aludir.....

Abrió Bonaparte la mano que tenía apretada la nota, y presentándola á lord Tanlay:

—Leed, le dijo.

Tomó sir John la nota, que parecía serle familiar, y recorriéndola con la vista, detúvose en el párrafo décimo y leyó:

«La mejor y mas segura garantía de la realización de la paz, no menos que de su duración, sería el restablecimiento de los principios que, durante tantos siglos, han proporcionado á la nación francesa la prosperidad en el interior y la consideración y respeto de los demás pueblos. Este suceso habría desvanecido, y desvanecerá en todos tiempos, los obstáculos que se oponen á las negociaciones y á la paz; afianzaria á la Francia la tranquila posesión de su antiguo territorio, y procuraria á las otras naciones de Europa, por medio de la tranquilidad y el sosiego, la seguridad que ahora se ven obligadas á buscar por otros medios.»

—Bueno! y qué? exclamó impaciente Bonaparte; lo había bien leído y perfectamente entendido. Resignaos á ser un Monck, trabajad en beneficio de otro, y se os perdonarán vuestras victorias, vuestra fama, vuestro genio: consentid en rebajaros, y se os permitirá ser grande!—Ciudadano primer cónsul, contestó lord Tanlay, nadie conoce mejor que yo la diferencia que vá de vos á Monck, y cuanto le aventajais en genio y celebridad.—Por qué me leéis pues este párrafo?—Os lo he leído, repuso sir John, para suplicaros que fijéis bien la atención en el que le sigue.—Veámoslo, dijo Bonaparte con una impaciencia mal reprimida.

Sir John prosiguió:

«Pero, por mucho que la Francia y el mundo entero puedan desear semejante restablecimiento, no limita S. M. exclusivamente á este medio la posibilidad de una paz sólida y segura.»

Sir John acentuó con marcada intención las últimas palabras.

—Ah! ah! exclamó Bonaparte, acercándose precipitadamente á sir John.

El inglés siguió leyendo:

«No tiene S. M. la pretension de describir á la Francia cuál haya de ser la forma de su gobierno, ni en qué manos haya de depositarse la autoridad necesaria para dirigir los destinos de una gran nación.»

— Volvedlo á leer, caballero, dijo vivamente Bonaparte.—
Leedlo vos mismo, contestó sir John.

Y le entregó la nota que Bonaparte leyó con la mayor atencion.

— Sois vos, caballero, quien hizo añadir este párrafo?—
A lo menos, insistí hasta que se hubo puesto.

Bonaparte se puso á reflexionar.

— Teneis razon, dijo finalmente, hemos adelantado un gran paso; el restablecimiento de los Borbones no es una condicion *sine qua non*. Me aceptan, no solo como influencia militar, sí que tambien como poder político.

Tendiendo luego la mano á sir John:

— Teneis algo que pedirme, caballero?—Lo único que ambiciono os ha sido ya pedido por mi amigo Roland.—Y yo le he contestado que me seria muy grato veros esposo de su hermana; si yo fuese mas rico, ó vos lo fueseis menos, me ofreceria á dotarla; pero me consta que vuestra fortuna basta para dos personas, y aun, añadió con una sonrisa, mucho le sobra. Os dejo pues el placer de hacer no solo feliz, sí que tambien rica, á la mujer que ha merecido vuestro amor.

Llamó entonces á Bourrienne, quien, presentándose:

— Ha salido, general, dijo.—Bien, contestó el primer cónsul, no os llamaba por esto.—Aguardo vuestras órdenes.—A cualquier hora del día ó de la noche que se presente lord Tanlay, tendré particular gusto en recibirle, sin que tenga que aguardar un instante: oís, querido Bourrienne? oís, milord?

Inclinóse lord Tanlay en señal de agradecimiento.

— Ahora, prosiguió Bonaparte, como presumo que tendreis prisa para regresar al castillo de Fuentes-Negras, podéis partir cuando gustéis; una sola condicion exijo.—Cuál, general?—Si os necesitase para una nueva embajada.....—Esto no es una condicion, ciudadano primer cónsul, es un favor.

Inclinóse lord Tanlay y salió. Acompañóle Bourrienne hasta la puerta, á cuyo umbral acababa de aparecer el prefecto de policia.

— Qué hay de nuevo, ciudadano Fouché? preguntó Bonaparte; traeis el semblante muy demudado; habríanme quizás asesinado?—Ciudadano primer cónsul, contestó el prefecto, me parece que dais grande importancia á la destruccion de las partidas de bandoleros que han tomado el nombre de compañeros de Jehú.—En efecto, como que envié en su persecucion al mismo Roland. Se ha recibido alguna noticia?—Sí.—Quién la ha comunicado?—El jefe de los bandoleros.—Cómo el jefe?—El mismo: ha tenido el atrevimiento de comunicarme el resultado de su última expedicion.—Contra quién?—Contra los cincuenta mil francos que mandasteis remitir á los monjes de San Bernardo.—Qué ha sido de ellos?—De los cincuenta mil francos?—Sí.—Han caido en manos de los compañeros, cuyo jefe me anuncia que se hallarán muy luego en poder de Cadoudal.—Entonces Roland habrá sido muerto?—No.—Es posible?—Lo ha sido mi agente y el jefe

de brigada, Saint-Maurice; pero vuestro ayudante de campo se encuentra sano y salvo.—Se vá á ahorcar, dijo Bonaparte.—Es inútil; se romperá la cuerda, no ignorais su mucha suerte.—O su mucha desgracia: dónde está el parte?—La carta querreis decir?—Carta, parte, ó lo que sea, por dónde habeis sabido estas noticias.

Presentó el prefecto de policía al primer cónsul un billete elegantemente metido en un sobre perfumado.

—Qué es esto?—Lo que me pedís.

Bonaparte leyó:

« Al ciudadano Fouché, prefecto de policía, París.

« Ciudadano prefecto, tengo el honor de anunciáros que los cincuenta mil francos destinados á los monjes de San Bernardo han pasado á nuestras manos en la tarde del 25 de febrero de 1800 (contando á la antigua), y que dentro de ocho dias estarán en poder del ciudadano Cadoudal.

« No ha ocurrido novedad particular, si exceptuais la muerte de vuestro agente y del jefe de brigada Saint-Maurice; en cuanto á Mr. Roland de Montrevel, tengo la satisfaccion de deciros que no le ha sucedido la menor desgracia. No podia yo olvidar que fué él quien me introdujo en el Luxemburgo.

« Os escribo, ciudadano prefecto, porque presumo que, ocupado M. Roland de Montrevel en perseguirnos, no podrá hacerlo en seguida.

« Pero no dudo que al primer momento de descanso reci-

bireis el parte que os dirija, explicándoos todos los detalles, que yo me veo precisado á omitir.

« En cambio de este servicio, os suplico, ciudadano prefecto, que me presteis otros: que tranquiliceis sin pérdida de tiempo á madama de Montrevel, asegurándole que su hijo se halla sin novedad.

« Casa-Blanca, carretera de Macon á Lyon, el sábado á las nueve de la noche. »

—Ah pardiez! dijo Bonaparte, vaya un bribon atrevido!

Y luego con un suspiro:

—Qué capitanes y coroneles tendria yo en esos hombres! añadió.—Tiene el primer cónsul algo que mandarme, preguntó el prefecto de policía.—Nada; esto es cuenta de Roland, está en ello comprometido su honor, y toda vez que no ha muerto, dejémosle que tome su desquite.—El primer cónsul se desentiende pues de este asunto?—Sí, por ahora á lo menos.

Volviéndose despues á su secretario:

—A cosas mas serias tenemos que atender nosotros, dijo; no es verdad, Bourrienne?

Hizo Bourrienne con la cabeza una señal afirmativa.

—Cuándo desea verme el primer cónsul? preguntó el prefecto de policía.—Esta noche, á las diez; dentro de ocho dias cambiaremos de habitacion.—Dónde pensais trasladaros?—A las Tullerías.

Hizo Fouché un movimiento, que revelaba toda su sorpresa.

—Es contra vuestro parecer, ya lo sé, dijo el primer cónsul; pero no os quedará otro recurso que obedecer.

Fouché saludó disponiéndose á salir.

—A propósito! dijo Bonaparte.

Volvióse Fouché al oír estas palabras.

—No olvidéis enterar á madama de Montrevel de que su hijo se halla sano y salvo; es lo menos que podeis hacer por el ciudadano Morgan, despues de la atencion que ha tenido con vos.

Volvió en seguida la espalda al prefecto de policía, que se retiró mordiéndose los labios hasta hacer brotar la sangre.

VI.

Primeras pesquisas.

Hemos visto la situacion en que encontró á la posta de Chambéry la partida del 7.º de cazadores, que debia servirle de escolta.

Su primera operacion, al llegar, fué remover el obstáculo que mantenía encerrado á Roland, quien, despues de arrancado el candado, salió del coche como un tigre de la jaula.

Roland, cazador y soldado, no tenia mas que una idea; seguir la pista á los compañeros de Jehú, guiado por las huellas que su presencia habia dejado impresas en el terreno, cubierto, como hemos dicho, de nieve. Vióles internarse siguiendo la direccion de Thoisse; pero conoció desde luego la imposibilidad de adelantar por aquel camino, sabiendo, como sabia, que á muy corta distancia tenia que interponérseles el Saona, y que para atravesarlo no les quedaba otro medio que los puentes de Belleville y de Macon. Mandando, pues, á la escolta y al conductor que le aguardasen en la carretera, empezó, solo, á pié y sin cuidarse siquiera de cargar sus pistolas, á seguir las huellas de Morgan y de sus compañeros. No se habia equivocado: á un cuarto de legua de la carretera encontraron los fugitivos el Saona, y deteniéndose á la orilla para deliberar, segun lo indicaban claramente las pisadas de los caballos, se dividieron en dos grupos, remontando el uno la márgen del rio hasta el puente de Macon, y continuando el otro en direccion opuesta, hácia el de Belleville.

Echábase fácilmente de ver que el objeto de esta separacion no era otro que el de desorientar á sus perseguidores, en el caso de que fuesen perseguidos.

Habia Roland oido la cita dada á los compañeros por su jefe: «Mañana por la noche, donde sabeis.» Persuadióse por lo tanto de que cualquiera que fuese el grupo á cuyo seguimiento se lanzáse, ora se decidiese por los que ha-

Hizo Fouché un movimiento, que revelaba toda su sorpresa.

—Es contra vuestro parecer, ya lo sé, dijo el primer cónsul; pero no os quedará otro recurso que obedecer.

Fouché saludó disponiéndose á salir.

—A propósito! dijo Bonaparte.

Volvióse Fouché al oír estas palabras.

—No olvidéis enterar á madama de Montrevel de que su hijo se halla sano y salvo; es lo menos que podeis hacer por el ciudadano Morgan, despues de la atencion que ha tenido con vos.

Volvió en seguida la espalda al prefecto de policía, que se retiró mordiéndose los labios hasta hacer brotar la sangre.

VI.

Primeras pesquisas.

Hemos visto la situacion en que encontró á la posta de Chambéry la partida del 7.^o de cazadores, que debia servirle de escolta.

Su primera operacion, al llegar, fué remover el obstáculo que mantenía encerrado á Roland, quien, despues de arrancado el candado, salió del coche como un tigre de la jaula.

Roland, cazador y soldado, no tenia mas que una idea; seguir la pista á los compañeros de Jehú, guiado por las huellas que su presencia habia dejado impresas en el terreno, cubierto, como hemos dicho, de nieve. Vióles internarse siguiendo la direccion de Thoisse; pero conoció desde luego la imposibilidad de adelantar por aquel camino, sabiendo, como sabia, que á muy corta distancia tenia que interponérseles el Saona, y que para atravesarlo no les quedaba otro medio que los puentes de Belleville y de Macon. Mandando, pues, á la escolta y al conductor que le aguardasen en la carretera, empezó, solo, á pié y sin cuidarse siquiera de cargar sus pistolas, á seguir las huellas de Morgan y de sus compañeros. No se habia equivocado: á un cuarto de legua de la carretera encontraron los fugitivos el Saona, y deteniéndose á la orilla para deliberar, segun lo indicaban claramente las pisadas de los caballos, se dividieron en dos grupos, remontando el uno la márgen del rio hasta el puente de Macon, y continuando el otro en direccion opuesta, hácia el de Belleville.

Echábase fácilmente de ver que el objeto de esta separacion no era otro que el de desorientar á sus perseguidores, en el caso de que fuesen perseguidos.

Habia Roland oido la cita dada á los compañeros por su jefe: «Mañana por la noche, donde sabeis.» Persuadióse por lo tanto de que cualquiera que fuese el grupo á cuyo seguimiento se lanzáse, ora se decidiese por los que ha-

bian remontado, ó por los que bajado el Saona, no podría descubrir el lugar de la cita si al día siguiente no estaba derritida la nieve; puesto que los compañeros de Jehú, juntos ó separados, debían acudir todos á un mismo lugar. Retrocediendo, pues, por el mismo camino, mandó al conductor seguir adelante hasta la parada inmediata, esto es, hasta Belleville.

Con él marcharon el oficial de la escolta y cuatro cazadores para declarar como testigos en el proceso verbal que debía instruirse. Prohibióles Roland mencionar su nombre, ni aludirle de modo alguno, proponiéndose ocultar á todo el mundo sus futuros proyectos.

El resto de la escolta, conduciendo el cadáver del jefe de brigada, se dirigió á Macon, donde debía instruirse igualmente otro proceso verbal, acorde con el del conductor, y en el que tampoco debía mencionarse para nada á Roland. Escogiendo luego el mejor caballo que había en la escolta, cargando sus pistolas y colocándolas en las fundas que contenían las del cazador desmontado, salió al galope, tomando el mismo camino que había ya recorrido.

Llegado al punto donde se habían separado los dos grupos, determinó ir únicamente tras el que siguiendo el curso del Saona se había encaminado á Belleville. Obligóle á tomar esta resolución, que le hacía perder quizás dos ó tres leguas, en primer lugar el hallarse mas cerca de Belleville que de Macon, y el considerar además que, habiendo per-

manecido veinte y cuatro horas en Macon, podía ser fácilmente reconocido, al paso que en Belleville no corría semejante peligro, por no haber estado en dicha poblacion mas que el tiempo preciso para cambiar el tiro en alguno de sus anteriores viajes.

Una hora apenas bastó para lo que acabamos de referir; el reloj de Thoissey daba las ocho de la noche cuando emprendió Roland la persecucion de los fugitivos.

Fácil era seguirles la pista, pues veíanse distintamente impresas en la nieve las pisadas de cinco ó seis caballos. Atravesó Roland los dos ó tres riachuelos que corren por aquella llanura á la espalda de Belleville, deteniéndose á cien pasos de dicho pueblo, donde se habían los fugitivos subdividido.

De los seis caballos tomaron dos á la derecha, alejándose del Saona, mientras los otros cuatro siguieron á la izquierda, sin desviarse del camino que debía conducirles á Belleville. Conocíase que á la entrada de esta ciudad se había nuevamente fraccionado el grupo, dando tres de los jinetes la vuelta por el exterior, y penetrando uno solo por sus calles.

Prefirió Roland seguir las huellas de este último, creyendo que por este medio descubriría quizás el paradero de los demás. El que había entrado en la ciudad fué á refugiarse en una elegante casa con jardín, señalada con el núm. 67. Habiendo tirado del cordon de la campanilla no tardaron en

abrirle; al través de la verja se veían las huellas del que le había abierto, distinguiendo además, á poca distancia, las pisadas del caballo al ser sin duda conducido á la cuadra.

Era por lo tanto indudable que en aquella casa había entrado uno de los compañeros de Jehú.

Harto sencillo era para Roland presentarse á la autoridad, manifestarle las facultades de que se hallaba revestido, y reclamando el auxilio de la fuerza pública, proceder á la inmediata detención del fugitivo. No era sin embargo este su objeto, pues no se contentaba con la captura de un solo individuo, empeñado, como parecía estarlo, en apoderarse de todos los que formaban la partida. Así que, grabando en su memoria el número 67, prosiguió tranquilamente su camino. Después de haber atravesado toda la ciudad, examinó á la salida el terreno, sin lograr empero descubrir huella ni señal alguna.

Proponíase ya retroceder, cuando le ocurrió que seguramente volvería á encontrar la pista á la entrada del puente. No se equivocaba, en efecto, pues al llegar á dicho sitio distinguió visiblemente las pisadas de los tres caballos de una manera que no dejaba lugar á la menor duda.

Lanzóse por consiguiente con nuevos bríos á la persecución de los fugitivos, observando á la entrada de Monceaux, que, sin olvidar estos sus acostumbradas precauciones, habían igualmente dado la vuelta á la población; cosa que dió

muy poco cuidado á Roland, en la seguridad de que al otro extremo del pueblo encontraría de nuevo las señales que le indicasen la dirección que habían tomado.

Tampoco erró esta vez sus cálculos, de manera que puesto nuevamente en marcha, poco antes de Chatillon pudo observar que uno de los caballos, dejando la carretera y tomando á la derecha, había entrado en un castillejo situado en la cima de una colina, á poca distancia del camino de Trevoux, mientras los otros dos jinetes, creyendo haber conseguido desorientar á los que pudiesen perseguirles, habían tranquilamente atravesado Chatillon y tomado la carretera de Neuville.

Nada más favorable á los proyectos de Roland, pues era evidente que se dirigían á Bourg; de lo contrario, habrían seguido el camino de Marlieux. Era pues sin disputa Bourg el cuartel general de los compañeros de Jehú; y como era asimismo el punto elegido por Roland como centro de sus operaciones al propio tiempo que su ciudad natal, cuyos alrededores conocía con toda exactitud, hubo de celebrar la buena elección de sus enemigos.

Como siempre, en Neuville habían dado los fugitivos la vuelta por el exterior; mas sin hacer caso ya Roland de semejante ardid, siguió adelante, viendo que á la salida del pueblo había quedado solo uno de los caballos.

Deseoso, no obstante, de aprovechar todos los indicios posibles, retrocedió algunos pasos hasta el sitio donde se ha-

bian separado los dos jinetes; viendo entonces que, en el camino de Vannes, habia el uno seguido adelante penetrando en sus calles, y pasado el otro por las afueras de dicho pueblo. Satisfecho de este descubrimiento, volvió á tomar el camino de Bourg, á fin de cerciorarse del paradero del único que le faltaba descubrir.

El caballo que este montaba no podia á la verdad andar mucho mayor trecho, pues aun suponiendo que al salir de la Casa-Blanca estuviese reposado, llevaba recorridas las dos leguas que hay desde dicho punto á Belleville, cuatro desde esta ciudad á Chatillon, y las seis desde Chatillon á Bourg; es decir, una distancia de doce leguas, que con los rodeos que se vieron precisados á dar, seria á lo menos de trece. Poco mas podia por consiguiente esperarse de un caballo, cualquiera que fuese su brio.

En efecto, muy cerca de Saint Denis conociase que el pobre animal marchaba con tanta dificultad, que creyó por un momento Roland que allí se habria detenido el que lo montaba; mas al salir del pueblo volvió á encontrar sus huellas, lo que no le permitió ya dudar de que se encaminaba indefectiblemente á Bourg.

Cuanto mas próxima consideraba Roland la consecucion de su objeto, mayor era el entusiasmo con que atendia al desempeño de su comision. No habia ya creído necesario el jinete evitar el ser visto en Bourg, sino que entró confiadamente en dicha ciudad. Pareció entonces á Roland que allí

habria vacilado por algun tiempo sobre el camino que deberia seguir, aun cuando no se le ocultaba que podia ser este un nuevo ardid para dejar burlados á sus perseguidores. Mas al cabo de diez minutos de exámen, supo á punto fijo á que atenerse: no era un ardid; habia en efecto vacilado, ignorando probablemente el verdadero camino que debia llevarle á donde se proponia ir.

Veíanse los pasos de un hombre, que por un camino transversal se habia reunido al jinete, y servídole desde entonces de guía: al lado de las pisadas del animal se veian los pasos del que le acompañaba. Unos y otros iban á perderse en la posada de la Bella-Alianza. Esta circunstancia hizo recordar á Roland que á aquella misma posada habia sido conducido el caballo que resultó herido cuando la detencion de la diligencia, en las Carronnières. Segun todas las probabilidades, habia por consiguiente algo de comun entre aquella posada y los compañeros de Jehú. Por lo demás, el viajero que acababa de entrar en la Bella-Alianza no era regular saliese de ella antes del dia siguiente. La excesiva fatiga que abrumaba á Roland vino á advertirle la necesidad del descanso. Para no atropellar á su caballo, como y tambien para reconocer detenidamente el camino que acababa de recorrer, habia empleado seis horas en andar las doce leguas.

Daban las tres en la Iglesia de Nuestra Señora cuando entró Roland en Bourg. Indeciso se hallaba sobre el partido que deberia tomar: conocido como era en Bourg, le parecia

una imprudencia alojarse en alguna de las posadas de dicha ciudad, además de que la montura de cazador que llevaba su caballo podría excitar alguna sospecha. El éxito de su comisión dependía principalmente de que nadie supiese su llegada.

Podía ciertamente ocultarse en el castillo de Fuentes-Negras para combinar desde allí su plan: mas, ofrecía la discreción de los que en él vivían toda la seguridad del sigilo? Ningún cuidado le inspiraban, sobre el particular, Miguel y su hijo Jaime; tampoco abrigaba el menor recelo por Amelia; pero podía contar igualmente con Carlota, la hija del alcaide?

Eran, como acabamos de decir, las tres de la madrugada; todo el mundo dormía aun en Bourg; lo más seguro era pues ponerse en contacto con Miguel, á quien no faltaría probablemente medio de ocultarle. Con gran sentimiento de su caballo, que parecía haber olfateado ya la posada, volvió grupos por lo tanto Roland, dirigiéndose á la carretera de Pont-d'Ain.

Al pasar por delante de la iglesia de Bourg, echó una mirada al cuartel de los gendarmes, quienes, al igual que su capitán, dormían por lo visto el sueño de los justos. Atravesó el bosque para adelantar, y al salir de nuevo á la carretera distinguió dos hombres con una gran liebre, sujeta por sus cuatro patas. Pareciéndole reconocer á dichos hombres, puso al trote su caballo para darles alcance.

Aunque la nieve amortiguaba casi el ruido de los pasos, conocíase que dichos dos hombres estaban en vigilancia, pues volviéndose de repente y distinguiendo á un jinete que adelantaba hácia ellos, tiraron la liebre y emprendieron la fuga, procurando ganar el bosque de Seillon.

—Eh! Miguel! gritó Roland, á cada momento mas convencido de haber reconocido á su jardinero.

Paróse Miguel, mientras su compañero continuaba corriendo.

—Eh! Jaime! volvió á gritar Roland.

Detúvose asimismo el otro. Ya qué se les había conocido, era inútil huir, además de que el grito nada tenía de hostil; la voz era mejor amiga que amenazadora.

—Calle! exclamó Jaime, parece M. Roland.—Vaya! el mismo es en cuerpo y alma, añadió Miguel.

Y en lugar de huir hácia el bosque, retrocedieron los dos á la carretera. Si bien Roland no oyó las palabras de los dos labriegos, con todo, adivinándolas:

—Eh! par diez! sí, yo soy, gritó.

A los pocos instantes Miguel y Jaime estaban á su lado. Innumerables fueron las preguntas del padre y del hijo, á quienes preciso es confesar no faltaba motivo para hallarse tan admirados.

Roland, de paisano, montado en un caballo de un simple soldado, á las tres de la madrugada, en la carretera de Bourg, á las inmediaciones de Fuentes-Negras..... Cortó el joven bruscamente la conversacion, diciéndoles:

—Silencio! poned la liebre á la grupa de mi caballo y vamos corriendo al castillo; nadie ha de saber mi llegada, ni aun mi hermana, entendeis?

Hablaba Roland en el tono imperativo propio de un militar, y muy bien sabian los que le escuchaban que, dada por él una orden, no habia mas que cumplirla al pié de la letra. Pusiéronse los tres en marcha, siguiendo los dos aldeanos el trote del caballo, y aun cuando les separaba del castillo un cuarto de legua á lo menos, hallábanse á los diez minutos á cien pasos de la verja.

Hicieron allí alto, adelantándose el jardinero y su hijo para explorar el terreno y convencerse de que todo continuaba tranquilo y silencioso. Satisfechos de su reconocimiento, hicieron seña á Roland, quien adelantándose, se apeó y entró por la puerta del pabellon previamente abierta, mientras Miguel conducia el caballo á la cuadra y la liebre á la cocina; pues aunque cazador furtivo, no le movia el interés sino tan solo el placer de la caza.

Ninguna sospecha podian despertar ni el caballo la liebre; pues tan poco se cuidaba Amelia de la cuadra como de la cocina. Preparó Jaime un buen fuego en la chimenea, mientras Miguel fué á buscar media docena de huevos para una tortilla, preparando en seguida Jaime, lo mejor que pudo, una cama en un cuarto retirado. Sentóse Roland junto á la chimenea, cenando sin proferir una sola palabra.

Contemplábanle los dos aldeanos con cierta extrañeza, no

del todo exenta de inquietud. Habíase esparcido el rumor de la expedicion de Seillon, y, aunque en voz baja, se decia dirigida por Roland. Era pues evidente que su regreso se rozaba con alguna nueva operacion del mismo género. Concluida su sencilla cena, levantó Roland la cabeza, llamando á Miguel.

—Ah! estabas aquí? dijo.—Sí, aguardando vuestras órdenes.—Son muy sencillas; óyeme bien.—Hablad.—Es cuestion de vida ó muerte; mas que esto, pues va en ello mi honor.—Hablad, hablad por Dios.

Sacó Roland su reloj.

—Son las cinco; cuando abran la posada de la Bella-Alianza, estarás tú á la puerta como pasando por casualidad y te detendrás á hablar con el que abra.—Será probablenmete Pedro.—Pedro ó Pablo, has de saber por él quién es el viajero que ha llegado á la posada cerca de las tres de esta madrugada, y si marcha hoy, ó se queda á descansar todo el dia.—Todo esto sabré.—Pues bien; cuando lo sepas vendrás á decírmelo; y en el entretanto, el mas profundo silencio sobre mi llegada. Si te preguntan por mí dirás que ayer se recibió en el castillo carta mia; que estoy en París al lado del primer cónsul.—Corriente.

Luego de salido Miguel á desempeñar su encargo, acostóse Roland, dejando confiada á Jaime la vigilancia del pabellon.

Cuando despertó, estaba ya de regreso Miguel, con to-

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

das las noticias cuya averiguacion se le habia encomendado. El viajero llegado la noche anterior debia salir aquella misma tarde, y relativamente á él, se leia en el registro, que en aquella época estaban obligados á llevar todos los posaderos, lo siguiente:

«Sábado 30 de pluvioso, á las diez de la noche: el ciudadano Valensolle, llegando de Lyon con direccion á Ginebra.»

Como se ve, estaban tomadas las debidas precauciones; pues es evidente que, constando en el registro la llegada del ciudadano Valensolle, á las diez de la noche, era de todo punto imposible que, hallándose á las ocho y media, hora en que tuvo lugar la detencion de la mala, en la Casa-Blanca, hubiese podido llegar á las diez á la posada de la Bella-Alianza.

Pero lo que mas vivamente preocupaba á Roland, era que el que habia ido siguiendo durante la noche y cuyo nombre y paradero acababa de descubrir, no era otro que el testigo de Alfredo de Barjols, muerto por él en el desafio de la fuente de Vaocluse; pareciéndole entonces, por algunas particularidades que trajo á su memoria, que él mismo habia sido el que se le apareció como un fantasma en la Cartuja de Seillon.

Esto le confirmó en la idea de que los compañeros de Jehú no eran bandoleros ordinarios, sino que al contrario pertenecian todos, segun pretendia el rumor público, á familias distinguidas; y que mientras los nobles bretones arriesgaban

su vida en el Oeste, en defensa de la causa realista, se exponian ellos por su parte á perecer en un cadalso, á fin de remitir á los que se hallaban en campaña los fondos que se procuraban, al otro extremo de la Francia, por medio de sus atrevidas expediciones.

VI.

Una inspiracion.

Nada mas fácil á Roland que hacer detener, antes de su llegada á Bourg, á uno ó dos de los que venia persiguiendo durante la noche, que hemos perdido en su compañía. No le habria sido mas difícil apoderarse igualmente de M. de Valensolle, quien, rendido como él de fatiga, querria sin duda descansar todo aquel dia en la posada.

Bastábale para esto escribir algunas palabras al capitán de los gendarmes, ó al jefe de los dragones, que le habian acompañado en su expedicion á la Cartuja. Mas el arresto de M. de Valensolle seria probablemente la señal de alarma para todos sus compañeros, que se apresurarian á poner piés en polvorosa, atravesando la frontera de Francia. Mas prudente parecióle por lo tanto su primer propósito, esto es, disimular y seguir con sigilo las diferentes huellas que debian guiarle á un mismo centro, y aun cuando fuese preciso aven-

das las noticias cuya averiguacion se le habia encomendado. El viajero llegado la noche anterior debia salir aquella misma tarde, y relativamente á él, se leia en el registro, que en aquella época estaban obligados á llevar todos los posaderos, lo siguiente:

«Sábado 30 de pluvioso, á las diez de la noche: el ciudadano Valensolle, llegando de Lyon con direccion á Ginebra.»

Como se ve, estaban tomadas las debidas precauciones; pues es evidente que, constando en el registro la llegada del ciudadano Valensolle, á las diez de la noche, era de todo punto imposible que, hallándose á las ocho y media, hora en que tuvo lugar la detencion de la mala, en la Casa-Blanca, hubiese podido llegar á las diez á la posada de la Bella-Alianza.

Pero lo que mas vivamente preocupaba á Roland, era que el que habia ido siguiendo durante la noche y cuyo nombre y paradero acababa de descubrir, no era otro que el testigo de Alfredo de Barjols, muerto por él en el desafio de la fuente de Vaocluse; pareciéndole entonces, por algunas particularidades que trajo á su memoria, que él mismo habia sido el que se le apareció como un fantasma en la Cartuja de Seillon.

Esto le confirmó en la idea de que los compañeros de Jehú no eran bandoleros ordinarios, sino que al contrario pertenecian todos, segun pretendia el rumor público, á familias distinguidas; y que mientras los nobles bretones arriesgaban

su vida en el Oeste, en defensa de la causa realista, se exponian ellos por su parte á perecer en un cadalso, á fin de remitir á los que se hallaban en campaña los fondos que se procuraban, al otro extremo de la Francia, por medio de sus atrevidas expediciones.

VI.

Una inspiracion.

Nada mas fácil á Roland que hacer detener, antes de su llegada á Bourg, á uno ó dos de los que venia persiguiendo durante la noche, que hemos perdido en su compañía. No le habria sido mas difícil apoderarse igualmente de M. de Valensolle, quien, rendido como él de fatiga, querria sin duda descansar todo aquel dia en la posada.

Bastábale para esto escribir algunas palabras al capitán de los gendarmes, ó al jefe de los dragones, que le habian acompañado en su expedicion á la Cartuja. Mas el arresto de M. de Valensolle seria probablemente la señal de alarma para todos sus compañeros, que se apresurarian á poner piés en polvorosa, atravesando la frontera de Francia. Mas prudente parecióle por lo tanto su primer propósito, esto es, disimular y seguir con sigilo las diferentes huellas que debian guiarle á un mismo centro, y aun cuando fuese preciso aven-

turar una seria refriega, destruir de un solo golpe toda la compañía. Nada pues de imposibilitar sus movimientos á M. de Valensolle; antes bien, dejándole en completa libertad de continuar su supuesto viaje á Ginebra, el cual no era de seguro otra cosa que un pretexto para neutralizar las averiguaciones de que pudiese ser objeto.

Firme en esta resolución, y previendo que por muy bien que se disfrazase podía ser reconocido, resolvió que por aquella noche permanecería él también oculto, mientras que Miguel y Jaime no perderían de vista la puerta de la posada. Era de creer que M. de Valensolle no saldría de ella hasta muy entrada la noche.

Pidió Roland algunas noticias sobre la vida que llevaba su hermana, durante la ausencia de su mamá. Desde entonces, ni una vez sola había salido Amelia del castillo de Fuentes-Negras, observando en lo demás sus antiguas costumbres á excepción de los paseos que iba á dar antes por los alrededores en compañía de madama de Montrevel.

Levantábase entre siete y ocho de la mañana; entreteníase en dibujar, ó tocar el piano, hasta la hora del almuerzo; leía después un rato, ú ocupábase en alguna delicada labor; daba una vuelta por el jardín, cuidando las flores, hasta la hora de comer; retirándose después á su cuarto, con Carlota.

A las seis y media podían por consiguiente ir donde mejor les pareciese sin que nadie pasase ya por ellos el menor cuida-

do. A dicha hora pues tomaron sus escopetas padre é hijo y salieron del castillo. Según las instrucciones que se les había comunicado, debían seguir el caballo, hasta cerciorarse de la verdadera dirección que tomaba el jinete.

A este fin, tenía que apostarse Migu el delante de la Bella-Alianza, y Jaime en la encrucijada que forman los tres caminos que saliendo de Bourg se dirigen respectivamente á Saint-Amour, Saint-Claude y Nantua, siendo al mismo tiempo el último el de Ginebra.

A menos de retroceder por el mismo camino, lo cual parecía muy poco probable, tenía por necesidad M. de Valensolle que seguir una de estas tres direcciones. Encaminándose por distintos lados los dos aldeanos, dirigióse Miguel hácia la ciudad, por el camino de Pont-d'Ain, pasando por delante de la iglesia de Bourg. Atravesó Jaime el Reissousse, y sin separarse de la orilla derecha de este riachuelo, se encontró al poco tiempo en el centro mismo de la encrucijada.

Al mismo tiempo casi que llegaba el padre á su puesto, ocupaba también el suyo el hijo. Poco después, esto es, apenas dadas las siete, contra lo que acostumbraba á suceder á tales horas en el castillo de Fuentes-Negras, vino á interrumpir la soledad y el silencio ordinarios una silla de posta, que se detuvo delante de la verja, y de la cual saliendo un criado con librea, empezó á tirar con toda su fuerza de la cadena de hierro, que comunicaba con la campana. Tenía Mi-

guel á su cargo las funciones de portero; mas Miguel en aquel instante se hallaba donde saben nuestros lectores.

Descansaban sin duda Amelia y Carlota en su vigilancia; pues por tres distintas veces resonó la campanilla, sin que nadie se presentase á abrir.

Pareció por último á lo alto de la escalera la doncella de Amelia, llamando tímidamente á Miguel. Este empero continuó sordo á sus voces. Creyéndose entonces á cubierto de toda asechanza exterior, á beneficio de la verja que privaba la entrada, animóse Carlota y se acercó á ella. A pesar de la oscuridad, pudo conocer al criado.

—Ah! sois vos, M. James? exclamó con sorpresa.

James era el criado de confianza de sir John.

—Sí, yo soy, señorita, contestó el criado, ó mejor, es milord.

Abrióse entonces la portezuela, oyéndose la voz de sir John que decía:

—Soy yo, Carlota, que llego en este momento de París, y me dirijo al castillo, no para entrar en él esta noche, sino para pedir el permiso de venir mañana. Quereis hacerme el obsequio de preguntar á la señorita á qué hora podrá recibirme?

Carlota, que habia siempre guardado todas las consideraciones imaginables con milord, apresuróse á cumplir su encargo.

Cinco minutos despues sabia aquel por su boca que seria

recibido por Amelia á la una del dia siguiente. Muy luego presumió Roland el objeto de la venida de milord: en su concepto el matrimonio era cosa decidida y sir John era para él su cuñado.

Estuvo pensando por un momento en llamarle para comunicarle sus proyectos; detúvose no obstante considerando que lord Tanlay no era hombre que le permitiese obrar solo. Como tenia aun una cuenta pendiente con los compañeros de Jehú, se empeñaria probablemente en acompañar á Roland en su expedicion, cualquiera que fuese. Prescindiendo del éxito que pudiese tener, seria indispensable correr algun peligro, y de este no queria hacer partícipe á su amigo. La buena fortuna que acompañaba á Roland, no se hacia extensiva á sus amigos; sir John, gravemente herido, habia salvado milagrosamente su vida; el jefe de brigada, que mandaba los cazadores, acababa de ser muerto á su lado. Llevado pues de estas ideas, dejó que sir John se alejara ignorando completamente su permanencia en aquel sitio. En cuanto á Carlota, no parecia extrañar la ausencia de Miguel, tal vez por hallarse ya acostumbrada á quedarse sola con Amelia, ó quizás tambien porque á una ni á otra fuese nada sensible esta soledad.

Tampoco extrañó Roland por su parte semejante indiferencia, pues no le quedaba duda de que Amelia, debilitada al parecer por una afeccion moral, de origen desconocido, sabria manifestarse fuerte y animosa ante un peligro real.

Nosotros, empero, sabemos que mejor favorecían ausentándose los designios de Amelia, Miguel y su hijo, que permaneciendo en el castillo; su presencia habria podido estorbar á Morgan; esto es lo que ante todo deseaba Amelia evitar.

Trascurrieron la tarde y una buena parte de la noche sin que recibiera Roland la menor noticia. En vano intentó conciliar el sueño; pues á cada instante volvía á levantar la cabeza, creyendo que abrían la puerta, la cual permaneció no obstante cerrada, hasta que la luz del día penetraba ya en el cuarto. Entonces fué cuando comparecieron Miguel y Jaime.

Hé aquí lo que habia ocurrido. Situado cada uno en su puesto, esto es, Miguel frente la puerta de la posada y Jaime en la encrucijada, hízose el primero contradicho con Pedro, por quien supo que M. de Valensolle no saldría hasta bastante entrada la noche, á pretexto de que necesitaba descansar su caballo para el largo viaje que iba á emprender. Añadió Pedro que en su concepto no se dirigía el viajero á Ginebra, como habia dado á entender. Propúsole Miguel apurar una botella de vino, á lo cual accedió gustoso el mozo de cuadra, que desde aquel instante quedaba mas y mas á disposición del que así le obsequiaba. Como era imposible sacar el caballo sin que él lo advirtiese, seguro estaba Miguel de ser prevenida y oportunamente avisado.

Era ya media noche y todo continuaba en el mayor silencio; habíanse apurado cuatro botellas de vino, tres de las cuales fueron á parar en el estómago de Pedro. Todo anunciaba

que la salida del viajero se haría aguardar aun algunas horas, y á fin de pasarlas con menos incomodidad, no tuvo reparo Miguel en aceptar la invitacion de acostarse al lado de Pedro, en la misma cuadra.

Entraron pues los dos amigos del brazo, tal vez para evitar á Pedro una caída, que hacia temer el verle andar bamboleando. A las tres llamaron á Pedro: el deseado huésped queria partir.

Levantóse en seguida Miguel como para dirigirse á la caza. Pronto hubo concluido su tocador, reducido á sacudirse las pajas que se habian pegado á su blusa. Despidiéndose por lo tanto de Pedró, corrió á apostarse al extremo de la calle.

Un cuarto de hora despues abrióse la puerta de la posada para dar paso á un jinete, que no podia ser otro que M. de Valensolle, encaminándose efectivamente hácia la carretera de Ginebra, seguido de Miguel, que con la mayor naturalidad del mundo iba silbando una tocata de caza. Mas como le era imposible, á fin de no despertar la atencion, correr para seguir la marcha del caballo, al poco rato hubo perdido de vista á M. de Valensolle.

Quedaba Jaime de centinela en la encrucijada. Pero es preciso no olvidar que en aquella noche de invierno, con un frío intensísimo, difícil habia de ser al pobre mozo permanecer seis horas mortales sobre la nieve.

Atravesó á todo correr Miguel calles y atajos para dirigirse á aquel punto, y á pesar de todo, no solo le fué imposi-

ble descubrir nuevamente al viajero, sino que ni siquiera halló en su puesto á su hijo Jaime. La nieve, pisoteada durante todo el día anterior, que era un domingo, no le dejaba tampoco el recurso de seguir las huellas del animal. Desistiendo por lo tanto de buscar por este medio la dirección tomada por M. de Valensolle, dedicóse exclusivamente á indagar la que habría podido seguir su hijo, cosa para él sumamente fácil.

Conoció desde luego que este, apostado al pié de un árbol, había paseado bastante tiempo, sin duda para resistir mejor el frío: así se lo indicaban claramente las señales que, con sus gruesos zapatos de caza, había dejado impresas en la nieve. Cansado sin duda de ir y venir á las inmediaciones del árbol, habríase acordado de que á la otra parte de la carretera había una de las chozas donde acostumbran los pastores guarecerse de la tempestad. Veíanse sus pasos hasta la zanja, y si bien perdidos en el centro de la carretera, reaparecían al otro lado, formando una diagonal en dirección á la choza. Era por consiguiente incuestionable que en ella había pasado Jaime la noche.

Mas, hacia mucho tiempo que la había abandonado? Por qué había salido de ella? Difícil era aclarar estas dudas, si bien parecía lo mas probable que solo hubiese salido al divisar á M. de Valensolle. Veíanse en efecto, á partir de dicha choza, los pasos que se dirigían á Ceyzeriat. No quedaba pues duda de que el viajero había tomado el camino de Gi-

nebra; así lo hacían á lo menos sospechar los pasos de Jaime, fuera de la carretera, á través de los campos, tras la línea de árboles que debía ocultarle á la vista del que iba siguiendo. Al llegar á un ventorrillo, de estos que tienen escrito sobre la puerta, *Aquí se dá de comer y beber á gentes de á pié y de á caballo*, desaparecían las pisadas.

Era pues evidente que el viajero se detuvo en aquella venta, á veinte pasos de la cual había hecho Jaime también alto, ocultándose detrás de un árbol. Conocíase además que, al poco tiempo, sin duda cuando la puerta se hubo cerrado tras el caballo y caballero, había dejado Jaime su árbol, atravesando la carretera y dirigiéndose poco á poco y con precaución hácia la ventana del solitario figon.

Siguiendo Miguel la misma dirección, arrimósetambién á la ventana, por entre cuyas rendijas, habiendo luz en el interior, podía verse lo que en él pasaba; mas á la sazón, hallándose completamente oscuro, era imposible distinguir objeto alguno.

Dónde habría ido Jaime al separarse de la ventana? fácil era adivinarlo: había dado la vuelta á la casa, según lo dejaba conocer la nieve, intacta en aquel sitio. Tampoco era difícil descubrir el objeto que con esto se propuso. Jaime, muchacho bastante despejado, no podía creer que M. de Valensolle saliese á las tres de la madrugada, diciendo que iba á Ginebra, para detenerse á un cuarto de legua de Bourg en semejante ventorrillo. Tenía pues que salir forzosamente por alguna puerta trasera.

Hé aquí lo que le obligó á dar la vuelta á la venta: la seguridad de encontrar en algun punto de sus alrededores las huellas del caballo, ó á lo menos, las del caballero. No se equivocó en sus pronósticos; pues desde una puercecita escusada que daba al bosque que desde Cotrez se dirige á Ceyzeriat, descubrió los pasos de un hombre, al parecer elegantemente calzado. Jaime habia ido trás él; pues á poca distancia de la fina bota, seguia el grueso zapato; tras el piececito del fino ciudadano, se veia la larga planta del labriego. Eran las cinco de la mañana, y adelantaba á grandes pasos la luz del dia: resolvió en su vista Miguel no seguir mas adelante.

Ya que Jaime seguia tan de cerca la pista, bien podia el anciano descansar en la agilidad y prudencia del jóven. Dando pues un gran rodeo por la llanura, como si volviese de Ceyzeriat, resolvió entrar en la venta y aguardar á Jaime; quien por su parte, calculando que su padre le habria seguido, adivinó tambien le estaria esperando en aquel sitio. Llamando reiteradamente á la puerta, salió á abrirle el ventero, á quien ninguna extrañeza causó la visita de Miguel, acostumbrado como estaba á recibirlas siempre que le llevaban hácia aquel lado sus excursiones nocturnas. Pidiendo al entrar una botella de vino, y lamentándose de no haber podido cazar ni un conejo siquiera, suplicó al ventero le permitiese aguardar á su hijo, que tal vez habria sido mas afortunado. Inútil es decir que no fué difícil conseguir dicho permiso.

Al poco tiempo presentóse en efecto Jaime, casi helado, quejándose tambien de su poca fortuna en la cacería de aquella noche. Encendióse un buen fuego, acompañado de una segunda botella; y despues de haberse calentado á beneficio de ambos auxilios, manifestando la necesidad de regresar á Fuentes-Negras antes de dia, á fin de que no fuese notada su ausencia, despidiéronse padre é hijo del ventero, y se encaminaron al castillo.

Muy bien se guardaron uno y otro de proferir delante del ventero palabra alguna sobre el resultado de su verdadera mision; importaba ante todo no desvanecer la creencia de que habian únicamente salido con motivo de la caza. Pero alejados ya de la venta, refirió Jaime á su padre que al seguir por el bosque al misterioso viajero, se le habia aparecido de repente un hombre, con una carabina, preguntándole qué iba á buscar, á semejante hora, en el bosque. Contestóle Jaime que iba á cazar.

—Pues entonces podreis ir mas léjos, habia replicado el hombre, porque, segun veis, aquí cazo yo.

Convencido Jaime de la justicia de tal observacion, habíase en efecto alejado unos cien pasos. Pero al tomar de nuevo á la izquierda, para seguir la misma direccion de que se le habia desviado, se le presentó otro hombre, armado como el primero, á cuya pregunta, igual en un todo á la de este, habia él por su parte dado la misma contestacion.

—Pues si habeis de seguir un buen consejo, amigo mio,

observó el nuevo cazador, en tono de amenaza, ireis á cazar mas lójos; os irá de seguro mejor cuanto mas os apartéis de este sitio.

Siguió Jaime el consejo, ó aparentó á lo ménos que lo seguía, pues á alguna distancia volvió á la misma direccion, buscando inútilmente las huellas de M. de Valensolle; por lo que, persuadido de la irremediable ineficacia de sus investigaciones, dirigióse á la venta, donde creyó encontrar á su padre. Llegaron los dos, segun hemos dicho ya, al castillo de Fuentes-Negras, cuando la luz del dia empezaba á penetrar por las ventanas.

Todo lo que acabamos de referir fué contado á Roland con una infinidad de detalles que omitimos, y que no tuvieron otro resultado que convencer mas y mas al jóven oficial de que los dos hombres armados que se habian aparecido á Jaime, por mas que se presentasen vestidos de aldeanos, no eran otra cosa que compañeros de Jehú.

Mas, cuál podia ser por aquella parte su guarida? No habia allí conventos abandonados, ni ruinas de ninguna especie. De repente dándose Roland una palmada en la frente:

—Necio de mí! exclamó; cómo no me habia ocurrido antes?

Cruzó por sus labios una sonrisa de triunfo, y dirigiéndose á los dos aldeanos, confusos y desesperados por no poderle comunicar noticias mas circunstanciadas:

—Amigos míos, les dijo, sé ya todo lo que me proponia

saber. Acostaos y dormid tranquilamente; bien lo necesitais á fe mia.

Y dando por su parte el ejemplo, durmióse profundamente con la satisfaccion del hombre que acaba de resolver un problema de la mas alta importancia, despues de haberle ocupado inútilmente durante mucho tiempo. Acababa de ocurrírsele que los compañeros de Jehú habian abandonado la Cartuja de Seillon por las cuevas de Ceyzeriat; presentándose al mismo tiempo á su memoria la comunicacion subterránea que existía entre dichas cuevas y la iglesia de Bourg.

Al mismo dia, usando del permiso que se le habia dado la víspera, presentóse sir John, entre doce y una, á visitar á la señorita de Montrevel.

Todo pasó conforme á los deseos de Morgan. Fué recibido sir John como un amigo de la familia; tratóse á lord Tanlay como un pretendiente cuya proposicion se recibe como una honra.

A los deseos de su madre y hermano, á las órdenes del primer cónsul, opuso únicamente Amelia el delicado estado de su salud; esto era buenamente pedir un plazo, que lord Tanlay no tuvo reparo en conceder: alcanzaba cuanto se habia propuesto alcanzar; era por lo mismo completamente feliz.

Considerando que su presencia en Bourg podia ser mal interpretada, hallándose, como se hallaba Amelia, separada de su madre y hermano, manifestó que, despues de visitarla

por segunda vez al día siguiente, se pondría en marcha por la tarde, aguardando para volverla á ver á que Amelia fuese á Paris, ó que, lo cual era mas probable, regresase madama de Montrevel á Bourg.

Merced á la extremada delicadeza de sir John, se habian cumplido los deseos de Amelia y de Morgan. Supo Miguel por Carlota todo lo que habia pasado; enterándose igualmente Roland por boca de Miguel. Nada quiso emprender Roland antes de la salida de sir John. No le impidió esto sin embargo desvanecer su última duda.

Apenas llegada la noche vistióse su traje de caza, púsose encima la blusa de Miguel, calóse hasta los ojos un sombrero de anchas alas, y ocultando debajo de la blusa un par de pistolas y el cuchillo de monte, salió de Fuentes-Negras, en direccion á Bourg.

Detúvose á la puerta del cuartel de los gendarmes, preguntando por el capitan, que se hallaba en su cuarto. Subió á él, y despues de darse á conocer, como no eran mas que las ocho de la noche y podian verlé los que transitaban aun por la calle, apagó la luz.

Ya á oscuras, enteró del objeto de su visita al capitan, quien sabedor de lo que habia pasado tres dias antes en la carretera de Lyon, como y tambien de que Roland habia salido ileso, aguardaba de un momento á otro su llegada. Mas, con grande extrañeza, vió que Roland le pedia únicamente la llave de la iglesia de Bourg y una palanca de hierro.

Entregó el capitan lo que le pedia Roland, ofreciéndose á acompañarle en su expedicion. Rehusó este sin embargo la oferta, sospechando haber sido vendido por alguno de los que intervinieron en el encuentro de la Casa-Blanca, y no queriendo exponerse á una segunda defeccion. Contentóse con encargar eficazmente al capitan el mayor sigilo, prometiéndole estar de vuelta dentro de una ó dos horas.

Con la llave en la mano derecha, y en la izquierda la palanca, llegó Roland á la puerta lateral de la iglesia; abrióla, y volviéndola á cerrar tras sí, encontróse al pié de la blanda muralla formada por los haces de heno. Púsose allí á escuchar con toda su atencion: reinaba en la iglesia el mas profundo silencio. Despues de llamar á su auxilio los recuerdos de la infancia, metióse la llave en el bolsillo y empezó á escalar la movediza muralla.

Tenia esta como unos quince piés de altura, rematando la parte superior en una especie de plataforma, desde la cual, deslizándose por la pendiente que formaba en el lado opuesto, alcanzó la puerta del coro. Reinaba en él la misma soledad, el mismo silencio; por lo que sin detenerse pasó al monumento de Filiberto Lebeau.

Despues de un breve exámen, reconoció Roland en una de las baldosas cuadradas el sitio por donde se descendia al cementerio subterráneo. Introdujo en la juntura la punta de la palanca, con lo cual logró levantar la piedra; y mientras con una mano la sostenia levantada sobre su cabeza, fué es-

curriéndose por la abertura , dejando despues caer suavemente la losa.

No parecia sino que el atrevido visitador nocturno habia resuelto separarse voluntariamente de los vivos para acabar sus dias en la mansion de los muertos. Extraordinaria era la impasibilidad de un hombre que así parecia ver de dia como de noche , en la tierra como debajo de ella , y que iba á turbar la paz de los muertos para sorprender los secretos de los vivos , sin que la oscuridad, la soledad y el silencio impresionasen en lo mas mínimo su ánimo.

Anduvo á tientas por entre las tumbas , hasta llegar á la reja que daba entrada al pasillo subterráneo. Conoció que estaba únicamente entornada, é introduciendo el extremo de la palanca entre la pared y la cerradura , pudo abrir fácilmente la reja.

Atravesóla , dejándola igualmente abierta para cuando regresase, y arrimando la palanca á un rincon, adelantó lentamente con una pistola preparada en una mano y siguiendo con la otra á lo largo de la pared, aplicando el oido y abriendo desmesuradamente los ojos , á fin de ver ú oir la menor señal que le indicase la presencia de algun ser viviente en aquel silio.

Así fué andando por espacio de un cuarto de hora , conociendo por algunas gotas de agua helada que caian del techo , que iba pasando por debajo del Reissousse. Al cabo de este tiempo , encontró la puerta que desde el pasillo salia á

la cantera. Detúvose un momento , respirando con mayor libertad por haberle parecido distinguir un lejano rumor , y descubrir algunas luces por entre los estribos de piedra que sostenian la bóveda.

Podria creerse que en tal instante vacilaba aquella misteriosa sombra ; pero el que hubiese podido observar su fisonomía , habria conocido que era tan solo la impresion del primer rayo de esperanza. Prosiguió con nueva resolucion su camino hácia las luces que habia creido distinguir , hácia el punto de donde salia el rumor , que le parecia haber llegado á sus oidos.

A medida que se iba acercando hacíase mas perceptible el rumor , mas claras las luces. Era por lo tanto evidente que la cantera estaba habitada ; por quién ? esto es lo que ignoraba aun y muy pronto iba á saber. Hallábase á diez pasos de la escavacion que hemos encontrado al penetrar por primera vez en la cueva de Ceyzeriat. Arrimándose mas á la pared, fué adelantando imperceptiblemente hasta que dominó con su mirada lo que podria llamarse el campamento de los compañeros de Jehú. Hallábanse á la sazón reunidos doce ó trece, ocupados tranquilamente en cenar.

Tuvo por un momento Roland la tentacion de arrojar solo sobre aquellos hombres , atacarles y pelear hasta la muerte. Resistiendo no obstante este loco deseo , retrocedió, henchido el corazon de gozo, con el mismo silencio que habia venido, sin haber sido oido ni sospechádose siquiera su presen-

cia. Todo lo tenia entonces perfectamente explicado; el abandono de la Cartuja de Seillon, la desaparicion de Mr. de Valensolle, los fingidos cazadores apostados en las inmediaciones de la cueva de Ceyzeriat.

Era pues por esta vez segura su venganza; venganza terrible, venganza mortal. En la mitad del camino parecióle oír algun ruido á su espalda y distinguir alguna luz.

Apretó por consiguiente el paso, y una vez pasada la puerta, era imposible ya extraviarse; pues, salido de la cantera, con sus mil vueltas y rodeos, érale indispensable seguir el estrecho pasillo que iba á terminar en la reja.

A los diez minutos pasaba de nuevo por debajo del rio; á los pocos pasos tocó la reja con la mano, extendida hácia adelante. Abrióla, y volviendo á tomar la palanca del sitio donde la habia dejado, siguió á tientas hasta el cementerio, donde levantando de nuevo la baldosa, encontróse otra vez entre los vivos.

Atravesó el coro, y dejando la puerta como la habia encontrado, subió la pendiente que formaba el monton de heno, y pasada la plataforma, se encontró al otro lado. Sacó del bolsillo la llave, y abriendo por la parte interior la puerta de la iglesia, fué á reunirse con el capitán.

Conferenciaron ambos un buen rato, saliendo despues juntos del cuartel. Dirigiéronse á Bourg por un camino excusado á fin de impedir el ser vistos y atravesando rápidamente las calles de la Revolucion, de la Libertad y de Espa-

ña, llegaron á la de Simonneau. Detúvose en ella Roland, mientras proseguia el capitán de gendarmes solo su camino, hasta la calle de las Ursulas, donde se hallaba alojado el jefe de los dragones. Acababa este de acostarse cuando entró el capitán en su cuarto, y habiéndole dicho dos ó tres palabras al oído, levantóse y salió con él.

Cuando el jefe de brigada y el capitán de gendarmes llegaron á la plaza, adelantó hácia ellos una sombra que se habia mantenido oculta en la oscuridad. Era Roland. Estuvieron los tres conversando como un cuarto de hora; enteróles Roland del plan que habia concebido, y habiendo merecido la aprobacion de los otros dos, regresó el jefe de brigada á su alojamiento, y sus dos compañeros se encaminaron directamente á la carretera de Point-d'Ain.

Despues de haber dejado Roland al capitán de gendarmes á la puerta del cuartel, se dirigió al castillo de Fuentes-Negras. Para no despertar á Amelia con el sonido de la campanilla, tiró una piedra á la ventana de Miguel. Abrió esta la puerta, precipitándose al interior Roland, cuyas facciones animaba al parecer una devoradora fiebre. Inútil fue la precaucion tomada para no despertar á Amelia, puesto que esta no dormia.

Carlota, que poco antes habia tambien llegado de la ciudad, donde habia ido bajo pretexto de ver á su padre, pero en realidad para entregar una carta á Morgan, traia la contestacion que éste le habia dado. Hé aquí los términos en que estaba concebida:

« Amor mio :

« Todo va efectivamente bien por tu parte , pues tú eres el ángel ; mas temo que por la mia todo irá mal , porque yo soy el demonio .

« Es de todo punto indispensable que te vea , que te estreche entre mis brazos , que te apriete contra mi corazon ; no sé qué triste presentimiento se ha apoderado de mí , tengo una tristeza mortal .

» Procura que mañana Carlota se asegure por sus propios ojos de que sir John ha realmente partido ; cuando tengas esta seguridad harás la señal acostumbrada .

« Nada ha de impedirlo ; no me hables de la nieve , no me objetes que quedarán impresos mis pasos .

« Por esta vez , en lugar de ir yo á encontrarte , serás tú quien venga á reunirse conmigo ; comprendes ? Despues de dar algunas vueltas por el jardin , saldrás procurando que nadie te siga .

« Cubierta con tu chal de mas abrigo , te dirigirás á la barquilla amarrada al pié de los sauces ; en ella pasaremos una hora trocando los papeles : hasta ahora me comunicabas tus temores , que procuraba yo desvanecer con mis esperanzas ; mañana , Amelia adorada , me manifestarás tus esperanzas , mientras te comunico mis temores .

« Luego de hecha la señal , ponte en marcha : yo estaré aguardando en Montagnat , y desde Montagnat al Reissousse , no hay para tu apasionado amante mas que cinco minutos .

« Hasta la vista , mi pobre Amelia ; si no hubieses tenido la desgracia de conocerme , habrias sido la mas feliz de las jóvenes .

« La fatalidad me ha interpuesto en tu camino , y temo haber hecho de tí una mártir .

« Tuyo—CARLOS . »

« Hasta mañana , no es verdad ? á pesar de todos los obstáculos . »

VM.

Los presentimientos de Morgan se realizan.

Son frecuentemente serenas y apacibles las horas que preceden a una gran tempestad . Hermoso fue aquel dia : uno de aquellos que , durante el mes de febrero , á pesar del frio , á pesar de la nieve que cubre la tierra , sonrie el sol á los hombres prometiéndoles la primavera .

Hizo por la mañana sir John su visita de despedida . Seguro de haber obtenido el consentimiento de Amelia , nada mas podia desear . Alguna impaciencia sentia sin embargo ; mas Amelia , al paso que aplazaba la época de su union para un ilimitado porvenir , habia sabido colmar todas sus esperanzas , dejando los deseos del primer cónsul y la amistad de Roland en completa libertad para decidir sobre el particular .

Regresó pues lord Tanlay á París para hacer la corte á

« Amor mio :

« Todo va efectivamente bien por tu parte , pues tú eres el ángel ; mas temo que por la mia todo irá mal , porque yo soy el demonio.

« Es de todo punto indispensable que te vea , que te estreche entre mis brazos , que te apriete contra mi corazon ; no sé qué triste presentimiento se ha apoderado de mí , tengo una tristeza mortal.

» Procura que mañana Carlota se asegure por sus propios ojos de que sir John ha realmente partido ; cuando tengas esta seguridad harás la señal acostumbrada.

« Nada ha de impedirlo ; no me hables de la nieve , no me objetes que quedarán impresos mis pasos.

« Por esta vez , en lugar de ir yo á encontrarte , serás tú quien venga á reunirse conmigo ; comprendes ? Despues de dar algunas vueltas por el jardin , saldrás procurando que nadie te siga.

« Cubierta con tu chal de mas abrigo , te dirigirás á la barquilla amarrada al pié de los sauces ; en ella pasaremos una hora trocando los papeles : hasta ahora me comunicabas tus temores , que procuraba yo desvanecer con mis esperanzas ; mañana , Amelia adorada , me manifestarás tus esperanzas , mientras te comunico mis temores.

« Luego de hecha la señal , ponte en marcha : yo estaré aguardando en Montagnat , y desde Montagnat al Reissousse , no hay para tu apasionado amante mas que cinco minutos.

« Hasta la vista , mi pobre Amelia ; si no hubieses tenido la desgracia de conocerme , habrias sido la mas feliz de las jóvenes.

« La fatalidad me ha interpuesto en tu camino , y temo haber hecho de tí una mártir.

« Tuyo—CARLOS. »

« Hasta mañana , no es verdad ? á pesar de todos los obstáculos. »

VM.

Los presentimientos de Morgan se realizan.

Son frecuentemente serenas y apacibles las horas que preceden a una gran tempestad. Hermoso fue aquel dia : uno de aquellos que , durante el mes de febrero , á pesar del frio , á pesar de la nieve que cubre la tierra , sonrie el sol á los hombres prometiéndoles la primavera.

Hizo por la mañana sir John su visita de despedida. Seguro de haber obtenido el consentimiento de Amelia , nada mas podia desear. Alguna impaciencia sentia sin embargo ; mas Amelia , al paso que aplazaba la época de su union para un ilimitado porvenir , habia sabido colmar todas sus esperanzas , dejando los deseos del primer cónsul y la amistad de Roland en completa libertad para decidir sobre el particular.

Regresó pues lord Tanlay á París para hacer la corte á

madama de Montrevel, ya que por de pronto se veía privado de hacérsela á Amelia. Poco despues de haber salido él del castillo de Fuentes-Negras, tomó tambien Carlota el camino de Bourg, regresando á las cuatro de la tarde para enterar á Amelia de que habia visto por sí misma á sir John subir al coche, en la puerta de la *posada de Francia*, y salir inmediatamente por la carretera de Macon.

Por este lado se hallaba pues Amelia perfectamente tranquila, si bien por lo demás no la faltaban motivos de inquietud. Aun cuando habia procurado inspirar á Morgan una confianza que ella no abrigaba, desde el instante en que supo por Carlota la llegada de Roland á Bourg, presintió, como Morgan, un desenlace terrible. Sabia todo lo ocurrido en la Car-tuja de Seillon, y al ver la lucha empeñada entre su hermano y su amante, tranquila sobre la suerte del primero por la recomendacion del jefe de los compañeros de Jehú, temblaba á cada instante por la vida del segundo. Tenia noticia además de la detencion de la diligencia de Chambery, que dió por resultado la muerte del jefe de los cazadores de Macon, y aun cuando no ignoraba tambien que su hermano habia salido ileso, nada sabia de él, ni de sus ulteriores proyectos.

Para ella, que tan bien conocia á Roland, aquella desaparicion y la absoluta falta de noticias acerca de su paradero, argüian algo mas temible que una guerra abierta y declarada. En cuanto á Morgan, no habia vuelto á verle desde la noche en que, como hemos dicho, la exigió la promesa de

procurarle armas, do quiera que fuese, si algun dia se veia condenado á muerte.

A pesar, pues, de que la nueva entrevista habia sido solicitada por Morgan, aguardábala Amelia con tanta impaciencia como el mismo que la pedia. Tan pronto como pudo creer que Miguel y su hijo estaban acostados, encendió las cuatro bujías, que era la señal convenida con Morgan. Luego, insinuando lo que este la habia encargado, tiró sobre sus espaldas un rico chal, regalado por su hermano, que lo habia arrancado de la cabeza de un bey á quien habia dado muerte en las Pirámides, y echándose encima una larga manteleta de pieles, abrió la puerta del jardin, encaminándose hácia el rio.

Durante el dia habia ido y venido dos ó tres veces desde Fuentes-Negras al Reissousse, á fin de que confundidos con los que entonces daba los pasos que por la noche debian conducirla á aquel sitio, no pudiesen dejar huella conocida. Empezó pues á bajar, sino tranquila, atrevidamente al menos, la pendiente, á cuyo pié corre el Reissouse, buscando con la vista, al llegar á la orilla del rio, la barquilla que descubrió por fin entre los sauces. Dentro de ella estaba aguardándola un hombre: era Morgan. Atracó la barquilla á un sitio conveniente, desde el cual, dejándose caer Amelia, recibíola él en sus brazos.

Lo primero que llamó la atencion de la jóven, fueron los rayos de puro gozo que iluminaban, por decirlo así, la fisonomía de su amante.

—Oh! exclamó, tienes, sin duda, alguna buena noticia que comunicarme.—Por qué, querida Amelia? preguntó Morgan con dulce sonrisa.—Porque hay pintado en tu semblante, Carlos mio, algo mas que la alegría de verme.—Es verdad, repuso Morgan, amarrando la barquilla al tronco de un sauce, y dejando armados los remos, que seguian azotando sus costados.

Estrechando luego á Amelia entre sus brazos :

—Tienes razon, Amelia, la dijo, mis presentimientos eran infundados. Oh! cuán necio es el hombre; cuando vá á alcanzar la dicha, se apodera de su alma la duda y desesperacion.—Oh! qué ha sucedido pues?—¿Te acuerdas, Amelia, de lo que me contestaste cuando, en la última entrevista, te propuse huir conmigo, temiendo encontrar por tu parte alguna dificultad?—Oh! sí, no lo he olvidado, Carlos mio; te contesté que era enteramente tuya, y que si alguna repugnancia podia sentir, sabria vencerla.—Y yo te añadí que mis compromisos me impedian tambien la fuga; que, además de hallarme ligado con otros que corrian la misma suerte que yo, existia un hombre á quien habíamos jurado absoluta obediencia, y que este hombre era el futuro rey de Francia, Luís XVIII.—Todo esto me dijiste.—Pues bien, estamos relevados de nuestro juramento, Amelia; no solo por el mismo rey Luís XVIII, sí que tambien por nuestro general Jorge Cadoudal.—Oh! querido Carlos, segun eso, serás desde ahora un hombre como los demás, y aun superior á los demás!—No, Amelia; seré

solo un simple proscrito. No hay que esperar se haga extensiva á nosotros la amnistía concedida á los vendeanos y bretones.—Porqué?—Nosotros no somos soldados, querida Amelia, sino simplemente compañeros de Jehú.

Amelia dejó escapar un profundo suspiro.

—Y por consiguiente, miserables bandoleros, salteadores de diligencias, añadió Morgan con visible intencion.—Silencio! exclamó Amelia, aplicando su delicada mano á la boca de su amante; silencio! no hables así; explícame cómo ha sido que vuestro rey os releva del juramento, y os deja en libertad vuestro general.—El primer cónsul ha querido ver á Cadoudal. Háblele antes enviado á tu hermano, con ciertas proposiciones que Cadoudal se negó á admitir; mas, como ahora ha recibido tambien órden de Luís XVIII para suspender las hostilidades, ha accedido á la nueva invitacion del primer cónsul, y garantido con el salvo conducto que le ha traído se dirige á París, para tratar de potencia á potencia.—Oh! qué dicha, Carlos mio!—No sé si hay motivo para que tanto te alegres.—Porqué no?—Porque ignoras sin duda la verdadera causa de este arreglo.—Cuál es?—Frenético y despechado M. Fouché, al ver que no podia vencernos, trató de desacreditarnos. Organizó á este fin algunas partidas de supuestos compañeros de Jehú, que no se han contentado, como nosotros, con los caudales públicos; sino que, robando á los particulares é introduciéndose de noche en los castillos y en las granjas, para aplicar el tormento á sus propie-

tarios hasta arrancarles la confesion del sitio donde guardaban oculto su dinero, han conseguido que confundiéndonos con ellos, ya que llevaban un mismo nombre y aparentaban combatir en favor de un mismo principio, se nos h'aya declarado deshonrados y fuera de la ley.—Oh! eso es horroroso.—Hé aquí lo que queria explicarte, mi pobre Amelia, antes de proponerte de nuevo que huyamos juntos. A los ojos de la Francia, á los de las naciones extranjeras, y hasta á los del mismo príncipe á quien hemos servido y por cuya causa nos hemos expuesto mil veces á morir en el cadalso, no seremos probablemente mas que despreciables bandoleros, dignos de ser exterminados por cualquier medio que sea.—Pero á mis ojos, querido Carlos, serás siempre, no obstante, el partidario fiel, el hombre de conviccion, el obstinado realista que ha proseguido la lucha cuando todos habian depuesto las armas; á mis ojos serás siempre el noble, el leal baron de Sainte-Hermine, ó si mas te place, el valiente é invencible Morgan.—Ah! eso es lo que yo queria oir de tu boca, mi adorada Amelia. A pesar de la infame mancha que quiere echarse sobre nuestro honor ¿no vacilarias pues, no diré en concederme tu amor, ya que de esto estoy seguro, sino en ser mi esposa?—Ni un instante; esta es mi mayor alegría, la dicha de toda mi vida! tu esposa! lo soy ya ante Dios; ojalá pueda serlo luego tambien ante los hombres!

Cayendo entonces Morgan de rodillas:

—Pues bien, Amelia, añadió, postrado á tus piés, con

las manos juntas, y desde lo íntimo de mi corazon es preciso que te diga: Amelia, quieres huir conmigo? Amelia, consientes en abandonar la Francia? Amelia, te resuelves á ser mi esposa?

Permaneció silenciosa Amelia, mientras Morgan, soltándola las manos, la contemplaba con inquietud.

—Vacilas? la preguntó por fin con voz sorda y temblorosa.—No! mil veces no! exclamó Amelia; tuya soy, como lo he sido hasta hoy, como lo seré hasta la muerte. Unicamente el golpe ha sido muy violento é inesperado.—Medita bien, Amelia, lo que te propongo; es el abandono de la patria y de la familia, es decir, de todo lo que hay mas tierno y sagrado en este mundo; para seguirme, has dejar el castillo donde has nacido, la madre que te ha criado y educado, el hermano que tanto te ama, y que al saber que eres la esposa de un bandido, te olvidará y despreciará para siempre.

Mientras así hablaba, tenia clavada Morgan la vista en el semblante de Amelia. Fué esta serenándose gradualmente, hasta aparecer en sus labios una celestial sonrisa; é inclinandose sobre el jóven que seguia arrodillado:

—Oh! Carlos! dijo con voz dulce, como el murmullo de las aguas que mansas y cristalinas corrian á sus piés; preciso es que sea irresistible la fuerza del amor, el cual emana directamente de Dios! A pesar de las terribles palabras que acabas de dirigirme, hé aquí mi contestacion: Carlos, estoy pronta; Carlos, te seguiré á donde quiera que vayas; Carlos,

cuándo partimos?—Nuestra situacion, Amelia, no permite dilacion alguna; si resolvemos salir de Francia, si estás decidida á seguirme, ha de ser en este mismo instante; es preciso que mañana hayamos pasado la frontera.—Y con qué medios contamos para huir?—Tengo apostados en Montagnat dos caballos, prontos á emprender la marcha, y he reunido además doscientos mil francos en letras sobre Londres y Viena. Iremos á donde quieras.—Teniéndote á mi lado, Carlos, me es indiferente el punto de nuestra residencia.—Marchemos pues.—Cinco minutos nada mas, Carlos mio, te parece demasiado?—Para qué?—Para dar el último adios al castillo y recoger algunas frioleras: quiero llevar conmigo el rosario de marfil de mi primera comunión, y evocar algunos recuerdos para mí muy queridos, piadosos, sagrados; los recuerdos de la niñez, que serán desde hoy todo lo que me quede de mi madre, de mi familia, de la Francia: dentro de un momento habré regresado.—Amelia!—No te parece bien?—Mejor quisiera que no te separases de mi lado; ya que hemos logrado reunirnos, dejarte, ni aun por un momento, paréceme que es perderte para siempre; Amelia, quieres que te acompañe?—Oh! sí, qué me importa que mañana puedan descubrir tus pasos, cuando la luz del dia ha de encontrarnos tan léjos de aquí?

Lanzóse el jóven fuera de la barquilla y dió la mano á Amelia, llevándola despues del brazo por el camino del castillo. Al llegar á la puerta, deteniéndose Carlos:

—Vé, le dijo; la religion de los recuerdos tiene tam-

bien su pudor, y aun euando yo lo comprendo perfectamente, no dejaria de estorbarte; ahí te estaré aguardando; despacha y procura volver pronto.

Subió rápidamente Amelia la escalera, y entrando en su cuarto, tomó un cofrecito de caoba, primorosamente trabajado, que encerraba todo su tesoro; esto es, las cartas de Carlos, desde la primera á la última; recogió asimismo el blanco y virginal rosario de marfil que estaba colgado en el espejo, metióse en el seno un reloj que la habia regalado su padre cuando muy niña, y dirigiéndose despues al cuarto de su madre, besó la almohada en que tantas veces habia descansado la cabeza de madama de Montrevel, arrodillóse ante el crucifijo que habia en la cabecera de la cama, para rezar en accion de gracias, interrumpiéndose muy luego y poniéndose á escuchar con atencion.

Háblele parecido que Carlos la llamaba, y aplicando el oido, oyó en efecto por segunda vez pronunciar su nombre con un acento de inquietud que no acertaba á comprender. Levantóse temblando y bajó corriendo la escalera. Carlos estaba en el mismo sitio escuchando al parecer con ansiedad algun lejano ruido.

—Qué hay? preguntó Amelia cogiendo la mano del jóven.—Oyes? contestó este.

Púsose Amelia á escuchar tambien, pareciéndola oír algunas detonaciones seguidas como un fuego de fusilería. Percibíase este ruido por la parte de Ceyzeriat.

— Oh ! exclamó Morgan, bien hacia en desconfiar de mi felicidad hasta el último momento ! Mis amigos son atacados, Amelia ; adios ! adios ! —Cómo ! contestó Amelia palideciendo, me dejas ?

Oíanse cada vez con mas claridad los disparos de fusil.

—Oyes ? se baten , y yo no estoy con ellos !

Hija y hermana de soldado, comprendió Amelia la desesperacion de su amante ; por lo que , sin intentar detenerle :

— Anda , le dijo, tienes razon ; estamos perdidos !

Dejó oír el jóven un grito de rabia , abrazó por segunda vez á Amelia apretándola contra su pecho cual si quisiese ahogarla , lanzándose en seguida hácia la direccion que le indicaba el ruido de los tiros, con la velocidad del gamo perseguido por los cazadores.

— Allá voy , amigos ! gritaba , allá voy !

Y desapareció en un instante , como una sombra , entre los árboles del jardin. Cayó Amelia de rodillas, extendiendo hácia él los brazos , aunque sin atreverse á llamarle ; ó haciéndolo á lo menos con voz tan débil , que Morgan no la contestó , alejándose muy pronto hasta perderse de vista.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores lo que sucedia. Habia Roland aprovechado muy bien su tiempo con el capitán de gendarmes y el coronel de dragones , quienes no olvidaban la cuenta que tenian pendiente con los compañeros de Jehú. Al primero enseñó Roland el pasillo subterráneo que desde la iglesia de Bourg iba á parar á la cueva de Ceyzeriat.

A las nueve de la noche , debia el capitán entrar con sus diez y ocho hombres en la iglesia , penetrar en el sepulcro de los duques de Saboya , é interceptar la comunicacion de la cantera con el subterráneo. Al mismo tiempo practicaria Roland al frente de veinte dragones una batida en el bosque, para venir á caer sobre la boca misma de la cueva de Ceyzeriat.

La conversacion de Amelia con Morgan nos ha enterado ya de cuáles eran á la sazón las intenciones de los compañeros de Jehú. Habian sido muy bien recibidas las noticias de Millan y de la Bretaña ; pues cansados de una guerra tan desesperada , no podia dejar de satisfacerles una resolucion que les devolvía la mas completa libertad.

Celebrábase con este motivo reunion general , una fiesta casi , en la cueva de Ceyzeriat ; debiendo separarse todos á media noche , para disponerse cada uno , segun sus recursos, á salvar la frontera , y dejar para siempre la Francia.

Hemos visto tambien en qué ocupaba el jefe sus últimos instantes. Celebraban entretanto los demás , á quienes no ligaban tan serios compromisos, una cena de despedida , en el centro de la cueva , profusamente iluminada : pues una vez salidos de Francia , pacificadas la Vendee y la Bretaña , y destruido el ejército de Condé , dónde volverian á reunirse en extranjero suelo ? Dios solo podia saberlo.

De repente llegó hasta ellos el ruido de un tiro, que puso á todos en pié como por un movimiento eléctrico. Oyóse lue-

go un segundo tiro, y tras él estas dos palabras, cuya alarmante significacion parecia aun mas fúnebre al abrirse paso entre las entrañas de la cueva.

— A las armas!

Para los compañeros de Jehú, acostumbrados á todas las vicisitudes de una vida de bandoleros, no existia jamás completa seguridad. Aun en medio de sus diversiones, tenian siempre al alcance de su mano puñales, pistolas y carabinas de dos tiros. No les fué por lo tanto difícil prepararse para la defensa al momento de llegar á sus oídos el grito de alarma, y al cabo de pocos momentos estaban todos dispuestos á obrar segun lo exigiesen las circunstancias. Entre un sepulcral silencio, oyéronse los pasos de uno que iba adelantando rápidamente, y que poco tardó á reunirse con los demás.

— A las armas! gritó por segunda vez, somos atacados!

Los dos tiros que se habian oido fueron disparados para dar aviso, por el centinela; y este era el que ahora llegaba para repetir de palabra el aviso.

— Dónde está Morgan? gritaron veinte voces.—No está, contestó Lepretre, y á mí por consiguiente me corresponde el mando. Apagad las luces, y marchemos en retirada hácia la iglesia. Toda defensa es por de pronto imposible, y no haríamos mas que derramar inútilmente nuestra sangre.

Fué esta orden puntualmente obedecida, y poniéndose al frente Lepretre, que conocia tan bien como Morgan todos los pasos y revueltas del subterráneo, fueron internándose los

compañeros en las profundidades de la cantera. Parecióles de repente oír, como á unos cincuenta pasos, una voz de mando dada en voz baja, y luego el ruido de algunos fusiles que se preparaban; por lo que extendiendo Lepretre los dos brazos, murmuró tambien la voz de:

—Alto!

Apenas pronunciada esta palabra, llegó distintamente á sus oídos la orden de:

—Fuego!

Al mismo instante quedó iluminado el espacio con una vivísima llama, acompañada de una terrible detonacion. A la claridad de esta llama, pudieron Lepretre y los suyos distinguir y reconocer el uniforme de los gendarmes.

—Fuego! gritó á su vez Lepretre.

Siete ú ocho tiros fueron la contestacion de esta orden. Volvió á brillar por entre las bóvedas una llama instantánea, cayendo al suelo dos compañeros de Jehú, sin vida el uno, y mortalmente herido el otro.

—Nos han cortado la retirada, dijo Lepretre; media vuelta, amigos; si nos queda algun medio de salvacion, ha de ser por el lado del bosque.

Ejecutóse esta evolucion con una exactitud verdaderamente militar, y poniéndose otra vez Lepretre á la cabeza de sus compañeros, tomaron la direccion indicada. Hicieron una segunda descarga los gendarmes, mas sin obtener contestacion. Los que habian ya disparado volvieron á cargar

las armas, preparándose todos para una verdadera lucha, que creyeron tendría lugar á la entrada de la cueva; uno ó dos suspiros ahogados descubrieron no obstante que la nueva descarga de los gendarmes no había sido del todo perdida.

A cincuenta pasos de la entrada, detúvose Lepretre y dirigiéndose á los suyos:

—Están cargadas todas las armas? preguntó—Todas, contestaron unas doce voces.—No olvidar la palabra de orden, si alguno de nosotros cae prisionero; pertenecemos á las partidas de M. Teyssonnet: reclutábamos para la causa realista, pero nada sabemos sobre detenciones de malas ó diligencias.—Corriente.—El resultado siempre ha de ser el mismo, esto es, la muerte; pero hemos de preferir la muerte del soldado, á la del ladron; el fusilamiento, á la guillotina.—Pues es claro, contestó una voz, el fusilamiento es para nosotros cosa harto sencilla.—Adelante! amigos míos, añadió Lepretre, vendamos nuestras vidas en lo que valen, esto es, lo mas caro posible.—Adelante! gritaron todos los compañeros.

Y con toda la celeridad que era posible entre aquellas tinieblas, pusieronse en marcha á las órdenes de Lepretre.

A medida que iban adelantando, percibía Lepretre un olor de humo que no dejaba de darle cuidado, observando al mismo tiempo un resplandor que no le permitió dudar ya de las intenciones de sus enemigos.

—Esos diablos nos van á ahogar con el humo, dijo Lepretre.—Bien lo parece, contestó Guyon.—Si creerán que van á cazar zorros?—Oh! pues en cuanto nos vean las garras, conocerán que somos leones.

En el entretanto iba haciéndose cada vez mas denso el humo y distinguiéndose mas viva la llama. Al llegar cerca de la cantera, vieron en el centro encendida una gran hoguera, no con otro objeto que para iluminar el interior de la cueva. De este modo pudieron ver á los dragones formados á la parte exterior, y á su frente un oficial, apoyado sobre la carabina, no solo expuesto á todos los tiros, sino pareciendo provocarlos. Era Roland.

Muy fácil era conocerle, pues tenia desnuda la cabeza y el reflejo de la llama iluminaba completamente su semblante. Lo que debía al parecer perderle, le salvó; pues al reconocerle Lepretre, volvióse á los suyos y:

—Roland de Montrevel! les dijo; acordaos de la recomendacion de Morgan.—Está bien, contestaron á una voz todos los compañeros.—Ahora, añadió Lepretre, morir matando.

Y lanzándose el primero á la entrada de la cueva, disparó contra los dragones, que contestaron con una descarga cerrada.

Imposible seria describir lo que pasó entonces. Tras un tiroteo por ambos lados sostenido con empeño, mezcláronse las dos partidas, para empezar, cuerpo á cuerpo, una lucha desesperada, en la que empleábanse únicamente puñales y

pistolas. A este espantoso ruido, comparecieron los gendarmes, si bien no pudieron servirse de sus fusiles, atendida la imposibilidad de distinguir entre amigos y enemigos. Espantoso era el espectáculo que presentaban aquellos hombres, despedazándose mutuamente, envueltos en una atmósfera de humo, á la luz de las llamas, y percibiéndose tan solo los gritos de rabia y los suspiros de la agonía.

Un cuarto de hora, veinte minutos á lo mas duró aquella horrible carnicería. Pasados estos veinte minutos, contábase veinte y dos cadáveres en la cueva de Ceyzeriat. Trece vestían el uniforme militar; los nueve restantes eran simples compañeros de Jehú.

Fueron además cinco de estos hechos prisioneros, agobiados por el número y acribillados de heridas. El capitán de gendarmes tenía fracturado el brazo izquierdo, y al coronel de dragones le atravesaron el muslo de un balazo. Roland fué el único, que aunque cubierto de sangre, no recibió el mas leve rasguño.

Eran tan graves las heridas de dos de los prisioneros, que fué preciso trasladarles en camillas.

Encendidas luego las antorchas que se traían preparadas, tomaron todos el camino de la ciudad. Mas al salir del bosque á la carretera, oyóse el galope de un caballo que iba adelantando rápidamente.

—Seguid adelante, dijo Roland, yo me detendré para reconocer al que llega.

Era este un jinete, que, como hemos dicho, venia corriendo á todo escape.

—Quién vive? preguntó Roland cuando le tuvo á veinte pasos.

—Un prisionero mas, M. de Montrevel, contestó el jinete; ya que no me ha sido posible hallarme en la lucha, quiero á lo menos hallarme en el cadalso. Dónde están mis amigos?—Allá, caballero, contestó Roland, que habia reconocido, no la fisonomía, pero sí aquella voz que oía por tercera vez.

Y le señaló con la mano el grupo que iba siguiendo el camino de Ceyzeriat á Bourg.

—Veo con gusto que no os ha sucedido la menor desgracia, M. de Montrevel, añadió el jóven con perfecta cortesanía; os juro que es para mí un motivo de satisfaccion.

Y metiendo espuelas á su caballo, alcanzó muy luego á los dragones y gendarmes.

—Dispensad, caballeros, dijo, echando pié á tierra, espero me permitireis reunirme con mis tres amigos, el vizconde Jayat, el conde de Valensolle, y el marqués de Ribier.

Los tres prisioneros arrojaron un grito de admiracion, tendiendo las manos á Morgan. Los dos heridos se incorporaron en sus camillas, y murmuraron:

—Bien, Sainte-Hermine, bien!—A fé mia, exclamó Roland, creo que hasta en su desgracia han de ser afortunados estos bandoleros.

VIII.

Cadoudal en las Tullerías.

Al día siguiente del en que ocurrieron los sucesos explicados en el precedente capítulo, paseábanse dos hombres por el gran salon de las Tullerías que dá al jardin. Muy interesante parecia ser la conversacion que les tenia ocupados, á juzgar por la viveza y animacion que acompañaban todos sus gestos. Eran el primer cónsul Bonaparte y Jorge Cadoudal.

Vencido al fin este por el deseo de evitar las desgracias que á la Bretaña debia acarrear necesariamente una mas larga resistencia, acababa de firmar la paz con Brune. Despues de dado este paso, habia, segun hemos dicho antes, desligado de su juramento á los compañeros de Jehú. Desgraciadamente el aviso habia llegado veinte y cuatro horas mas tarde de lo que exigia su salvacion. Fiel á su carácter, nada estipuló en su favor Jorge Cadaudal en el tratado de paz, mas que la libertad de retirarse donde mejor le acomodase.

Apenas puesta su firma en dicho tratado, recibió una carta del almirante inglés que acababa de llegar á las aguas

de Quiberon. Anunciábale en esta carta que la Inglaterra ponía á su disposicion seiscientos mil francos para continuar la guerra. Recibida esta noticia dos dias antes, muy otro habria sido seguramente el curso de los sucesos; entonces era ya tarde; por lo cual, apresuróse á contestar el ex-jefe realista:

«Ayer firmé la paz: No puedo por consiguiente hoy recibir auxilio alguno para la guerra.

«Lo único que podeis hacer por mí, y os suplico de todas veras, es trasladarme á Inglaterra.»

Insistió sin embargo Brune con tanto empeño, que Cadoudal no pudo negarse á tener una entrevista con el primer cónsul, poniéndose inmediatamente en camino para París. Al momento de su llegada dirigióse á las Tullerías, y habiéndose nombrado, fué acto continuo recibido. En ausencia de Roland, desempeñó Rapp las funciones de introductor.

Al dejarle en el salon, habia Rapp abierto las dos puertas, á fin de vigilar desde el gabinete de Bourrienne y auxiliar al primer cónsul en caso necesario. Mas, adivinando Bonaparte su intencion, mandó cerrar las puertas, y dirigiéndose alegremente á Cadoudal:

—Ah! por fin, le dijo, tengo el gusto de veros; uno de vuestros enemigos, mi ayudante de campo Roland de Montrevel, me habló muy bien de vos.—No me admira, contestó Cadoudal; durante el corto tiempo que estuvo en mi compañía M. de Montrevel, pude apreciar sus nobles sentimien-

tos.—Es verdad, repuso el primer cónsul, le juzgasteis perfectamente.

Fijando luego en el jefe realista su penetrante mirada:

—A ver, Jorge, le dijo, necesito hombres enérgicos que me ayuden á terminar la obra que he principiado; queréis ser de los míos? os ofrecí el grado de coronel; algo más mereceis: os ofrezco ahora el empleo de general de division.

—Agradezco con toda mi alma, ciudadano primer cónsul, contestó Jorge, la oferta que acabais de hacerme; pero vos seriais el primero en despreciarme si la aceptase.—Por qué? preguntó vivamente Bonaparte.—Porque he jurado fidelidad á la casa de Borbon.

Inclinóse el primer cónsul con aire grave y reflexivo.

—Se me permitirá retirarme donde me acomode? añadió Cadoudal.

Dirigióse Bonaparte á la puerta, y abriéndola de par en par:

—El ayudante de campo de servicio! gritó.

Y cuando esperaba ver comparecer á Rapp, presentósele Roland.

—Ah! eres tú? exclamó.

Volviéndose entonces á Cadoudal:

—No es necesario, le dijo, presentaros á mi ayudante de Campo Roland de Montrevel, á quien teneis bastante conocido. Roland, dí al señor que se halla tan libre en París, como lo estabas tú en su campamento de Murillach; y que si

quiere un pasaporte para dirigirse á donde mejor le convenga, Fouché tiene la orden de librárselo.—Me basta vuestra palabra, ciudadano primer cónsul, contestó inclinándose Cadoudal; esta noche saldré de París.—Y puede saberse á dónde pensais dirigiros?—A Lóndres, general.

Saludó Jorge al primer cónsul y salió.

—Qué os parece, general, preguntó Roland luego que se hubo cerrado la puerta, estal como os habia dicho?—Sí, contestó Bonaparte pensativo; pero se equivoca en sus juicios; aun cuando la exageracion de sus principios reconoce por único origen la nobleza de sus sentimientos, que ha de darle una grande influencia entre los suyos.

Y luego en voz baja:

—Es preciso dar el golpe de gracia! añadió.

Mirando en seguida á Roland:

—Y tú? le dijo.—Oh! contestó Roland, yo lo he dado ya.—Ah! ah! es decir que los compañeros de Jehú...—Han dejado de existir, general; las tres cuartas partes han muerto, y los restantes han sido hechos prisioneros.—Pero tú, sano y salvo como siempre?—No me habéis de eso, general; estoy por creer que sin duda alguna tengo hecho pacto con el diablo.

Segun habia prometido al primer cónsul, aquella misma noche salió Cadoudal de París. Al saber Luis XVIII que el jefe breton habia llegado felizmente á Lóndres, le escribió en los siguiente términos:

« Con la mas viva satisfaccion he sabido , general , que al fin habeis podido *escapar* de las manos del tirano que se ha atrevido á proponeros que le sirviereis; he sentido las desgraciadas circunstancias que os han puesto en el caso de tratar con él, aunque no he abrigado jamás la mas débil duda. El corazon de mis fieles bretones , y el vuestro en particular, me son demasiadamente conocidos. Hoy, que os veis completamente libre , sois para mí un segundo hermano ; toda mi esperanza renace desde este momento. Nada mas debo decir á un verdadero francés como vos.—«Luis.»

Con esta carta le incluia el despacho de teniente general y el gran cordon de San Luis.

IX.

El ejército de reserva.

Libre quedaba el primer cónsul de sus principales cuidados. La Vendee estaba pacificada, los compañeros de Jehú habian sido destruidos. Mientras pedia la paz á la Inglaterra , se habia ido preparando para la guerra. Seguia inalterable en su mente el mismo plan que explicó un dia á Roland en su gabinete del Luxemburgo. Prometíase reconquistar la Italia con una sola batalla , que preveia seria ya una gran victoria.

Dejando pues París el 6 de mayo, acampó en 26 del mismo mes , con su ejército , entre Turin y Casal. Tras un dia lluvioso , serenóse , hácia el anochecer , el cielo , que despues de haberse mantenido encapotado durante muchas horas, recobró de repente el hermoso azulado que es solo posible admirar en Italia. Habiendo hecho el primer cónsul señal á Roland de que le siguiese , salieron ambos de la pequeña ciudad de Chivasso , y siguiendo la orilla del rio , vinieron á tomar asiento , en el tronco de un árbol derribado por la tempestad , á unos cien pasos de las últimas casas.

Todo indicaba que el general en jefe tenia que comunicar á su ayudante de campo alguna cosa de importancia. Despues de un corto silencio :

— Te acuerdas, Roland, dijo Bonaparte, de una conversacion que tuvimos en el Luxemburgo ?—Oh ! contestó Roland riendo , son tantas, general , las conversaciones que hemos tenido en el Luxemburgo ! No sé si aludireis á la que me hizo saber que vendríamos á Italia por la primavera , y derrotaríamos al general Melas en Torre de Garofolo , ó en San Julian. —Ya ; pero no es de esta de la que yo hablaba. —Si me hiciereis alguna ligera indicacion , tal vez....—Se trataba de casamiento.—Ah ! sí, del de mi hermana. Sin duda será ya á estas horas negocio concluido.—No del de tu hermana , Roland ; sino del tuyo.—Bravo ! exclamó Roland con amarga sonrisa ; creia habiais desistido de vuestro intento, general.

« Con la mas viva satisfaccion he sabido , general , que al fin habeis podido *escapar* de las manos del tirano que se ha atrevido á proponeros que le sirvieseis; he sentido las desgraciadas circunstancias que os han puesto en el caso de tratar con él, aunque no he abrigado jamás la mas débil duda. El corazon de mis fieles bretones , y el vuestro en particular, me son demasiadamente conocidos. Hoy, que os veis completamente libre , sois para mí un segundo hermano ; toda mi esperanza renace desde este momento. Nada mas debo decir á un verdadero francés como vos.—«Luis.»

Con esta carta le incluia el despacho de teniente general y el gran cordon de San Luis.

IX.

El ejército de reserva.

Libre quedaba el primer cónsul de sus principales cuidados. La Vendee estaba pacificada, los compañeros de Jehú habian sido destruidos. Mientras pedia la paz á la Inglaterra , se habia ido preparando para la guerra. Seguia inalterable en su mente el mismo plan que explicó un dia á Roland en su gabinete del Luxemburgo. Prometíase reconquistar la Italia con una sola batalla , que preveia seria ya una gran victoria.

Dejando pues París el 6 de mayo, acampó en 26 del mismo mes , con su ejército , entre Turin y Casal. Tras un dia lluvioso , serenóse , hácia el anochecer , el cielo , que despues de haberse mantenido encapotado durante muchas horas, recobró de repente el hermoso azulado que es solo posible admirar en Italia. Habiendo hecho el primer cónsul señal á Roland de que le siguiese , salieron ambos de la pequeña ciudad de Chivasso , y siguiendo la orilla del rio , vinieron á tomar asiento , en el tronco de un árbol derribado por la tempestad , á unos cien pasos de las últimas casas.

Todo indicaba que el general en jefe tenia que comunicar á su ayudante de campo alguna cosa de importancia. Despues de un corto silencio :

— Te acuerdas, Roland, dijo Bonaparte, de una conversacion que tuvimos en el Luxemburgo ?—Oh ! contestó Roland riendo , son tantas, general , las conversaciones que hemos tenido en el Luxemburgo ! No sé si aludireis á la que me hizo saber que vendríamos á Italia por la primavera , y derrotaríamos al general Melas en Torre de Garofolo , ó en San Julian. —Ya ; pero no es de esta de la que yo hablaba. —Si me hicieseis alguna ligera indicacion , tal vez....—Se trataba de casamiento.—Ah ! sí, del de mi hermana. Sin duda será ya á estas horas negocio concluido.—No del de tu hermana , Roland ; sino del tuyo.—Bravo ! exclamó Roland con amarga sonrisa ; creia habiais desistido de vuestro intento, general.

Disponfase en seguida á levantarse ; pero deteniéndole Bonaparte por el brazo :

— Cuando insisto en mi proyecto , prosiguió con un tono que manifestaba su deseo de ser escuchado , sabes la que te tengo destinada , Roland ?—No, general.—Pues voy á decírtelo : hay una hermosa criatura , á quien amo como una hija ; ha cumplido hace poco diez y siete años , tú tienes veinte y seis ; eres en la actualidad general de brigada , al concluir la campaña lo serás de division. Entonces volveremos á París y haremos los preparativos necesarios.....—General , dijo interrumpiéndole Roland , ahí viene Bourrienne , que me parece os anda buscando.

Venia en efecto hácia ellos el secretario del primer cónsul.

—Qué hay, Bourrienne ? preguntó Bonaparte con impaciencia.—Un correo de Francia , general.—Ah !—Y una carta de madama Bonaparte.—Veamos, dijo el primer cónsul levantándose y arrancándole casi la carta de las manos.

— Hay algo para mí ? preguntó Roland.—Nada.—Es extraño ! repuso el jóven frunciendo el entrecejo.

A la clara luz de la brillante luna de Italia leyó Bonaparte la carta. A las dos primeras páginas veíase en su semblante la mas perfecta serenidad. Mas á la tercera, anublóse su rostro , dirigiendo al soslayo una mirada á Roland.

— Ah ! dijo el jóven , parece que en esa carta hay algo que me atañe.

Sin contestar , Bonaparte concluyó su lectura , metiéndose luego la carta en el bolsillo.

—Bueno , dijo : volvamos. Seguramente tendré necesidad de despachar un correo : id y cortadme algunas plumas.

Saludó Bourrienne y volvió á tomar el camino de Chivasso. Acercándose entonces Bonaparte á Roland y poniéndole la mano en el hombro :

— Soy poco afortunado, le dijo, en los asuntos matrimoniales.—Por qué ? preguntó Roland.—La boda de tu hermana ha fracasado.—Se ha negado ella ?—No.—Cómo ! será pues lord Tanlay ?—Sí.—Se niega á casarse con mi hermana, despues de haberse comprometido conmigo, con mamá, con vos y con ella misma ?—Vamos, no empieces á alborotarte ; aquí hay sin duda algun misterio.—Dejaos de misterios ; lo que aquí hay es un insulto.—Ah ! siempre el mismo ; hé aquí por qué tu madre ni tu hermana han querido escribirte ; pero Josefina ha creído que en un negocio tan grave debias estar enterado. Esto es lo que me comunica en esta carta á fin de que te lo participe, si lo creo conveniente. Ya ves que no he vacilado.—Gracias , general ; y en qué funda Lord Tanlay su negativa ?—En una razon , que está muy distante de serlo.—Cuál ?—Otro ha de ser sin duda el motivo.—Pero cuál es el que alega ?—Basta conocerle y conversar con él cinco minutos, para convencerse de que no puede ser esta la causa.—Pero , por Dios , general , cuál es la que él ha alegado ?—La de que tu hermana es menos rica de lo que se habia figurado.

Prorumpió Roland en una de aquellas carcajadas nerviosas, que indicaban en él la mas violenta agitación.

— Ah! exclamó al fin, precisamente es lo primero que le dije.—Qué?—Que mi hermana no era rica. ¿Y cómo serlo los hijos de los generales republicanos?—Y qué te contes-
tó?—Que él lo era bastante para los dos.—Ya ves pues que no puede ser este el motivo que le obliga á retirar su palabra.
—Con que la ha retirado?—Sí.—Terminantemente?—Terminantemente.—Entonces, bien conoceis, general, que es un grave insulto.—No digo que no.—Y no podeis permitir que uno de vuestros ayudantes de campo reciba un insulto en la persona de su hermana, sin exigir una pronta satisfaccion.—En semejantes asuntos, querido Roland, el ofendido es el único que puede decidir con acierto.—Cuánto tardaremos en tener una accion decisiva?—Tres semanas á lo menos.—En este caso, general, os pido licencia por quince dias.—Con una condicion.—Cuál?—Que irás antes á Bourg y conferenciarás con tu hermana, para conocer de qué parte ha venido la negativa.—Esta es mi intencion.—Entonces, no pierdas momento.—Bien veis que no deseo perderlo, repuso el jóven apretando el paso.—Aguarda; podrás encargarte de los despachos qué he de remitir á París.—Ya entiendo; seré yo el correo de que hablabais hace poco á Bourrienne?—Esto mismo.—Despachad pues.—Otra cosa. Los jóvenes que hiciste prisioneros...—Los compañeros de Jehú?—Sí, parece que pertenecen todos á familias nobles; tienen mas de fanáticos,

que de culpables. Segun me escriben, sorprendida tu madre por no sé qué estratagema judicial, ha declarado contra ellos, siendo causa de que les condenasen.—Es muy posible. Mi madre, como sabeis, fué detenida por ellos y vió el rostro del que hacia de jefe.—Pues tu madre misma me suplica por conducto de Josefina, que perdone á esos *pobres locos*. Son sus mismas palabras. Han apelado del fallo, y como tú llegarás antes de que se sustancie el recurso de apelacion, podrás decir de mi parte, si lo consideras conveniente, al ministro de justicia, que mande sobreseer en dicha causa: á tu regreso veremos lo que en definitiva convenga hacer.—Gracias, general. ¿Teneis algo mas que mandarme?—Unicamente que no olvides la conversacion que acabamos de tener.—Bueno; hablaremos de ella á mi vuelta, si es que volvemos á vernos.

Dirigióse en seguida apresuradamente hácia Chivasso, sin que intentase de nuevo detenerle el general. Media hora despues salia á todo escape, en una silla de posta, por la carretera de Ivrea, debiendo seguir así hasta Aosta desde donde atravesando á caballo el San Bernardo, bajaria á Martigues, adelantando de Ginebra hasta Bourg y pasando de allí á París. Mientras que Roland salva de este modo la distancia que le separaba de la capital, veamos lo que habia pasado en Francia, con lo cual aclararemos lo que á nuestros lectores haya parecido oscuro en la conversacion que han oido entre Bonaparte y su ayudante de campo.

X.

Cumple Amelia la promesa hecha á Morgan.

Después de una noche pasada en las cárceles de Bourg, fueron trasladados á las de Besanzon los prisioneros que habia hecho Roland, en cuyo último punto debian ser juzgados por un consejo de guerra.

No se habrá olvidado que dos de dichos prisioneros estaban tan gravemente heridos, que fué preciso trasportarlos en camillas; de ellos murió uno aquella misma noche, y el otro tres dias después de haber llegado á Besanzon.

Quedó pues reducido á cuatro el número de los prisioneros: Morgan, que se presentó voluntariamente y continuaba sano y salvo, Lepretre, Guyon, y Amiet, quienes, aunque heridos en la refriega, no lo estaban peligrosamente. Bajo estos cuatro pseudónimos ocultábanse, como hemos dicho, los nombres del baron de Sainte-Hermine, del conde de Jayat, del vizconde de Valensolle y del marqués de Ribier.

Durante la instruccion del sumario ante la comision militar de Besanzon, ordenóse que los procesos instruidos con motivo de la detencion de diligencias en los caminos públi-

cos, pasasen de las comisiones militares á los tribunales ordinarios.

Grande era para los procesados la diferencia que semejante determinacion vino á introducir; y no precisamente por la pena que pudiese imponérseles, sino por la manera de ejecutarla. Condenados á la última pena por un consejo de guerra, tenian que ser fusilados; sentenciados á muerte por un tribunal ordinario, tenian que sufrirla en la guillotina. Ser pasado por las armas no era una pena infamante, como lo era el ser guillotinado. Por lo demás, sujetos á la jurisdiccion ordinaria, correspondia el conocimiento de la causa al jurado de Bourg.

A las cárceles de dicha ciudad fueron pues trasladados de nuevo los acusados, á fines de marzo, principiando inmediatamente las actuaciones. Habian empero adoptado los procesados un sistema tal de defensa, que no dejaba de embarazar bastante al juez de instruccion. Declararon ser el baron de Sainte-Hermine, el conde de Jayat, el vizconde de Valensolle y el marqués de Ribier, negando conocer, ó haber tenido jamás relacion alguna, con Morgan, Lepretre, Guyon y Amiet. Confesaban haber pertenecido á una partida armada, dependiente de las fuerzas que á las órdenes de M. de Teyssonnet, y como una parte del ejército de Bretaña, estaban destinados á operar en el Mediodía y en el Este, mientras el grueso de dicho ejército, que acababa de firmar la paz, operaba en el Oeste. Para someterse ellos tambien, aguardaban

tan solo la sumision de Cadoudal ; cuyo aviso estaban esperando de un momento á otro , cuando fueron atacados y hechos prisioneros.

Sumamente difícil era convencerles de lo contrario , toda vez que las diligencias habian sido siempre detenidas por hombres enmascarados , á quienes nadie , á excepcion de madama de Montrevel y sir John , habia visto jamás el rostro.

Presentes tendrán nuestros lectores las circunstancias que habian valido á dichas dos personas tan singular privilegio ; la primera , cuando al ser asaltada la diligencia en que viajaba , con uno de los estremecimientos propios del ataque nervioso de que se vió acometida , hizo caer la máscara de Morgan ; el segundo , durante la noche en que fué juzgado , condenado y herido por los compañeros de Jehú. Ambos fueron llamados ante el juez de instruccion , y á pesar de haberseles careado con los cuatro acusados , manifestaron ambos no conocerles.

Cuál era la causa de este disimulo ? Por lo que toca á madama de Montrevel , no es difícil comprenderla : reconocida , como debia estarlo , al que habia salvado á su hijo Eduardo y socorridola con tanta galantería , no era de esperar quisiese agravar con una impremeditada palabra su crítica situacion. Mas en cuanto á Sir John , no era ya tan fácil atinar el motivo de su reserva , conociendo , como indudablemente conoció en los cuatro procesados á dos de sus jueces por lo menos.

Al verle estos en su presencia , no pudieron reprimir cierto estremecimiento ; mas apenas se habian decidido á fijar en él resueltamente sus miradas , oyeron con sorpresa que sir John contestaba á las reiteradas instancias de los jueces , con estas palabras :

« A ninguno de estos caballeros tengo el honor de conocer. »

Amelia , de quien no hemos hablado , porque hay situaciones que es incapaz la pluma de describir ; Amelia , pálida , presa de una febril desesperacion , moribunda casi , desde la noche fatal en que habia sido preso Morgan , aguardaba con ansiosa impaciencia el regreso de su madre y de lord Tanlay , citados por el juez de instruccion.

Fué milord quien entró primero , por haberse detenido madama de Montrevel á dar algunas órdenes á Miguel. Al verle Amelia , lanzóse á su encuentro , preguntándole :

—Qué tal ?

Miró sir John á su alrededor para asegurarse de que madama de Montrevel no podia verle ni oírle.

—Ni vuestra madre , ni yo , hemos conocido á ninguno de los presos.—Ah ! cuán noble , cuán bondadoso , cuán generoso sois , milord ! exclamó la jóven , esforzándose en besar la mano á sir John.

Mas este , retirándola :

—No he hecho mas que cumplir lo que os habia prometido , contestó : pero , silencio ! ahí viene vuestra madre.

Separóse Amelia dos ó tres pasos de sir John.

—Vos tampoco, mamá, díjole Amelia, habeis querido agravar la situacion de esos desgraciados?—Cómo era posible, contestó madama de Montrevel, que enviase yo al cadalso á un hombre que tan finamente me socorrió, y que en lugar de vengarse de Eduardo, le abrazó con la mayor efusion?

—Sin embargo, repuso Amelia temblando, le habreis conocido?—Perfectamente, contestó madama de Montrevel; es el rubio de cejas y ojos negros, al que dan el nombre de baron Carlos de Sainte-Hermine.

Ahogando Amelia un grito, y haciendo sobre sí misma un supremo esfuerzo:

—No es regular, añadió, que á vos ni á milord os llamen de nuevo á declarar?—No es probable, contestó madama de Montrevel.—De todos modos, dijo sir John, creo que, lo mismo que yo, persistirá madama de Montrevel siempre en su deposicion negativa.—Oh! es claro, centestó la buena señora; Dios me libre de causar la muerte á ese desgraciado jóven! jamás me la perdonaria; bastante siento que él y sus compañeros hayan sido presos por Roland.

Exhaló Amelia un suspiro, pareciendo animarse algun tanto su abatido semblante. Dirigió una mirada de agradecimiento á sir John, retirándose luego á su cuarto, donde la estaba aguardando Carlota. Mejor que doncella de servicio, habia llegado á ser la hija del carcelero la fiel é inseparable

amiga de Amelia. Desde que los acusados habian entrado en las cárceles de Bourg, iba todos los dias Carlota á pasar una hora al lado de su padre.

Todo el tiempo que duraba esta cotidiana visita pasábase hablando de los cuatro presos, á quienes el digno alcaide, á fuer de buen realista, compadecia de todas veras. Por este medio sabia Carlota todo cuanto hacian y pensaban los presos, enterando de todo á Amelia. En tal estado las cosas, llegaron al castillo de Fuentes-Negras madama de Montrevel y sir John.

Antes de salir, habia hecho decir el primer cónsul á madama de Montrevel, por Roland, y repetírselo por Josefina, que deseaba tuviese lugar la boda durante su ausencia y lo mas pronto posible. Al partir sir John en compañía de madama de Montrevel para Fuentes-Negras, habia manifestado igualmente que sus mas ardientes deseos se verian llenados con la realizacion del proyectado matrimonio, y que solo aguardaba la conformidad de Amelia para ser el mas feliz de los mortales.

Atendidos tales antecedentes, no tuvo reparo madama de Montrevel en permitir, el dia mismo de su llegada, una entrevista entre sir John y su hija. Estuvieron hablando mas de una hora, y al momento mismo de separarse de Amelia, subió sir John al coche con madama de Montrevel para ir á rendir ambos su declaracion.

Hemos visto cuán favorable era esta á los acusados, y

la manera como fué, á su regreso, recibido sir John por Amelia. Por la noche, tuvo tambien madama de Montrevel una conferencia con su hija.

A las vivas instancias de su madre, contentóse Amelia con oponer el estado delicado de su salud, que le hacia desear se aplazase la realizacion de su matrimonio; añadiendo no obstante que no desairaria en lo mas mínimo la voluntad de sir John, si insistia en la pronta celebracion de este enlace. Al dia siguiente vióse precisada madama de Montrevel á salir de Bourg para regresar á París, pues la posicion que ocupaba al lado de madama Bonaparte no le permitia una larga ausencia.

Antes de su partida instó repetidamente á Amelia para que la acompañase á París; tuvo sin embargo que ceder á la consideracion de su necesario restablecimiento. Acercábanse los meses mas dulces y encantadores del año, abril y mayo, los cuales pidió con ahinco la permitiesen pasar en el campo, segura, segun decia, de que la restituirian la perdida robustez. Como madama de Montrevel nada sabia negar á Amelia, sobretodo tratándose de su salud, hubo de otorgar este nuevo plazo á la enferma.

Al igual que á su ida á Bourg, hizo madama de Montrevel su viaje de regreso á París en compañía de lord Tanlay; mas con indecible extrañeza observó que, durante los dos dias de viaje, ni una palabra le dijo relativa á su matrimonio con Amelia. Al llegar á París dirigióle madama Bonaparte su acostumbrada pregunta.

— Cuándo casamos á Amelia con sir John? ya sabéis que es uno de los mas vivos deseos del primer cónsul.

A lo cual contestó madama de Montrevel:

— Todo depende de lord Tanlay.

Mucho habia dado que pensar esta contestacion á madama Bonaparte. ¿Cómo, se decia, despues de haber manifestado lord Tanlay tanta prisa, parece ahora serle indiferente esta union? Solo el tiempo podia explicar semejante misterio. Mas, con el tiempo iba tambien adelantando el curso de la causa instruida en averiguacion de los hechos atribuidos á los prisioneros de Ceyzeriat.

En vano se les habia careado con los diferentes viajeros, cuyas declaraciones obraban en los procesos verbales que hemos visto en poder del prefecto de policia; pues ninguno podia reconocerles, por no haberles visto jamás á cara descubierta. En cambio, todos habian tenido de confesar que nada, dineros ni alhajas, de su pertenencia, se les habia quitado; y hasta el mismo Juan Picot tuvo que presentarse á acreditar la inmediata restitucion de los cien lises de que por equivocacion se habia visto momentáneamente despojado.

Así es que á pesar de los dos meses transcurridos, los acusados, cuya identidad no habia sido posible de modo alguno justificar, se hallaban únicamente bajo el peso de sus propias confesiones; es decir, que afiliados á la rebelion bretona y vendeana, pertenecian á las partidas armadas que recorrian el Jura á las órdenes de M. de Teyssonnet.

Retardaban por todos los medios imaginables los jueces la vista de la causa, para dar lugar á que se presentase algun testigo de cargo. Mas hasta entonces habian salido fallidas sus esperanzas. A nadie realmente perjudicaban los hechos que se trataba de inquirir mas que al Tesoro público, por el que nadie se tomaba de consiguiente grande interés. Por su parte, habian los procesados aprovechado bien el tiempo; de suerte que, terminada la instruccion, no podia ya diferirse por mas tiempo la apertura de los debates.

Hemos visto que, merced al cambio de pasaportes, acordado con notable prevision, Morgan viajaba con el nombre de Ribier, este con el de Sainte-Hermine, y así todos los demas; de lo cual resultaba una confusion en las declaraciones de los posaderos, que la presentacion de los respectivos registros, ordenada por el tribunal, logró solo aumentar.

No faltaba, es verdad, la conviccion moral en el ánimo de los jueces; mas era de todo punto ineficaz este medio, siempre aventurado ante las pruebas claras y directas que constituian las declaraciones de los testigos. Además de que, fuerza es decirlo, notábase en el público una completa simpatía por los acusados.

Hállase la cárcel de Bourg situada junto al edificio donde se reunia el tribunal, de manera que, por los corredores interiores, podian los presos ser conducidos á la sala de audiencia. A pesar de que era esta bastante espaciosa, apenas cabia en ella la concurrencia que atrajo la vista de la causa.

Esperaba ansiosa y agrupada á sus puertas toda la ciudad de Bourg, sin contar los que habian venido de Macon, Lons-le-Saulnier, Besanzon y Nantua, impulsados por la celebridad de los hechos de que se hacia autores á los compañeros de Jehú.

La entrada de los cuatro acusados en la sala fué acogida con un murmullo que nada tenia de hostil, descubriéndose antes bien en él una curiosa simpatía. Contribuia no poco á excitar este favorable sentimiento la impresion que causaba su presencia. Arrogantes mozos, vestidos á la última moda de aquella época, tranquilos sin arrogancia, con la sonrisa en los labios, mirando á todas partes, cortés con sus jueces; la mejor defensa estaba escrita en su propio aspecto. El que mas edad contaba entre los cuatro llegaba apenas á los treinta años.

Preguntados por su nombre, apellido, edad y naturaleza, dijeron llamarse:

Carlos de Sainte-Hermine, natural de Tours, departamento del Indre-et-Loire, de veinte y cuatro años; Luis Andrés de Jayat, natural de Bagé-le-Chateau, departamento del Ain, de veinte y nueve años de edad; Federico Augusto de Valensolle, natural de Sainte-Colombe, departamento del Ródano, de veinte y siete años; Pedro Hector de Ribier, natural de Bollena, departamento de Vaucluse, de veinte y seis años. Preguntados por su estado y condicion, declararon ser todos solteros y nobles.

Segun hemos manifestado antes , consistia su sistema de defensa en negar toda clase de participacion en la detencion de postas y diligencias , á fin de descartar de la acusacion la idea de robo, y dejarla reducida al delito de rebelion armada. Formaban un grupo admirable de nobleza , valor y generosidad aquellos cuatro gallardos jóvenes , defendiéndose de la guillotina , no de la pena de ser pasados por las armas , que despreciaban la vida, reconociendo haberse hecho acreedores á que se la quitasen , con tal de que se les concediese morir como soldados. Comprendian sin embargo los jueces que , por el solo delito de rebelion armada , hallándose como se hallaba sometida la Vendée y pacificada la Bretaña , seria preciso absolverles. Y no era esto por cierto lo que deseaba el ministro de policia. No satisfecho con la última pena , impuesta por un consejo de guerra , buscaba para los desventurados reos una muerte infamante , la muerte de los malhechores y de los mas odiosos criminales.

Tres dias duraron los debates , sin que adelantasen un solo paso , en sentir del ministerio público. En ninguno de ellos faltó Carlota ; quien , desde la habitacion de su padre , era la primera en penetrar en la sala de audiencia , volviendo por la tarde al castillo , á enterar minuciosamente á Amelia de lo que habia ocurrido.

El cuarto dia , sin embargo , no pudo ya contener Amelia su inquietud ; por lo que , habiéndose procurado un traje igual en un todo al de Carlota , con la sola diferencia de

que el encaje negro que guarnecia el sombrero , algo mas largo y espeso , le caia en forma de velo sobre su semblante , determinó presenciar tambien aquella solemne ceremonia.

Presentóla Carlota á su padre , como á una amiga que tenia curiosidad de asistir á los debates , y sin acordarse siquiera el buen Courtois de la señorita de Montrevel , colocó á las dos jóvenes , para que pudiesen ver mejor á los acusados , en el corredor que , desde la habitacion del alcaide , iba á la sala de audiencia.

Era tan estrecho este pasadizo , que los cuatro gendarmes que escoltaban á los presos tenian que marchar , dos delante de ellos , y haciéndoles desfilar uno tras otro , cerraban los otros dos la marcha. A pocos pasos del calabozo estaban aguardando su salida Carlota y Amelia.

Al oir descorrer los cerrojos , tuvo que apoyarse Amelia en el hombro de Carlota , pareciéndole que se le iban los piés y se desplomaba á su espalda la pared. Oyóse luego el ruido de los pasos y de los sables de los gendarmes arrastrando por el suelo , dirigiéndose hácia donde se hallaban las dos jóvenes. Pasó el primer gendarme , luego el segundo , y tras él Sainte-Hermine á la cabeza de sus compañeros , como si continuase aun siendo el intrépido Morgan. Al pasar junto á ella :

—Carlos! murmuró Amelia.

Reconoció el preso aquella voz adorada ; ahogó un suspiro , sintiendo deslizarse en su mano un billete. Estrechó aque-

lla mano querida , murmuró el nombre de Amelia , y siguió á los gendarmes. Los otros tres no se apercibieron , ó aparentaron al menos no apercibirse de las dos jóvenes.

Apresuróse Morgan , luego que se lo permitió la claridad , á leer el billete , concebido en estos términos :

« No lo dudes , Carlos mio , soy y seré tu fiel Amelia , así en vida , como en muerte. Todo lo he confesado á lord Tantalay. Es el hombre mas generoso de la tierra : me ha prometido desistir , bajo cualquier pretexto , de su intencion , tomando sobre sí la responsabilidad de este paso. Te amo ! »

Besó Morgan el billete , y llevándolo á su corazon , dirigió una tierna mirada al corredor , á cuya puerta continuaban de pié las dos jóvenes. Todo lo habia arriesgado Amelia para verle , alentada sin embargo por la esperanza de que el proceso iba á terminar favorablemente aquel dia , ya que , atendida la falta de pruebas , era legalmente imposible condenar á los acusados.

Habian estos encargado su defensa á los mas célebres abogados del departamento , que se trasladaron á Bourg desde Lion y Besanzon. Hablaron por su órden con extraordinario calor , destruyendo uno tras otro los diferentes cargos que se leian en el acta de acusacion , como en un torneo de la edad media el mas diestro y aguerrido campeon iba destrozando con certero brio las piezas todas de la armadura de su adversario. Las ámonestaciones del presidente y de los dependientes del tribunal no pudieron evitar que fuesen recibidas

con estrepitosos aplausos las palabras de los celosos defensores.

Escuchábales Amelia , con las manos juntas , dando gracias á Dios que tan visiblemente se manifestaba á favor de los acusados ; parecíale haberse quitado de encima el enorme peso que la oprimia , y respirando con mayor libertad , miraba fijamente , arrasados los ojos en lágrimas , el crucifijo colocado sobre la silla de la presidencia.

Tocaban ya á su término los debates , cuando entrando de repente un ujier , acercóse al presidente y le dijo algunas palabras al oido.

— Señores , dijo acto continuo el presidente , se suspende la vista de la causa ; que se retiren los acusados.

Hubo un movimiento de febril inquietud en el auditorio. Qué ha sucedido ? qué se aguarda ? preguntábanse unos á otros con ansiedad ; apoderóse de Amelia un triste presentimiento , que le obligó á llevar la mano á su corazon , cual si acabase de atravesarlo un frio acero.

Levantáronse los gendarmes y , seguidos de los acusados , tomaron de nuevo el camino del calabozo. Al pasar Morgan por delante de Amelia , estrechóla cariñosamente la mano , helada como la de un cadáver.

— Cualquiera que sea el resultado , te doy las gracias , Amelia , djóla al pasar por su lado.

Quería Amelia contestarle ; mas las palabras espiraron en sus labios.

En el entretanto levantóse el presidente, dirigiéndose á un gabinete inmediato. Encontró en él á una señora, cubierta con un velo, que despues de haberse apeado del coche á la puerta misma del tribunal, habia sido conducida á aquel sitio, sin permitirle cambiar una sola palabra con persona alguna.

—Señora, díjola el presidente, dispensad ante todo la manera, demasiado dura quizás, con que, en uso de mi poder discrecional, os he obligado á regresar precipitadamente de París; pero se trata de la vida de un hombre, y ante esta consideracion han debido desaparecer todas las demás.—Ninguna necesidad teneis de justificaros, caballero, contestó la dama; sé cuáles son las prerogativas de la justicia, y ahí me teneis á vuestras órdenes.—Señora, repuso el presidente, el tribunal supo debidamente apreciar el sentimiento de exquisita delicadeza que os obligó, en vuestro primer careo con los acusados, á no descubrir cuál de ellos fué el que os prodigó tantas atenciones. Entonces negaban los acusados haber ellos detenido jamás diligencia alguna, cosa que despues no han tenido reparo en confesar; por lo tanto, convendria ahora saber cuál es el que dió tan señalada muestra de galantería, auxiliándoos en vuestro desmayo, para poder recomendarle á la clemencia del primer cónsul.—Será posible! dijo la dama, han confesado?—Todo, señora: lo único que se obstinan en no descubrir es quién fue el que os socorrió, sin duda porque temen contradecir vuestra declaracion,

y no quieren haceros esta ofensa.—Qué quereis pues, caballero?—Que salveis á vuestro salvador.—Oh! de muy buena gana, exclamó la dama levantándose; qué es preciso hacer para conseguirlo?—Nada mas que contestar con franqueza á la pregunta que os haré en la sala de la audiencia.—Estoy pronta.—Aguardad un instante; os haré llamar muy luego.

Volvió á entrar el presidente, colocándose un gendarme á la puerta del gabinete, á fin de que nadie pudiese hablar con la dama que en él quedaba.

Ocupando de nuevo su puesto el presidente:

—Señores, dijo, continúa la vista de la causa.

Levantóse de todos los ángulos de la sala un gran murmullo, que á duras penas pudieron acallar los ujieres con sus repetidos gritos de: silencio!

—Que entre el testigo, añadió el presidente.

Abierta por un ujier la puerta del gabinete, entró en la sala la dama, cubierto el rostro con el velo. Concentráronse en ella todas las miradas. Quién es esta señora? Qué viene á hacer? con qué objeto ha sido llamada? Antes que los de otra persona, habíanse fijado en ella los ojos de Amelia.

—Dios mio! murmuró, sin duda me equivoco!—Señora, dijo con voz grave el presidente, los acusados van á entrar en la sala; manifestad á la justicia cuál de ellos, cuando tuvo lugar la detencion de la diligencia de Ginebra, fué el que os prodigó tan solícitos cuidados.

Apoderóse de toda la concurrencia un frio estremecimiento, pues se adivinaba que se habia tendido algun lazo para perder á los acusados. Mil diferentes voces se preparaban á gritar: «no lo digais, señora!» pero á una señal del presidente, volvió á repetir el ujier con voz imperativa:

—Silencio!

Sintió Amelia correr por sus venas el frio de la muerte, cubriendo su frente un helado sudor y temblándole las rodillas.

—Que entren los acusados, dijo el presidente, imponiendo silencio con una mirada, como lo habia impuesto el ujier con una palabra; y vos, señora, tened la bondad de acercaros y levantar vuestro velo.

Obedeció la dama á ambas invitaciones.

—Mi madre! exclamó Amelia con voz ahogada, que ni siquiera llegó á oídos de los que mas cerca tenia.

—Madama de Montrevel! exclamaron á una los concurrentes todos.

En aquel momento llegaba á la puerta el primer gendarme, tras él el segundo, seguido de los cuatro acusados, aunque por distinto órden: Morgan se habia colocado el tercero, á fin de hallarse á mayor distancia de las dos parejas que les escoltaban, y poder estrechar mas fácilmente la mano de Amelia.

Lepretre fué por lo tanto el primero en entrar en la sala; y al verle, hizo madama de Montrevel una señal negativa con

la cabeza. Llegó luego Guyon, cuya presencia mereció á madama de Montrevel la misma señal. En aquel mismo instante pasaba Morgan por delante de Amelia.

—Oh! estamos perdidos, exclamó esta.

Miróla él con la mayor sorpresa, mientras una mano convulsiva estrechaba la suya. Entró por fin en la sala.

—Es el señor, dijo madama de Montrevel al ver á Morgan, ó sea al baron Carlos de Sainte-Hermine, puesto que quedaron uno y otro refundidos en una sola persona, desde el momento que dejó madama de Montrevel acreditada su identidad.

Salió de entre la concurrencia un prolongado grito de dolor. Soltando Lepretre una gran carcajada:

—Bravo! exclamó, esto te enseñará, amigo mio, á ser galante con las señoras que se sienten indispuestas.

Volviéndose despues á madama de Montrevel:

—Gracias, señora, la dijo; con dos palabras acabais de cortar cuatro cabezas.

Hubo un momento de terrible silencio, interrumpido únicamente por un agudo gemido.—Ujieres, gritó el presidente, haced entender al público que se halla prohibida toda señal de aprobacion ó reprobacion.

Inútiles fueron las diligencias de los ujieres para averiguar quién habia faltado á la justicia exhalando aquel triste gemido. Era una jóven que cayó desmayada, y tuvo que ser trasladada á la habitacion del conserje. Desde entonces nada

negaron ya los acusados ; así como se les habia reunido Morgan cuando cayeron prisioneros , uniéronse ahora á él sus tres amigos para participar de la misma suerte.

Sus cuatro cabezas debian salvarse ó caer juntas. El mismo dia , á las diez de la noche , publicó el presidente la sentencia de muerte. Despues de las mas vivas instancias , pudieron conseguir sus defensores que interpusiesen los acusados el recurso de casacion ; mas , á pesar de todos sus esfuerzos , no lograron decidirles á implorar gracia.

VI.

Cumplimiento de la promesa.

La sentencia proferida por el jurado de Bourg produjo un terrible efecto , no solo en los que se hallaban presentes en la sala de audiencia , sí que tambien en toda la ciudad. Observábase entre los cuatro acusados un sentimiento de fraternidad tan interesante , revelaban sus maneras una finura y elegancia tan naturales , presentábase tan sincera y profunda su fé en la causa que habian abrazado , que hasta sus mismos enemigos no podian sobreponerse á la admiracion debida á una fidelidad , que habia convertido aparentemente en bandoleros á jóvenes distinguidos , nobles por su corazon y por su cuna.

Desgraciadamente su obstinacion en rehusar la interposicion de este recurso supremo , no permitia esperar gracia. Desesperada madama de Montrevel por la parte que le habia cabido en el fatal desenlace que acababa de tener aquel ruidoso proceso , propúsose reparar el mal que , contra su voluntad , habia ocasionado , saliendo al instante para París , decidida á arrojarle á los piés del primer cónsul para alcanzar el perdón de aquellos cuatro desventurados. Deseosa de no perder momento , ni siquiera fué á abrazar á Amelia en el castillo de Fuentes-Negras. Sabia que la salida del general estaba fijada para primeros de mayo , y era aquel dia el 6 de dicho mes.

Al salir ella de París estaban hechos todos los preparativos para la marcha de Bonaparte. Dejando por lo tanto escritas cuatro líneas para Amelia , explicándola la excesiva docilidad con que , queriendo salvar á uno de los acusados , acababa de hacer condenar á los cuatro ; avergonzada de haber faltado á la promesa hecha á su hija , y mas que todo , al propósito que ella misma se habia formado , tomó una silla de posta y salió precipitadamente para París.

Llegó el 8 de mayo por la mañana : Bonaparte habia salido el 6 por la tarde. Manifestó al despedirse que iba hasta Dijon , y que tal vez se llegaria á Ginebra ; pero que de todos modos no duraria su ausencia mas de tres semanas. Cinco á lo menos se necesitaban para sustanciar el recurso de apelacion interpuesto por los procesados.

negaron ya los acusados ; así como se les habia reunido Morgan cuando cayeron prisioneros , uniéronse ahora á él sus tres amigos para participar de la misma suerte.

Sus cuatro cabezas debian salvarse ó caer juntas. El mismo dia , á las diez de la noche , publicó el presidente la sentencia de muerte. Despues de las mas vivas instancias , pudieron conseguir sus defensores que interpusiesen los acusados el recurso de casacion ; mas , á pesar de todos sus esfuerzos , no lograron decidirles á implorar gracia.

VI.

Cumplimiento de la promesa.

La sentencia proferida por el jurado de Bourg produjo un terrible efecto , no solo en los que se hallaban presentes en la sala de audiencia , sí que tambien en toda la ciudad. Observábase entre los cuatro acusados un sentimiento de fraternidad tan interesante , revelaban sus maneras una finura y elegancia tan naturales , presentábase tan sincera y profunda su fé en la causa que habian abrazado , que hasta sus mismos enemigos no podian sobreponerse á la admiracion debida á una fidelidad , que habia convertido aparentemente en bandoleros á jóvenes distinguidos , nobles por su corazon y por su cuna.

Desgraciadamente su obstinacion en rehusar la interposicion de este recurso supremo , no permitia esperar gracia. Desesperada madama de Montrevel por la parte que le habia cabido en el fatal desenlace que acababa de tener aquel ruidoso proceso , propúsose reparar el mal que , contra su voluntad , habia ocasionado , saliendo al instante para París , decidida á arrojarle á los piés del primer cónsul para alcanzar el perdón de aquellos cuatro desventurados. Deseosa de no perder momento , ni siquiera fué á abrazar á Amelia en el castillo de Fuentes-Negras. Sabia que la salida del general estaba fijada para primeros de mayo , y era aquel dia el 6 de dicho mes.

Al salir ella de París estaban hechos todos los preparativos para la marcha de Bonaparte. Dejando por lo tanto escritas cuatro líneas para Amelia , explicándola la excesiva docilidad con que , queriendo salvar á uno de los acusados , acababa de hacer condenar á los cuatro ; avergonzada de haber faltado á la promesa hecha á su hija , y mas que todo , al propósito que ella misma se habia formado , tomó una silla de posta y salió precipitadamente para París.

Llegó el 8 de mayo por la mañana : Bonaparte habia salido el 6 por la tarde. Manifestó al despedirse que iba hasta Dijon , y que tal vez se llegaría á Ginebra ; pero que de todos modos no duraría su ausencia mas de tres semanas. Cinco á lo menos se necesitaban para sustanciar el recurso de apelacion interpuesto por los procesados.

No se desalentó pues madama de Montrevel á pesar de este primer obstáculo : mas al ver que la revista de Dijon no habia sido mas que un pretexto, que el viaje á Ginebra jamás fué seriamente intentado, y que en lugar de encaminarse á Suiza se dirigia Bonaparte á Italia, consideró perdida toda esperanza. Recordando no obstante el juramento de su hijo al lado de lord Tanlay mortalmente herido, y la parte que habia tomado en la sorpresa hecha á los compañeros de Jehú, no quiso dirigirse á Roland, prefiriendo solicitar la intercesion de Josefina, de quien consiguió por último que escribiese á Bonaparte.

Mas, atendida la celebridad de la causa y la condicion de los acusados, activóse extraordinariamente su conclusion; de modo que, á los treinta y cinco dias, se hallaba definitivamente fallada, confirmándose la sentencia. Devolviéronse inmediatamente los autos al tribunal de Bourg, con la orden de cumplir dentro de veinte y cuatro horas la sentencia confirmada. A pesar no obstante de toda esta actividad, no fué la autoridad judicial quien supo primero en Bourg este resultado.

Cuando menos lo esperaban, entró una piedra por la reja del calabozo que ocupaban los cuatro amigos, viniendo á caer á sus piés. Iba atada á dicha piedra una carta. Recogió la piedra Morgan, que aun en la cárcel conservaba entre sus compañeros la superioridad de un jefe, y desatando la carta enteróse de su contenido. Volviéndose despues á los otros tres jóvenes :

—Amigos, les dijo, la sentencia ha sido confirmada, como era de esperar; y segun todas las probabilidades, la ceremonia tendrá lugar mañana.

Valensolle y Ribier, que estaban jugando, suspendieron por un momento el juego para saber la noticia; continuándolo, despues de haberla oido, con la mayor tranquilidad. Jayat, que estaba leyendo la *Nueva Eloisa*, prosiguió su lectura, diciendo :

«No podré acabar la obra maestra de Juan Jacobo Rousseau; pero á fé que poco lo siento: es el libro mas pesado y fastidioso que he visto en mi vida.

Pasóse Sainte-Hermine la mano por la frente, murmurando :

— Pobre Amelia!

Viendo luego á Carlota arrimada á una de las rejas que daban al patio, acercádosela cuanto le fué posible :

— Dí á Amelia, exclamó, que esta noche es cuando ha de cumplirme su promesa.

Retiróse de la reja la hija del alcaide, y fué á despedirse de su padre, diciéndole que por la noche volveria seguramente á verle. Tomó en seguida el camino de Fuentes-Negras, que de dos meses á aquella parte hacia dos veces cada dia: por la mañana, dirigiéndose á la cárcel; y por la tarde, volviendo al castillo.

En el mismo sitio encontraba siempre á Amelia al llegar, esto es, sentada en el balcon que, en mas felices dias, ser-

via de puerta á su querido Carlos. Desde que se desmayó en la sala de la audiencia, no habia Amelia derramado una sola lágrima, y aun podriamos añadir, proferido una sola palabra.

Al revés del mármol de la antigüedad, animándose con el tiempo para convertirse en mujer, parecia por el contrario un ser animado, que iba paulatinamente petrificándose. Cada dia aumentaba su palidez; mas visible era á cada instante su inmovilidad. Contemplábala Carlota con extrañeza: los ánimos vulgares, sumamente impresionables á la vista de ruidosas demostraciones, á quienes afectan en alto grado los sollozos y gemidos, no saben comprender toda la intensidad de un dolor que se mantiene mudo. Para ellos, esta terrible calma en nada difiere de la fria indiferencia.

Grande fué, pues, su sorpresa al ver la impasibilidad con que recibió Amelia la fatal noticia que acababa de comunicarla. Es que la pobre doncella no reparaba que el rostro de su jóven señora, sombreado por la dudosa luz del crepúsculo, antes pálido, poníase ahora lívido; es que no podia sentir la mortal opresion que, cual unas tenazas de hierro, le oprimia el corazon; es que estaba muy léjos de comprender que, al levantarse de la silla para dirigirse á la puerta, una rigidez, mas automática aun que de ordinario, impedia sus movimientos. Disponíase á seguirla, cuando deteniéndose Amelia á la puerta:

— Aguárdame aquí, la dijo.

Obedeció Carlota; y volviendo á cerrar Amelia la puer-

ta, subió al cuarto de Roland, cuyos adornos consistian exclusivamente en los diferentes objetos propios para la guerra ó para la caza.

Habia en él armas de toda especie, indígenas y extranjeras, desde las pistolas de azulados cañones de Versalles, hasta las de culata de plata del Cairo; desde el toscó cuchillo catalan, hasta el primoroso yatagan turco. Escogió Amelia cuatro puñales de aguda y afilada hoja, ocho pistolas de diferentes formas y calibres, y cogiendo un saquito de balas y un frasco de pólvora, bajó á reunirse con Carlota.

Diez minutos despues, vestida con el mismo traje que la habia servido para asistir á la vista de la causa, aguardó con su doncella la llegada de la noche, que en el mes de junio se hace esperar bastante. De pié, muda é inmóvil como una estatua, apoyándose en la chimenea, y mirando por la ventana el pueblo de Ceyzeriat, que iba desapareciendo poco á poco, envuelto entre las sombras de la noche, aguardó Amelia que fuese completa la oscuridad. Dirigiéndose entonces á la puerta:

— Vamos, dijo, ya es hora.

Bajaron la escalera las dos jóvenes, sin que Miguel parase la atencion en Amelia, que creyó ser alguna amiga de Carlota, á quien salia esta á acompañar hasta la otra parte de la verja.

Daban las diez cuando pasaban por delante de la iglesia de Bourg. A las diez y cuarto llamaba Carlota á la puerta de la cárcel, que se presentó á abrir maese Courtois.

Nuestros lectores conocen ya las opiniones políticas del digno carcelero, realista por sus cuatro costados. Inspirábanle por lo tanto una profunda simpatía los cuatro reos, de cuya salvacion no desconfiaba aun del todo, sabiendo que madama de Montrevel habia ido á implorar gracia por ellos. Hasta donde se lo permitia el cumplimiento de sus deberes, procuraba por su parte el buen alcaide suavizar la situacion de los presos, prescindiendo de inútiles precauciones y molestias.

Justo es sin embargo añadir que, á pesar de sus simpatías, rehusó obstinadamente sesenta mil francos en oro, que en aquella época valian triple de lo que valen hoy dia, ofrecidos para proteger su evasion.

Hemos visto las atenciones y cuidados que este incorruptible guardian habia dispensado á Amelia cuando estuvo presa con madama de Montrevel. Así que, poco tuvo que insistir Carlota para persuadirle á que facilitase la entrada de su jóven ama en el calabozo de los presos; sobre todo, manifestándole que aquella misma noche salia para París, á fin de cooperar por su parte á la concesion de la gracia, y que antes de salir deseaba despedirse del baron de Sainte-Hermine y recibir sus instrucciones. Era preciso forzar cinco puertas antes de llegar á la calle, aun sin contar con el cuerpo de guardia establecido en el patio, y los centinelas interiores y exteriores. Nada habia pues que temer por la seguridad de los presos, aun cuando se permitiese la entrevista de Amelia con Morgan.

Habrá de dispensársenos que empleemos, ora el nombre de Morgan, ora el de Carlos, ora el de baron de Sainte-Hermine; sabiendo, como saben muy bien nuestros lectores, que con esta triple denominacion nos referimos siempre á una misma persona.

Tomando pues una luz maese Courtois, dirigióse al calabozo de los cuatro amigos seguido de Amelia; la cual, como pronta á emprender el viaje para París, llevaba en la mano un saco de noche.

—No os es desconocido el calabozo, señorita; es el mismo donde estuvisteis con vuestra mamá. Pidiómelo como un gran favor el jefe de estos desgraciados jóvenes, el baron Carlos de Sainte-Hermine. No quise negarle este consuelo, sabiendo que os ama. Oh! no tengais cuidado, señorita, jamás saldrá de mis labios este secreto. Preguntóme despues dónde estaba colocada la cama de vuestra mamá, dónde la vuestra; y habiéndoselo enseñado, me suplicó encarecidamente pusiese la suya en el mismo sitio donde habia estado la vuestra. No era á la verdad difícil, pues no solo ocupa el mismo sitio, sino hasta la misma cama, de la cual apenas ha salido el pobre jóven, sumido de continuo en la mas profunda tristeza.

Ahogó Amelia un suspiro, sintiendo lo que desde largo tiempo no habia sentido, esto es, una lágrima que humedecia sus párpados. No podia dudar que era amada cual ella amaba; así acababa de probárselo el testimonio de una persona extraña y desinteresada. Al momento de una separa-

ción eterna, esta seguridad era lo que mas podia halagarla.

Iban abriéndose las puertas delante de maese Courtois. Al llegar á la última, puso Amelia la mano en el hombro del alcaide, pareciéndole oír á manera de un canto. Escuchó con mayor atencion, conociendo entonces que recitaban versos. Pero aquella voz no era la de Morgan; érala enteramente desconocida. Tenia algo triste como una elegía, y religioso como un salmo. Llegaron á sus oídos estas palabras:

Al Dios de la inocencia
El corazón alcé, anegado en llanto,
Implorando clemencia,
É indiferentes al mundano encanto,
Los ojos en Él fijos;
Porque los desgraciados son sus hijos.

Calló la voz; sin duda habia leído ya la última estancia.

Amelia, que no habia querido interrumpir la suprema meditacion de los reos, reconociendo la hermosa oda que escribió Gilbert, en el lecho de un hospital, la víspera de su muerte, hizo seña al carcelero de que podia abrir. Maese Courtois, que á pesar de su destino parecia participar de la emocion de la jóven, introdujo, lo mas suavemente que pudo, la llave en la cerradura quedando abierta la puerta.

Con una ojeada abarcó Amelia todo el interior del calabozo y las personas que lo habitaban: Valensolle, de pié, apoyándose en la pared y teniendo aun en la mano el libro que

contenia los versos cuya lectura acababa Amelia de oír; Jayat, sentado junto á una mesa, reclinada en su mano la cabeza; algo mas allá, Ribier, sentado tambien, absorto al parecer en profundas meditaciones; y en el fondo, Sainte-Hermine, tendido en la cama, con los ojos cerrados, cual si se hallase sumido en profundo sueño. A la vista de la jóven, á quien no conocian, levantáronse Jayat y Ribier. Morgan permanecia inmóvil: nada habia oído.

Dirigióse á él directamente Amelia, y como si el cariño que profesaba á su amante fuese santificado por la proximidad de la muerte, sin detenerla la presencia de sus tres amigos, acercóse á la cama, y juntando sus labios con los de Morgan, murmuró:

—Despierta, Carlos mio; es tu Amelia que viene á cumplirte su promesa.

Arrojó Morgan un grito de alegría, estrechando en sus brazos á la jóven.

—Querido Courtois, dijo Lepretre, tened la bondad de dejar solos por un instante á estos dos pobres jóvenes; seria una crueldad estorbar con nuestra presencia los cortos momentos que pueden estar juntos en la tierra.

Sin contestar, maese Courtois abrió el calabozo contiguo en el que entraron Valensolle, Jayat y Ribier, volviendo en seguida á cerrar la puerta. Haciendo entonces seña á Carlota de que le siguiese, salieron tambien padre é hija, dejando solos á los dos amantes.

Escenas hay que seria temerario querer describir; palabras imposibles de repetir: solo Dios, desde su trono inmortal, puede oirlas y comprender cuanto en sí encierran de sombría dicha y amargo placer.

Al cabo de una hora, oyeron los dos jóvenes girar otra vez la llave en la cerradura. Vefaseles tristes, pero tranquilos; sin duda la seguridad de que no seria larga su separacion les inspiraba aquella perfecta calma.

Al presentarse el digno carcelero, á quien dieron las gracias sonriendo Morgan y Amelia, parecia mas preocupado que al penetrar por primera vez en el cuarto de los presos. Abrió en seguida el calabozo donde se habian retirado los tres amigos, murmurando:

—Es lo menos que puedo hacer por ellos; ya que esta ha de ser la última noche de su vida, que la pasen juntos.

Entraron Valensolle, Jayat y Ribier. Amelia, que tenia el brazo izquierdo pasado al rededor de la cintura de Morgan, tendió á los tres su mano derecha. Besaron uno tras otro los tres jóvenes aquella mano helada y húmeda, y acompañándola despues Morgan hasta la puerta:

—Hasta la vista, la dijo.—Hasta luego, contestó ella.

Fué esta breve despedida, que se dirigian mutuamente al pié de la tumba, sellada con un prolongado beso, separándose luego con un gemido tan unísono é igualmente doloroso, que sus dos corazones parecieron romperse en un mismo ins-

tante. Cerróse la puerta detrás de Amelia, oyéndose de nuevo el ruido de las llaves y cerrojos.

—Qué tenemos? preguntaron á una voz Valensolle, Jayat y Ribier.—Vais á verlo, contestó Morgan, vaciando sobre la mesa el saco de noche.

Resonó en el calabozo una exclamacion de alegría al ver las pistolas y puñales. Despues de su libertad, era lo que mas podian apetecer; el terrible derecho de disponer cuándo y cómo quisiesen de su vida, y aun tal vez de la de los demás. En el entretanto, acompañó el alcaide á Amelia hasta la puerta de la calle, y al llegar á ella, deteniéndola por el brazo, despues de manifestar cierta indecision:

—Señorita, le dijo, siento tener que decíroslo, pero es inútil que vayais á París.—Porque la sentencia ha sido confirmada y tiene lugar mañana la ejecucion, no es verdad? contestó Amelia.

Con el mayor asombro retrocedió el alcaide algunos pasos.

—Ya lo sabia, amigo mio, añadió Amelia.

Volviéndose luego á su doncella:

—Acompáñame, Carlota, la dijo, á la iglesia inmediata, donde vendrás á buscarme mañana cuando todo haya concluido.

Era la iglesia mas próxima la de Santa Clara, situada á corta distancia de la cárcel. Tres meses hacia que, en virtud de las órdenes del primer cónsul, se habia abierto de

nuevo. Como era cerca de media noche, estaba cerrada; pero Carlota, que sabia donde vivia el sacristan, se encargó de ir á despertarle.

Quedó aguardándola Amelia, arrimada á la pared, tan inmóvil como las estátuas de piedra que adornan la fachada. Media hora tardó en llegar el sacristan. Durante este tiempo vió pasar Amelia una cosa que la pareció espantosamente lúgubre. Eran tres hombres, vestidos de negro, arrastrando una carreta, que á la luz de la luna la pareció encarnada. Véanse dentro de ella largas planchas y escalas extrañas, pintadas del mismo color, y adelantaba hácia la plaza Montrevel, esto es, la de las ejecuciones.

Adivinando la verdad, cayó Amelia de rodillas, dejando escapar un gran grito. Al oirlo, volviéronse los de la carreta, creyendo que una de las estátuas se habia separado de su puesto para arrodillarse en el suelo. El que entre los hombres vestidos de negro parecia tener mayor autoridad, dió algunos pasos hácia Amelia.

—No os acerqueis! exclamó esta, no os acerqueis!

Volvió el hombre sumisamente á su puesto y prosiguió su camino. Muy luego perdióse de vista la carreta, doblando la esquina de la calle de las Cárceles; mas el ruido de las ruedas sobre el empedrado, resonó aun largo tiempo en el corazon de Amelia. Cuando llegaron el sacristan y Carlota encontráronla todavía arrodillada. Mil dificultades encontraba el sacristan para abrir la iglesia en hora tan ade-

lantada; mas una moneda de oro y el nombre de la señorita de Montrevel acallaron por último todos sus escrúpulos. Tambien otra moneda del mismo metal logró decidirle á iluminar el altar donde habia hecho Amelia, siendo niña, su primera comunión. Cumplidos así todos sus deseos, arrodillóse Amelia al pié del altar, suplicando que la dejaran sola.

Hácia las tres de la madrugada penetró la luz por la ventana con cristales de colores, abierta sobre la imágen de la Virgen, la cual, como miraba al Oriente, envió á Amelia el primer rayo de sol, como un mensajero de Dios. Fueron levantándose poco á poco los habitantes de Bourg, por cuyas calles notábase, en concepto de Amelia, una agitacion inusitada. Poco antes de las seis oyó pasar alguna fuerza de caballería dirigiéndose á la cárcel. Cerca de las nueve percibió el ruido de muchísimas personas, corriendo todas hácia la misma direccion. Es que tenia lugar en la cárcel una terrible escena, digna por cierto de excitar la curiosidad de los habitantes de Bourg.

Al abrir, á las nueve de la mañana, el alcaide Courtois, acompañado de algunos dependientes del tribunal, el calabozo de los procesados para notificarles que la sentencia habia sido confirmada y debia acto continuo ejecutarse, les encontró armados hasta los dientes.

Arrojándose de improviso sobre el carcelero y los que le acompañaban, encerráronles en su propio calabozo, y apoderándose del manojó de llaves que nunca dejaba de la mano

el pobre Courtois, pasaron al calabozo inmediato donde estuvieron aguardando, el día antes, Valensolle, Jayat y Ribier, durante la entrevista de Amelia y Morgan. Abierta esta segunda puerta, salieron á la cuadra de los demás presos, cerrada por tres distintas puertas, cuya salida era á un corredor que conducía á la habitación del alcaide. De ella se bajaba por una estrecha escalerilla al patio del establecimiento, cuyo paso cerraba una gran reja. Por lo comun, solo de noche se tenía cerrada esta reja. Si pues por cualquier imprevisto accidente no se había mandado cerrar de día, podían tener aun alguna esperanza de escaparse.

Atravesando por lo tanto rápidamente la cuadra de los presos, penetraron en la habitación del conserje, dirigiendo desde la ventana sus miradas al patio. Antes de bajar á él, convenciéronse no obstante de que no les quedaba la menor esperanza.

La reja estaba cerrada, y delante de ella estaban formados ochenta hombres, entre dragones y gendarmes.

Al ver á los cuatro reos libres y armados mirando al patio desde la ventana de la habitación del conserje, salió de la muchedumbre un grito de sorpresa y de terror. Era en efecto formidable su aspecto. A fin de obrar con mayor desembarazo, para ostentar quizás mayor seguridad, evitando que la vista de la sangre sobre sus vestidos hiciese traicion á sus postreros esfuerzos, iban desnudos hasta la cintura, al rededor de la cual veíanse las armas sujetas con

un pañuelo. A la primera mirada comprendieron que, si bien eran dueños de su vida, no lo eran de su libertad.

En medio de los clamores que se elevaban de la multitud, y del ruido de los sables saliendo precipitadamente de la vaina, conferenciaron un rato. Estrechando luego la mano de sus tres amigos, separóse Montbar del grupo, y precipitándose por la escalerilla, vino adelantando hácia la reja. A cuatro pasos de ella dirigió la última mirada, con la sonrisa en los labios, á sus compañeros, saludó graciosamente á la multitud, que se mantenía muda, y mirando á los soldados:

—Muy bien, señores gendarmes; muy bien, señores dragones, les dijo.

Metiéndose luego en la boca el extremo del cañon de una de las pistolas, se hizo saltar la tapa de los sesos. Siguió á este tiro una confusa gritería, que cesó no obstante muy luego. Bajó á su vez Valensolle, empuñando un puñal de ancha y afilada hoja y sujetas al cinto las dos pistolas.

Avanzó hasta una especie de tinglado, sostenido por tres columnas, y deteniéndose junto á la primera, interpuso horizontalmente el puñal, cuyo mango tocaba á la columna, mientras la punta se dirigía á su corazon; y abrazándose luego á la pilastra, saludó por última vez á sus amigos y la estrechó con toda su fuerza, hasta que se hubo del todo hundido la hoja del puñal. Mantúvose aun algunos segundos en pié; fué no obstante extendiéndose por su semblante una mor-

tal palidez, soltaron sus brazos la pilastra y cayó de espaldas sin proferir el mas leve gemido. Permaneció la muchedumbre quieta y silenciosa, como sobrecogida de espanto.

Tocaba el turno á Ribier, que salió al patio con una pistola en cada mano. Siguió adelantando hasta la reja, y al llegar á ella, apuntó con ambas pistolas á los gendarmes. Ninguna intencion tenia de dispararlas, pero interpretando los gendarmes esta demostracion como una hostilidad declarada, contestaron con una descarga. Cayó Ribier, atravesado el pecho de dos balazos.

A los diversos sentimientos que en el ánimo de la muchedumbre habian excitado aquellas tres desgracias, sucedió una especie de admiracion, al ver que no era el temor á la muerte lo que impulsaba á aquellos interesantes jóvenes á resistirse contra la autoridad pública, sino únicamente el deseo de morir, á semejanza de los antiguos gladiadores, con toda la gracia posible. Hubo pues un profundísimo silencio cuando Morgan, único que habia quedado con vida, bajó sonriendo la escalera, haciendo señal de que queria hablar.

De qué podía pues quejarse aquella turba, ávida de sangre? dábale mas de lo que se le habia prometido. Anunciábanse en el programa cuatro muertés, pero cuatro muertes uniformes, cuatro cabezas cortadas, y se le daban cuatro muertes diferentes, pintorescas, horribles; nada extraño pues que se mantuviese callada, al ver adelantarse á Morgan.

No se veia en las manos de este arma alguna: el puñal y las pistolas continuaban en su cintura. Pasó junto al cadáver de Valensolle, viniendo á colocarse entre los de Jayat y Ribier.

— Señores, dijo en alta voz, transijamos.

Fueron acogidas estas palabras con un profundo silencio, cual si por un momento hubiesen detenido su respiracion todos los circunstantes.

— Acabais de ver á un hombre que se ha levantado la tapa de los sesos, prosiguió señalando á Jayat; otro que se ha hundido el puñal en el seno, y señaló á Valensolle; otro finalmente que ha sido fusilado, añadió señalando á Ribier: para variar, supongo que no os disgustará ver guillotinar al que queda.

Circuló un terrible estremecimiento entre la multitud.

— Ya veis, continuó Morgan, que deseo complaceros. Estoy pronto á daros este gusto, si se me permite ir por mi propio pié al cadalso, sin que nadie me ponga la mano encima; al que lo intente le *abraso*, como no sea el señor, añadió señalando al verdugo: es negocio de nuestra exclusiva cuenta, y para terminarlo, á nadie necesitamos.

Sin duda pareceria razonable su proposicion, pues de todas partes oíase gritar:

— Sí! sí! sí!

Conociendo el oficial de gendarmes que lo mas corto era acceder á lo que pedia Morgan:

— Prometeis, le dijo, si se os deja suelto, no hacer tentativa alguna para escaparos?— Bajo palabra de honor, contestó Morgan. — Pues bien, repuso el oficial, retiraos y dejad que saquen los cadáveres de vuestros compañeros.— Nada mas natural, dijo Morgan, retirándose efectivamente unos diez pasos y poniéndose de espalda á la pared.

Abrióse la reja y entrando en el patio los tres hombres vestidos de negro, fueron retirando uno tras otro los cadáveres.

Ribier, á quien quedaba aun algun soplo de vida, entreabrió los ojos, buscando al parecer á Morgan.

— Aquí estoy, dijo este, descansa, amigo mio, voy al momento.

Volvió á cerrar los ojos Ribier, sin articular una sola palabra. Cuando se hubo retirado á los tres cadáveres :

— Caballero, preguntó el oficial á Morgan, estais pronto? — Cuando gustéis, contestó Morgan, saludando con exquisita cortesanía. — Vamos, pues. — Vamos, repitió Morgan, yendo á colocarse entre el piquete de gendarmes y la escolta de dragones.

— Quereis subir á la carreta, ó preferís ir á pié? preguntó el capitán.— A pié, á pié, caballero; á pesar de la humorada que me ha dado de dejarme guillotinar, no creais que tenga miedo.

Púsose en marcha la comitiva á lo largo de las tapias que circuyen el jardin de la posada Montbaron. Abria la marcha

la carreta, conduciendo los tres cadáveres; seguian los dragones; tras ellos, Morgan enteramente solo á una distancia como de doce pasos; finalmente dos gendarmes, precedidos de su capitán.

Al extremo de dichas tapias, dobló la comitiva á la izquierda. De repente, por la abertura que habia entonces entre el jardin y la plaza del mercado, descubrió Morgan el cadalso, que levantaba hácia el cielo sus dos encarnados pilares como dos sangrientos brazos.

— Bah, dijo, jamás habia visto la guillotina, y no me la imaginaba á fé tan fea.

Y sin otra explicacion, tiró el puñal de su cintura, hundiéndoselo hasta el puño en el pecho. El capitán de gendarmes, que habia visto el movimiento, aunque, sin poder evitarlo, hizo ademan de lanzarse sobre el reo, que con gran sorpresa de todo el mundo y hasta de sí mismo, se mantenía en pié. Observando empero Morgan dicho ademan, amartilló una de sus pistolas, y encarándola al oficial :

— Alto! le dijo; hemos convenido en que nadie me pondrá la mano encima: moriré solo, ó seremos tres los que muramos; elegid.

Al ver esta firme resolucion, retrocedió el oficial á su puesto.

— Adelante, dijo Morgan.

Fueron en efecto adelantando, y al llegar al pié de la guillotina, arrancó Morgan el puñal de su herida, volviendo á

hundírselo en el pecho con la misma fuerza que la vez primera; escapó un grito de rabia, mejor que de dolor.

—Tendré sin duda encadenada el alma en el cuerpo, dijo.

Disponíanse á ayudarle para subir la fatal escalera, en cuya última grada le estaba aguardando el verdugo.

— Oh! que nadie me toque! volvió á repetir con igual firmeza.

Y sin la menor vacilacion, subió los seis escalones. Al llegar á lo alto del tablado, volvió á arrancar el puñal, abriéndose una tercera herida no menos profunda que las dos primeras. Prorumpiendo entonces en una extrepitosa carcajada, tiró á los piés del verdugo el puñal, que acababa de arrancar de su tercera herida.

— Bastante he hecho por mi parte: ahora te toca á tí; á ver si logras salir airoso.

Un minuto despues rodaba sobre el cadalso la cabeza del animoso jóven, la cual, por efecto sin duda de la extraordinaria vitalidad que en él se habia manifestado, fué rodando hasta salirse del cuadro.

Aun hoy encontrareis en Bourg, como yo lo he oido, quien os dirá que aquella cabeza, rodando al pié del cadalso, pronunció el nombre de Amelia. Los muertos fueron ejecutados despues del vivo; de suerte que, léjos de perder los espectadores con los sucesos que acabamos de referir, tuvieron por el contrario doble funcion.

XII.

La confesion.

Tres dias despues de los tristes acontecimientos explicados en el capítulo precedente, deteníase, á eso de las siete de la tarde, ante la verja del castillo de Fuentes-Negras, un coche de viaje tirado por dos caballos de posta, cubiertos de espuma. Con grande extrañeza del que tanta prisa se daba en llegar, estaba abierta de par en par la verja; una infinidad de pobres llenaban el patio, y á la entrada habia arrodilladas muchas personas. Cuando, satisfecha la primera curiosidad causada por la vista de tanta gente, pudo el recién llegado aplicar el oido, parecióle oir el sonido de una campanilla.

Abriendo precipitadamente la portezuela, saltó del coche, atravesó con paso rápido el patio, precipitóse á la entrada, y vió la escalera igualmente atestada de hombres y mujeres. Abrióse paso hasta el primer piso, donde le pareció oir un murmullo religioso que salia del cuarto de Amelia. Lanzóse á él, en cuya alcoba vió arrodillados á madama de Montrevel y Eduardo, y á alguna distancia de ellos, á Carlota, Miguel y su hijo.

El cura de Santa Clara estaba administrando los últimos

hundírselo en el pecho con la misma fuerza que la vez primera; escapó un grito de rabia, mejor que de dolor.

—Tendré sin duda encadenada el alma en el cuerpo, dijo.

Disponíase á ayudarle para subir la fatal escalera, en cuya última grada le estaba aguardando el verdugo.

— Oh! que nadie me toque! volvió á repetir con igual firmeza.

Y sin la menor vacilacion, subió los seis escalones. Al llegar á lo alto del tablado, volvió á arrancar el puñal, abriéndose una tercera herida no menos profunda que las dos primeras. Prorumpiendo entonces en una extrepitosa carcajada, tiró á los piés del verdugo el puñal, que acababa de arrancar de su tercera herida.

— Bastante he hecho por mi parte: ahora te toca á tí; á ver si logras salir airoso.

Un minuto despues rodaba sobre el cadalso la cabeza del animoso jóven, la cual, por efecto sin duda de la extraordinaria vitalidad que en él se habia manifestado, fué rodando hasta salirse del cuadro.

Aun hoy encontrareis en Bourg, como yo lo he oido, quien os dirá que aquella cabeza, rodando al pié del cadalso, pronunció el nombre de Amelia. Los muertos fueron ejecutados despues del vivo; de suerte que, léjos de perder los espectadores con los sucesos que acabamos de referir, tuvieron por el contrario doble funcion.

XII.

La confesion.

Tres dias despues de los tristes acontecimientos explicados en el capítulo precedente, deteníase, á eso de las siete de la tarde, ante la verja del castillo de Fuentes-Negras, un coche de viaje tirado por dos caballos de posta, cubiertos de espuma. Con grande extrañeza del que tanta prisa se daba en llegar, estaba abierta de par en par la verja; una infinidad de pobres llenaban el patio, y á la entrada habia arrodilladas muchas personas. Cuando, satisfecha la primera curiosidad causada por la vista de tanta gente, pudo el recién llegado aplicar el oido, parecióle oir el sonido de una campanilla.

Abriendo precipitadamente la portezuela, saltó del coche, atravesó con paso rápido el patio, precipitóse á la entrada, y vió la escalera igualmente atestada de hombres y mujeres. Abrióse paso hasta el primer piso, donde le pareció oir un murmullo religioso que salia del cuarto de Amelia. Lanzóse á él, en cuya alcoba vió arrodillados á madama de Montrevel y Eduardo, y á alguna distancia de ellos, á Carlota, Miguel y su hijo.

El cura de Santa Clara estaba administrando los últimos

sacramentos á Amelia, iluminado el cuarto con la sola luz de los cirios. Habráse ya reconocido á Roland en el viajero que acabamos de introducir en el cuarto de Amelia, donde descubriéndose fué á arrodillarse al lado de su madre.

Echada la enferma de espaldas, con las manos juntas y algo levantada la cabeza sobre la almohada, fijos los ojos en el cielo, en una especie de éxtasis, pareció no advertir la llegada de Roland. Habríase dicho que el cuerpo era aun de este mundo, pero que el alma divagaba ya entre el cielo y la tierra. La mano de madama de Montrevel buscaba la de Roland, y al estrecharla, dejó caer sollozando, la cabeza sobre el hombro de su hijo. Estos maternales sollozos no llegaron sin duda á oídos de Amelia, como tampoco habia descubierto probablemente á su hermano, puesto que seguia en la mas completa inmovilidad. Unicamente cuando, administrado el Viático, fuéla prometida la felicidad eterna por la consoladora voz del sacerdote, parecieron animarse sus marmóreos labios, murmurando con acento inteligible, aunque muy débil:

— Así sea!

Dejóse oír de nuevo la campanilla, salió el monacillo que la tocaba, seguido de los otros dos que llevaban los cirios, tras estos el que sostenia la cruz, y finalmente el digno sacerdote en cuyas manos iba el Dios de cielos y tierra. Fueron á acompañarle á la iglesia los que con él habian venido, quedando sola la familia.

La casa, poco antes llena de gente, quedó silenciosa y

casi desierta. La enferma no habia hecho el menor movimiento; continuaban cerrados sus labios, juntas las manos, alzados al cielo los ojos. Al cabo de un rato, acercándose Roland al oído de madama de Montrevel, le dijo en voz baja:

— Venid, mamá; tengo que hablaros.

Levantóse madama de Montrevel, acercando á Eduardo á la cama de su hermana, junto á la cual, alzándose el niño de puntillas, la dió un beso en la frente. Apartándole madama de Montrevel, inclinóse llorando sobre su hija, á quien dió un beso en el mismo sitio. Acercóse á su vez Roland, oprimido el pecho, pero enjutos los ojos: cuánto habria deseado derramar las lágrimas que ahogaban su corazón! Besó á Amelia, como habian hecho su madre y hermano; mas ella pareció tan insensible á este beso, como lo habia sido á los otros dos.

Dirigiéronse á la puerta madama de Montrevel y Eduardo, en compañía de Roland; mas al llegar á ella, detuviéronse los tres, como asustados. Háfales parecido oír pronunciar claramente el nombre de Roland. Volvióse este, cuando Amelia lo repetia distintamente por segunda vez.

— Me llamas, Amelia? preguntó Roland.— Sí, contestó la voz de la moribunda.— A mí solo, ó á todos?— A tí solo.

Aquella voz sin entonacion, pero perfectamente clara, tenia algo de imponente; parecia un eco del otro mundo.

— Id, mamá, dijo Roland, pues ya veis que Amelia desea hablarme á solas.— Oh! Dios mio! murmuró madama de Montrevel; aun queda alguna esperanza!

Aunque pronunciadas en voz muy baja, oyó la moribunda estas palabras.

—No, mamá, contestó; Dios ha permitido que volviese á ver á mi hermano; pero esta noche todo habrá concluido para mí.

Madama de Montrevel exhaló un profundo gemido.

Hízola seña Roland de que les dejase solos, y luego que hubieron salido madama de Montrevel y Eduardo, cerró la puerta y se dirigió, visiblemente conmovido, á la cabecera de la cama. Poco se diferenciaba ya Amelia de un cadáver; su aliento apenas habria empañado un espejo; únicamente los ojos, desmesuradamente abiertos, se mantenian fijos y brillantes, como si en ellos se hubiese concentrado lo poco que la quedaba de vida.

Habia oido hablar Roland de aquel extraño estado á que se da el nombre de éxtasis, y que no es otra cosa que la catalepsia. Ocurrióle, á la vista de Amelia, que sufría ya esta especie de muerte anticipada.

—Aquí estoy, Amelia, qué me quieres?—Sabia que ibas á llegar, contestó la jóven sin hacer el menor movimiento, y te estaba aguardando.—Y cómo sabias que iba á llegar? preguntó Roland.—Porque te veia venir.

Extremecióse á su pesar Roland.

—Y sabias tambien, preguntó, por qué venia?—Sí, y por esto he suplicado á Dios con tanto fervor, que se ha dignado permitir que pudiese levantarme y escribirte.—Cuán-

do?—La última noche.—Y la carta?—Está debajo de la almohada, tómala y léela.

Dudó por un instante Roland, creyendo que su hermana deliraba.

—Pobre Amelia! murmuró al fin.—No hay que tenerme compasion, contestó la jóven, voy á reunirme con él.—Con quién? preguntó Roland.—Con el que yo amaba y tú has muerto.

No quedó ya duda á Roland; Amelia deliraba: de quién, sino, queria hablar?

—Amelia, le dijo, yo habia venido para interrogarte.—Sobre lo ocurrido con lord Tanlay, ya lo sé, contestó la jóven.—Y cómo lo sabias?—Te he dicho ya que te habia visto venir y sabia por qué venias.—Contéstame pues.—No distraigas mi atencion, concentrada en Dios y en él, Roland; te he escrito, lee mi carta.

Introdujo Roland la mano debajo de la almohada, sin dejar de creer por esto que su hermana deliraba. Mas con grande extrañeza encontró un papel; y sacándolo, vió que era una carta, en cuyo sobre se leian estas palabras.

« Para Roland, que llega mañana. »

Acercóse á la lamparilla, que ardia en el cuarto, para poder leer mejor la carta, que llevaba la fecha del dia anterior, á las once de la noche, y decia así:

« Hermano mio, cada uno de nosotros dos tiene que perdonar al otro una cosa terrible. »

Miró Roland á su hermana , que seguía en la misma inmovilidad , continuando luego su lectura.

« Yo amaba á Carlos de Sainte-Hermine ; no solo le amaba , sino que era ya su esposa. »

—Oh ! murmuró el jóven entre dientes, moriré.—Ya ha muerto , contestó Amelia.

Arrojó Roland un grito de sorpresa : habia pronunciado en voz tan baja las palabras á que acababa de contestar Amelia , que casi ni él mismo las oyó. Sobreponiéndose no obstante á su dolorosa emocion , fijó de nuevo los ojos en la carta.

« La union de la hermana de Roland de Montrevel con el jefe de los compañeros de Jehú era el terrible secreto que encerraba mi corazon y minaba poco á poco mi existencia. Una sola persona debía saberlo , y lo supo : esta persona era lord Tanlay. Dios bendiga al hombre generoso y leal que me prometió desbaratar un casamiento imposible , y ha sabido cumplirme la palabra.

« Que la vida de lord Tanlay sea para tí sagrada, oh Roland ! Es el único amigo que he tenido en mi dolor , la sola persona que ha unido sus lágrimas con las mías. Yo amaba á Carlos de Sainte-Hermine , era la esposa de Carlos ; hé aquí la cosa terrible que has de perdonarme. Pero , en cambio , tú has sido la causa de su muerte ; hé aquí la cosa terrible que yo te perdono. Ahora llega pronto , Roland , pues no puedo morir hasta que hayas llegado. Morir es volverle á

ver , morir es reunirme con él para no separarnos jamás ; por esto deseo morir. »

No podia darse mayor claridad y precision ; era por lo tanto evidente la imposibilidad de atribuir á una imaginacion delirante el contenido de la carta. Volvióla á leer Roland con febril ansiedad y entrecortado aliento; vencido , sin embargo , por la compasion que excitaba el triste estado de Amelia , acercósele , y extendiendo sobre ella la mano , la dijo con la mayor dulzura.

—Hermana mia , te perdono.

Un ligero estremecimiento pareció agitar el inerte cuerpo de la moribunda.

—Ahora pues , contestó , llama á mamá , para que pueda morir en sus brazos.

Corrió Roland á la puerta y llamó á madama de Montrevel. Estaba abierto su cuarto , aguardando en él la pobre madre que hubiese terminado la conferencia reservada que habia solicitado Amelia. Al oír la voz de Roland , apresuróse á volver al cuarto de su hija , cayendo de rodillas al lado de la cama. Incorporándose entonces Amelia , cual si una fuerza invisible hubiese roto los lazos que la sujetaban en su lecho de agonía , extendiendo los brazos y dando la mano á su madre:

—Mamá , le dijo , vos me disteis la vida , vos me la habeis quitado ; bendita seais : es el mayor favor que podiais hacer á vuestra hija , para quien no habia ya felicidad posible en este mundo.

Alargando en seguida la mano izquierda á Roland , que se hallaba arrodillado tambien al otro lado de la cama :

—Quedamos los dos perdonados , no es verdad , hermano? le dijo.—Sí , mi pobre Amelia , con todo corazon , contestó afectado Roland.—Una sola cosa tengo que encargarte de nuevo.—Cuál?—No olvides que lord Tanlay ha sido mi mejor amigo.—Puedes estar segura , repuso Roland , de que la vida de lord Tanlay será para mí sagrada.

Despues de un débil suspiro , prosiguió Amelia con voz apagada :

—Adios , Roland ; adios , mamá ; abrazad de mi parte á Eduardo.

Luego , con un grito salido del corazon , en el que se notaba una manifiesta expresion de alegría :

—Ya voy , Carlos , exclamó , ya voy.

Dejó caerse sobre la cama , retirando ambas manos , que fueron á juntarse sobre su pecho. Levantáronse Roland y madama de Montrevel , inclinándose á un mismo tiempo sobre la jóven. Habia esta recobrado su primera posicion , con la sola diferencia de que sus párpados estaban cerrados , y no se percibia el ligero soplo de su aliento. El martirio quedaba consumado: Amelia habia muerto.

XIII.

**Ineficacia de las nuevas medidas adoptadas
por Roland.**

Acaeció la muerte de Amelia durante la noche del lunes al martes , ó sea del 2 al 3 de junio de 1800. Tenia lugar en la noche del jueves , 5 del mismo mes , en la Grande Ópera , la segunda representacion del *Osian ó los Bardos*.

Pública era la profunda admiracion que manifestaba el primer cónsul por los cantos compilados por Macpherson , lo cual movió á la Academia musical , deseosa de rendirle esta muestra de respetuosa deferencia , á encargar una ópera que , á pesar de toda la actividad desplegada , no pudo sin embargo ponerse en escena hasta un mes despues de haber salido Bonaparte de París , para tomar el mando del ejército de reserva. Por lo demás , explicado queda el verdadero objeto de este ejército , que hemos dejado acampado entre Turin y Casal.

Distinguíase en una de las lunetas del anfiteatro , por la concentrada atencion que prestaba al espectáculo , un grave personaje , cuya aficion á la música dejaba fácilmente conocer. Al concluir el primer acto , acercósele , por entre la doble fila de lunetas , uno de los porteros y le preguntó á media voz :

Alargando en seguida la mano izquierda á Roland , que se hallaba arrodillado tambien al otro lado de la cama :

—Quedamos los dos perdonados , no es verdad , hermano? le dijo.—Sí , mi pobre Amelia , con todo corazon , contestó afectado Roland.—Una sola cosa tengo que encargarte de nuevo.—Cuál?—No olvides que lord Tanlay ha sido mi mejor amigo.—Puedes estar segura , repuso Roland , de que la vida de lord Tanlay será para mí sagrada.

Despues de un débil suspiro , prosiguió Amelia con voz apagada :

—Adios , Roland ; adios , mamá ; abrazad de mi parte á Eduardo.

Luego , con un grito salido del corazon , en el que se notaba una manifiesta expresion de alegría :

—Ya voy , Carlos , exclamó , ya voy.

Dejó caerse sobre la cama , retirando ambas manos , que fueron á juntarse sobre su pecho. Levantáronse Roland y madama de Montrevel , inclinándose á un mismo tiempo sobre la jóven. Habia esta recobrado su primera posicion , con la sola diferencia de que sus párpados estaban cerrados , y no se percibia el ligero soplo de su aliento. El martirio quedaba consumado: Amelia habia muerto.

XIII.

**Ineficacia de las nuevas medidas adoptadas
por Roland.**

Acaeció la muerte de Amelia durante la noche del lunes al martes , ó sea del 2 al 3 de junio de 1800. Tenia lugar en la noche del jueves , 5 del mismo mes , en la Grande Ópera , la segunda representacion del *Osian ó los Bardos*.

Pública era la profunda admiracion que manifestaba el primer cónsul por los cantos compilados por Macpherson , lo cual movió á la Academia musical , deseosa de rendirle esta muestra de respetuosa deferencia , á encargar una ópera que , á pesar de toda la actividad desplegada , no pudo sin embargo ponerse en escena hasta un mes despues de haber salido Bonaparte de París , para tomar el mando del ejército de reserva. Por lo demás , explicado queda el verdadero objeto de este ejército , que hemos dejado acampado entre Turin y Casal.

Distinguíase en una de las lunetas del anfiteatro , por la concentrada atencion que prestaba al espectáculo , un grave personaje , cuya aficion á la música dejaba fácilmente conocer. Al concluir el primer acto , acercósele , por entre la doble fila de lunetas , uno de los porteros y le preguntó á media voz :

— Perdonad , caballero ; ¿sois vos lord Tanlay ?— Sí, contestó el filarmónico.—En este caso , hay en el corredor un jóven que os suplica tengais la bondad de sa lir un instante, pues dice tiene que comunicaros una noticia de la mayor importancia.—Oh ! oh ! exclamó sir John ; es un oficial , no es verdad ?—Viste de paisano , milord ; sin embargo , bien me ha parecido que tiene algo de militar.—Está bien ; voy allá.

Levantóse sir John y siguió al portero. A la entrada del corredor estaba aguardando Roland. Ninguna extrañeza manifestó sir John al verle : habríase de muy buena gana, obediendo al primer impulso, arrojado á sus brazos, á no contenerle la severa mirada del jóven. Contentóse pues con decirle :

— Aquí me teneis , caballero.

Inclinóse Roland , como dándole las gracias.

— He estado á buscaros en vuestra posada , milord , contestó Roland , y en ella he sabido la costumbre que de algun tiempo acá habeis tomado de decir al salir el sitio donde os dirigís , á fin de que no os busquen inútilmente los que puedan tener necesidad de encontraros.—Así es la verdad , caballero.—Excelente precaucion , sobre todo para los que como yo , llegan de largas distancias y tengan muy limitado el tiempo.—Segun esto habeis dejado el ejército y venido á París solo para encontrarme.—Únicamente para tener este honor , milord ; por lo que espero que , viendo la prisa que me he

dado , adivinareis el motivo y me ahorrareis enojosas explicaciones.—Desde este momento estoy á vuestra disposicion , caballero.—A qué hora podrian veros mañana dos de mis amigos , milord ?—A la que gusteis , desde las siete de la mañana á las doce de la noche ; á menos que prefirais arreglarlo en seguida.—No , milord , acabo de llegar en este instante , y he de buscar por consiguiente los dos amigos á quienes comunicar mis instrucciones. No creo que vengan á molestaros hasta mañana á las once ; pero agradecería sobre manera que procuraseis que el asunto de que vendrán á hablaros quedase terminado en el mismo dia.—Desde luego os doy mi palabra , caballero ; estad seguro de que por mi parte serán cumplidamente satisfechos vuestros deseos.—No esperaba menos , ahora podeis volver á vuestro asiento , no quiero molestaros por mas tiempo.

Saludó Roland y se retiró. Despues de contestar sir John á su saludo , volvió á entrar en el teatro , ocupando de nuevo su luneta. Fué seguida esta conversacion con tanta naturalidad , que ni aun las personas mas inmediatas pudieron sospechar que se tratase de concertar los preliminares de un terrible drama.

Era aquel dia , ó mejor aquella noche , una de las en que recibia el ministro de la guerra ; por lo que , dirigiéndose Roland á la posada , cambióse el traje de camino , y tomando un coche hacíaase anunciar , cerca de las diez , en casa del ciudadano Carnot. Dos razones tenia para dirigirse á aquel si-

tio : la necesidad de comunicar al ministro las noticias que verbalmente le habia encargado el primer cónsul ; y el deseo de encontrar , entre los que frecuentaban sus salones , á los dos amigos que debian intervenir en el asunto relativo á sir John.

Pronto realizó su doble propósito : el ministro de la guerra supo hasta los mas minuciosos detalles del paso por San Bernardo y las posiciones que ocupaba el ejército , y él halló por su parte á los dos amigos que necesitaba. No fueron menester muchas palabras para ponerles al corriente ; pues entonces , como ahora , acostumbraban los militares cuidarse muy poco de los motivos que , para apelar á la discusion armada , se alegasen. Supuso Roland un grave insulto , que debia ser un secreto impenetrable para todo el mundo , incluso los que presenciaban su expiacion. Dijo ser él el ofendido , y que como tal , reclamaba la debida preferencia para fijar las condiciones todas del combate.

Prometieron los dos amigos ir á las nueve de la mañana á la posada Mirabeau , calle de Richelieu , para saber quiénes eran los dos testigos designados por lord Tanlay ; pasando despues á verse con Roland en la fonda de París , que estaba en la misma calle. Acordados así los primeros pasos , retiróse Roland á las once , y despues de escribir mas de una hora , acostóse y quedó profundamente dormido. A las nueve y media llegaron sus dos amigos , que acababan de tener la primera entrevista con sir John.

Habia este reconocido desde luego el derecho que reclamaba Roland , declarando que no rehusaria ninguna de las condiciones que , en su calidad de ofendido , tuviese á bien exigir. Al hacerle presente la necesidad de nombrar por su parte dos testigos , para preparar y presenciarse el combate , habia contestado que no contaba en París con personas de bastante confianza , á quienes pudiese pedir semejante favor ; por lo que esperaba que uno de los dos amigos de Roland se prestaria á dispensarle este obsequio , ya que bastaba un testigo por parte. Sobre todos los demás puntos , en fin , encontraron en lord Tanlay la condescendencia y caballerosidad de un perfecto gentleman.

Pareciendo á Roland justa , y hasta conveniente la pretension de su contrario tocante á la eleccion de testigos , autorizó á uno de sus amigos para que tomase el partido de sir John. En cuanto á las condiciones del combate , tenia que ser á pistola , colocados los combatientes á la distancia de cinco pasos , y disparando juntos á la tercera palmada de los testigos. Era este , como se ve , un duelo á muerte , seguro é inevitable para ambos contendientes ; mas á pesar de las repetidas observaciones de los testigos , insistió Roland , manifestando que él únicamente podia apreciar la gravedad de la ofensa , y por lo mismo , la clase de reparacion que le era debida.

El jóven que debia servir de testigo á sir John no quiso sin embargo comprometerse en nombre de este , declarando

que, á menos de que terminantemente se lo previniese, jamás consentiría en semejante barbaridad.

—No os alarmeis, amigo mio, contestó Roland; yo conozco á sir John, y no dudo que será mas condescendiente que vos.

Volvieron los dos amigos á encontrar á sir John que estaba almorzando á la inglesa, esto es, con bifteck, patatas y té. Levantóse al verles, convidándoles á almorzar, y poniéndose acto continuo á su disposicion.

Empezaron por anunciarle que podia contar con uno de ellos, como testigo por su parte. Enteróle luego el que habia aceptado este encargo de las condiciones puestas por Roland. A medida que las iba explicando, manifestaba sir John su asentimiento con un movimiento de cabeza, limitándose despues á contestar:

—Muy bien.

Quería su testigo hacer alguna observacion acerca de dichas condiciones, las cuales, en su concepto, debian causar inevitablemente la muerte de ambos contendientes; pero interrumpiéndole lord Tanlay:

—M. de Montrevel, le dijo, es un cumplido caballero: para nada quiero disgustarle; lo que él haga, estará bien hecho.

Faltaba señalar la hora en que debia tener lugar el duelo. Lo mismo que sobre todo lo demás, púsose enteramente lord Tanlay á disposicion de Roland. Separáronse los dos tes-

tigos, mas admirados aun de la complacencia de sir John que la vez primera. Roland les estaba aguardando, y despues de haberle enterado de todo:

—No os lo habia dicho! exclamó.

Preguntáronle la hora y el sitio, señalando Roland las siete de la tarde y el paseo de la Muette, á cuya hora se hallaba casi desierto, con bastante claridad, en el mes de junio, para poder batirse. Nadie habia hablado de las pistolas, por lo que propusieron los dos jóvenes á Roland ir á buscarlas en casa de un armero.

—No, contestó Roland, lord Tanlay tiene un par de excelentes pistolas que tengo yo probadas; si á él no le parece mal las preferiría á cualesquiera otras.

Volvió su testigo á verse con sir John para preguntarle si la hora le parecia bien, y si tendria reparo en facilitar sus pistolas. Por toda contestacion, arregló su reloj lord Tanlay con el de su testigo, entregándole la caja donde guardaba las pistolas.

—Quereis que venga á buscaros? preguntó el joven.

Con melancólica sonrisa:

—No hay necesidad, contestó sir John; vos sois amigo de M. de Montrevel, y con él pasareis mejor el camino que conmigo; yo iré á caballo con mi criado, y nos encontraremos en el lugar de la cita.

Al enterar de esta nueva contestacion á Roland:

—Qué os habia dicho! repitió.

Eran las doce, faltaban por consiguiente siete horas, y Roland suplicó á sus amigos que las dedicasen á sus distracciones ó negocios. A las seis y media en punto debían hallarse á la puerta de la posada, con tres caballos y dos criados; pues, para evitar cualquier estorbo, era preciso dar á los preparativos del duelo las apariencias de un paseo.

Al dar la media para las siete, subió un criado á avisar á Roland que le aguardaban á la puerta de la calle. Eran los dos testigos y los dos criados, uno de los cuales llevaba del diestro un caballo. Estrechó Roland afectuosamente la mano á los dos oficiales, poniéndose de un salto sobre el caballo. Dirigiéronse por los bulevares á la plaza de Luís XV, continuando su camino hácia los Campos Eliseos. Reprodújose, por el camino, el extraño fenómeno que tanto había admirado á sir John cuando el desafío de Roland con M. de Barjols. Manifestaba Roland una alegría, que habría podido creerse exagerada á no ser tan evidentemente franca.

Ante semejante indiferencia, quedaron estupefactos los dos jóvenes, á pesar de que nada tenían de cobardes. No se les habría hecho quizás extraña tratándose de un desafío ordinario, en el cual la serenidad y destreza pueden dar alguna esperanza de triunfo; pero en un duelo como el que se preparaba, toda la destreza y serenidad del mundo eran impotentes para librar á los combatientes, sino de la muerte, á lo menos de alguna mortal herida. Aguijoneaba Roland su caballo con evidentes muestras de impaciencia, de manera que cinco

minutos antes de la hora señalada entraba en la alameda de la Muette. Paseábase por ella un jinete seguido de su criado: Roland reconoció á sir John.

Fijáronse á un mismo tiempo las miradas de los dos jóvenes en la fisonomía de Roland al llegar á la vista de su adversario. Mas, con indecible admiración, vieron únicamente retratada en su semblante una casi tierna simpatía. Muy pronto estuvieron reunidos los cuatro principales actores de la escena que se preparaba, saludándose cortésmente. Sir John estaba perfectamente tranquilo, si bien se notaba en su semblante una ligera expresión de melancolía. Por lo visto, le era tan doloroso aquel lance, como agradable parecía ser á Roland.

Apeáronse, tomando uno de los testigos la caja de las pistolas de manos de los criados, á quienes se mandó que siguiesen dando vueltas, como si paseasen los caballos de sus amos. Entraron en el bosque los dos campeones seguidos de los dos testigos, internándose por la espesura en busca de un sitio conveniente. Después de algunas pesquisas, descubrieron los testigos un pequeño espacio, que parecía dispuesto á propósito. Consultados sir John y Roland, hicieron ambos con la cabeza un signo de asentimiento.

—Hay que variar algo de lo convenido? preguntó uno de los testigos dirigiéndose á lord Tanlay.—Preguntádselo á M. de Montrevel, contestó lord Tanlay; estoy aquí enteramente á sus órdenes.—Nada, contestó secamente Roland.

Sacaron las pistolas del estuche y empezaron á cargarlas. Manteníase sir John á alguna distancia, sacudiendo las yerbas que estaban al alcance de su látigo; mirábale Roland con alguna indecision, pero resolviéndose por fin, dirigióse á donde él se encontraba.

—Milord, le dijo, aunque no me falta motivo para estar quejoso de vos, os creo sin embargo hombre muy formal.—Haceis bien en creerlo así, contestó sir John.—En el caso de que me sobrevivais, querriais repetirme la promesa que me hicisteis en Aviñon?—No es probable que os sobreviva; pero de todos modos, podeis disponer de mí mientras me quede el menor aliento.—Referíame á las últimas disposiciones sobre el destino que haya de darse á mi cadáver.—Serian quizás aquí las mismas que en Aviñon?—Las mismas, milord.—Podeis quedar completamente tranquilo.

Saludó Roland á sir John, volviendo á reunirse con sus dos amigos.

—Para el caso de una desgracia, teneis que hacernos algun encargo particular? preguntó uno de ellos.—Uno solo.

—Cuál?—El de que no os opongais en lo mas mínimo á lo que resuelva lord Tanlay sobre mi cadáver y funerales. Además, en la mano izquierda tengo un billete dirigido á milord; si muero sin poder pronunciar palabra alguna, me abrireis la mano y le entregareis el billete.—Nada mas?—Nada mas.—Ya están cargadas las pistolas.—Bueno, avisad á sir John.

Separóse uno de los jóvenes para ir á encontrar á sir John, mientras el otro media los cinco pasos. Pareciendo á Roland mayor la distancia de lo que se habia figurado:

—Dispensad, dijo, han de ser tres pasos.—Cinco, contestó el oficial que media la distancia.—Estais equivocado, amigo mio, yo he dicho tres.

Volvióse Roland á sir John y su testigo, interrogándoles con una mirada.

—Tres pasos bastan; por mi parte no hay inconveniente; contestó sir John inclinándose.

Toda vez que los dos adversarios estaban conformes, nada habia que oponer; redujéronse pues á tres los cinco pasos, poniéndose en el suelo dos sables para señalar los límites. Fueron acercándose, cada cual por su lado, sir John y Roland, hasta tocar el sable con la punta de la bota.

Entregada á cada uno una pistola cargada, saludáronse en señal de que estaban prontos; alejándose los testigos para dar las tres palmadas, como se habia convenido.

A la primera, amartillaron ambos las pistolas; extendieron el brazo á la segunda, y dispararon á la tercera. Resonaban las tres palmadas, con igual intervalo, en medio del mas profundo silencio; hasta el viento habia dejado de silbar, dejando en quietud á las hojas, sobrecogidas de espanto. Serenos se mantenian los dos campeones; pero una mortal angustia se veia pintada en el semblante de los dos testigos.

A la tercera palmada sonaron los dos tiros con tan per-

fecta simultaneidad, que parecieron uno solo. Indecible fué la sorpresa de los testigos al ver en pié á ambos combatientes.

Al ir á disparar, habia desviado Roland su pistola, apuntándola al suelo. Lord Tanlay la habia levantado, rompiendo una rama que habia á tres palmos sobre la cabeza de Roland. Cada uno de ellos se admiraba de lo mismo; esto es, de hallarse vivo. Roland fué el primero en tomar la palabra.

—Milord! exclamó, bien me habia dicho mi hermana que erais el hombre mas generoso del mundo!

Y arrojando léjos de sí la pistola, abrióle los brazos, precipitándose en ellos sir John.

—Ah! ya entiendo, dijo este, deseabais aun morir; pero afortunadamente Dios no ha permitido que murieseis á mis manos.

Acercándose los dos testigos:

—Qué ha sucedido pues? preguntaron.— Nada, contestó Roland; sino que, cansado de la vida, queria morir á manos del hombre que mas amo en este mundo; mas, por desgracia, ya lo habeis visto, antes que matarme, ha preferido morir él. Vamos, ya está visto, añadió con voz sorda, es trabajo que habremos de guardar para los austriacos.

Arrojándose de nuevo á los brazos de lord Tanlay, y estrechando la mano de sus amigos:

—Dispensadme, caballeros, les dijo; pero el primer cónsul va á dar una gran batalla en Italia, y para encontrarme en ella, es preciso que no pierda momento.

Y dejando á cargo de sir John el dar á los oficiales las explicaciones que mejor le pareciesen, salió al paseo, saltó sobre el caballo y dirigióse á todo escape á París. Dominado constantemente por la fatal manía de la muerte, ya hemos dicho cuál era su última esperanza.

Pocos dias despues, batíase desesperadamente en Marenngo. El mismo dia de esta gran batalla, á las nueve de la noche, escribia Bonaparte esta carta á madama de Montrevel.

« Señora: he conseguido hoy mi mas brillante victoria; pero esta victoria me ha costado las dos mitades de mi corazón, Desaix y Roland.

« No lloreis, señora; mucho tiempo hace que vuestro hijo deseaba morir; y no podia, en verdad, hacerlo de una manera mas gloriosa.

« BONAPARTE. »

Hicieronse inútiles pesquisas para encontrar el cadáver del jóven ayudante de campo; como Rómulo, habia desaparecido con la tempestad. Nadie ha podido jamás saber el motivo que le inducia á buscar con tanta insistencia una muerte, que tan difícil le habia sido encontrar.

CONVERSACION.

Queridos lectores :

Cerca de un año hace que mi antiguo amigo Julio Simon, el conocido autor del *Deber*, vino á encargarme una novela para publicarse en el *Diario para todos*.

Enteréle del argumento de una que tenia proyectada , y habiéndole parecido bien , firmamos acto contínuo el correspondiente contrato.

Los hechos , que se suponian ocurridos desde 1791 á 1793, tenian principio en Varennes, la tarde misma del dia en que tuvo lugar el arresto del rey. Mas , por mucha que fue-se la prisa del *Diario para todos* , hube de pedir á J. Simon un plazo de quince dias antes de poner manos á la obra. No habia estado en Varennes : érame por lo tanto indispensable ir.

Una cosa hay que jamás he sabido hacer : escribir un drama ó una novela , cuya accion pase en parajes que no haya visitado.

Diríjme pues á Varennes, ya que de Varennes debia hablar en el primer capítulo. Siete dias empleé en esta expedi-

cion ; tres para ir desde Chalons á Varennes , otros tantos para volver al primer punto, y uno para visitar todos los sitios que era preciso mencionar en mi novela , cuyo título habia de ser *René de Argonna*. Cubierta así esta primera necesidad , regresé á Paris , decidido á no perder momento para satisfacer los deseos de mi amigo.

Supe , al llegar , que mi hijo habia ido á pasar algunos dias de campo en Sainte-Assise , cerca de Melun ; y seguro de encontrar tambien preparado mi cuarto , fuí á reunirme con él para cumplir con mayor quietud y desembarazo mi compromiso. Difeilmente se encontrarían dos caractéres mas opuestos que el mio y el de Alejandro, y que mas se aviniesen no obstante en las relaciones todas de profesion y de familia. No hay duda que pasamos uno y otro muy buenos ratos hallándonos separados ; pero son mucho mejores los que pasamos juntos. Con entera satisfaccion pues dí comienzo á mi *René de Argonna*, tomando resueltamente la pluma. Pronto volví empero á dejarla, viendo que por entonces me era imposible , como suele decirse , coger el hilo. Para desvanecer mi mal humor, púseme á contar á mi hijo diferentes historietas , que recordaba haber oido á algunos de mis amigos.

Entre otras varias, traje á la memoria una que me habia sido contada por Nodier, sobre las aventuras de cuatro jóvenes pertenecientes á la compañía de Jehú , ejecutados en Bourg , con circunstancias altamente dramáticas. El que con

mayor dificultad pudo morir, ó mejor dicho, el que con mayor dificultad se pudo matar, contaba apenas diez y nueve años.

Escuchó Alejandro con profunda atencion mi relato; y al concluir:

— Sabes, me dijo, lo qué haria yo en tu lugar? — Qué? — Dejaría el *Bené de Argonna*, ya que no marcha, y escribiría *Los compañeros de Jehú*. — Convenido, con tal de que me ayudes. — Bueno: te daré dos de los personajes. — Nada más? — Oh! eres muy exigente, lo demás es cuenta tuya; bastante que hacer tengo yo con mi *Cuestion de dinero*. — A ver los personajes. — Son un gentleman inglés y un capitan francés. — Descríbeme al inglés.

Hízome Alejandro el retrato de lord Tanlay, tal como acabais de verlo en *Los compañeros de Jehú*.

— Corriente, le dije, acepto tu gentleman inglés; veamos ahora el capitan francés. — Ese es un personaje misterioso, que á todo trance quiere hacerse matar, y jamás puede conseguirlo. — Pero por qué está tan decidido á hacerse matar? — Porque se halla fastidiado de la vida. — Bien, pero cuál es la causa de ese fastidio? — Ahí está el secreto de la novela. — Sin embargo, al fin y al cabo será preciso decirlo. — Ya me guardaria yo bien en tu lugar. — Pero á lo menos, para mi satisfaccion, necesito yo saberlo. — Eso es otra cosa: á tí no tengo reparo en decírtelo. Supongamos por un momento que, en vez de profesor de dialéctica, hubiese

sido Abelardo militar. — Ya. — Y que por una de las muchas vicisitudes de la guerra... — Comprendo. — Entonces, en lugar de retirarse al Paraclete, habria procurado por todos los medios imaginables hacerse matar. — Hum! — Qué? — Dificil me parece. — Qué es lo que te parece difcil? — Hacérselo creer al público. — Como tú no has de decírselo. — Es verdad: bien pensado, creo que no te falta razon. Tienes los *Recuerdos de la Revolucion* de Nodier? — Tengo todas las obras de Nodier.

Fué Alejandro á buscarme el libro que le pedia, en el cual, á la vuelta de tres ó cuatro páginas, encontré lo que deseaba.

Suplícocos os entereis conmigo, queridos lectores, del pasaje que me propuse consultar, pues de seguro no os pesará. Nodier es quien habla:

« Llamábanse los salteadores, á quienes se refiere el capítulo Amiet, que acabo de citar, Lepretre, Hyvert, Guyon y Amiet.

« Designados por la suerte, ó por el voto de sus compañeros, para asaltar una diligencia en que iban cuarenta mil francos del gobierno, desempeñaron con inaudito descaro su peligroso cometido, presentándose en la carretera, á lo mejor del dia, en ademan casi amistoso; sin duda para corresponder á la buena disposicion de los viajeros, que les recibian con la mayor indiferencia, sin tratar jamás de oponerse á sus designios. Solo un niño de diez años, que viajaba al

lado de su madre, tuvo la suficiente serenidad para apoderarse de las pistolas del conductor y disparar contra los que habian detenido el coche. Como no estaban, segun su costumbre, cargadas con bala las pistolas del prudente mayoral, no hubo que lamentar desgracia alguna, si bien no dejó tan inesperada travesura de alarmar terriblemente á los demás viajeros, temerosos de sufrir las consecuencias de una sangrienta represalia. En vista de tamaña audacia, acometió á la madre del niño un ataque de nervios tan violento, que alarmados los bandidos por su crítico estado, parecieron olvidar por un momento su propio peligro. Corrió uno de ellos á auxiliarla, prodigándola toda clase de cuidados y atenciones, haciéndola aspirar las sales y esencias de que iban siempre provistos, y encomiando con entusiasmo el prematuro valor de su hijo. Al volver en sí, dió con visible emocion las mas expresivas gracias á su desconocido protector, á quien cayó en aquel acto la máscara que le cubria el rostro, el cual no fué sin embargo visto por ninguna de las otras personas que se hallaban en el coche.

«Viéronse mas tarde Lepretre, Hyvert, Guyon y Amiet compelidos ante el tribunal de uno de los departamentos vecinos. Como [el hecho de que se les acusaba habia perjudicado únicamente al tesoro, por el que no se manifestaba á la sazón grande interés, [por lo mismo que se ignoraba quién sería al fin su verdadero dueño; y como por otra parte, á excepcion de la hermosa dama, que se guardó muy bien de

hacerlo, nadie podia conocer en los procesados á los que habian asaltado la diligencia, fueron absueltos los cuatro por unanimidad.

«De tal modo era, no obstante, contraria la opinion pública á la idea de su inocencia, que el ministerio fiscal se vió precisado á apelar. Fué, á consecuencia de este recurso, revocado el fallo; y si bien ninguna pena se les impuso desde luego, quizás por no atreverse á castigar actos de vandalismo, que podian al dia siguiente ser considerados como eminentes servicios, mandóse proseguir las actuaciones ante el tribunal del Ain, residente en la ciudad de Bourg, á cuya disposicion quedaron los procesados, dándose por muy satisfechos del cambio, por contar en el nuevo lugar del juicio la mayor parte de sus amigos, parientes, aliados y cómplices. Creyóse seguramente contentar á un partido, insistiendo en someter á la accion de los tribunales el exámen de los hechos imputados á sus enemigos; consiguiéndose al propio tiempo no disgustar al otro, rodeando á sus parciales de garantías tales, que aseguraban casi infaliblemente su salvacion. La entrada de los presos en las cárceles de Bourg fué por consiguiente una verdadera ovacion.

«Empezaron de nuevo las diligencias del sumario, sin dar mejor resultado que las anteriores practicadas: sobre no existir una sola declaracion contraria á los procesados, habian estos probado plenísimamente la coartada, por medio de cien testigos que no tuvieron reparo en faltar á la verdad

en defensa de sus correligionarios tan seriamente amenazados. Ante la evidencia legal que de semejante prueba resultaba, nada podía valer la convicción moral, nacida de algunos indicios por mas que fuesen enteramente acordes con las unánimes manifestaciones de la voz y fama públicas. Segura parecía por lo tanto también la absolución, cuando una pregunta del presidente, insidiosa tal vez sin pensarlo, vino á cambiar de repente el aspecto del procedimiento. «Señora, dijo, dirigiéndose á la que tan atentamente habia sido auxiliada por los bandoleros, cuál de los procesados aquí presente, fué el que os prodigó durante vuestro desmayo los cuidados de que habeis hablado?»

«Esta inesperada pregunta, y sobre todo la forma en que fué hecha, confundió sin duda alguna las ideas de la testigo. Creyendo haber antes confesado que era efectivamente uno de los cuatro quien con tanta amabilidad la habia socorrido: «Es el señor, contestó señalando á Lepretre,» proponiéndose á lo menos aprovechar en su favor un rasgo de galantería, que, á su entender, le colocaba en posición mas ventajosa que la de sus tres desgraciados compañeros. Léjos estaba de conocer que con su revelación entregaba al verdugo á los cuatro acusados, comprendidos como se hallaban, en una misma prueba, solidaria é indivisible. Levantáronse estos con la sonrisa en los labios, saludando á la que así acababa de perderles. «Bravo! dijo Hyvert con una gran carcajada, volviendo á sentarse en el banquillo, esto os enseñará, capitán, á ser ga-

lante con las damas.» Segun se dijo de público, al cabo de poco tiempo murió la pobre señora, consumida por el pesar.

«Desde aquel instante tomó la causa un sesgo muy diferente; y como la falsedad de la prueba ministrada por los acusados habia quedado patente, desestimándose todos los medios de defensa, fueron los cuatro condenados á la última pena. Apenas proferido el terrible fallo, tres tiros disparados al pié de la pared del calabozo donde se hallaban encerrados los reos, les enteró del fatal destino que les aguardaba. Justamente receloso, por tan visible señal de connivencia, el comisario del directorio ejecutivo, que en los tribunales departamentales ejercia las funciones propias del ministerio público, reclamó el auxilio de la fuerza armada, cuyo mando tenia á la sazón uno de mis tíos. A las seis de la mañana siguiente, veíanse formados, enfrente de la reja del patio, sesenta soldados de caballería.

«Burlando la vigilancia de sus carceleros, consiguieron los reos desembarazarse de los hierros que les sujetaban, y despues de luchar con toda la fuerza de la desesperación, se hicieron dueños del edificio, dejando bien asegurados á cuantos podian oponerles resistencia, y apoderándose de todas las llaves. Libres de este modo en todos sus movimientos, bajaron al patio perfectamente armados. Horrible debió parecer en verdad á la muchedumbre, que aguardaba á la otra parte de las rejas, el espectáculo que se ofrecia á su vista. A fin de obrar con mayor desembarazo, para ostentar quizás una se-

guridad, mas temible aun que la fama de fuerza é intrepidez que acompañaba á sus nombres, ó con objeto tal vez de evitar que la presencia de la sangre en los vestidos pudiese hacer traicion á sus postreros esfuerzos, iban desnudos hasta la cintura, al rededor de la cual se veían tambien armas blancas y de fuego, además de las que tenían empuñadas. Desde el patio descubrieron el piquete que debía escoltarles, y que por de pronto les cerraba completamente el paso. Despues de conferenciar un momento entre sí, Lepretre, que, como sabemos, era el de mayor edad y graduacion, saludando al piquete con la fina afabilidad que le era habitual: «Muy bien, señores gendarmes» les dijo. Colocándose en seguida delante de sus compañeros, á quienes dirigió con ternura su último adios, se levantó la tapa de los sesos. Guyon, Amiet é Hyvert pusiéronse en estado de defensa, apuntando á la fuerza armada sus pistolas de dos tiros. Sin embargo de que no llegaron á disparar, considerando la escolta como una hostilidad manifiesta su actitud puramente defensiva, contestó con una descarga. Cayó muerto Guyon junto al cadáver de Lepretre, que no habia hecho el menor movimiento. A Amiet le fracturaron un muslo muy cerca de la ingle, y á pesar de que en la *Biografía de los Contemporáneos* se lee que fué ejecutado, he oido muchas veces asegurar que exhaló el último suspiro al pié del cadalso. Quedó por consiguiente solo Hyvert, para sobrevivir sin duda muy corto tiempo á sus compañeros. No sé empero si el aspecto de un gallardo jóven

saltando por entre los cadáveres, como un lobo acosado por los cazadores, desordenado el cabello que le caía sobre las espaldas, echando llamas sus ojos, y encarando con firme y ejercitada mano las pistolas, que amenazaban de continuo sembrar la muerte entre los espectadores; de un jóven que sin haber derramado jamás la sangre de sus semejantes, se veía no obetante condenado á una sangrienta expiacion; que en pena de un hecho que á nadie habia costado la vida, se exigía por la humana justicia su muerte; no sé, repito, si todas estas circunstancias y consideraciones consiguieron impresionar el ánimo de los soldados, que dejaron de hacer uso de sus armas. Así lo creeria al menos Hyvert, pues seguro de alcanzar la única gracia que en semejante situacion podia desear: «Señores, dijo, marchemos á la muerte! á ella voy sin temor ni afliccion! pero que nadie se me acerque, si estima en algo su vida, sino el señor, añadió, señalando al verdugo. Es negocio que á los dos únicamente incumbe, y que podemos muy bien terminar sin auxilio ajeno.»

«No hubo dificultad en acceder á esta peticion, pues era general la impaciencia para poner fin á aquella horrible tragedia. Mas al oir Hyvert la concesion, cogiendo con los dientes una de las pistolas, desenvainó el puñal que llevaba en el cinto, hundiéndoselo en el pecho hasta el puño. Con extraordinaria sorpresa vió que seguía manteniéndose en pié, cual si nada hubiese sucedido. Disponíanse los agentes de la autoridad á echársele encima, para impedir una segunda ten-

tativa; mas volviendo hácia ellos Hyvert las pistolas, mientras brotaba la sangre de su herida, en la que permanecía clavado el puñal. «Alto ahí, señores! recordad el pacto que acabamos de hacer! si tratis de infringirlo, en lugar de morir solo, seremos tres, á lo menos, los que muramos: elegid!» Detuviéronse todos, dejándole caminar, solo, á la guillotina donde se hundió de nuevo el puñal en el pecho, sin obtener mejor resultado que la vez primera. «Ya está visto, dijo entonces; tendré sin duda encadenada el alma en el vientre, cuando tan reacia se muestra en salir de su escondrijo! A ver si sois mas afortunados vosotros!» añadió dirigiéndose á los ejecutores.

«A los pocos instantes rodaba su cabeza sobre el cadalso. Casualmente, ó tal vez por algun particular fenómeno de la vitalidad, cayó de lo alto del tablado y siguió rodando hasta salirse del círculo, que formaba el terrible aparato; y aun hoy no falta en Bourg quien asegure que la cabeza de Hyvert habló.»

Antes de terminar la lectura, tenia ya decidido olvidar el *René de Argonna por los compañeros de Jehú.*

Salí al dia siguiente de mi cuarto, con el saco de noche en la mano.

—Estás de marcha? me preguntó Alejandro.—Sí.—Adónde vás?—A Bourg.—Con qué objeto?—Voy á examinar el terreno y recoger las noticias que puedan facilitarme los que presenciaron la ejecucion de Lepretre, Guyon, Amiet é Hyvert.

FIN DE LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

HISTORIA

DE

RASELAS,

PRINCIPE DE ABISINIA,

ESCRITA EN INGLÉS

por M. Samuel Johnson,

y traducida por

D. Marcial Ubusquets.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

tativa; mas volviendo hácia ellos Hyvert las pistolas, mientras brotaba la sangre de su herida, en la que permanecía clavado el puñal. «Alto ahí, señores! recordad el pacto que acabamos de hacer! si tratis de infringirlo, en lugar de morir solo, seremos tres, á lo menos, los que muramos: elegid!» Detuviéronse todos, dejándole caminar, solo, á la guillotina donde se hundió de nuevo el puñal en el pecho, sin obtener mejor resultado que la vez primera. «Ya está visto, dijo entonces; tendré sin duda encadenada el alma en el vientre, cuando tan reacia se muestra en salir de su escondrijo! A ver si sois mas afortunados vosotros!» añadió dirigiéndose á los ejecutores.

«A los pocos instantes rodaba su cabeza sobre el cadalso. Casualmente, ó tal vez por algun particular fenómeno de la vitalidad, cayó de lo alto del tablado y siguió rodando hasta salirse del círculo, que formaba el terrible aparato; y aun hoy no falta en Bourg quien asegure que la cabeza de Hyvert habló.»

Antes de terminar la lectura, tenia ya decidido olvidar el *René de Argonna por los compañeros de Jehú.*

Salí al dia siguiente de mi cuarto, con el saco de noche en la mano.

—Estás de marcha? me preguntó Alejandro.—Sí.—Adónde vás?—A Bourg.—Con qué objeto?—Voy á examinar el terreno y recoger las noticias que puedan facilitarme los que presenciaron la ejecucion de Lepretre, Guyon, Amiet é Hyvert.

FIN DE LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

HISTORIA

DE

RASELAS,

PRINCIPE DE ABISINIA,

ESCRITA EN INGLÉS

por M. Samuel Johnson,

y traducida por

D. Marcial Ubusquets.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

HISTORIA DE RASELAS,

PRÍNCIPE DE ABISINIA.

CAPITULO PRIMERO.

Descripcion de un palacio en un valle.

Vosotros, que escuchais crédulamente el grato arrullo de las ilusiones y correis en pos de los fantasmas de la esperanza; que esperais que la edad cumplirá las promesas de la juventud y que los obstáculos de hoy desaparecerán mañana, oíd la historia de Raselas, príncipe de Abisinia.

Raselas era el cuarto hijo del poderoso emperador en cuyos dominios comienza su curso el Padre de las Aguas, que prodiga generosamente caudalosos rios y derrama sobre medio mundo las cosechas del Egipto.

Segun la costumbre transmitida de siglo en siglo á los monarcas de la zona tórrida, Raselas hubo de ser confinado á

un palacio privado con otros hijos del emperador de Abisinia, hasta que el orden de sucesion le llamase al trono.

El sitio que la prudencia ó la política de la antigüedad destinara para residencia de los príncipes abisinios, era un espacioso valle rodeado enteramente de montañas cuyas cimas parecian querer desgajarse, tanto se abalanzaban. La única parte por donde se podia entrar en él, era una cueva que habia debajo de un peñasco, la cual dió mucho que discutir sobre si era obra de la naturaleza ó de la humana industria. Un espeso bosque ocultaba las inmediaciones de la cueva, y la boca que daba al valle estaba cerrada con puertas de hierro forjadas por artífices de épocas remotas; puertas tan macizas, que nadie podia abrirlas ni cerrarlas sin el auxilio de alguna máquina.

De todos los puntos de las montañas descendian riachuelos que llenaban todo el valle de verdura y fertilidad, y formaban en el centro un lago, habitado por peces de toda especie y frecuentado por todas las aves á quienes la naturaleza habia enseñado á sumergir las alas en el agua. La que sobraba del lago formaba un torrente que entraba en una oscura cavidad de la montaña situada al norte, y caía con espantoso ruido de precipicio en precipicio hasta que dejaba de oirse.

Las laderas de las montañas estaban cubiertas de árboles, y las márgenes de los arroyos esmaltadas de flores; el viento lanzaba semillas desde las rocas, y los meses dejaban frutos sobre la tierra. Los animales que mordian las yerbas ó ramo-

neaban en los arbustos, así los salvajes como los mansos, recorrian aquel vasto circuito, libres de las fieras, á causa de los montes que cerraban el valle. Hacia un lado se veian rebaños paciendo, y hacia otro las aves de caza saltando por el césped; la viva cabritilla retozaba en las rocas, la astuta mona jugueteaba en los árboles, y el grave elefante descansaba á la sombra. Allí se reunian todas las variedades del mundo, todos los bienes de la naturaleza, siendo excluidos y desterrados sus males.

El valle, dilatado y fructífero, ocurría á las necesidades de la vida de sus habitantes, y tanta delicia y abundancia todavía aumentaban en la visita anual que el emperador hacia á sus hijos cuando se abria la puerta de hierro al sonido de la música; y durante ocho dias se decia á los que moraban en el valle, que propusiesen cuanto pudiera ser parte para hacer agradable la reclusion, ocupar los ratos de ocio y minorar el fastidio del tiempo; de modo que inmediatamente quedaban satisfechos todos los deseos. Llamábase á los artistas de recreo para dar mas alegría á la festividad; los músicos ejercian el poder de la armonía, y los bailarines mostraban su ligereza delante de los príncipes, esperando pasar la vida en aquel dichoso cautiverio, en el cual solamente se admitia á las personas cuyas habilidades prometian añadir novedad al fausto. Era tal la apariencia de seguridad y recreo que ofrecia semejante retiro, que aquellos para quienes era nuevo, siempre deseaban que nunca terminase; y como aquellos pa-

ra quienes se cerraba una vez la puerta de hierro, jamás podían salir del valle, ignoraban el efecto de una larga experiencia. Así, todos los años se formaban nuevos planes de recreo y se presentaban competidores para entrar en el valle.

El palacio estaba situado en una eminencia de 150 piés de elevación sobre el nivel del lago, y se dividía en muchas plazas ó patios de mayor ó menor magnificencia, según el rango de las personas á quienes estaban destinados. Las bóvedas eran unos arcos de piedra maciza, unidos con cemento que el tiempo endurecía mas y mas, y el edificio subsistía uno y otro siglo desafiando los rayos del solsticio y los huracanes del equinoccio, sin necesidad de reparación.

Este palacio, muy vasto para que nadie lo conociese enteramente, excepto alguno de los antiguos oficiales que sucesivamente habían heredado los secretos del edificio, estaba construido como si la sospecha en persona hubiese dirigido la obra. Para cada habitación había un pasadizo secreto; cada patio tenía una comunicación con los demás, ya por galerías privadas desde los pisos superiores, ya por conductos subterráneos desde las habitaciones inferiores. Muchas columnas tenían huecos cuya existencia nadie podía imaginar, y en los cuales una larga dinastía de monarcas había depositado sus tesoros. Después cerraban la abertura con mármol, para no volver á abrirla hasta que lo exigieran las mas apuradas circunstancias del reino; y apuntaban sus depósitos en un libro que también ocultaban en una torre, donde únicamente en-

traba el emperador, aguardado por el príncipe, su presunto heredero.

CAPITULO II.

Desecontento de Raselas en el valle feliz.

Los hijos é hijas del emperador de Abisinia vivían allí sin otra ocupación que la de iniciarse en las fases del placer y del descanso, servidos por todo lo que era propio para deleitar el ánimo y recrear los sentidos. Paseábanse por embalsamados jardines, y dormían en las fortalezas de seguridad. Allí se profesaban todas las artes para que se contentasen con su propia condición. Los sabios que les instruían no les hablaban mas que de las miserias de la vida pública, y relativamente á los países de allende aquellas montañas, los describían como regiones de calamidad donde siempre se agitaba flamíjera la tea de la discordia, y donde el hombre era enemigo del hombre. Para robustecer la opinión de su misma felicidad, cada día se divertían entonando unas canciones cuyo tema era el *valle feliz*. La frecuente enumeración de las diversiones excitaba sus deseos, y desde que la aurora asomaba su rosada frente hasta que la noche esparcía sus sombras; reinaban continuamente las fiestas y los placeres.

Este método tenía por lo general felices resultados, pocos príncipes habían nunca deseado ensanchar sus límites, sino

que, al contrario, pasaban su vida profundamente convencidos de que todo lo que el arte y la naturaleza podían ofrecer, estaba á su alcance, y se compadecían de aquellos á quienes la suerte había excluido de un sitio tan tranquilo, como de juguetes de la fortuna y esclavos de la desdicha.

Por consiguiente, se levantaban por la mañana y se acostaban por la noche, contentos uno de otro y de sí mismos; todos excepto Raselas, que á la edad de veinte y seis años empezaba á retraerse de sus reuniones y pasatiempos, y á complacerse en paseos solitarios y silenciosas meditaciones. Sentábase á menudo á las mesas, espléndidamente puestas, y se olvidaba de gustar los regalados manjares delante de él colocados; levantábase bruscamente en medio del canto, y se retiraba con presteza lejos de la música. Sus servidores observaban este cambio y procuraban avivar su amor al placer; pero él permanecía indiferente á su solicitud, desechaba sus invitaciones, y pasaba uno y otro día á las márgenes de los arroyuelos que susurraban á la espesa sombra de los árboles, donde ora escuchaba los gorjeos de las aves que revoloteaban por las ramas, ora contemplaba los nadadores peces del arroyo, ora dirigía sus miradas á los pastos y á los montes cubiertos de animales, que estaban paciendo ó durmiendo entre las matas. La singularidad de su carácter llamó mucho la atención. Uno de los sabios cuya conversacion le había sido agradable en otro tiempo, le siguió secretamente con la esperanza de descubrir la causa de su inquietud. Raselas, que no

sospechaba siquiera que nadie estuviese cerca de él, fijó por algun tiempo los ojos en las cabras que por las breñas parecían, y comenzó á comparar su condicion con la de aquellos seres.

—¿ En qué consiste, dijo, la diferencia entre el hombre y los demás animales de la creacion? Todas las bestias que vagan errantes delante de mí, tienen las mismas necesidades corporales que yo: tienen hambre y se alimentan de la yerba, tienen sed y la apagan en el arroyo, y saciadas su hambre y su sed, quedan satisfechas y duermen; despiertan otra vez, y tienen hambre, comen otra vez, y vuelta á lo mismo, y quedan tranquilas. Yo tengo hambre y sed como ellas; pero cuando cesan mi sed y mi hambre, no quedo tranquilo. La necesidad me apena como á ellas; pero no quedo, como ellas, completamente satisfecho. Las horas intermedias son fastidiosas y tristes; ansío tener apetito otra vez para poder reanimar mi atencion. Las aves pican los granos y las semillas, vuelan á las arboledas, en cuyas ramas moran felices al parecer, y viven modulando una invariable serie de sonidos. Es cierto que puedo llamar á los profesores de laud y á los cantantes; pero los sonidos que ayer me encantaban, hoy me fastidian y mañana me fastidiarán mas. No puedo hallar en mí ninguna facultad de percepcion que no desaparezca con su propio placer, y no me siento deleitado. Seguramente el hombre tiene algun sentido latente para el cual no ofrece este valle la menor satisfaccion; ó tiene algunos deseos extraños á los

sentidos, que deben de cumplirse antes de alcanzar la felicidad.

Luego levantó la cabeza, y viendo brillar la luna, encaminóse al palacio. Cuando atravesaba los prados, dijo al ver los animales que le rodeaban:

— Vosotros sois felices, y no necesitais envidiarme porque ande así en medio de vosotros, agobiado por mi propio peso; ni yo, graciosos seres, envidio vuestra felicidad, pues no es la necesidad del hombre. Yo sufro muchos pesares de que estais libres, y el pesar me amedrenta cuando no lo sufro. Algunas veces me intimido al recordar los males, y otras me estremezco á los males anticipados. La equidad de la Providencia sin duda ha equilibrado los sufrimientos y fruiciones peculiares á un mismo individuo.

Con estas y análogas observaciones se entretenia el príncipe mientras volvía al palacio, murmurándolas con acento querrelloso, pero con una mirada que revelaba cierta complacencia en la penetracion de su juicio, y cierto gozo ante las miserias de la vida, por la conciencia de la delicadeza con que sentía y por la elocuencia con que las expresaba. Aquella noche tomó parte alegremente en las diversiones, y todos los concurrentes se regocijaron al ver descargado el peso que oprimía el corazón de Raselas.

CAPÍTULO III.

Necesidades del que nada necesita.

Al día siguiente su anciano preceptor, creyendo haber ya descubierto la causa de su afliccion, se prometía tranquilizarle con prudentes consejos, y buscó solícitamente una ocasion para conferenciar, que el príncipe no estaba muy dispuesto á ofrecerle porque le consideraba como á un ente cuyos recursos intelectuales estaban agotados.

— ¿Por qué ese hombre, decía para sí, quiere ingerirse en mis asuntos? ¿No podré nunca olvidar aquellos discursos que solo me agradaban porque eran nuevos, y que para ser nuevos otra vez, deben olvidarse?

Dijo, y echó á pasear por el bosque; mas cuando se disponía á entregarse á sus habituales meditaciones, y antes de que hubiese podido coordinar sus ideas, notó que su perseguidor se hallaba á su lado. Por de pronto su impaciencia le impelió á retirarse apresuradamente; pero no queriendo el príncipe ofender á un hombre á quien antes había respetado y hasta amado, convidóle á sentarse con él á la margen de un arroyo.

El anciano se animó y empezó por lamentar el cambio que últimamente se observara en el príncipe, y por inquirir el

motivo que con tanta frecuencia le robaba á los placeres del palacio para llevarle á la soledad y al silencio.

— Huyo del placer, dijo el príncipe, porque el placer ha cesado de serlo para mí. Amo la soledad porque soy infeliz, y no trato de turbar con mi presencia la felicidad de los demás.

— Tú, señor, replicó el maestro, eres el primero que se queja de la desdicha en el *valle feliz*. Espero convencerte de que tus quejas carecen de causa legítima. Aquí estás en plena posesion de cuanto puede ofrecer el emperador de Abisinia; aquí no hay trabajo que soportar, ni peligro que temer, y aquí tenemos todo lo que el trabajo y el peligro pueden procurar. Mira en derredor tuyo, y dime lo que te falta y no obtienes; si nada necesitas, por qué eres infeliz?

— Mi queja se funda, dijo el príncipe, en que no necesito nada, ó en que ignoro lo que necesito: si tuviera alguna necesidad conocida, me aguijaria un deseo cierto; ese deseo me afanaria, y entonces no me entristeciera al ver el curso tan lento del sol hácia la montaña de Occidente, ó no me afligiera cuando amanece ó cuando el sueño no quiere confundir mis ideas. Siempre que contemplo las ovejas cuando se persiguen mutuamente, me figuro que seria feliz si tuviese algo que perseguir; pero poseyendo cuanto necesito, todos los dias, todas las horas hallo exactamente iguales, excepto que las últimas son aun mas fastidiosas que las penúltimas. A fuer de hombre de experiencia como eres, dime por qué el dia no me parece tan corto como en mi infancia, cuando todavía mi

naturaleza era tierna y á cada momento me quedaba sorprendido al notar lo que antes nunca observara. Ya he disfrutado demasiado: inspírame algun deseo.

El anciano se admiró de semejante afliccion, para él tan nueva, y aunque queria hablar, no supo qué responder.

— Señor, dijo por fin, si hubieses visto las miserias del mundo, sabrias lo precioso de tu actual estado.

— Ya me has ofrecido algo que desear, repuso el príncipe. Veré las miserias del mundo, puesto que conviene verlas para alcanzar la felicidad.

CAPÍTULO IV.

El príncipe continúa apesadumbrándose y meditando.

En esto el sonido de la música anunció la hora de comer, y cesó la conversacion. El viejo se marchó descontentadísimo al ver que sus razones habian tenido por único resultado el que intentara evitar. Pero en la declinacion de la vida, la vergüenza y la pesadumbre son de breve duracion, ya porque sostenemos fácilmente el peso que tanto tiempo hemos sobrellevado, ya porque, hallándonos en una edad menos reparada, reparamos menos en los demás, ya en fin porque contemplamos con apática mirada las afecciones á que la mano de la muerte está próxima á dar fin.

El príncipe, cuya imaginación se cernía en un espacio mas dilatado, no podía aquietar sus emociones. Antes se habia amedrentado al pensar en la fuerza vital que la naturaleza le prometia, porque consideraba que quien vive mucho tiempo, por mucho tiempo debe sufrir; pero ahora se alegraba de su juventud, porque en muchos años se puede hacer mucho. Este primer rayo de esperanza, que nunca habia iluminado su alma, daba lozanía á sus facciones y redoblaba la brillantez de sus ojos. Enardecíale el afán de hacer algo, aunque no sabia con qué medios ni para qué fin. Dejó de ser meditado é insociable, pues creyéndose poseedor de un secreto principio de felicidad, afectaba hallarse ocupado en todos los programas de las diversiones, y procuraba que los demás se alegrasen del estado que le aburría. Sin embargo, como los placeres no pueden multiplicarse ó alargarse tanto que no dejen mucho tiempo para el ocio, tenia á su disposición bastantes horas del dia y de la noche para dedicarse confiadamente á sus pensamientos solitarios. Ya se le hacia mas llevadero el peso de la existencia: asistía á todas las reuniones, suponiendo necesaria su asidua presencia para conseguir mejor el objeto que se proponía; y retirábase alegremente á la soledad porque ya sabia en qué fijar su pensamiento. Su entretenimiento favorito era representarse aquel mundo que él nunca habia visto; colocarse en diferentes condiciones; enredarse en dificultades imaginarias, y empeñarse en extrañas aventuras; pero su benevolencia siempre terminaba sus pro-

yectos aliviando á los pobres, impidiendo el fraude, exterminando á los opresores y difundiendo la ventura.

Así transcurrieron veinte meses de la vida de Raselas, quien olvidaba su soledad real pensando constantemente en un bullicio imaginario; y en medio de las repetidas preparaciones para los varios incidentes de los quehaceres del hombre, no acertaba á discurrir los medios de introducirse en la humanidad que fuera del *valle feliz* se agitaba.

Cierto dia se hallaba sentado en una colina, y figurósele ver á una vírgen huérfana á quien su aleve amante habia robado su escaso dote, y la cual le demandaba la restitucion y el desagravio. Imprimióse con tal fuerza la imagen en su mente, que se lanzó á la defensa de la niña y echó á correr para apoderarse del ladron, con toda la rapidez de una persecucion verdadera. El temor naturalmente pone alas en los piés de un criminal fugitivo, al que Raselas no podia alcanzar á pesar de sus grandes esfuerzos; pero resuelto á triunfar, por medio de la perseverancia, de aquel á quien no podia sobrepujar en celeridad, no paró hasta que la falda del monte detuvo su carrera.

Entonces volvió en sí y se rió de su propia é inútil impetuosidad; levantando luego los ojos: Este es el fatal obstáculo, dijo, que á un tiempo se opone al goce del placer y al ejercicio de la virtud. ¡Cuánto tiempo hace que mis esperanzas y deseos volaron mas allá de esta barrera de mi vida que aun no he intentado salvar nunca!

Hecha esta reflexion, sentóse para meditar, y recordó que desde la primera vez que se resolviera á huir de su reclusion, el sol habia pasado ya dos veces sobre él en su curso anual. Esto le causó un pesar que aun no habia sufrido jamás: consideraba lo mucho que hubiera podido hacer durante el tiempo transcurrido, el cual no habia dejado nada real en pos de sí; y comparaba veinte meses con la vida del hombre.

— En la vida, decia, no debe contarse la ignorancia de la primera niñez ó la imbecilidad de la edad. Existimos mucho tiempo antes de que podamos pensar, y pronto cesa nuestro poder de obrar, ó respecto del cuerpo, ó en cuanto á la inteligencia, de modo que el verdadero período de la existencia humana puede razonablemente estimarse en cuarenta años, durante cuya vigésima-cuarta parte he vivido meditando. Lo que he perdido era cierto, porque cierto es que lo he poseido; pero ¿quién me asegura veinte meses venideros?

El sentimiento de su propia ligereza le afectó profundamente, y Raselas tardó bastante en reconciliarse consigo mismo.

— Las horas pasadas de mi vida, exclamaba, se han perdido por el crimen ó la locura de mis padres, y por las absurdas instituciones de mi país: lo recuerdo con disgusto, aunque sin remordimiento; mas los meses que han volado desde que una nueva luz penetró en mi entendimiento y desde que me formé el plan de una felicidad razonable, se han malgastado por culpa mia. He perdido lo que jamás puede

nadie devolverme; he visto el sol salir y ponerse por espacio de veinte meses, contemplando con perezosa mirada el resplandor del firmamento; y durante este tiempo los pájaros han abandonado el nido de su madre y volado á los bosques y á las nubes; y la cabra ha dejado de mamar y aprendido insensiblemente á trepar por las rocas en busca de una manutencion independiente. Por lo que á mí toca, no solamente no he hecho progreso alguno, sino que todavía soy un ignorante y me veo desamparado. La luna me ha advertido, con mas de veinte cambios, de las mudanzas de la vida, y el arroyuelo que corre á mis piés me reprende por mi inacción. Yo me siento y me regalo saboreando el exquisito manjar de la inteligencia, tan indiferente á los ejemplos de la tierra como á las lecciones de los planetas. Han pasado veinte meses: ¿quién los hace retroceder?

Estas penosas meditaciones se aferraban con fuerza á su imaginacion; vivió otros cuatro meses resolviendo no perder mas tiempo en inútiles resoluciones, y sintióse estimulado á esforzarse vigorosamente al oír que una doncella que habia roto una copa de porcelana, observaba que lo irreparable no debe sentirse.

CAPÍTULO V.

El príncipe medita su fuga.

Entonces halló que sería muy difícil efectuar lo que era muy fácil de suponer efectuado. Cuando alzaba los ojos y miraba en derredor, veíase encerrado por las barreras de la naturaleza que aun no se habían roto nunca, y por aquella puerta por la que no podía irse ninguno de los que una vez entraron por ella. El príncipe estaba impaciente como un águila entre rejas, y vivía una semana tras otra trepando por los montes para ver si había alguna abertura oculta entre los follajes; pero todas las cimas halló inaccesibles por su prominencia. En cuanto á la puerta de hierro, desesperaba de abrirla, puesto que no solamente estaba asegurada con todo el poder del arte, sino que también era siempre vigilada por centinelas sucesivos, y por su posición estaba expuesta á la continua observación de todos los habitantes.

Luego examinó la caverna que recibía las aguas del lago, y mirando su interior precisamente cuando el sol brillaba con fuerza sobre su boca, descubrió que estaba llena de rocas hendidas que, aunque daban paso al raudal, impedirían el de cualquier cuerpo sólido. Raselas se retiró desalentado y afligido, mas como ya conocía lo halagüeño de la esperanza, decidióse á no desesperar jamás.

Estas infructuosas pesquisas duraron diez meses. El tiempo empero transcurría alegremente: Raselas se levantaba por la mañana con nuevas esperanzas, al anochecer quedaba satisfecho de sus diligencias, y por la noche dormía profundamente después de su fatiga. Hallaba mil pasatiempos que entretenían su tarea y variaban sus pensamientos; discernía los diversos instintos de los animales y propiedades de las plantas, y descubrió que el valle abundaba en maravillas con que se proponía solazarse, si nunca podía realizar su proyecto de fuga; entretenimientos que sus esfuerzos, aunque estériles, le habían proveído de una inagotable fuente de averiguaciones.

Pero su primera curiosidad aun no desmayaba, y el príncipe resolvió adquirir alguna noticia de las costumbres de los hombres: á un continuaba su deseo, pero decrecía su esperanza. Cesó de escudriñar los muros de su prisión y de malograr sus afanes en busca de intersticios que ya se figuraba no podían hallarse, aunque resuelto á no cejar en su designio y aprovechar cualquier expediente que el tiempo ofreciera.

CAPÍTULO VI.

Disertación sobre el arte de volar.

Entre los artistas atraídos al *valle feliz* para ocurrir á la comodidad y placeres de sus habitantes, había un hombre

eminente por sus conocimientos en las artes mecánicas, que habia inventado muchas máquinas útiles y recreativas. Por medio de una rueda movida por la corriente, dirigió el agua á una torre, desde donde se distribuía hácia todas las habitaciones del palacio. En el jardin construyó un pabellon, en derredor del cual el ambiente se mantenía siempre fresco, gracias á unas lluvias artificiales. Una de las alamedas, destinada para las mujeres, era ventilada por unos grandes abanicos á que daba constante movimiento el riachuelo que por allí se deslizaba; y á cierta distancia estaban colocados varios instrumentos de suave música, sonando los unos á impulsos del aire, y los otros por el poder de las aguas del arroyo.

Raselas visitaba de vez en cuando á este artista, pues tenia suma aficion á toda clase de conocimientos, imaginando que tal vez llegaria un tiempo en que le serian útiles los suyos en medio del mundo. Cierta dia fué á verle para entretenerse agradablemente segun su costumbre, y hallóle ocupado en la construccion de un pequeño coche con velas: entendió que el designio era practicable sobre una superficie plana, y con expresiones de alto aprecio le rogó que concluyese la obra. El artista se regocijó de merecer tanta consideracion por parte del príncipe, y resolvió obtener aun mas distinguidos honores.

— Señor, le dijo, tú no has visto mas que una parte insignificante de lo que las ciencias mecánicas pueden realizar. Creo desde hace mucho tiempo que en vez de la tardía con-

duccion de los buques y de los carruajes, el hombre puede hacer uso del rápido movimiento de las alas, toda vez que las regiones del espacio están abiertas á la inteligencia: solamente la ignorancia y la pereza necesitan arrastrarse por el suelo.

Semejante insinuacion enardeció el deseo del príncipe de trasponer las montañas, y habiendo visto lo que el mecánico habia ya ejecutado, creia que todavía era capaz de ir mas adelante en sus obras; pero determinó aguardar á que el tiempo le cerciorase mas de ello, antes de permitir que sus esperanzas quedasen frustradas, y antes de sufrir un cruel desengaño.

— Me temo dijo al artista, que vuestra imaginacion prepondere sobre vuestra habilidad, y que me esteis diciendo mas bien lo que deseais que lo que sabeis. Todos los animales tienen asignado su elemento: las aves cruzan los aires y los hombres y los brutos andan y se arrastran por la tierra.

— Tambien los peces viven en el agua, replicó el mecánico, en la que los brutos, empero, pueden nadar por naturaleza y los hombres por arte. Quien puede nadar, no debe desesperar de volar: nadar es volar en un flúido mas espeso, y volar es nadar en otro mas sutil. Solo hemos de proporcionar nuestro poder resistente á la diversa densidad de la materia que debemos atravesar. Si logras renovar algun impulso rápido en el aire, de modo que el aire ceda rechazado por la presion, necesariamente surcarás el espacio.

— Pero el ejercicio de nadar, dijo Raselas, es muy trabajoso, y pronto se cansan los miembros mas robustos; yo temo que la accion de volar será todavía mas violenta, y que las alas no servirán de mucho, á menos que podamos volar mas tiempo que cuando nadamos.

— El trabajo de levantarnos del suelo para volar, dijo el artista, será grande, pues lo vemos en las aves domésticas mas pesadas; pero á medida que vayamos ascendiendo, disminuirán gradualmente la atraccion de la tierra y la gravedad del cuerpo, hasta que llegaremos á una region en que el hombre flotará en los aires sin tendencia alguna á caer. Entonces para movernos tan solo necesitaremos un leve impulso. Tú, señor, cuya curiosidad es tanta, fácilmente concebirás el placer con que un filósofo, provisto de alas y suspendido en el firmamento, contemplaria la tierra y todos sus habitantes girando debajo de él y presentándole sucesivamente, gracias á su diario movimiento de rotacion, todos los países de un mismo paralelo. ¡Cuánto se maravillaria el supremo Espectador al mirar la movible escena de la tierra y el océano, de las ciudades y los desiertos! al examinar con igual serenidad los emporios del comercio y los campos de batalla! al ver montañas infestadas de bárbaros, y fructíferas regiones llenas de abundancia y arrulladas por la paz! ¡Cuán fácilmente descubriríamos entonces el Nilo en toda su longitud, nos trasladaríamos á distantes regiones y examinaríamos la faz de la naturaleza de un extremo á otro de la tierra!

— Todo eso es muy sublime é inflama los deseos de verlo, dijo el príncipe; pero se me figura que nadie podrá respirar en aquellas regiones de especulacion y tranquilidad. Me han dicho que en las montañas muy elevadas se respira difícilmente, y que hasta es muy fácil caer de las alturas donde por su elevacion es muy grande la tenuidad del aire. Por consiguiente, sospecho que, sea cual fuere la altura donde puede vivirse, hay peligro de descender demasiado rápidamente.

— Nada se ensayaria, replicó el artista, si primero debieran vencerse todas las objeciones posibles. Si quieres favorecer mi proyecto, yo aventuraré el primer vuelo á mi propio riesgo. He estudiado la estructura de todos los animales volátiles y aprendido que las alas del murciélago son las mas á propósito para la forma humana; de modo que mañana empezaré mi trabajo bajo este modelo, y dentro de un año espero remontarme por los aires, léjos de la malicia y persecucion del hombre. Empero solamente trabajaré con la condicion de que no se divulgará el arte y no me mandarás sino construir alas para nosotros mismos.

— ¿Por qué ambicionas para tí solo, preguntó Raselas, una ventaja tan grande á los demás? Todas las habilidades, todos los conocimientos prácticos deben ejercerse en bien de la grande universalidad humana. Cada hombre tiene deberes que cumplir con sus semejantes, y la obligacion de dispensar y difundir los favores que ha recibido.

— Si todos los hombres fuesen virtuosos, observó el artista, yo tendría un gran placer en enseñarles el arte de volar; mas ¿dónde la seguridad de los buenos si los malos pudieran cómodamente perseguirles por el profundo espacio? Contra un ejército que atravesara las nubes, ni muros, ni montañas ni mares podrian ofrecer la menor garantía de salvacion. Una horda de salvajes del norte podria entonces cruzar la atmósfera y precipitarse súbitamente y con irresistible violencia sobre la capital de cualquier país fértil que se moviese debajo de ellos; hasta en este valle, retiro de príncipes y mansion de la felicidad, podria ser invadido por el repentino descenso de algunas de las naciones bárbaras que hormiguan en las costas del mar austral.

El príncipe prometió el secreto, y aguardó la realizacion del desigño, no desconfiando enteramente del buen éxito. De cuando en cuando visitaba la obra, observaba sus progresos, y emitia muchas é ingeniosas ideas para facilitar el movimiento y hermanar la ligereza con la fuerza. Cada dia quedaba mas convencido el artista de que en su vuelo dejaria atrás á los buitres y á las águilas, y el contagio de su confianza invadia tambien al príncipe.

Al cabo de un año se concluyeron las alas, y una madrugada, al despuntar la aurora, el constructor apareció en un altillo, dispuesto á volar: agitó sus alas algun tiempo para recoger aire, despues dió un brinco y acto continuo cayó en el lago. Sus alas, que para nada servian en el aire le

sostuvieron en el agua, y el príncipe le sacó de ella casi muerto de terror y pesadumbre.

CAPÍTULO VII.

El príncipe halla á un hombre de saber.

No se afligió mucho Raselas de este desastre, si bien habia esperado un éxito mas feliz, tan solo porque no veia otro medio de evasion; y aun persistia en su desigño de abandonar el valle feliz á la primera oportunidad.

Su imaginacion suspendió su carrera; su corazon perdió la esperanza de entrar en el mundo; y á pesar de todos sus esfuerzos para dominarse, el descontento le minó paulatinamente, y el príncipe empezó á sumir otra vez sus pensamientos en la tristeza, cuando la estacion lluviosa, que en aquellos países es periódica, le impidió efectuar sus excursiones á los bosques.

La lluvia duró mucho tiempo y cayó con mayor violencia que nunca; las nubes se estrellaban contra los montes del valle y los torrentes invadian la llanura por todas partes, hasta que la caverna fué demasiado angosta para absorber el agua. Desbordóse el lago, y todo el llano del valle fué presa de la inundacion. Los ojos no podian descubrir mas que la eminencia en que descansaba el palacio, y algunos pequeños espacios de terreno algo prominentes. Los ganados

abandonaban los pastos , y todos los animales se refugiaban en las montañas.

Esta inundacion redujo á los príncipes á las diversiones domésticas , y Raselas hubo de fijar particularmente su atencion en un poema que Imlac leia , sobre las varias condiciones de la humanidad. Ordenó al poeta que le aguardase en su habitacion y le recitara sus versos por segunda vez ; y entablando luego una conversacion familiar , creyóse feliz por haber hallado un hombre que tan bien conocia el mundo y tan hábilmente pintaba las escenas de la vida. Hízole mil preguntas sobre objetos á que permanecia extraño en razon á su confinamiento desde su niñez. Dolióse el poeta de su ignorancia ; gozábase en su curiosidad , y de dia en dia le iba nutriendo de novedades é instruccion ; por manera que el príncipe sentia la necesidad de dormir y deseaba que la siguiente aurora renovara su placer.

Cierto dia que estaban sentados juntos , el príncipe mandó á Imlac que le relatara su historia y le contase por qué accidente se vió obligado , ó qué motivo le indujo á encerrar su vida en el valle feliz ; y cuando el poeta iba á comenzar su narracion , Raselas fué llamado á un concierto y tuvo que reprimir la curiosidad hasta la noche.

CAPÍTULO VIII.

Historia de Imlac.

En los países de la zona tórrida , la única sazon de entretenimiento y recreo empieza al anochecer , y por consiguiente la música no cesó y las princesas no se retiraron hasta pasado el filo de la media noche. Entonces Raselas llamó á su compañero y solicitó el comienzo de la historia de su vida.

— Mi historia , señor , no será larga , dijo Imlac : la vida consagrada á la instruccion , transcurre silenciosamente , y es poco diversificada por los acontecimientos. Hablar en público , meditar en la soledad , leer y escuchar , preguntar y contestar á las preguntas , esta es la ocupacion de un literato , el cual discurre por el mundo sin pompa y sin temor , no siendo conocido ni estimado mas que por los hombres como él.

Yo ví la luz primera en el reino de Goyama , no muy lejos del nacimiento del Nilo. Mi padre era un rico mercader que negociaba entre los países centrales de Africa y los puertos del Mar Rojo. Era honrado , económico y diligente ; pero de medianos sentimientos y escasa comprension : solamente se afanaba por ser rico y ocultar sus riquezas , á menos que fuese despojado por los gobernadores de la provincia.

— Muy poca atencion , dijo el príncipe , fijará en verdad

mi padre en el ejercicio de su dignidad, si nadie se atreve en sus dominios á enseñorearse de lo ajeno. ¿No sabe por ventura que los reyes son responsables de la injusticia permitida como de la que ellos mismos cometen? Si yo fuese emperador, nadie oprimiria impunemente al mas humilde de mis súbditos. Mi sangre hierve de indignacion cuando se me dice que un mercader no se atreve á disfrutar de sus lucros legítimos por temor de perderlos en las garras de la codicia de los poderosos. Díme el nombre del gobernador que roba al pueblo, que yo puedo enterar de sus extorsiones al emperador.

— Tu celo, señor, repuso Imlac, es el efecto natural de la virtud animada por la juventud: cuando replaces á tu padre, tal vez oirás hablar con menos impaciencia del gobernador. En los estados de Abisinia la opresion no es frecuente ni tolerada; pero todavía no se ha descubierto ninguna forma de gobierno que tienda á extirpar radicalmente la crueldad. La subordinacion supone poder por una parte y sujecion por otra; y si el poder reside en las manos de los hombres, algunas veces se abusará de él. La vigilancia del magistrado supremo puede hacer mucho, pero todavía quedará mucho por hacer: él nunca puede estar al corriente de los crímenes perpetrados, y raras veces castigar los de que tiene conocimiento.

— No te entiendo, replicó el príncipe; pero prefiero oírte á disputar. Continúa tu narracion.

— Mi padre, prosiguió Imlac, no pensó primeramente en darme otra educacion que la que me hiciese apto para el comercio, y descubriendo en mí una memoria felicísima y una comprension viva y rápida, manifestaba á menudo sus esperanzas de que yo seria algun dia el hombre mas rico de Abisinia.

— Pero, ¿por qué tu padre, observó el príncipe, deseaba acumular mas riquezas, cuando eran ya mayores de las de que osaba disfrutar ó hacer ostentacion? No quiero dudar de tu veracidad, pero las contradicciones no pueden ser igualmente ciertas una respecto de otra.

— Las contradicciones, repuso Imlac, no pueden ser igualmente justas una respecto de otra; pero sí ciertas con relacion al hombre; fuera de que la variedad no es contradiccion, y mi padre podia esperar un tiempo de mayor seguridad. Como quiera que sea, para no vivir en la inaccion se requiere algun deseo, y el hombre que ve satisfechas sus necesidades reales, debe admitir las del capricho ó del gusto.

— Eso lo concibo en cierto modo, dijo el príncipe. Arrepiéntome de haberte interrumpido.

— Con esa esperanza, prosiguió Imlac, me envié al colegio; pero cuando á un mismo tiempo descubrí el deleite de la instruccion y sentí el placer de la inteligencia y el orgullo del ingenio, empecé á despreciar ocultamente las riquezas, y resolví frustrar el intento de mi padre, cuyo obtuso entendimiento excitaba mi compasion. Antes de que mi padre

me sometiera á la fatiga de los viajes, ya contaba yo veinte años de edad y habia sido instruido por sucesivos profesores en toda la literatura de mi país natal. Como á cada momento aprendia alguna cosa nueva, mi existencia era una fruicion continua; pero á medida que yo adelantaba con respecto á los secretos de la humanidad, decrecia notablemente la veneracion que solia tributar á mis maestros, pues cuando terminaba la leccion ya no les hallaba mas sabios ó mejores que el comun de los hombres.

Mi padre resolvió por último iniciarme en el comercio, y abriendo una de sus arcas subterráneas, sacó diez mil piezas de oro y me dijo: «Estos, hijo mio, son los fondos con que debes negociar; yo empecé con menos de la quinta parte, y tú ves cuanta diligencia y economía la han acrecentado. Esta suma es tuya para que la disminuyas ó aumentes. Si la derrochas por negligencia ó capricho, no serás rico hasta despues de mi muerte; pero si dentro de cuatro años duplicas la cantidad, desde entonces depondremos toda subordinacion y viviremos juntos como socios y amigos, pues al que me iguale en el arte de enriquecerse, le consideraré siempre como á igual mio.»

Pusimos nuestro dinero sobre unos camellos, escondido en fardos de géneros de bajo precio, y partimos para la costa del Mar Rojo. Cuando espereí mis miradas sobre la extension de las aguas, mi corazon saltó como el de un prisionero escapado, y nació en mí una ardiente é inextinguible curiosidad.

Entonces resolví aprovechar aquella oportunidad para ver las costumbres de otras naciones y aprender ciencias ignoradas en Abisinia.

Recordé que mi padre me habia obligado al aumento de mis fondos, no con una promesa que yo no debia violar, sino con un castigo en que era dueño de incurrir; y por lo tanto determiné satisfacer mi deseo favorito y apagar la sed de mi curiosidad en las fuentes de la sabiduría.

Como se me tenia por un comerciante independiente de mi padre, fue me fácil trabar conocimiento con un patron de barco y tomar pasaje para otro cualquier país. Yo no tenia motivos para elegir la direccion de mi viaje, con tal que á donde quiera que fuese pudiera ver un país vírgen aun de mis miradas, y esto me bastaba. Embarquéme pues en un buque que zarpó para Surat, dejando para mi padre una carta en que le declaraba mi intento.

CAPITULO IX.

Continúa la historia de Imlac.

Al entrar por primera vez en el mundo de las aguas y al perder de vista la tierra, miré en torno con alegre temor, y creyendo dilatada mi alma por tan ilimitada perspectiva, me figuré que podria contemplar lo que me rodeaba, sin cansar-

me nunca ; pero luego me fastidié de mirar aquella uniformidad, donde solo veia lo que habia ya visto. Entonces me retiré á mi camarote y dudé por un momento de si todos mis placeres no tendrian un fin como aquel, esto es, el disgusto y el desengaño. Empero, seguramente el océano y la tierra, dije, son muy diferentes; la única variedad del agua es la tranquilidad y el movimiento, al paso que la tierra tiene montes y valles, ciudades y desiertos; está habitada por hombres de costumbres distintas y de opiniones divergentes; y puedo prometerme variedad en la vida, aunque la eche de menos en la naturaleza.

Con esta reflexion me tranquilicé, y durante la travesía me entretuve, ora aprendiendo de los marineros el arte de la navegacion, que yo nunca habia practicado, ora trazándome planes de conducta en las diferentes situaciones en que jamás me habia visto.

Cuando estaba casi aburrido de mis entretenimientos navales, arribamos salvos á Surat. Aseguré mis fondos, y comprando algunos géneros de lujo me incorporé á una caravana que partia para el interior del país. Mis compañeros, conjeturando, por cualquier razon que fuese, que yo era rico, y coligiendo mi ignorancia de mis preguntas y admiracion, me consideraron como á un novicio á quien tenian derecho á engañar, y que debia aprender, al precio de costumbre, el arte del fraude. Expusieronme á la rapiña de los criados y á la exaccion de los oficiales, y viéronme saqueado bajo falsos

pretextos, sin mas ventaja para ellos que gozarse en la superioridad de su experiencia.

—Pára un momento, dijo el príncipe. ¿Tan malvado es el hombre, que se complazca en atormentar á sus semejantes sin utilidad propia? Concibo fácilmente que todos se glorien de su superioridad; pero tu ignorancia era meramente accidental, y no siendo crimen ni tontería, no podia ofrecerles el menor motivo para alabarse; y en cuanto á la experiencia que tenian y de que tú carecias, tan eficazmente hubieran podido hacerla brillar aconsejándote, como engañándote y vendiéndote.

—El orgullo, observó Imlac, rara vez es delicado, y se contenta con ventajas muy mezquinas; y la envidia no saborea el fruto de su felicidad sino cuando lo compara con la espina de la desgracia ajena. Eran mis enemigos, porque el sentimiento de mi riqueza les apenaba, y mis opresores, porque mi debilidad les divertia.

—Adelante, dijo el príncipe. No dudo de los hechos que vas relatando; pero imagino que los atribuyes á causas equivocadas.

—Con aquella caravana, continuó Imlac, llegué á Agra, capital del Indostan, ciudad donde ordinariamente reside el gran Mogol. Dedicuéme al estudio del idioma del país, y en pocos meses pude conversar con los hombres instruidos, algunos de los cuales hallaba morosos y reservados, otros francos y comunicativos, otros no dispuestos á enseñar lo que di-

ficilmente habian aprendido, y otros manifestando que el objeto final de sus estudios era adquirir la dignidad de profesor.

Me recomendé tanto al tutor de los jóvenes príncipes, que fuí presentado al emperador como hombre de entendimiento no comun. El emperador me dirigió muchas preguntas relativamente á mi país y á mis viajes, y aunque no puedo recordar lo que dijo de la libertad de un hombre del pueblo, separéme de él admirado de su saber y enamorado de su amabilidad.

Tan grande fue entonces mi crédito, que los mercaderes con quienes habia viajado solicitaban mis recomendaciones cerca de las señoras de la corte. Quedé sorprendido del atrevimiento de sus peticiones, y reprendíles suavemente por su comportamiento durante nuestro viaje; pero me oyeron con fria indiferencia, sin dar señales de bochorno ó de pesar.

Pretendieron esforzar sus ruegos sobornándome con una gratificacion; pero lo que la buena voluntad no me inspiraba, no lo hacia yo por interés, y les rechacé, no porque me hubiesen injuriado, sino porque no queria poner en sus manos un arma que hiriese á los demás; pues sabia que habrian explotado mi influencia para defraudar á los compradores de sus géneros.

Habiendo permanecido en Agra hasta que no hallé nada mas que aprender, me interné en Persia, donde ví muchos restos de la grandeza antigua y noté otras muchas comodidades de la vida. Los persas son eminentemente sociales, y

sus reuniones me ofrecieron frecuentes ocasiones de observar los caracteres y las costumbres, y formarme una idea de la naturaleza humana en todas sus variaciones.

De Persia pasé á la Arabia, donde ví una nacion pastoril y belicosa á la vez, que vive sin residencia fija; cuya única riqueza consiste en ganados y rebaños, y cuyas generaciones, desde las mas remotas, han heredado y vienen sosteniendo una guerra contra todo el género humano, aunque no ambicionen ni envidien sus posesiones.

CAPÍTULO X.

Continuacion de la historia de Imlac. Disertacion sobre la poesia.

Do quiera que iba, hallaba yo que la poesia se consideraba como el ramo mas elevado de la literatura y se miraba con una veneracion algo semejante á la que el hombre rendiria al ángel de la naturaleza. Y lo que tambien me colmaba de maravilla, era que en casi todos los países se admiraba á los poetas mas antiguos como á los mejores, bien porque otra cualquier clase de conocimientos es una adquisicion gradualmente obtenida, y la poesia es un don conferido de una sola vez; bien porque la primera poesia de todas las naciones les sorprendió por su novedad, y conservó con el consentimiento público la celebridad que primero recibiera accidentalmente;

ficilmente habian aprendido, y otros manifestando que el objeto final de sus estudios era adquirir la dignidad de profesor.

Me recomendé tanto al tutor de los jóvenes príncipes, que fuí presentado al emperador como hombre de entendimiento no comun. El emperador me dirigió muchas preguntas relativamente á mi país y á mis viajes, y aunque no puedo recordar lo que dijo de la libertad de un hombre del pueblo, separéme de él admirado de su saber y enamorado de su amabilidad.

Tan grande fue entonces mi crédito, que los mercaderes con quienes habia viajado solicitaban mis recomendaciones cerca de las señoras de la corte. Quedé sorprendido del atrevimiento de sus peticiones, y reprendíles suavemente por su comportamiento durante nuestro viaje; pero me oyeron con fria indiferencia, sin dar señales de bochorno ó de pesar.

Pretendieron esforzar sus ruegos sobornándome con una gratificacion; pero lo que la buena voluntad no me inspiraba, no lo hacia yo por interés, y les rechacé, no porque me hubiesen injuriado, sino porque no queria poner en sus manos un arma que hiriese á los demás; pues sabia que habrian explotado mi influencia para defraudar á los compradores de sus géneros.

Habiendo permanecido en Agra hasta que no hallé nada mas que aprender, me interné en Persia, donde ví muchos restos de la grandeza antigua y noté otras muchas comodidades de la vida. Los persas son eminentemente sociales, y

sus reuniones me ofrecieron frecuentes ocasiones de observar los caracteres y las costumbres, y formarme una idea de la naturaleza humana en todas sus variaciones.

De Persia pasé á la Arabia, donde ví una nacion pastoril y belicosa á la vez, que vive sin residencia fija; cuya única riqueza consiste en ganados y rebaños, y cuyas generaciones, desde las mas remotas, han heredado y vienen sosteniendo una guerra contra todo el género humano, aunque no ambicionen ni envidien sus posesiones.

CAPÍTULO X.

Continuacion de la historia de Imlac. Disertacion sobre la poesia.

Do quiera que iba, hallaba yo que la poesia se consideraba como el ramo mas elevado de la literatura y se miraba con una veneracion algo semejante á la que el hombre rendiria al ángel de la naturaleza. Y lo que tambien me colmaba de maravilla, era que en casi todos los países se admiraba á los poetas mas antiguos como á los mejores, bien porque otra cualquier clase de conocimientos es una adquisicion gradualmente obtenida, y la poesia es un don conferido de una sola vez; bien porque la primera poesia de todas las naciones les sorprendió por su novedad, y conservó con el consentimiento público la celebridad que primero recibiera accidentalmente;

ó bien porque como es incumbencia de la poesía pintar la naturaleza y las pasiones, que siempre son las mismas, los primeros escritores tomaron posesion de los objetos mas admirables para describirlos, y de los incidentes mas verosímiles para fingirlos, dejando tan solo á sus sucesores la trascripción de los mismos acontecimientos y nuevas combinaciones de las mismas imágenes. Sea cual fuere la razon, obsérvase comunmente que los escritores de la antigüedad están en posesion de la naturaleza, y sus sucesores, del arte; que los primeros sobresalieron en vigor é inventiva, y los últimos en elegancia y correccion.

Yo anhelaba añadir mi nombre á los de tan ilustre gremio. Leia á todos los poetas de Persia y Arabia, y podia recitar de memoria los volúmenes existentes en la mezquita de la Meca; pero luego conocí que nadie fue nunca grande por imitacion. El deseo de brillar me impelia á fijar mi atencion en la naturaleza y la vida. La naturaleza debia ser mi objeto, y los hombres mis oyentes; jamás me era dado pintar lo que no habia visto, y no podia esperar infundir placer ó terror á aquellos cuyos intereses y opiniones no conocia.

Resuelto pues á ser poeta, todo lo examinaba con nueva intencion, y el cuadro en que estudiaba se engrandeció inmediatamente: ninguna clase de noticia debia ser desdeñada. Recorrí montes y desiertos en busca de imágenes y semejanzas, y grabé en mi mente las de todos los árboles del bosque y flores del valle, observando con igual cuidado los precipi-

cios de entre los peñascos, y las cúpulas de los palacios; ora vagaba á lo largo de las márgenes de los riachuelos; ora notaba los cambios de las nubes del estío. Para un poeta nada es inútil: lo bello y lo espantoso deben estar familiarizados con su imaginacion, así como todo lo tremendamente enorme y lo elegantemente pequeño. Las plantas del jardin, los animales del bosque, los minerales de la tierra y los metéoros del firmamento deben atesorar en su imaginacion una variedad inagotable; pues todas las ideas son útiles para robustecer y engalanar las verdades morales ó religiosas, y el que mas sepa, mas fácilmente dotará sus escenas de una agradable variedad, y complacerá á su lector con alusiones remotas y una instruccion inesperada.

Debía por consiguiente estudiar todas las perspectivas de la naturaleza, y los países que habia visitado contribuyeron algun tanto á llenarme de conocimientos poéticos.

—Ante tan espaciosas perspectivas, dijo el príncipe, seguramente dejaste de observar muchas cosas. Yo he vivido hasta hoy dentro del circuito de estas montañas, y todavía no puedo pasear en todas direcciones sin ver algun objeto que antes no he notado.

—La tarea del poeta, continuó Imlac, es examinar, no el individuo, sino la especie; observar las propiedades generales y las vistas dilatadas; él no cuenta los colores del tulipan ni describe las varias sombras de la verdura de los bosques, sino que en sus retratos de la naturaleza debe presentar

las formas admirables y prominentes del original, para compensar la ausencia de este; debe omitir las ligeras distinciones que uno puede haber observado, y otro descuidado á causa de aquellos rasgos característicos igualmente obvios para la atencion y la falta de ella.

Pero el conocimiento de la naturaleza es solamente la mitad del trabajo del poeta, que tambien debe hallarse enterado de todos los accidentes de la vida. Su carácter exige que conozca la felicidad y la desdicha de cada condicion, observe el poder de las pasiones en todas sus combinaciones, y se imbuja en los cambios de las inclinaciones y gustos humanos cuando son modificados por las diferentes instituciones y las influencias accidentales del clima ó de las costumbres, desde la viveza de la infancia hasta el desaliento de la decrepitud. Debe descartar las preocupaciones de su siglo ó de su patria; debe meditar profundamente sobre lo justo y lo injusto, en su estado abstracto é invariable; debe desatender las leyes y opiniones de actualidad, y elevarse á las verdades generales y de trascendencia, que siempre serán las mismas; debe por lo tanto contentarse con el lento progreso de su nombre, desestimar el aplauso de su época, y someter sus pretensiones á la justicia de la posteridad. Debe escribir como intérprete de la naturaleza y legislador de la humanidad, y considerarse como presidente de las opiniones y costumbres de las generaciones futuras, como un ser superior al tiempo y al lugar.

Y todavía no ha concluido su trabajo: el poeta debe poseer muchos idiomas y muchas ciencias; y para que su estilo sea digno de sus pensamientos, debe familiarizarse, por medio de una práctica incesante, con la elegancia del habla y con la gracia de la armonía.

CAPÍTULO XI.

Continúa la narracion de Imlac. Ojeada sobre la peregrinacion.

Aquí Imlac se arrebatava ya de entusiasmo y continuaba enalteciendo su profesion, cuando el príncipe exclamó:

—Basta! me has convencido de que nadie en el mundo puede ser buen poeta. Prosigue tu narracion.

—Ser poeta, dijo Imlac, es ciertamente muy difeíl.

—Tanto, replicó el príncipe, que por hoy no quiero saber nada mas de sus trabajos. Cuéntame á donde fuíste despues de ver la Persia.

—Al salir de Persia, dijo el poeta, atravesé la Siria y residí tres años en Palestina, donde alterné con los europeos del Occidente y del Norte; naciones que actualmente poseen todo poder y todo conocimiento; cuyos ejércitos son irresistibles, y cuyas escuadras dominan en los puntos mas remotos del globo. Cuando comparo á aquellos hombres con los hijos de nuestro reino y de los que nos rodean, casi me pa-

rece que pertenecen á otro orden de seres. En sus países es muy difícil desear algo que no pueda obtenerse : mil artes de que no tenemos la menor idea , están continuamente compitiendo para satisfacer sus comodidades y placeres ; y su comercio se encarga de suministrarles todo lo que su clima les ha negado.

—¿Por cuáles medios , preguntó el príncipe , son tan poderosos los europeos? ó por qué , toda vez que pueden ellos tan fácilmente visitar el Asia y el Africa para negociar ó conquistar , no pueden los asiáticos y los africanos invadir sus costas , fundar colonias en sus puertos y dictar leyes á los príncipes de sus países ? El mismo viento que les trae aquí nos llevaria allá.

—Son , señor , mas poderosos que nosotros , contestó Imlac , porque son mas sabios. La sabiduría preponderará siempre sobre la ignorancia , á semejanza del hombre que gobierna á los demás animales ; pero en cuanto á la razon por que su inteligencia es superior á la nuestra , no sé que pueda darse otra que la inescrutable voluntad del Ser Supremo.

—Oh! cuándo podré visitar la Palestina , dijo el príncipe suspirando , y confundirme entre aquella gran confluencia de gente? En tanto que no llegue ese dia , déjame ocupar el tiempo en las ideas que no puedes ofrecerme. No ignoro el motivo que atrae tanto gentío á aquel punto , y me figuro que tal país es el centro de la sabiduría y de la devocion , al

que continuamente deben de acudir los hombres mejores y mas sabios de todos las partes del mundo.

— Hay algunas naciones , dijo Imlac , que envian pocos visitantes á Palestina , pues muchas y numerosas sectas sabias de Europa concuerdan en censurar la peregrinacion como supersticiosa , ó se mofan de ella como de una ridiculez.

— Ya sabes , repuso el príncipe , cuán poco me ha dado mi vida á conocer la diversidad de las opiniones ; y como seria demasiado prolijo oír los argumentos de ambas partes , tú que lo has meditado , entérame de la resulta.

— La peregrinacion , dijo Imlac , como otros muchos actos de piedad , puede ser razonable ó supersticiosa , segun los principios de que parte.

Para ir en busca de la verdad no se requieren largos viajes , porque la verdad , tal como se necesita para regir la vida , se halla siempre donde se la busca honestamente. El cambio de lugar no es la causa natural del acrecentamiento de la devocion , pues produce inevitablemente la tristeza. Sin embargo , desde que los hombres van cada dia á ver las tierras donde se ejecutaron las mas insignes acciones , y regresan con las mas fuertes impresiones de los acontecimientos , una curiosidad de la misma clase nos induce naturalmente á querer ver el venerando país donde nuestra religion tuvo su cuna ; y no creo que nadie lo contemple sin que sienta robustecerse su pia resolucion. La vana supersticion sueña que el Ser Supremo es mas propicio en un lugar que

en otro ; pero la experiencia justifica á cada momento la opinion de que algunos lugares pueden influir extraordinariamente en nuestras creencias. El que se figura que en Palestina podrá combatir con mejor éxito sus vicios , tal vez se ha engañado , aunque vaya allá sin vicio alguno ; y el que cree que serán mas fácilmente perdonados , deshonra su juicio al par que su religion.

— Esas son las diferencias de los europeos , dijo el príncipe ; ya las meditaré otro dia. ¿ Has venido en conocimiento de cuál es el efecto de la sabiduría ? ¿ Son mas felices que los nuestros aquellos pueblos ?

— Hay tanta infelicidad en este mundo , observó el poeta , que apenas tiene uno tiempo , en medio de sus penas , para apreciar la comparativa felicidad de sus semejantes. La sabiduría es ciertamente uno de los caminos que conducen á los jardines del placer , segun se echa de ver por el deseo natural que siente el hombre de aumentar sus ideas. La ignorancia es una carencia absoluta que nada produce : es una vaciedad en que el alma permanece inactiva y adormecida por falta de incentivos ; y sin saber por qué , siempre que sabemos nos alegramos , y cuando olvidamos nos dolemos. Por consiguiente , me inclino á creer que si nada frustra las naturales consecuencias del saber , vegetamos mas felices cuando nuestros pensamientos flotan en mas ancho espacio.

Al enumerar las principales satisfacciones de la vida , hallaré muchas ventajas en los europeos. Ellos curan heridas y

enfermedades que á nosotros nos consumen y matan. Nosotros sufrimos inclemencias del tiempo que ellos pueden obviar. Tienen máquinas para construir muchas obras trabajosas que nosotros hemos de fabricar por medio de la industria manual. Hay allí tal comunicacion con las poblaciones distantes , que apenas puede decirse que un amigo está ausente de otro. Su policia remueve todos los obstáculos públicos. Tienen caminos que atraviesan sus montañas , y puentes sobre sus rios. Y si descendemos á la vida privada , sus habitaciones son mas cómodas y mas seguros sus bienes.

— Verdaderamente son felices , dijo el príncipe , los que disfrutan de semejantes conveniencias , ninguna de las cuales envidio tanto como la facilidad con que los amigos separados pueden comunicarse sus pensamientos.

— Los europeos , reparó Imlac , son menos infelices que nosotros ; pero no son mas dichosos. La vida humana es en todas partes una condicion en que se sufre mucho y se goza poco.

CAPÍTULO XII.

Continuacion de la historia de Imlac.

— Sin embargo , dijo Raselas , no quiero suponer que la felicidad esté repartida con tanta parsimonia entre los mortales , y creo que si pudiese elegir mi género de vida , esta-

ria siempre contento. Yo á nadie mortificaría, ni provocaría ningun resentimiento; aliviaria á los desgraciados, y me gozaria en recibir las bendiciones de la gratitud. Entre los sabios elegiria mis amigos, y mi esposa entre las mujeres virtuosas; de este modo no incurriria en los ataques de los hombres depravados, ni correria peligro de no ser apreciado. Gracias á mis afanes, mis hijos serian instruidos y benéficos, y en mi ancianidad me remunerarian por los cuidados que yo les prodigara en su infancia. ¿Quién osaria afligir al hombre que pudiese apelar en todas partes á miles de sus semejantes enriquecidos por su munificencia ó asistidos por su poder? ¿Y por qué la vida no se deslizaria tranquilamente en medio de la suave reciprocidad de la proteccion y del respeto? Eso podria obtenerse sin ayuda de los adelantos europeos que, segun sus efectos, parecen ser mas especiosos que útiles.

Dejémoslos, y prosigue tu relato.

— Salí de Palestina, dijo Imlac, y atravesé muchas regiones del Asia, como viajero en los reinos mas civilizados, y como peregrino en las montañas de los bárbaros. Por último empecé á echar de menos mi país natal, suspirando por descansar, despues de mis viajes y fatigas, en los lugares donde habia pasado mis primeros años, á fin de divertir á mis antiguos compañeros con la relacion de mis aventuras. A menudo me figuraba ver á aquellos con quienes habia jugado en las alegres horas de la aurora de la vida, sentados á mi

alrededor al anochecer, admirándose de mis cuentos y escuchando mis consejos.

Quando este pensamiento imperaba en mi imaginacion, yo consideraba perdidos los momentos que no me aproximaban á Abisinia. Internéme apresuradamente en Egipto, y no obstante mi impaciencia, me detuve diez meses contemplando su antigua magnificencia y preguntando por los restos de los sabios antiguos. En el Cairo hallé una mezcla de toda clase de personas, algunas atraidas por el amor al saber, algunas por la esperanza del lucro, y muchas por el anhelo de vivir á sus anchas, sin observar nada, y de permanecer ocultas en la oscuridad de la muchedumbre: en una ciudad como el Cairo se pueden obtener las satisfacciones de la sociedad, al par que el secreto de la vida solitaria.

Del Cairo partí para Suez y me embarqué en el Mar Rojo, navegando á lo largo de la costa hasta que arribé al puerto de que saliera veinte años antes; luego me incorporé á una caravana y volví á entrar en el país donde ví la luz primera.

Yo esperaba los abrazos de mis parientes y las felicitaciones de mis amigos, y me sentia halagado con la esperanza de que mi padre, por mas que apreciara las riquezas, recibiria con júbilo y orgullo á un hijo que podia aumentar la gloria y el honor de la nacion. Pero pronto me convencí de la vanidad de mis ilusiones. Mi padre habia muerto catorce años antes, habiendo dividido sus bienes entre mis hermanos, que

se habian trasladado á otras provincias. La mayor parte de mis amigos yacia en las tumbas, y en cuanto á los demás, algunos apenas se acordaban de mí, y otros me tenian por un hombre corrompido por las costumbres extranjeras.

El hombre avezado á las vicisitudes no se contrista fácilmente. Pasado algun tiempo olvidé mi desengaño y procuré recomendarme á los nobles del reino, los cuales me admitian á su mesa, oian mi historia, y me despedian. Abrí una escuela, y se me prohibió la enseñanza. Entonces resolví volver á la quietud de la vida doméstica, y obsequié á una señora que gustaba de mi conversacion; pero ella rechazó mis pretensiones porque mi padre era mercader.

Aburrido por fin de tantos ruegos y repulsas, resolví retirarme para siempre del mundo y no depender por mas tiempo de la opinion ó capricho de los demás. Aguardé la época de la abertura de la puerta del *valle feliz*, para despedirme del temor y la esperanza. Llegó el dia; tuviéronse en consideracion mis obras, y resignéme alegremente á un confinamiento perpétuo.

—Y has hallado por último la felicidad en este valle? preguntó Raselas. Háblame sin reserva: ¿estás contento con tu condicion, ó deseas emprender nuevos viajes é investigaciones? Todos los habitantes de este retiro celebran su suerte, y á la visita anual del emperador invitan á otros á la participacion de su dicha.

—Voy á decir la verdad, gran príncipe, dijo el poeta. No

sé que entre todos tus servidores haya uno solo que deje de lamentarse y de maldecir la hora en que entró en este recinto. Yo soy menos infeliz que los demás, porque tengo la mente llena de imágenes que puedo variar y combinar á mi placer. Puedo distraer mi soledad con la renovacion de los conocimientos que empiezan á desaparecer de mi memoria, y con el recuerdo de los incidentes de mi vida pasada. Pero todo esto acaba con la amarga consideracion de que todas mis adquisiciones intelectuales son ya inútiles, y de que ninguno de mis placeres puede renovarse. Los demás habitantes del *valle feliz*, cuyas almas no piensan mas que en el momento presente, ora son minados por malignas pasiones, ora permanecen estúpidamente en la oscuridad de la inaccion mental.

—¿Qué pasiones pueden infestar, preguntó el príncipe, á los que carecen de rivales? Aquí nos hallamos en un lugar donde la impotencia no dá pié á la malicia, y donde toda envidia se coarta por la solidaridad de las diversiones.

—Puede haber solidaridad de goces materiales, dijo Im-lac; pero no de amor ó estimacion. Debe acontecer que uno se divierte mas que otro: el que se reconoce menospreciado, siempre será envidioso, y aun mas envidioso y malévol, si está condenado á vivir en presencia de los que le menosprecian. Las invitaciones con que atraen á los demás á un estado que tienen por infeliz, proceden de la natural malignidad de una desventura falta de esperanza. Están fastidiados de sí mismos y uno de otro, y creen hallar consuelo en nuevas

compañías. Envidian la libertad que han perdido por su propia culpa, y se gozarian en ver aprisionado como ellos á todo el género humano.

Con todo, me veo completamente libre de este crimen, y nadie puede decir que es infeliz á persuasión mia. Miro con ojos compasivos ese sinnúmero de personas que cada año solicitan ser admitidas en este cautiverio, y quisiera poder advertirles de su peligro.

—Querido Imlac, dijo el príncipe, quiero abrirte completamente mi corazón. Hace mucho tiempo que medito mi evasión del *valle feliz*. He examinado las montañas por todas partes; pero me he visto encerrado dentro de una barrera insuperable; indícame el medio de romper mi prision; tú serás el compañero de mi fuga, el guía de mis excursiones, el partícipe de mi fortuna, y mi único director en la *eleccion de vida*.

—Señor, contestó el poeta, tu escapatoria será difícil, y quizá te arrepientas pronto de tu curiosidad. El mundo, que tú te figuras tranquilo y manso como el lago del valle, lo hallarás como un mar tempestuoso y lleno de remolinos; te verás algunas veces sumergido por las olas de la violencia, y otras arrojado contra las rocas de la maldad. En medio de las injusticias y decepciones, de las competencias y ansiedades, suspirarás mil veces por estos lugares de quietud, y renunciarás voluntariamente á la esperanza de hallarte libre de temor.

—No trates de disuadirme de mi propósito, dijo el príncipe; estoy impaciente por ver lo que tú has visto, y puesto que tambien estás fastidiado del valle, es claro que tu primera situacion era mejor que la presente. Cualquiera que sea el resultado de mi prueba, he resuelto juzgar con mis propios ojos de las varias condiciones de los hombres, para entonces hacer deliberadamente mi *eleccion de vida*.

—Mucho me temo, contestó Imlac, que los obstáculos que impiden tu fuga sean mas fuertes que mis persuasiones; pero, si está fijada tu determinacion, no te aconsejo que desesperes, pues la actividad y la destreza hallan pocas cosas imposibles.

CAPÍTULO XIII.

Baselas descubre los medios de evasión.

Aquí el príncipe se despidió del favorito para descansar; pero la narracion de tantas maravillas y novedades llenaban de perturbacion su alma. Meditó sobre lo que acababa de oír, y preparó innumerables preguntas para el dia siguiente.

Entonces sintió desvanecerse mucha parte de su inquieto malestar, pues tenia un amigo á quien comunicar sus pensamientos, y cuya experiencia podia favorecer sus designios. Su corazón cesó de estar condenado á un sufrimiento silencioso, y creía que aun podia resignarse á vivir en el *valle*.

feliz al lado de tal compañero, y que si lograsen recorrer ambos el mundo, no tendría mas que desear.

A los pocos dias desaparecieron las aguas, y quedó seco el terreno. El príncipe y el poeta iban á pasear juntos para conversar léjos de los demás; Raselas, cuyos pensamientos versaban siempre sobre la fuga, cuando pasaba junto á la puerta decia con semblante afligido:

— ¿Por qué eres tan fuerte, y por qué es tan débil el hombre?

— El hombre no es débil, contestó su compañero; el saber es mas que equivalente á la fuerza, y el profesor de mecánica se rie de ella. Yo puedo romper la puerta, pero no secretamente. Hay que buscar otro expediente.

Al pasar por el lado de la montaña observaron que los conejos que la lluvia habia ahuyentado de sus madrigueras, se habian guarecido entre unos zarzales, formando detrás de ellos unos agujeros dirigidos hácia arriba en línea oblicua.

— Los antiguos opinaron, dijo Imlac, que la razon humana aprende muchas artes del instinto de los animales. Por consiguiente, no nos creamos degradados por que un conejo nos enseñe lo que en estas circunstancias debemos hacer. La huida nos es fácil si podemos atravesar la montaña en la misma direccion, y empezar por donde parece que la cresta amenaza desplomarse desde la mitad de la altura del monte, prosiguiendo nuestra tarea hasta que salgamos al aire libre por la otra parte de la cordillera.

Al oír este plan, los ojos del príncipe chispearon de alegría. La ejecucion era fácil, y el éxito seguro.

No se perdió tiempo. Por la mañana corrieron prontamente á buscar un sitio propio para abrir una mina; treparon con gran trabajo por entre zarzales y riscos, y descendieron sin haber hallado punto alguno que favoreciera su designio. El segundo y tercer dias fueron empleados tambien inútilmente; pero en el cuarto, nuestros dos hombres encontraron una cuevecita oculta en un frondoso bosque, en la cual resolvieron poner por obra su proyecto.

Imlac se proveyó de instrumentos para romper las piedras y remover la tierra, y al dia siguiente principiaron ambos su trabajo con mas afan que vigor; pero casi al punto quedaron sin fuerzas y se sentaron jadeantes sobre el césped. El príncipe pareció desanimarse por un momento, y su compañero le dijo:

— Señor, la práctica nos pondrá en estado de continuar nuestra faena; observa sino lo que hemos adelantado, y verás que nuestro trabajo ha de terminar tarde ó temprano. Las grandes obras se llevan á cabo, no con la fuerza, sino con la perseverancia. El palacio que estás mirando fué edificado con simples piedras, y sin embargo, ya ves su elevacion y anchura. El hombre que camine rápidamente tres horas al dia, recorrerá en siete años una distancia igual á la circunferencia del globo.

Al dia siguiente continuaron su tarea, y la prosiguieron

cada día, hasta que á los pocos hallaron en las rocas una hendidura que les permitia pasar adelante con poca dificultad. Raselas lo tomó á buen agüero.

— No te alteres, dijo Imlac, por esperanzas ó temores diferentes de los que la razon sugiere, porque si te alegran los pronósticos de lo bueno, te espantarán los indicios de lo malo, y toda tu vida serás víctima de la superstición. Empero, sea lo que fuere lo que facilita nuestro trabajo, es una causa de buen éxito, y una de aquellas alegres sorpresas que sobrevienen con frecuencia al hombre resuelto y activo. Muchas cosas que cuando se proyectan parecen difíciles, son fáciles al ejecutarlas.

CAPÍTULO XIV.

Raselas é Imlac reciben una visita inesperada.

Habian llegado ya á la mitad de su trabajo y se alegraban á la idea de una próxima libertad, cuando el príncipe, bajando para tomar el fresco, halló á su hermana Nekayah, que se hallaba á la entrada de la cavidad. Sobresaltóse y quedó confuso, temiendo descubrirla su designio, y creyendo no ser fácil ocultárselo; pero á los pocos momentos resolvió fiarse de su fidelidad y asegurarse de su sigilo con una franca declaración.

— No creas, dijo la princesa, que haya venido por espí-

ritu de espionaje. Há tiempo que desde mi ventana observo que tú é Imlac dirigís cada día vuestros pasos al mismo punto; pero no suponía que mediase mas motivo de preferencia que la mayor frescura de la sombra ó sitios mas fragantes; solo os he seguido para participar de vuestra conversacion. Ya pues que, no la sospecha, sino el cariño os ha descubierto, no me priveis de las ventajas de mi hallazgo. Yo tambien me aburro como vosotros en este confinamiento, y no ardo menos en deseos de saber lo que se hace ó se sufre en el mundo. Permitidme huir con vosotros de esta desagradable tranquilidad, que aun me seria mas insoportable despues que me hubieseis dejado. Tú puedes negarme que te acompañe, pero no impedir que te siga.

El príncipe, que amaba á Nekayah predilectamente entre sus demás hermanas, no quiso rechazar su ruego, y sintió no haber tenido la oportunidad de dispensarla su confianza con una espontánea comunicacion. Por consiguiente, alegróse mucho de que Nekayah quisiera dejar con ellos el valle, y de que entretanto vigilara á fin de que nadie, por casualidad ó curiosidad, les siguiera al monte.

Por último, terminaron su obra; vieron luz á la otra parte de la prominencia, y saliendo á la cumbre de la montaña, contemplaron el Nilo, ya vecino, deslizándose majestuosamente debajo de ellos.

El príncipe tendió en torno sus miradas con trasporte, sintió ya los placeres del viaje, y su pensamiento le habia

cada día, hasta que á los pocos hallaron en las rocas una hendidura que les permitia pasar adelante con poca dificultad. Raselas lo tomó á buen agüero.

— No te alteres, dijo Imlac, por esperanzas ó temores diferentes de los que la razon sugiere, porque si te alegran los pronósticos de lo bueno, te espantarán los indicios de lo malo, y toda tu vida serás víctima de la superstición. Empero, sea lo que fuere lo que facilita nuestro trabajo, es una causa de buen éxito, y una de aquellas alegres sorpresas que sobrevienen con frecuencia al hombre resuelto y activo. Muchas cosas que cuando se proyectan parecen difíciles, son fáciles al ejecutarlas.

CAPÍTULO XIV.

Raselas é Imlac reciben una visita inesperada.

Habian llegado ya á la mitad de su trabajo y se alegraban á la idea de una próxima libertad, cuando el príncipe, bajando para tomar el fresco, halló á su hermana Nekayah, que se hallaba á la entrada de la cavidad. Sobresaltóse y quedó confuso, temiendo descubrirla su designio, y creyendo no ser fácil ocultárselo; pero á los pocos momentos resolvió fiarse de su fidelidad y asegurarse de su sigilo con una franca declaración.

— No creas, dijo la princesa, que haya venido por espí-

ritu de espionaje. Há tiempo que desde mi ventana observo que tú é Imlac dirigís cada día vuestros pasos al mismo punto; pero no suponía que mediase mas motivo de preferencia que la mayor frescura de la sombra ó sitios mas fragantes; solo os he seguido para participar de vuestra conversacion. Ya pues que, no la sospecha, sino el cariño os ha descubierto, no me priveis de las ventajas de mi hallazgo. Yo tambien me aburro como vosotros en este confinamiento, y no ardo menos en deseos de saber lo que se hace ó se sufre en el mundo. Permitidme huir con vosotros de esta desagradable tranquilidad, que aun me seria mas insoportable despues que me hubieseis dejado. Tú puedes negarme que te acompañe, pero no impedir que te siga.

El príncipe, que amaba á Nekayah predilectamente entre sus demás hermanas, no quiso rechazar su ruego, y sintió no haber tenido la oportunidad de dispensarla su confianza con una espontánea comunicacion. Por consiguiente, alegróse mucho de que Nekayah quisiera dejar con ellos el valle, y de que entretanto vigilara á fin de que nadie, por casualidad ó curiosidad, les siguiera al monte.

Por último, terminaron su obra; vieron luz á la otra parte de la prominencia, y saliendo á la cumbre de la montaña, contemplaron el Nilo, ya vecino, deslizándose majestuosamente debajo de ellos.

El príncipe tendió en torno sus miradas con trasporte, sintió ya los placeres del viaje, y su pensamiento le habia

trasladado lejos de los dominios paternos. Imlac, aunque regocijándose de la evasión, esperaba menos delicias en un mundo que antes recorriera y de que se fastidiara.

Era tal el gozo de Raselas al mirar un horizonte mas vasto, que por de pronto no supo determinarse á volver al valle. Dijo á su hermana que el camino estaba abierto y que ya solamente les faltaba prepararse para la fuga.

CAPÍTULO XV.

El príncipe y la princesa dejan el valle y ven muchas maravillas.

Raselas y su hermana tenían joyas suficientes para enriquecerse así que llegasen á una plaza comercial, las cuales, á indicación de Imlac, ocultaron debajo de sus vestidos, y en la noche del próximo plenilunio salieron los tres del valle, seguidos de la única favorita de la princesa, que ignoraba á dónde iba.

Treparon por el interior de la mina y luego descendieron por la otra parte del monte. La princesa y su doncella miraron en torno suyo y á lontananza; y no viendo límites en aquella perspectiva, considerándose en inminente peligro de perderse en medio de tan terrible espacio, paráronse y temblaron.

—Casi temo, dijo la princesa, comenzar una jornada

cuyo fin no percibí, y exponerme en esta inmensa llanura, donde pueden acercásemé hombres que nunca he visto.

El príncipe sentía casi iguales emociones; pero creyó de alma varonil disimularlas.

Sonrióse Imlac al notar sus temores, y les animó; pero la princesa continuó en su irresolución, hasta que insensiblemente se vió muy lejos para retroceder.

Por la mañana encontraron algunos pastores en el campo, que les ofrecieron leche y frutas. La princesa se asombró al no ver un palacio preparado para recibirla, y una mesa llena de manjares delicados; pero como se hallaba débil y tenía apetito, bebió leche y comió frutas, y las creyó de sabor mas grato que las producciones del valle.

Los fugitivos viajaban á cortas jornadas, pues ninguno de ellos estaba acostumbrado á la fatiga ó á los obstáculos, y conocían que no podían ser perseguidos por mas que se extraviaran. A los pocos dias llegaron á una region mas populosa, donde Imlac se alegró de la admiración que manifestaron sus compañeros ante la diversidad de costumbres, oficios y empleos.

Sus vestidos eran tales, que no podían infundir sospecha alguna de los tesoros que ocultaban; empero, el príncipe esperaba ser obedecido do quiera que estuviese, y la princesa se maravillaba de que no se postraran delante de ella cuantos se hallaban en su presencia. Imlac tuvo que observarles con gran cuidado á fin de que con su insólito proceder no

descubrieran su rango, y les hizo permanecer algunas semanas en el primer pueblo para habituarles á la vista del comun de los mortales.

Poco á poco los reales viajeros hubieron de comprender que habian depuesto su dignidad por algun tiempo, y que tan solo debian esperar la consideracion que la finura y cortesía les tributara. Imlac les dispuso con sus advertencias á sufrir el bullicio de un puerto y la rudeza de la gente comercial, y les acompañó á la costa marítima.

El príncipe y su hermana, para quienes todo era nuevo, se hallaban igualmente contentos en todos los puntos, y por lo tanto se detuvieron algunos meses en el puerto sin pensar siquiera en ir mas léjos. Imlac se alegraba de tal detencion, porque no creia conveniente exponerles á los riesgos de un país extranjero, á causa de su falta de mundo.

Por fin empezó á temer que fuesen descubiertos, y propuso fijar el dia de la partida; pero como los príncipes no pretendian obrar por sí mismos, confiaron á Imlac la direccion de sus viajes. El poeta pues tomó pasaje en un buque que debia zarpar para Suez, y llegado el dia de partir, apenas pudo persuadir á Nekayah á entrar en el bajel. Su viaje fué próspero y rápido, y de Suez se encaminaron al Cairo.

CAPITULO XVI.

Los viajeros entran en el Cairo y hallan felices á todos los hombres.

Cuando se aproximaban á la ciudad, que llenaba de admiracion á los extranjeros:

—Este, dijo Imlac, es el punto á donde acuden los viajeros y comerciantes desde todos los ángulos de la tierra. Aquí hallareis hombres de todos los caracteres y ocupaciones. Aquí el comercio es honroso: yo obraré como mercader, y vosotros vivireis como extranjeros que viajan con el único objeto de satisfacer su curiosidad; claro está que pronto se echará de ver que somos ricos; nuestra reputacion nos facilitará el trato de las personas que deseemos conocer; os enterareis de todas las condiciones humanas, y os pondreis cómodamente en estado de hacer vuestra *eleccion de vida*.

En esto entraron en la ciudad ensordecidos por el tumultuoso estrépito de una muchedumbre que les causaba cierto disgusto. La instruccion no habia aun prevalecido bastante sobre el hábito para que Raselas y Nekayah dejasen de maravillarse al ver que se confundian entre el populacho sin ser respetados ni siquiera notados. La princesa no pudo por de pronto soportar la idea de igualarse con el vulgo, y perma-

neció algunos días en su gabinete, servida por su favorita Pekuah como en el palacio del valle.

Imlac era inteligente en los negocios: al día siguiente vendió parte de las joyas, alquiló una casa y la adornó con tal lujo, que al momento fué reputado por mercader riquísimo. Su amabilidad le captó muchas relaciones, y su generosidad le atrajo una multitud de dependientes. A su mesa tenían asiento los hombres de todos los países, quienes se admiraban de su sabiduría y solicitaban su favor. Los compañeros del poeta, como no podían tomar parte en la conversacion, tampoco podían descubrir su ignorancia ó sorpresa, y gradualmente se iniciaron en el mundo mientras iban adquiriendo el conocimiento del idioma.

Merced á repetidas lecciones, el príncipe estaba al corriente del uso y naturaleza de la moneda; pero las dos mujeres tardaron algun tiempo en comprender lo que hacían los comerciantes con aquellas piececitas de oro y plata, y porque unas cosas de tan poco uso se recibían como equivalentes á las necesidades de la vida.

Nuestros extranjeros estudiaron el idioma por espacio de dos años, mientras Imlac disponía lo necesario para presentarles ante los diferentes rangos y condiciones del género humano. Imlac alternaba con todos los sugetos cuya fortuna y conducta se distinguían de las comunes. Visitaba al voluptuoso y al frugal, al perezoso y al diligente, á los comerciantes y á los sabios.

Como el príncipe ya podía hablar con fluencia y había adquirido la prudencia que se requería para ser circunspecto en su trato con los extraños, empezó á ir con Imlac á los puntos concurridos, y á entrar en todas las reuniones, con objeto de hacer su *eleccion de vida*.

Por algun tiempo creyó inútil la eleccion, pues todos le parecían igualmente felices. Do quiera que iba encontraba alegría y benevolencia, oía cantos de júbilo y risas cordiales. Comenzó á creer que el mundo nadaba en una abundancia universal; que todas las manos mostraban liberalidad, y que todos los corazones rebosaban de afecto.

—¡Oh! exclamaba ¿y quién se atreve á ser malo?

Imlac permitió esta placentera ilusion, y no quería destruir una esperanza hija de la inexperiencia, hasta que un día, habiendo el príncipe permanecido silencioso durante algunos momentos:

—Ignoro, dijo, porqué soy mas infeliz que cualquiera de nuestros amigos. Véoles continua é inalterablemente alegres; pero mi corazon sufre bajo el peso del malestar y de la inquietud. Esos placeres en pos de los cuales me lanzo con ardor, aun dejan un vacío en mi alma. Vivo rodeado de los encantos del regocijo, no tanto para disfrutar de los de la compañía, como para huir de mí mismo; y manifiesto jovialidad solo con objeto de ocultar mi pesadumbre.

—El hombre, observó Imlac, puede inferir lo que pasa en el corazon de sus semejantes, del exámen del su yo propio:

cuando vieres que tu gozo es mentido, esto precisamente te inducirá á sospechar que el de tus amigos no ha de ser sincero. La envidia es comunmente recíproca. Deslízanse muchísimos dias de nuestra vida antes de convencernos de que la felicidad no puede hallarse nunca, y cada cual cree verla en los demás para mantener ardiente la esperanza de obtenerla para sí. En la reunion donde has pasado la última noche brillaron como fuegos fátuos la animacion de semblante y la ligereza de imaginacion que podrian haber mostrado seres de orden mas elevado, creados para poblar regiones mas serenas donde no tienen cabida los cuidados y el dolor. Créeme, príncipe: nadie hay que no tema el momento en que la soledad le entregue esclavo á la tiranía de la reflexion.

—Lo que dices, repuso el príncipe, puede ser verdad relativamente á los demás, por cuanto verdad es respecto á mí; mas sea cual fuere la infelicidad general del hombre, una condicion es mas dichosa que otra, y el buen sentido nos impele seguramente á fijar nuestra predileccion en la menos mala, cuando se trata de la *eleccion de vida*.

—Las causas del bien y del mal, contestó Imlac, son tan varias é inciertas, obran tan á menudo entrelazadas unas con otras, tan diversificadas por relaciones distintas, y tan sujetas á los accidentes insusceptibles de nuestra prevision, que el que quisiera fijar su condicion en incontestables razones de preferencia, habria de vivir y morir inquiriendo y deliberando.

—Sin embargo, replicó el príncipe, los sabios á quienes oímos con respeto y admiracion, eligen para sí el modo de vivir que conceptúan mejor para constituir su felicidad.

—Hay poquísimos, dijo Imlac, que vivan por eleccion. El hombre está colocado en su actual condicion por causas que obran sin su prevision y que no siempre querria secundar; por manera que seria difícil hallar á una sola persona que no crea su suerte peor que la de su vecino.

—Lo que me consuela, repuso el príncipe, es la idea de que mi nacimiento me ha dado á lo menos una ventaja sobre los demás mortales, facilitándome los medios de obrar por mí mismo. Tengo el mundo á la vista; lo examinaré despacio, y de seguro hallaré la felicidad en alguna parte.

CAPÍTULO XVII.

El príncipe se asocia á unos jóvenes de buen humor.

Al dia siguiente resolvió Raselas dar comienzo á sus observaciones sobre la vida.

—La juventud, decia, es el tiempo de la alegría: quiero pues reunirme con los jóvenes, cuya única ocupacion consiste en satisfacer sus deseos, y cuyo tiempo es invertido en una serie de diversiones.

Pronto fué admitido en tal sociedad; pero á los pocos

días sintió tedio y disgusto. El contento de los jóvenes era trivial, y sus carcajadas carecían de motivo; sus placeres eran torpes y sensuales, sin que en ellos tomase parte el corazón; su conducta era licenciosa y baja; mofábanse del orden y de la ley, aunque el ceño del poder les acobardaba y el ojo del buen juicio les sonrojaba.

No tardó mucho el príncipe en persuadirse de que nunca pisaría los umbrales de la felicidad, siguiendo un modo de vivir de que se avergonzaba. Creyó que para un hombre de buen sentido no convenía obrar sin plan fijo y estar alegre ó triste solo por casualidad.

—La felicidad, exclamaba, ha de ser sólida y permanente, sin temor é incertidumbre.

Pero sus jóvenes amigos se habían granjeado tanto su estimación á copia de cordialidad y finura, que no pudo dejarles sin dirigirles algunas manifestaciones y advertencias.

—Amigos míos, les dijo, he reflexionado seriamente sobre nuestras costumbres y esperanzas, y veo que hemos equivocado nuestro interés. Los primeros años del hombre deben velar por los últimos, y el que nunca medita, jamás puede ser discreto. La ligereza loca y constante conduce á la ignorancia; y si bien es cierto que la intemperancia puede enardecer los ánimos por una hora, es empero la causa de una vida breve y miserable. Tengamos presente que la juventud no es de larga duración, y que cuando en edad mas avanzada hayan cesado los encantos de la imaginación y no

vaguen ya junto á nosotros los fantasmas del placer, solo podremos consolarnos con el aprecio de los sensatos y con los medios de hacer bien. Detengámonos, pues, mientras está en nuestras manos; vivamos como hombres que un día habrán de encorvarse bajo el peso de los años, y para quienes el mas espantoso de todos los males será haber de contar por locuras sus pasados días, y recordar su completa salud anterior á impulsos de las dolencias que el libertinaje origina.

Los oyentes se miraron fija y silenciosamente unos á otros, hasta que por último el príncipe tuvo que retirarse ahuyentado por un coro general de prolongadas risas.

La convicción de que sus opiniones eran justas y sus intenciones benéficas, apenas fué suficiente para sostenerle contra el horror de la irrisión. Sin embargo, recobró su tranquilidad y prosiguió sus indagaciones.

CAPITULO XVIII.

Raselas halla á un hombre sabio y feliz.

Cierto día iba el príncipe paseando por las calles, y vió un espacioso edificio que, por hallarse de par en par sus puertas, parecía que convidaba á entrar á todos los transeuntes. Raselas siguió á la multitud que por ellas penetraba y pronto se halló en una sala ó escuela de declamación, donde los profesores leían discursos á su auditorio. Fijó los ojos en un

sabio que descollaba entre los demás y hablaba con grande energía sobre el gobierno de las pasiones. Su mirada era venerable, su ademan fino, su pronunciación clara, su dicción elegante; y demostraba con gran fuerza de sentimiento y variedad de ilustración, que la naturaleza humana se degrada y envilece cuando las facultades innobles supeditan las elevadas; que cuando la fantasía, madre de las pasiones, usurpa el dominio del corazón, no puede resultar más que el natural efecto de una conducta ilegítima, del desorden y de la confusión; que la fantasía vende las fortalezas de la inteligencia á las rebeldes, y excita á sus hijas á la sedición contra la razón, su legítima soberana. Comparaba á la razón con el sol, cuya luz es constante, uniforme y perdurable, y á la fantasía con un meteoro de hermoso, pero transitorio brillo, irregular en su movimiento y engañoso en su dirección.

En seguida exponía los varios preceptos dados de tiempo en tiempo para domar las pasiones, y explicaba la felicidad de los que han obtenido esta importante victoria, después de la cual deja el hombre de ser esclavo del temor y juguete de la esperanza, no sufre la demacración que infiere la envidia, ni los arrebatos de la ira, ni la debilitación producida por la ternura, ni la dilaceración causada por el dolor; sino que atraviesa tranquilamente los tumultos ó soledades de la vida, bien así como el sol prosigue igualmente su curso por la bóveda celeste, ora esté sosegada, ora se agite borrascosa.

Enumeraba muchos ejemplos de héroes incontrastables en medio del placer ó de la tristeza, que miraban indiferentemente los modos ó accidentes á que el vulgo da el nombre de bienes y males. Exhortaba á sus oyentes á desechar sus preocupaciones y armarse contra los dardos de la malicia y del infortunio, con una paciencia invulnerable, concluyendo que únicamente este estado era la felicidad que estaba al alcance de todo el mundo.

Escuchóle Raselas con la veneración debida á las instrucciones de un ser superior, y habiéndole esperado á la puerta le demandó humildemente el permiso de visitar á tan sublime maestro de la verdadera sabiduría. El preceptor titubeó un momento y recibió con una mezcla de alegría y asombro un bolsillo lleno de oro que el príncipe le puso en la mano.

— He hallado á un hombre, dijo después el príncipe á Imlac, que enseña todo lo que se necesita para ser instruido, y que desde el seguro trono de la fortaleza racional contempla las escenas de la vida que se trasmutan á sus piés. Cuando habla, todos están suspensos de sus labios, y cuando razona, la convicción corona sus períodos. Ese hombre ha de ser mi futuro guía: aprenderé sus doctrinas é imitaré su vida.

— No te apresures, contestó Imlac, á admirar á los que predicán la moralidad, porque discurren, sí, como ángeles, pero viven como hombres.

Raselas, que no podía concebir que un hombre fuese capaz de argumentar tan robustamente sin sentir la evidencia

de sus propios argumentos, propúsose cumplir la visita á los pocos dias; pero fuele negada la admision. Como no ignoraba el poder del dinero, hizo que una moneda de oro le abriese las puertas de la habitacion interior, y halló en un cuarto semi-oscuro al filósofo, húmedos los ojos, pálido el semblante.

— Señor, díjole el sabio, precisamente vienes cuando toda la amistad humana es inútil; lo que sufro no tiene remedio, y lo que he perdido no puede serme devuelto! Mi hija; ay! mi única hija, de cuya ternura esperaba todos los consuelos de mi vejez, murió anoche arrebatada por una fiebre. Mis designios, mis deseos, mis esperanzas han fallecido! Ya no soy mas que un ser solitario separado de la sociedad!

— Señor, dijo el príncipe, la muerte es un acontecimiento que no debe sorprender á ningun sabio: sabemos que la muerte siempre está cercana, y por lo tanto debemos esperarla.

— Joven, contentó el filósofo, tú hablas como el que nunca ha sufrido las angustias de la separacion.

— ¿Pero has olvidado los preceptos, preguntó Raselas, que tan eficazmente has emitido? ¿No tiene la sabiduría ánimo para armar su corazon contra la desgracia? Considera que las cosas externas son mudables por naturaleza, y que solamente la verdad y la razon son siempre las mismas.

— ¿Qué consuelo, dijo el afligido, pueden ofrecerme la

verdad y la razon? ¡Ah! solo pueden persuadirme de que no recobraré á la hija de mis entrañas!...

El príncipe, cuya humanidad no le permitia amargar la desgracia con reprensiones, se retiró convencido de la vanidad de las frases retóricas y de la ineficacia de los períodos brillantes y sentencias estudiadas.

CAPITULO XIX.

Ojeada sobre la vida pastoril.

El príncipe aun insistia vivamente en las mismas indagaciones, y habiendo oido hablar de un ermitaño que vivia cerca de la última catarata del Nilo, y que extendia la fama de su santidad por todo el país, resolvió visitar su retiro é investigar si la felicidad que la vida pública no podia ofrecer, tenia que buscarse en la soledad; y si un hombre venerable por su edad y su virtud podia enseñar alguna ciencia buena para evitar ó sufrir los males.

Imlac y la princesa consintieron en acompañarle, y después de las preparaciones indispensables, emprendieron su viaje. El camino que seguian atravesaba unos prados donde habia pastores que guardaban sus rebaños, y cabras que retozaban y pacian.

— Esta es, dijo el poeta, la vida muy á menudo celebrada por su inocencia y tranquilidad. Pasemos los ardores

del día en las chozas de los pastores, y sepamos si todas nuestras pesquisas han de terminar en la sencillez pastoril.

Aceptóse la proposición, y mediante algunos presentes y preguntas afables, indujeron á los pastores á decir su opinión sobre su estado; pero eran tan rudos é ignorantes, tan poco aptos para comparar el bien con el mal, y tan confusos en sus relatos y descripciones, que casi no podía sacarse nada en limpio de lo que decían. Echábase de ver, empero, que el descontento minaba sus corazones, pues se consideraban condenados á trabajar para las comodidades y abundancia de los ricos, y miraban con estúpida malevolencia á los que disfrutaban de mejor posición social.

La princesa decía que estaba firmemente decidida á no permitirse jamás la compañía de aquellos envidiosos salvajes, y declaró que tardaría en tener deseos de ver mas escenas de felicidad campestre; sin embargo, no podía creer que fuesen fabulosas las historias de los placeres primitivos, y aun dudaba de si la vida tenía alguna cosa justamente preferible á las plácidas satisfacciones de los prados y los bosques. Sentíase arrullada por la esperanza de que algún día, rodeada de pocos, pero finos amigos, tendría el placer de coger flores plantadas por sus propias manos, acariciar los tiernos corderillos, hijos de sus ovejas, y escuchar sin inquietud, á orillas de un arroyuelo y al rumor de la brisa, á una de sus doncellas que leería á la sombra.

CAPITULO XX.

Peligro de la prosperidad.

Al día siguiente continuaron su viaje hasta que el sofocante calor les obligó á mirar en derredor para ver dónde guarecerse. A corta distancia divisaron un frondoso bosque, y no bien entraron en él, cuando notaron que iban acercándose á unos lugares habitados por hombres. Los arbustos estaban cuidadosamente separados para abrir paso hasta los sitios donde la sombra era mas espesa; había glorietas con asientos cubiertos de florido césped; y á lo largo de una tortuosa vereda corría un arroyuelo que entraba y salía de unos reducidos estanques, y que al quebrarse de vez en cuando en menudos diques de cascajo, aumentaba el murmurio de sus cristalinas aguas.

Internáronse despacio en el bosque, encantados de tan inesperadas comodidades, y hablaban entre sí conjeturando sobre quién podía tener tiempo y arte para rodearse de aquel sencillo lujo.

Mientras avanzaban oyeron los acordes de una música, y vieron á varios jóvenes y vírgenes que danzaban en la arboleda; y siguiendo adelante, presentóse á su vista un suntuoso palacio edificado en una colina rodeada de selvas. Las

leyes de la hospitalidad oriental les permitieron la entrada, y el dueño les recibió como hombre liberal y opulento.

Este pareció desde luego ser bastante hábil para conocer la distinguida clase á que sus huéspedes pertenecían, y les hizo sentar á su mesa puesta magníficamente. La elocuencia de Imlac cautivaba su atención, y la delicada cortesía de la princesa le inspiraba respeto. Cuando le participaron que iban á partir, suplicóles que se quedaran, y al día siguiente aun se hallaba menos dispuesto que antes á despedirse de ellos. Persuadióles pues fácilmente á diferir la partida, y pronto reinó entre todos la familiaridad y la confianza.

El príncipe veía la alegre afectuosidad de los criados y la riente naturaleza en derredor de aquel sitio, y no podía resistir á la esperanza de hallar allí lo que estaba buscando; pero mientras felicitaba al dueño por sus posesiones, este contestó arrojando un suspiro:

— Mi condicion tiene ciertamente apariencias de felicidad; pero las apariencias son ilusorias. Mi prosperidad pone en peligro mi existencia, pues el bajá de Egipto es enemigo mio, solo porque disfruto de riquezas y popularidad. Hasta hoy me han protegido contra él los príncipes del país; pero como el favor de los grandes es incierto, ignoro cuándo se persuadirán mis defensores á repartirse el botín con el bajá. He enviado mis tesoros á un punto lejano, y al primer recelo estoy pronto á seguirlos. Vengan despues mis enemigos á invadir mi mansion y á gozar de los jardines que he plantado.

Todos se lamentaron de su peligro y le suplicaron que se pusiera en salvo; la princesa se retiró á su habitacion, llena de indignacion y de pesar. Nuestros viajeros permanecieron algunos dias mas en el palacio de su amable huésped, y en seguida se pusieron en camino para ir á visitar al solitario.

CAPÍTULO XXI.

Las dichas de la soledad. Historia del ermitaño.

Al tercer dia llegaron á la celda del anacoreta, guiados por los campesinos: era esta celda una cueva sita en la falda de un monte, por la sombra de hermosas palmeras cobijada, y á tal distancia de la catarata, que solo podía percibirse un ligero y uniforme murmurio que disponia el alma á melancólicas meditaciones, especialmente cuando era acompañado del viento que en las enramadas susurraba. Tanto habia mejorado la industria humana el primero y rudo ensayo de la naturaleza, que la cueva contenia varias habitaciones para usos diferentes, y con frecuencia ofrecia albergue á los viajeros sorprendidos por las tinieblas de la noche ó por las tempestades.

El solitario estaba sentado en un banco á la puerta, para disfrutar de la frescura de la noche. A un lado habia un libro con plumas y papeles, y al otro instrumentos mecánicos

leyes de la hospitalidad oriental les permitieron la entrada, y el dueño les recibió como hombre liberal y opulento.

Este pareció desde luego ser bastante hábil para conocer la distinguida clase á que sus huéspedes pertenecían, y les hizo sentar á su mesa puesta magníficamente. La elocuencia de Imlac cautivaba su atención, y la delicada cortesía de la princesa le inspiraba respeto. Cuando le participaron que iban á partir, suplicóles que se quedaran, y al día siguiente aun se hallaba menos dispuesto que antes á despedirse de ellos. Persuadióles pues fácilmente á diferir la partida, y pronto reinó entre todos la familiaridad y la confianza.

El príncipe veía la alegre afectuosidad de los criados y la riente naturaleza en derredor de aquel sitio, y no podía resistir á la esperanza de hallar allí lo que estaba buscando; pero mientras felicitaba al dueño por sus posesiones, este contestó arrojando un suspiro:

— Mi condicion tiene ciertamente apariencias de felicidad; pero las apariencias son ilusorias. Mi prosperidad pone en peligro mi existencia, pues el bajá de Egipto es enemigo mio, solo porque disfruto de riquezas y popularidad. Hasta hoy me han protegido contra él los príncipes del país; pero como el favor de los grandes es incierto, ignoro cuándo se persuadirán mis defensores á repartirse el botín con el bajá. He enviado mis tesoros á un punto lejano, y al primer recelo estoy pronto á seguirlos. Vengan despues mis enemigos á invadir mi mansion y á gozar de los jardines que he plantado.

Todos se lamentaron de su peligro y le suplicaron que se pusiera en salvo; la princesa se retiró á su habitacion, llena de indignacion y de pesar. Nuestros viajeros permanecieron algunos dias mas en el palacio de su amable huésped, y en seguida se pusieron en camino para ir á visitar al solitario.

CAPÍTULO XXI.

Las dichas de la soledad. Historia del ermitaño.

Al tercer dia llegaron á la celda del anacoreta, guiados por los campesinos: era esta celda una cueva sita en la falda de un monte, por la sombra de hermosas palmeras cobijada, y á tal distancia de la catarata, que solo podía percibirse un ligero y uniforme murmurio que disponia el alma á melancólicas meditaciones, especialmente cuando era acompañado del viento que en las enramadas susurraba. Tanto habia mejorado la industria humana el primero y rudo ensayo de la naturaleza, que la cueva contenia varias habitaciones para usos diferentes, y con frecuencia ofrecia albergue á los viajeros sorprendidos por las tinieblas de la noche ó por las tempestades.

El solitario estaba sentado en un banco á la puerta, para disfrutar de la frescura de la noche. A un lado habia un libro con plumas y papeles, y al otro instrumentos mecánicos

de varias clases. Mientras nuestros viajeros se acercaban á él sin ser notados, la princesa observó que el anciano no tenía el semblante de un hombre que hubiese hallado ó pudiese enseñar el camino de la felicidad.

Saludáronle con profundo respeto, y él correspondió como hombre que no ignoraba los modales de las cortes.

—Hijos míos, les dijo, si os habeis extraviado por estos campos, mi cueva os suministrará las conveniencias que de noche proporcionar puede. Tengo todo lo que la naturaleza reclama, y no debéis esperar cumplimientos en la morada de un anacoreta.

Los viajeros se mostraron agradecidos, y al entrar quedaron complacidos de la limpieza y regularidad de las piezas. El ermitaño puso carne y vino delante de ellos, aunque él solo se alimentaba de frutas y agua. Sus palabras eran alegres sin pecar de ligeras, y piadosas, pero no fanáticas; de modo que luego se captó el aprecio de sus huéspedes, y la princesa se arrepintió de su prematuro parecer.

—No me maravillo, dijo por fin Imlac, de que vuestra fama haya volado tan léjos; en el Cairo nos han enterado de vuestra sabiduría, y venimos á solicitar que dirijais á estos dos jóvenes en la *eleccion de vida*.

—Para el que vive bien, contestó el ermitaño, cualquier forma de vida es buena; fuera de que no puedo dar mas regla para la eleccion, que apartarse de todo mal aparente.

—Aquel seguramente se aparta mas del mal, dijo el prínci-

pe, que se consagra á la soledad que teneis encomendada con vuestro ejemplo.

—Verdad es que hace quince años que vivo en la soledad, replicó el anacoreta; pero no deseo que mi ejemplo sea imitado. En mi juventud seguí la carrera de las armas, y fuí promovido por grados al mas elevado rango militar. He atravesado vastos países al frente de mis tropas, y asistido á muchos sitios y combates; los ascensos de otro oficial mas joven me causaban disgusto, y sintiendo por otra parte que mi vigor empezaba á debilitarse, resolví vivir en paz y retirarme de un mundo donde todo era asechanzas, discordias y miserias. Cierta dia me libré de la persecucion del enemigo, refugiándome en esta cueva, y por esto la elegí para mi residencia. Hice dividirla en habitaciones por algunos artesanos, y proveíla de todo cuanto era indispensable para subsistir. Durante algun tiempo despues de mi retiro, mi contento era análogo al de un marinero que se salva del naufragio y entra en el puerto, complaciéndome en el repentino cambio de la confusion y estrépito de la guerra, por el sosiego y la tranquilidad. Cuando se desvaneció el placer que me causaba tal novedad, empleé el tiempo examinando las plantas que crecian en el valle y los minerales que sacaba de las rocas; pero esto, léjos de recrearme, luego me infundió tédio. Hace algun tiempo que vivo inquieto y distraido: mi mente se ve asaltada por mil dudas, perplejidades y devaneos, que me abruman sin cesar, porque no tengo ocasiones de recrear-

me ó divertirme. De vez en cuando me avergüenzo al pensar que no puedo alejarme del vicio, sino dejando de ejercer la virtud, y empiezo á sospechar que mas me ha impelido á la soledad el resentimiento que la devocion. Mi imaginacion se pierde en locas escenas, mientras me lamento de haber perdido tanto y ganado tan poco. Es cierto que en la soledad me libro del ejemplo del malvado; pero yo necesito la conversacion y el consejo del bueno. Tiempo há que comparo los males con las ventajas de la sociedad, y he formado la resolucion de regresar mañana al seno del mundo. La vida de un solitario podrá ser miserable si se quiere, pero no ciertamente devota.

Los viajeros oyeron con sorpresa la determinacion del anciano; pero despues de una breve pausa se brindaron á acompañarle al Cairo. Él sacó un considerable tesoro que tenia escondido entre las rocas, y siguióles á la ciudad, no sin dirigirla entusiastas miradas mientras á ella se aproximaban.

CAPÍTULO XXII.

Felicidad de una existencia regida por la naturaleza sola.

Raselas asistia con frecuencia á una reunion de sabios que se convocaban en dias prefijados para dar rienda suelta

á su pensamiento y comparar sus opiniones. Sus modales eran ordinarios, pero su conversacion instructiva y sus cuestiones agudas, aunque algunas veces demasiado calurosas y á menudo prolongadas hasta que ningun controversista se acordaba del punto sobre que se habia empezado á discutir. Entre ellos eran casi generales algunos defectos: cada cual deseaba triunfar de los demás, y se alegraba de oir desestimar el genio ó saber de sus colegas.

Esta era la asamblea en que Raselas estaba relatando su entrevista con el ermitaño, y el asombro con que le habia oido censurar un plan de vida que tan deliberadamente eligiera, y que de un modo tan laudable seguia. Los pareceres de los oyentes eran varios. Algunos eran de opinion que la locura de su eleccion habia sido justamente castigada al condenarse á una continúa perseverancia. Uno de los asistentes mas jóvenes llamóle hipócrita con vehemente acento. Otros hablaban del derecho de la sociedad al trabajo de los individuos, y consideraban al que se retiraba como á un desertor del deber. Otros concedian fácilmente que llegaba un dia en que los derechos del público quedaban satisfechos, y en que un hombre podia, por decirlo así, secuestrarse á sí mismo con sobrada razon para examinar su vida y acrisolar su alma.

Uno que parecia mas afectado que los demás, creia que probablemente el anacoreta volveria á su retiro dentro de breves años, y tal vez, si la vergüenza no le detuviese ó la muer-

te no se lo impidiese, saldria otra vez de su retiro para regresar al mundo.

—Queda tan hondamente grabada la esperanza de la felicidad, decia, que la experiencia mas larga no puede borrarla. Hemos de confesar que siempre sentimos la desdicha de la situacion presente, cualquiera que sea, á pesar de que cuando la misma situacion se halla léjos de nosotros, la imaginación nos la pinta halagüeña y apetecible. Seguramente vendrá un tiempo, empero, en que el deseo cesará de atormentarnos, y nadie será malvado sino por su propia culpa.

—Esta, dijo un filósofo que le habia escuchado con muestras de viva impaciencia, esta es la presente condicion de los sabios. En estos tiempos nadie es ya malvado sino por su propia culpa. ¿Hay algo mas inútil que ir en pos de la felicidad, puesta propiamente por la naturaleza á nuestro alcance? El modo de ser feliz es vivir segun la naturaleza, obedeciendo á la ley universal é incontrastable, impresa é innata en nuestro corazon, no escrita en él por el precepto, sino grabada por el destino; no inoculada por la educacion, sino infusa al acto de nacer. El que vive segun la naturaleza, no sufre á causa de las ilusiones de la esperanza, ó de las importunidades del deseo: recibe y rechaza con igualdad de temperamento, y obra ó sufre segun prescribe alternativamente la razon de las cosas. Otros hombres pueden entretenerse con definiciones sutiles é intrincados racionios. Aprendan á ser sabios con mas facilidad; observen la cierva del bosque y el ave de la arbo-

leda; consideren la vida de los animales, cuyos movimientos son regulados por el instinto; los animales obedecen á su guia, y son felices. Cesemos pues, por último, de disputar, y aprendamos á vivir; rompamos el obstáculo de los preceptos, pues los que los dictan con tanto orgullo y fatuidad no los comprenden; y no nos olvidemos de esta sencilla é inteligible máxima: «Separarse de la naturaleza, es separarse de la felicidad.»

Y mientras hablaba, miraba en derredor con aire satisfecho, gozando de la conviccion del bien que sus palabras hacian.

—Señor, dijo el príncipe con gran modestia; como quiera que yo, lo mismo que todo el resto de la humanidad, aspiro á ser feliz, he prestado á vuestro discurso la mas profunda atencion: no dudo de la verdad de una proposicion que un hombre tan ilustrado ha emitido con tanta firmeza. Permitidme solamente preguntaros qué entendeis por vivir segun la naturaleza?

—Cuando hallo jóvenes tan humildes y tan dóciles, contestó el filósofo, no puedo negarles las instrucciones que mis estudios me permiten dar. Vivir segun la naturaleza, es obrar atendiendo debidamente á la conveniencia que surge de las relaciones y cualidades de las causas y los efectos; coadyuvar al grande é inmutable plan de la felicidad universal, y cooperar á la general disposicion y tendencia al presente sistema de cosas.

Pronto echó de ver el príncipe que este era uno de los sabios á quienes entenderia tanto menos, cuanto mas les oyese, y por consecuencia se inclinó respetuosamente y se cosió los lábios. El filósofo, suponiéndoles satisfecho á él y vencidos á los demás, levantóse y marchóse con el aire de un hombre que habia contribuido al actual sistema.

CAPÍTULO XXIII.

El príncipe y su hermana dividen entre sí el cuidado de la observacion.

Regresó Raselas á su casa, abismado en reflexiones, y lleno de dudas con respecto á la direccion de su futura conducta, pues acababa de ver que los hombres, instruidos ó no, ignoraban igualmente el camino de la felicidad; pero como todavía era jóven, lisonjeábase de que tenia tiempo sobrado para hacer mas experimentos y llevar mas léjos sus pesquisas. Comunicó sus dudas y observaciones á Imlac, de quien oyó nuevas observaciones y dudas que no le consolaron. Púsose pues á discurrir mas frecuente y libremente con su hermana, que aun abrigaba la misma esperanza que Raselas, y siempre le daba ánimo exponiendo alguna razon para fundar la probabilidad de lograr por último su intento, aunque hasta entonces no hubiese podido conseguirlo.

—Lo que hasta hoy, decia ella, sabemos del mundo, es

insignificante; nunca hemos sido aun poderosos ni plebeyos. A pesar de que en nuestro país gozábamos de la dignidad real, no ejercíamos poder alguno, y en este no hemos visto todavía los lugares de la paz doméstica. Dividiremos la tarea entre nosotros dos: tú examinarás la vida que corre entre el esplendor de las cortes, y yo penetraré en las sombras de la vida mas humilde. Tal vez el mando y la autoridad son los bienes supremos, por cuanto ofrecen las mejores ocasiones de sembrar las semillas del bien; ó quizá la dicha que este mundo con cede, se halla en las modestas habitaciones de las personas de mediana fortuna, demasiado oscuras para las grandes empresas, y demasiado acomodadas para la penuria y la miseria.

CAPÍTULO XXIV.

El príncipe examina la felicidad de los altos empleados.

Aprobó Raselas el plan, y al dia siguiente se presentó con una brillante comitiva en la corte del Bajá. Al punto fué distinguido por su magnificencia y admitido como á príncipe cuya curiosidad le habia atraído desde remotos países, en la intimidad de los primeros oficiales y en una frecuente conversacion con el Bajá mismo.

Desde luego inclinóse á creer que debía serle grata su

condicion al hombre á quien todos se acercaban respetuosamente y oian con obediencia, y que tenia el poder de extender sus edictos por todo un reino.

—No puede haber satisfaccion igual, decia, á la de contemplar el júbilo de muchos miles de personas felices á consecuencia de una sabia administracion. Con todo, puesto que segun las leyes de la subordinacion no puede ser este sublime contento mas que el patrimonio de uno solo, es muy razonable creer que existe algun placer mas popular y accesible, y que hay mucho trabajo en reducir millones de almas á la voluntad de un solo hombre, únicamente para henchir su corazon de un gozo intrasmisible.

Tales eran los pensamientos que á menudo cruzaban por la mente del príncipe, quien no sabia cómo resolver la dificultad; pero, habiendo penetrado mas en el círculo de la familiaridad mediante algunos presentes y atenciones, vió que casi todos los altos empleados odiaban á los demás y eran odiados por ellos, en tanto que su vida era una no interrumpida série de intrigas y delaciones, de estratagemas y fugas, de bandos y perfidias. Muchos de los que rodeaban al Bajá habian sido enviados para espiar y denunciar su conducta; todas las lenguas censuraban, y todos los ojos iban buscando faltas.

Llegó por fin el decreto de destitucion; el Bajá fué conducido á Constantinopla y su nombre enteramente olvidado.

—¿Qué debemos pensar de las prerogativas del poder?

dijo Raselas á su hermana. ¿Carece de eficacia para el bien, ó acaso las clases subordinadas son las peligrosas, y las superiores, gloriosas y libres? ¿Es el sultan el único hombre que en sus dominios goza de la felicidad? ¿Está el mismo sultan sujeto á los tormentos de la sospecha y al temor á los enemigos?

En breve fue depuesto el segundo Bajá. El sultan que le habia ascendido murió asesinado por los genizaros, y su sucesor tuvo diferentes miras y otros validos.

CAPÍTULO XXV.

La princesa emprende sus pesquisas con mas diligencia que fruto.

Entretanto la princesa se insinuaba en muchas familias, pues hay pocas puertas cerradas para la liberalidad, unida con el buen humor. Las hijas de varias familias eran alegres y vivarachas; pero como Nekayah estaba tan acostumbrada á la conversacion de su hermano y de Imlac, no se daba por contenta con una ligereza infantil y una cháchara vacía de séntido. Hallaba ruines los pensamientos de aquellas jóvenes, mezquinos sus deseos, y casi siempre falso su júbilo. Sus placeres, insignificantes como eran, no podian mantenerse puros, y se amargaban con breves competencias é indignas emulaciones. Su mútua belleza era un eterno motivo de en-

vidia, y ni la soledad ni la maledicencia podian cambiar su genio. Muchas eran galanteadas por mozos de tan poco seso como ellas, y creian tener relaciones amorosas cuando en realidad solo estaban holgazaneando. Su afecto no se fundaba en la sensibilidad ó la virtud, y por consiguiente rara era la vez que no terminase en el hastío. Su pesar empero, como su alegría, era transitorio; en su mente todo flotaba aislado del pasado ó del porvenir, de modo que un deseo cedia fácilmente el puesto á otro, como una segunda piedra arrojada al agua borra y confunde los círculos de la primera. Tales eran las niñas con quienes se entretenia como con animales inofensivos, hallándolas envanecidas de su semblante y cansadas de aquella sociedad; pero como se habia propuesto efectuar un exámen mas profundo, á copia de afabilidad logró persuadir los corazones abrumados de pena á confiarla sus secretos; y aquellas á quienes sonreia la esperanza ó regocijaba la prosperidad, corrian á participarla su contento.

La princesa y su hermano se reunian ordinariamente de noche, en un cenador á orillas del Nilo, y se comunicaban los sucesos del dia. Mientras estaban sentados, la princesa dirigió los ojos al rio que delante de ella corria, y:

— Gran padre de las aguas, dijo; tú que llevas las ondas al través de ochenta naciones, contesta á las invocaciones de la hija de tu rey natural. Díme si durante todo tu curso riegas una sola habitacion de que no oigas salir querellosos acentos.

— ¿Acaso, dijo Baselas, no han sido coronadas de mejor éxito tus indagaciones en las casas particulares, que las mias en las cortes?

— Desde que partimos de nuestras provincias, contestó la princesa, ha sido fácil introducirme familiarmente en muchas casas que daban los mas brillantes indicios de prosperidad y de paz, y no sé que exista una familia donde no reine una furia que destruya su reposo. No he buscado la comodidad entre los pobres, porque deduje que no podian disfrutarla; pero he visto muchos pobres á quienes suponía nadar en la abundancia. En las grandes ciudades la pobreza tiene diferentes disfraces: ora se oculta bajo el esplendor, ora bajo la extravagancia. El afán de muchas personas consiste en ocultar su indigencia á las demás; mántiense con medios precarios, y viven discurriendo cada dia otros para el siguiente. Con todo, este mal, aunque frecuente, era el que me daba menos cuidado, porque yo podia remediarlo; pero algunos han rechazado mis bondades, mas ofendidos de mi penetracion en descubrir sus necesidades, que satisfechos de mi prontitud en socorrerlas; y otros cuyos apuros les compeliaron á recibir mis beneficios, nunca han podido perdonar á su bienhechora. Muchos, empero, se han mostrado sinceramente agradecidos, sin hacer ostencion de la gratitud, ó sin esperar otros favores.

CAPÍTULO XXVI.

Continúa la princesa sus observaciones sobre la vida privada.

Viendo Nekayah la profunda atención de su hermano, prosiguió su narración en estos términos:

— En las familias no afligidas por la pobreza, reina comúnmente la discordia; si un reino, como nos dice Imlac, es una gran familia, una familia también es un pequeño reino, desgarrado por los bandos y expuesto á las revoluciones. Un observador inexperto espera que el amor de padres é hijos sea constante é igual; pero pocas veces continúa ese cariño trascurridos los años de la infancia, pues en breve los niños se convierten en émulos de sus padres. Los beneficios van envueltos en las reprensiones, y la envidia malea la gratitud.

Pocas veces obran de concierto padres é hijos. Cada hijo se afana por apropiarse la estimación ó ternura de los padres, y estos aman predilectamente á uno ú otro hijo; por manera que algunos depositan su confianza en el padre, y otros en la madre, mientras en la casa germinan insensiblemente las intrigas y las contiendas.

Las opiniones de los hijos y los padres, del jóven y del viejo, son naturalmente contrarias por los opuestos efectos

de la esperanza y el desengaño de la espectación y la experiencia, sin crimen ó locura por parte de nadie. Los colores de la vida en la juventud y en la ancianidad aparecen diferentes, como el aspecto de la naturaleza en verano é invierno. ¿Y cómo pueden los hijos dar crédito á las aserciones de los padres, aserciones cuya falsedad observan con sus propios ojos?

Pocos padres se portan del modo común de inculcar sus máximas con la reputación de su vida. El anciano confía ciegamente en los planes lentos y en los progresos graduales, al paso que el jóven se abre camino con su genio, su vigor y su precipitación. El anciano rinde tributo á las riquezas y el jóven reverencia la virtud; el anciano deifica á la prudencia, y el jóven se arroja á los brazos de la magnanimidad y de la fortuna. El jóven, que no piensa en ningún mal, cree que ningún mal está en el pensamiento del hombre, y por consiguiente obra con ingenuidad y candor; pero como su padre ha sufrido el azote del engaño, es asaltado por la sospecha, y con harta frecuencia estimulado á practicarlo. La edad avanzada mira con disgusto la temeridad de la juventud, y la juventud con desden la escrupulosidad de la vejez. Así, padres é hijos, en su mayor parte, viven amándose cada vez menos; y si aquellos á quienes ha unido tan estrechamente la naturaleza son sus mútuos tormentos, ¿dónde buscaremos ternura y consuelo?

— Indudablemente, dijo el príncipe, fuiste desgraciada

al elegir el punto de vista bajo que examinas la sociedad. Creo de buena fé que tal como andan las cosas, el parentesco mas tierno se agría por los efectos de una necesidad natural.

— Las discordias domésticas, prosiguió Nekayah, no son inevitables y fatalmente necesarias, aunque no se evitan con facilidad. Apenas vemos una familia cuyos individuos sean todos virtuosos: los buenos y los malos no pueden estar de acuerdo, y mucho menos los malos entre sí; y hasta los virtuosos tienen disensiones cuando sus virtudes son de diferente clase y van rayando en extremadas. Por punto general, los padres son tanto mas venerados, quanto mayor es la veneracion que merecen, pues quien vive bien no es digno de menosprecio.

Otros males hay que infestan la vida privada. Algunos hombres son esclavos de los criados á quienes confian sus negocios; algunos viven en continúa ansiedad por el capricho de parientes ricos á quienes no aciertan á complacer ni se atreven á ofender; algunos maridos son imperiosos, y algunas esposas, perversas; y como quiera que siempre sea mas fácil hacer mal que bien, por mas que la prudencia ó la virtud puedan rara vez hacer la felicidad de muchos, la locura ó el vicio labran con frecuencia la desdicha de muchísimos.

— Si tales son las consecuencias generales del matrimonio, dijo el príncipe, de hoy mas creeré peligroso unir mi

suerte con nadie, por temor de ser infeliz por mi propia culpa.

— He hallado á muchos que viven solteros por esta razon, replicó la princesa; pero nunca he visto que su prudencia deba despertar la envidia. Pierden los dias de su existencia sin amistad, sin afecto, y se ven obligados á desear la desaparicion por Occidente del astro del dia, que de nada les sirve, para entregarse á diversiones triviales y placeres viciosos. Obran como seres persuadidos de cierta inferioridad que ennegrece su pecho con el rencor, y manchan su lengua con la murmuracion. Son impertinentes en su casa y malévolos fuera de ella; y, como bandidos de la naturaleza humana, cifran su ocupacion y sus delicias en perturbar esta sociedad que les excluye de sus privilegios. Vivir sin sentir ó sin excitar simpatías, ser afortunado sin acrecentar la felicidad de los demás, ó afligirse sin libar el bálsamo de la compasion, es un estado mas triste que la soledad; no es retirarse, sino excluirse del género humano. El matrimonio tiene muchas inquietudes, pero el celibato no tiene placeres.

— Pues ¿qué hacer? dijo Baselas; quanto mas inquirimos, tanto menos podemos determinarnos. Seguramente el que no tiene inclinacion alguna á la observacion, es muy probable que consiga estar contento de sí mismo.

CAPÍTULO XXVII.

Ojeada sobre la grandeza.

La conversacion tuvo una breve pausa. Tomadas en consideracion las observaciones de su hermana, el príncipe la dijo que ella habia examinado la vida con preocupacion, y supuesto la infelicidad allí donde no la habia encontrado.

—Tu relacion, dijo, echa aun mas negra oscuridad sobre la perspectiva del porvenir: las predicciones de Imlac no son mas que débiles bosquejos de los males pintados por Nekayah. No há mucho que me persuadí de que la tranquilidad no fraterniza con la grandeza ó con el poder; de que su presencia no debe comprarse con las riquezas ni adquirirse por medio de la violencia. No hay duda que cuando un hombre obra dentro de un círculo mas espacioso, se halla expuesto á la oposicion de la enemistad, ó á los reveses de la fortuna; el que ha de agradar ó gobernar á muchos, debe valerse del ministerio de varios agentes, algunos de los cuales serán malvados y algunos ignorantes; unos le engañarán, y otros le harán traicion. Si recompensa á este, ofenderá seguramente á aquel; los no favorecidos se darán por agraviados; y como quiera que los favores solo pueden concederse á pocas personas, siempre quedará descontento el mayor número.

—Espero, observó la princesa, tener siempre ánimo

para despreciar á los malcontentos, y ver brillar en tí el poder de reprimirlos.

—Los malcontentos, contestó Raseles, no estarán siempre sin razon bajo la mas justa y vigilante administracion de los negocios públicos. Nadie, por mas atento que sea, puede siempre descubrir aquel mérito que la indigencia ó los partidos oscurecen; y nadie, por mucho que sea su poder, logra recompensarlo siempre. Además, el que ve el mérito inferior antepuesto al suyo, naturalmente imputará esta preferencia á la parcialidad ó al capricho; y en verdad que apenas puede nadie esperar que un hombre, sea cual fuere su linaje ó la magnanimidad de que le haya dotado la naturaleza, pueda persistir constantemente en la fija é inexorable justicia de distribucion: ora halagará sus propias afecciones, ora las de sus validos; permitirá que le deleiten algunos que no pueden servirle nunca; en aquellos que ama descubrirá cualidades que realmente no les adornan, y procurará satisfacer á su vez á los que le complazean; así es que á menudo prevalecerán las recomendaciones compradas con dinero ó con el mas destructor soborno, al cual se prestan la adulacion y el servilismo.

El que tiene mucho que hacer, cometerá alguna injusticia, y deberá sufrir las consecuencias de esta sinrazon; y si fuese posible que siempre obrara rectamente, sin embargo, cuando la multitud ha de juzgar de su conducta, los malos le censuran y molestan por malevolencia, y los buenos de vez en cuando por equivocacion.

Léjos por lo tanto están las mas elevadas dignidades de ser el asiento de la felicidad, y me inclino á creer que esta abandonó los tronos y palacios para morar entre las familias humildes y la plácida oscuridad. Con todo, ¿qué puede impedir la satisfaccion ó frustrar las esperanzas de aquel cuyos talentos son adecuados á sus empleos; que ve con sus propios ojos todo el círculo de su influjo; que guiado por su sola inteligencia, elige las personas en quienes deposita su confianza, y á quien ninguna de ellas es provocada á engañar por la esperanza ó el temor? Seguramente debe tan solo amar y ser amado, para ser virtuoso y feliz.

—Si una bondad perfecta proporcionase perfecta felicidad, dijo Nekayah, nunca ofreceria este mundo la ocasion de juzgar y decidir; pero al menos puede sostenerse que no hallamos felicidad visible en proporcion á la virtud visible tambien. Todas las calamidades naturales, como casi todas las políticas, son incidentes comunes al bueno y al malo; estos se confunden en los horrores de un hambre, y apenas obtienen distincion en las colisiones de los partidos; húndense juntos en una tempestad, y juntos son expulsados de su país por los invasores. Todo lo que su virtud puede darles, es la tranquilidad de conciencia y una esperanza segura de llegar á un estado mas dichoso; esto nos da fuerzas para sufrir con paciencia las calamidades; pero recordemos que la paciencia supone aflicciones.

CAPÍTULO XXVIII.

Raselas y Nekayah continúan su conversacion.

—Querida princesa, dijo Raselas, tú tambien caes en los errores comunes de una declamacion exagerativa, pintando en una conversacion familiar ejemplos de calamidades nacionales y escenas de grandes miserias que mas se hallan en los libros que en el mundo, y que como son horribles, llevan el sello de lo extraordinario. No paremos mientes en males que no sufrimos, ni ennegrezcamos la vida con falsas relaciones. Soy enemigo de esa elocuencia quejumbrosa que amenaza todas las ciudades con un sitio como el de Jerusalem, presagia el hambre á cada nube de langostas, y suspende la peste en las alas de toda ráfaga de viento procedente del Mediodía.

Cuando se trata de los males necesarios é inevitables que abrumen simultáneamente á las naciones, son estériles las disputas, y cuando acontecen deben sufrirse; pero es evidente que el desarrollo de tales conflictos es mas temido que experimentado. Infinitos hombres florecen en la juventud y se marchitan en la vejez, sin tener noticia de otros males que los domésticos, y participan de los mismos placeres y disgustos, ora sean bondadosos ó crueles sus reyes, ora persigan sus ejércitos al enemigo, ó retrocedan ante él. En tanto que las cortes se commueven por las divisiones intestinas, y

los embajadores negocian en países extranjeros, el herrero no deja de encorvarse ante su yunque, y el labrador de ahondar la tierra con su arado; las necesidades de la vida siguen su curso, y las sucesivas estaciones del año continúan efectuando sus acostumbradas revoluciones.

Cesemos de considerar lo que tal vez no acontecerá nunca, y lo que cuando acontezca pondrá en ridículo la meditación humana, y no intentemos modificar el curso de los elementos ó fijar el destino de los reinos. Nuestra ocupacion se reduce á reflexionar lo que nuestros semejantes pueden ejecutar, trabajando cada uno para su respectiva felicidad, y promoviendo dentro de su círculo, por mas limitado que sea, la felicidad de los demás.

El matrimonio es ciertamente un precepto de la naturaleza; el hombre y la mujer nacieron para ser compañeros uno de otra, y por lo tanto vivo en la conviccion de que el matrimonio es uno de los instrumentos de la felicidad.

— Ignoro, dijo la princesa, si el matrimonio es algo mas que uno de los innumerables accidentes de las miserias humanas. Cuando contemplo las varias formas de desdicha conyugal, las inesperadas causas de incesantes discordias, la diversidad de temperamentos, la divergencia de opiniones, las rudas colisiones de deseos contrarios, á las cuales son marido y mujer lanzados por violentos impulsos, y las obstinadas contiendas de opuestas virtudes en que ambos se encastillan por el sentimiento de la buena intencion; estoy al-

gunas veces dispuesta á creer, con los severos casuistas de la mayor parte de las naciones, que el matrimonio es mas permitido que aprobado, y que nadie contrae lazos indisolubles sino arrastrado por una pasion demasiado halagada.

— Parece, replicó Raselas, que te olvidas de que ahora mismo has pintado el celibato como menos feliz que el matrimonio. Ambos estados pueden ser malos, mas no ambos los peores. Sucede que cuando se sustentan opiniones erróneas, estas se destruyen mutuamente, y ponen el juicio en frente de la verdad.

— No creia, contestó la princesa, que lo imputaras al error, hijo solamente de la debilidad. Para el juicio, como para los ojos, es difícil comparar con exactitud objetos vastos en su extension y variados en sus partes. Cuando lo vemos ó concebimos todo en globo, notamos al punto los distintivos, y damos la preferencia; mas con respecto á dos sistemas, ninguno de los cuales puede nadie examinar en su completa magnitud y en su multiplicidad de complicaciones, ¿ en qué consiste, al juzgar del todo por sus partes, mi alternativa afeccion por uno y otro, cuando ambos ocupan mi memoria ó mi imaginacion? Nosotros diferimos de nosotros mismos en el instante que diferimos uno de otro, cuando solo vemos parte de la cuestion, como en las diferentes relaciones políticas y morales; pero cuando percibimos el todo á un tiempo, como en las computaciones numéricas, un mismo juicio lo abarea y nadie cambia nunca de opinion.

— No añadamos, dijo el príncipe, la amargura de la controversia á los males de la vida, ni compitamos en sutilezas de argumentacion. Nos ocupa una investigacion de cuyo buen éxito hemos de disfrutar ambos igualmente, ó de cuyo malogro debemos sufrir las consecuencias; por lo tanto, conviene que nos ayudemos recíprocamente. Por lo visto, te decides demasiado pronto por la infelicidad del matrimonio y contra su institucion. ¿No prueban sin cesar las miserias de la vida, que la vida no puede ser la gracia del cielo? El mundo debe poblarse con ó sin el matrimonio.

— Poco me importa, observó la princesa, que el mundo se pueble de una ú otra manera, y poco ha de importarte á tí. No veo peligro alguno en que la generacion actual prescindida de dejar sucesores: ahora no investigamos por el bien del mundo, sino por el nuestro.

CAPITULO XXIX.

Continúa el debate sobre el matrimonio.

— Cuando es bueno el todo, dijo Raselas, buenas son tambien todas sus partes. Si el matrimonio es lo mejor para el género humano, es claro que ha de ser lo mejor para sus individuos, y si un deber constante y necesario causa el mal, algunos deben inevitablemente sacrificarse en aras de la conveniencia de los demás. De la apreciacion que has hecho de

ambos estados, resulta que las incomodidades de los que viven en el celibato son en su mayor parte necesarias y ciertas, pero accidentales y fáciles de evitar las de los casados.

No puedo menos de lisonjearme de que la prudencia y la bondad son el fundamento de la felicidad conyugal. La general indiscrecion de los hombres y las mujeres, origina una queja general. ¿Qué puede esperarse sino el desengaño y el arrepentimiento de una eleccion verificada en la irreflexion de la juventud, en el ardor del deseo, sin prudencia ni prevision, sin examinar la conformidad de opiniones, la semejanza de costumbres, la rectitud de juicio ó la pureza de sentimiento?

Veamos lo que comunmente sucede con relacion al matrimonio. Un jóven y una doncella se encuentran por casualidad, ó se hallan juntos por otra razon cualquiera, cambian miradas, cólmanse de atenciones, van á sus respectivas casas, y ambos se ven recíprocamente en sueños. Como es poco lo que les distrae ó diversifica sus pensamientos, se hallan desasosados mientras la separacion les roba á sus mútuas miradas, y por lo tanto creen que serán dichosos viviendo juntos. Se casan, y luego descubren lo que únicamente les habia ocultado antes una voluntaria alucinacion: consumen su existencia en medio de continuas disensiones, y se vuelven de cruel índole.

De esos prematuros matrimonios dimana igualmente la rivalidad entre padres é hijos: el hijo anhela disfrutar del

mundo antes de que el padre ponga un pié en la tumba, y apenas hay hogar para dos familias; al paso que la hija empieza á desplegar las gracias de su juventud, antes de que la madre se resigne á marchitarse, y la una no puede menos de desear la ausencia de la otra.

No cabe duda en que todos esos inconvenientes pueden eludirse merced á la deliberacion y demora que para toda eleccion irrevocable prescribe la prudencia. En la variedad y alegría de los placeres juveniles, puede vivirse con harto contento sin ayuda del matrimonio. El tiempo da mas experiencia, y unas perspectivas mas dilatadas ofrecen mejores ocasiones de examinar y elegir; á lo menos hay una ventaja cierta, y es, que los padres son indefectiblemente mas viejos que sus hijos.

—Lo que la razon no puede aclarar y la experiencia no ha enseñado todavía, solo puede saberse por la relacion de los demás, replicó Nekayah. Me han dicho que los matrimonios celebrados en edad avanzada no son eminentemente felices. Esta es cuestion muy importante para desdenarla, y á menudo la he propuesto á personas cuyo espíritu de observacion y rectitud de juicio hacen muy digno de atencion su parecer. Esas personas han afirmado generalmente que, tanto para el hombre como para la mujer, es arriesgado confiarse recíprocamente su suerte en un tiempo en que tienen fijadas sus opiniones y establecidas sus costumbres, cuando entrambos han contraido amistades, cuando han metodizado su vida y meci-

do su alma en la contemplacion de sus propias esperanzas.

—Casi es imposible que dos personas, haciendo el viaje de este mundo conducidas por la casualidad, hayan seguido ambas la misma senda; y pocas veces sucede que una ú otra dejen la vereda que la costumbre les ha hecho agradable. Cuando la voluble ligereza de la juventud se ha regularizado, el orgullo no se humilla á ceder, y la obstinacion se complace en luchar. Y aun cuando la estimacion mútua engendra el deseo mútuo de agradar, el tiempo mismo, á medida que modifica inmutablemente el semblante exterior, determina tambien la direccion de las pasiones, y da inflexible rigidez á las costumbres. A las inveteradas no se renuncia fácilmente: el que espera cambiar el curso de su vida, muchas veces se afana en vano. ¿Cómo, pues, conseguiremos para otros, lo que no podemos conseguir para nosotros mismos?

—Pero seguramente, replicó el príncipe, supones olvidado ó desatendido el principal motivo de la eleccion. Siempre que yo buscare esposa, lo primero que preguntaré será si está dispuesta á regirse por la razon.

—Esta es la aberracion de los filósofos, dijo Nekayah. Hay mil disputas domésticas que la razon no puede nunca decidir; cuestiones que eluden toda investigacion y ridiculizan la lógica; casos en que debe hacerse algo y decirse muy poco. Considera el estado de la humanidad, escudriña, y hazte cargo de cuán poco es de creer que en algunas circunstancias, pequeñas ó grandes, se obre con todas las razones para

obrar que á la mente se ocurren. Infelices, infelicísimos serian los esposos que estuviesen condenados por la razon á acordar por la mañana todos los minuciosos detalles de un dia doméstico.

Los que se casan en edad avanzada, probablemente evitan las usurpaciones de sus hijos; pero en disminucion de esta ventaja, suelen dejarles ignorantes y desamparados, á la merced de un tutor; ó bien, si esto no tiene lugar, tienen á lo menos que bajar al sepulcro antes de ver que las prendas mas queridas de sus entrañas merezcan la veneracion pública por su sabiduría ó grandeza.

En cuanto á sus hijos, si tienen menos que temer, tambien tienen menos que esperar, y pierden, sin equivalente, los goces de un amor temprano y la conveniencia de unirse con genios dóciles y ánimos susceptibles de nuevas impresiones, lo cual haria desaparecer sus diferencias de carácter, mediante una larga cohabitacion, como los cuerpos blandos conforman uno á otro sus superficies con un roce continuo.

Yo creo que los que se casan tarde son los que están mas contentos de sus hijos, y los que temprano, de sus consortes.

—La union de estos dos afectos, dijo Raselas, produciria todo lo que puede desearse. Tal vez hay una edad en que el matrimonio puede unirlos; una edad ni demasiado temprana para el padre, ni demasiado tarde para el marido.

—A cada momento, contestó la princesa, me confirmo en mi prevencion favorable á la proposicion tan á menudo ex-

presada por Imlac; esto es, que la naturaleza reparte sus bienes á derecha é izquierda. Las condiciones que halagan la esperanza y encienden el deseo, están constituidas de tal modo, que cuando nos aproximamos á la una, nos apartamos de la otra. Hay bienes tan opuestos, que no podemos alcanzarlos, y solamente por un exceso de prudencia pasamos por entre ellos á una distancia muy grande para conseguir uno ú otro. De una prolongada consideracion resulta con frecuencia que no se hace nada cuando se intenta hacer mas de lo que es permitido á la humanidad. No te lisonjees de la diversidad de los placeres; elige entre los bienes que estén delante de tí, y queda contento. Nadie puede saborear los frutos del otoño mientras se recrea con la fragancia de las flores de la primavera, ni nadie á un mismo tiempo llenar de agua una taza en las fuentes y en las bocas del Nilo.

CAPÍTULO XXX.

Imlac entra y muda la conversacion.

Entonces entró Imlac y les interrumpió.

—Imlac, dijo Raselas, la princesa me ha contado la deplorable historia de la vida privada, y casi me veo sin aliento para proseguir mis investigaciones.

—Paréceme, dijo el poeta, que mientras estais haciendo la eleccion de vida, os descuidais de vivir. Os paseais por una

sola ciudad, que por mas grande y variada que sea, ofrece pocas novedades, y os olvidais de que vivís en un país famoso entre las monarquías mas jóvenes, por el poder y sabiduría de sus habitantes; un país en que antiguamente brillaron las ciencias que iluminan el mundo, y fuera del cual no pueden descubrirse las artes de la sociedad civil ó de la vida doméstica.

Los antiguos egipcios nos han dejado monumentos de industria y poder, ante los cuales queda eclipsada toda la magnificencia europea. Las ruinas de su arquitectura son escuelas de los arquitectos modernos, y por las maravillas que el tiempo ha respetado, podemos conjeturar, aunque inciertamente, lo que ha destruido.

—Mi curiosidad, dijo Raselas, no es tan fuerte que me induzca á examinar columnas de piedra y montones de tierra; el objeto de mi ocupacion es el hombre. No he venido aquí para medir fragmentos de templos y descubrir acueductos obstruidos, sino para contemplar las diferentes escenas de la humanidad.

—Las cosas que á la vista tenemos, dijo la princesa, requieren y merecen atencion. ¿Qué nos importan los héroes ó los monumentos de la antigüedad, de unos tiempos que jamás volverán? ¿Qué unos varones cuya forma de vida era diferente de todo lo que reclama ó permite la actual condicion del género humano?

—Para conocer alguna cosa, replicó el poeta, debemos

conocer sus efectos; para ver á los hombres, debemos ver sus obras, á fin de que podamos venir en conocimiento de lo que la razon ha dictado ó la pasion promovido, y hallar cuáles son los mas poderosos motivos de accion. Para juzgar rectamente del presente, hemos de contraponerlo al pasado, pues todo juicio es comparativo, y nada se sabe del porvenir. Es sabido que ninguna imaginacion se ocupa mucho del presente: los recuerdos, y las sombras de lo futuro, absorben casi todos los momentos de nuestra existencia. ¡Nuestras pasiones son alegría y pesar, amor y ódio, esperanza y temor. El pasado es el objeto de la alegría y del pesar, y el porvenir lo es de la esperanza y del temor; el amor y el ódio se refieren tambien al pasado, pues la causa debe de haber sido antes que el efecto.

El estado actual del mundo es consecuencia del primero, y es natural inquirir cuáles eran las fuentes del bien que gozamos ó del mal que sufrimos. Si obramos por nuestro propio bien, no es prudente desatender el estudio de la historia, y si se nos confia el bien de los demás, no es justo. La ignorancia, cuando voluntaria, es criminal; y aquel merece la desdicha que no quiere aprender el modo de prevenirla.

No hay parte alguna de la historia tan universalmente útil como la que refiere los progresos del entendimiento humano, el gradual mejoramiento de la razon, los sucesivos adelantos de la ciencia, las vicisitudes de la sabiduría y la ignorancia, que son luz y tinieblas de los seres racionales,

muerte y resurreccion de las artes, y las revoluciones del mundo intelectual. Si las relaciones de batallas ó invasiones son peculiarmente la ocupacion de los príncipes, no deben despreciarse las artes útiles ó bellas; los que tienen reinos que gobernar, tienen entendimientos que cultivar.

El ejemplo tiene siempre mas eficacia que el precepto. El soldado se forma en la guerra, y el pintor en la copia de cuadros. Para este es mejor la vida contemplativa: raras veces se ven grandes acciones, al paso que las obras artísticas están siempre al alcance de los que desean saber los privilegios de ejecucion con que el arte cuenta.

Quando una obra no comun hiere nuestra vista ó nuestra imaginacion, una alma activa excogita inmediatamente los medios con que á cabo fué llevada, y entonces da comienzo la verdadera utilidad de semejante contemplacion, pues exhibamos nuestra inteligencia con nuevas ideas, y quizá reconquistamos alguna arte perdida para la humanidad, ó aprendemos lo que en nuestro país se sabe con menos perfeccion; á lo menos comparamos los tiempos primitivos con los actuales, y nos alegramos de nuestros progresos, ó damos el primer paso hácia el bien así que descubrimos nuestros defectos.

—Yo quiero ver, dijo el príncipe, todo lo que pueda ser útil á mis investigaciones.

—Y yo, dijo la princesa, me alegraria de saber alguna cosa de las costumbres antiguas.

—El monumento mas pomposo de la grandeza egipcia, y una de las obras mas enormes de la industria manual, dijo Imlac, son las pirámides, fábricas levantadas antes de los tiempos históricos, de las cuales las narraciones mas antiguas solo nos ofrecen tradiciones inciertas. La pirámide principal subsiste todavía muy poco injuriada por el tiempo.

—Visitémoslas mañana, dijo Nekayah. He oido hablar con frecuencia de las pirámides, y no estaré contenta hasta que las haya visto por dentro y fuera con mis propios ojos.

CAPÍTULO XXXI.

Los príncipes visitan las pirámides.

Tomada la resolucion, partieron al dia siguiente. Colocaron tiendas sobre sus camellos, resueltos á permanecer entre las pirámides hasta que su curiosidad quedase completamente satisfecha. Viajaban despacio, se dirigian á derecha é izquierda hácia algun objeto notable, se paraban de vez en cuando, conversaban con los habitantes, y observaban el variado espectáculo de pueblos arruinados ó habitados, y de la naturaleza yerma ó cultivada.

Quando llegaron á la gran pirámide, quedaron asombrados de la extension de su base y de la altura de su vértice. Imlac les explicó los principios en que se fundara la eleccion de la forma piramidál para un monumento destinado á pro-

longar su duracion á la par del mundo; manifestó que su progresiva disminucion le prestaba una estabilidad que desafiaba los frecuentes ataques de los elementos, y hasta los mismos terremotos, que son el menos resistible de los sacudimientos de la naturaleza. Una concusion que derribase la pirámide, amagaria la destruccion del continente.

Midieron todas sus dimensiones, y colocaron sus tiendas al pié del monumento. Al dia siguiente se prepararon para entrar en su parte interior, y habiéndose procurado los guías necesarios, subieron al primer pasadizo; pero la favorita de la princesa retrocedió estremeuida al ver la cavidad.

— Pekuah, dijo la princesa, ¿de qué te asustas?

— De la angosta entrada y de esta espantosa oscuridad, contestó Pekuah. No me atrevo á penetrar en un sitio seguramente habitado por almas en pena. Los primeros poseedores de estas horribles cavernas se agitarán delante de nosotros y nos encerrarán aquí para siempre.

Y mientras hablaba, rodeaba con sus brazos el cuello de su señora.

— Si solo temes las apariciones, dijo el príncipe, prometo salvarte: entre los muertos no se corre peligro alguno, pues el que fue una vez enterrado, enterrado estará siempre.

— Respecto de que nadie ve nunca aparecer los muertos despues de enterrados, dijo Imlac, no quiero declararme en contra del invariable testimonio de todas las edades y nacio-

nes. No existe un pueblo, rudo ó instruido, en donde no se refieran y crean las apariciones de los muertos. Esta opinion, que quizá prevalece tanto como se difunde el género humano, podria universalizarse solo por su verdad: los pueblos que nunca oyeron hablar uno de otro, nunca habrian convenido en una tradicion que solo puede acreditar la experiencia. Lo que ponen en duda simples sofistas, debilita muy poco la evidencia general, y algunos que lo niegan con sus labios, lo confiesan con sus temores.

Pero no trato de añadir nuevos terrores á los que ya han sobrecogido á Pekuah. No hay razon alguna para que los espectros frecuenten la pirámide mas que otros lugares, ó para que tengan el poder ó la voluntad de ofender la inocencia y la pureza. Nuestra visita no viola sus privilegios; si nosotros no podemos perjudicarles, ¿cómo pueden ofendernos?

— Querida Pekuah, dijo la princesa, yo iré siempre delante de tí, é Imlac te seguirá. Tén presente que eres la compañera de la princesa de Abisinia.

— Si la princesa no tiene inconveniente en que su servidora muera, replicó Pekuah, ordene para ella una muerte menos espantosa que el encierro en esta horrorosa caverna. Yo no me atrevo á desobedecerte: si me lo mandas te seguiré; pero una vez haya entrado, no saldré viva.

La princesa vió que su temor era muy grande para reprenderla ó discutir, y abrazándola, le dijo que permaneciera en la tienda hasta que volviesen. Pekuah no estaba aun

satisfecha, y suplicó á la princesa que no insistiese en tan formidable propósito como el de penetrar en el interior de la pirámide.

— Aunque no puedo enseñar el valor, dijo Nekayah, no debo aprender la cobardía, ni dejar al fin por hacer lo que solamente he venido aquí para efectuar.

CAPÍTULO XXXII.

Entran en la pirámide.

Pekuah se retiró á las tiendas, y los demás entraron en la pirámide: atravesaron las galerías, vieron las bóvedas de mármol y examinaron la urna en que se supone haber sido depositado el cuerpo del fundador. En seguida se sentaron en una de las piezas mas espaciosas para descansar un momento antes de salir.

— Ya hemos recreado nuestro ánimo, dijo Imlac, con la exacta inspeccion de la obra mayor del hombre, excepto la muralla de la China.

Es muy fácil explicar el motivo de la construccion de tal muralla. Ella daba seguridad á una nacion rica y medrosa, defendiéndola de las incursiones de los bárbaros, que por su inhabilidad en las artes, mas querian atender á sus necesidades con la rapiña que con la industria, é invadian de vez en cuando las pacíficas poblaciones mercantiles, bien así como

los buitres se arrojan contra el ave doméstica. Su celeridad, fiereza é ignorancia hacian necesaria la muralla.

Pero por lo que toca á las pirámides, nunca se ha dado una razon que explique el coste y trabajo de la obra. La estrechez de las piezas prueba que no podian ofrecer un refugio contra los enemigos, y los tesoros habrian hallado un lugar de depósito mucho menos costoso, con igual seguridad. Parece que las pirámides se erigieron solamente para satisfacer el hambre de la imaginacion, que sin cesar devora la vida, y que siempre debe aplacarse dándola ocupacion. Los que ya tienen cuanto pueden disfrutar, deben ensanchar el círculo de sus deseos. El que ha edificado por necesidad hasta que esta quede satisfecha, empieza á edificar por vanidad y extiende su plan al mas alto poder de la ejecucion humana, para no verse pronto reducido á concebir otro deseo.

Yo considero esta gigantesca construccion como un monumento de la insuficiencia de los goces humanos. Un rey cuyo poder es ilimitado y cuyos tesoros sobrepujan á todas las necesidades reales é imaginarias, es compelido á dar solaz con la ereccion de una pirámide á la saciedad del mando y al disgusto de los placeres, y á endulzar el tedio de una vida decadente, mirando cómo infinitos trabajadores apiñan constantemente piedras sin designio alguno. Quien quiera que tú seas, que, no contento con una condicion moderada, crees que la felicidad reside en la magnificencia real, y que

satisfecha , y suplicó á la princesa que no insistiese en tan formidable propósito como el de penetrar en el interior de la pirámide.

— Aunque no puedo enseñar el valor , dijo Nekayah , no debo aprender la cobardía , ni dejar al fin por hacer lo que solamente he venido aquí para efectuar.

CAPÍTULO XXXII.

Entran en la pirámide.

Pekuah se retiró á las tiendas , y los demás entraron en la pirámide : atravesaron las galerías , vieron las bóvedas de mármol y examinaron la urna en que se supone haber sido depositado el cuerpo del fundador. En seguida se sentaron en una de las piezas mas espaciosas para descansar un momento antes de salir.

— Ya hemos recreado nuestro ánimo , dijo Imlac , con la exacta inspeccion de la obra mayor del hombre , excepto la muralla de la China.

Es muy fácil explicar el motivo de la construccion de tal muralla. Ella daba seguridad á una nacion rica y medrosa , defendiéndola de las incursiones de los bárbaros , que por su inhabilidad en las artes , mas querian atender á sus necesidades con la rapiña que con la industria , é invadian de vez en cuando las pacíficas poblaciones mercantiles , bien así como

los buitres se arrojan contra el ave doméstica. Su celeridad , fiereza é ignorancia hacian necesaria la muralla.

Pero por lo que toca á las pirámides , nunca se ha dado una razon que explique el coste y trabajo de la obra. La estrechez de las piezas prueba que no podian ofrecer un refugio contra los enemigos , y los tesoros habrian hallado un lugar de depósito mucho menos costoso , con igual seguridad. Parece que las pirámides se erigieron solamente para satisfacer el hambre de la imaginacion , que sin cesar devora la vida , y que siempre debe aplacarse dándola ocupacion. Los que ya tienen cuanto pueden disfrutar , deben ensanchar el círculo de sus deseos. El que ha edificado por necesidad hasta que esta quede satisfecha , empieza á edificar por vanidad y extiende su plan al mas alto poder de la ejecucion humana , para no verse pronto reducido á concebir otro deseo.

Yo considero esta gigantesca construccion como un monumento de la insuficiencia de los goces humanos. Un rey cuyo poder es ilimitado y cuyos tesoros sobrepujan á todas las necesidades reales é imaginarias , es compelido á dar solaz con la ereccion de una pirámide á la saciedad del mando y al disgusto de los placeres , y á endulzar el tedio de una vida decadente , mirando cómo infinitos trabajadores apiñan constantemente piedras sin designio alguno. Quien quiera que tú seas , que , no contento con una condicion moderada , crees que la felicidad reside en la magnificencia real , y que

el poder y las riquezas pueden saciar el apetito de novedad proporcionando placeres continuos, examina las pirámides y confiesa tu locura.

CAPÍTULO XXXIII.

La princesa experimenta una desgracia inesperada.

Levantáronse y salieron por la cavidad que les habia servido de entrada. La princesa preparaba para su favorita una larga narracion de oscuros laberintos y suntuosas cámaras, y de las diferentes impresiones que las variedades de la pirámide la habian causado; pero cuando se reunieron con su comitiva, vieron que todos estaban silenciosos y abatidos; los hombres manifestaban vergüenza y temor en sus semblantes, y las mujeres lloraban en las tiendas.

No trataron de conjeturar lo que habia acontecido, sino que inmediatamente lo preguntaron.

—No bien entrasteis en la pirámide, dijo uno de los sirvientes, cuando una horda de árabes cayó sobre nosotros; éramos pocos para resistir, y ya no habia tiempo para escapar. Iban á registrar las tiendas, á ponernos sobre nuestros camellos y á llevarnos consigo, cuando la aproximacion de algunos jinetes turcos les puso en fuga; pero cogieron á la señora Pekuah y á sus dos doncellas, y las arrebataron; ahora

los turcos están persiguiéndoles á petición nuestra, pero temo que no podrán alcanzarles.

La princesa quedó sobrecogida de sorpresa y dolor. Raselas, en el primer arrebato de cólera, ordenó á sus criados que le siguiesen, y se preparó á perseguir alfanje en mano á los bandidos.

—Señor, dijo Imlac, ¿qué te prometes de la violencia ó del valor? Los árabes montan caballos adiestrados en los combates y en la retirada, y nosotros solo tenemos bestias de carga. Dejando estos reales podemos perder á la princesa, sin esperanzas de recobrar á Pekuah.

Los turcos volvieron, sin haber podido alcanzar al enemigo. La princesa prorumpió en nuevos lamentos, y Raselas no pudo menos de reprenderles por su cobardía; pero Imlac era de opinion que la fuga de los beduinos no aumentaba la desgracia, pues quizá hubieran dado muerte á las cautivas primero que entregarlas.

CAPÍTULO XXXIV.

Regreso al Cairo, sin Pekuah.

Nada habia que esperar permaneciendo allí por mas tiempo, y volvieron al Cairo arrepentidos de su curiosidad, censurando la negligencia del gobierno, lamentándose de su propia temeridad en no haberse procurado una escolta, imagi-

nando muchos expedientes que habrian precavido la pérdida de Pekuah, y resolviendo gestionar para recobrarla, aunque nadie podia hallar un medio oportuno que poner en práctica.

Nekayah se retiró á su gabinete, donde sus doncellas esperaban consolarla, diciéndola que todo tenia sus contratiempos, y que la señora Pekuah habia sido muy dichosa en el mundo, y podia tener fundadas esperanzas de un cambio de fortuna. Creian que la sobrevendria algun bien do quiera que se hallase, y que su ama encontraria otra amiga que ocupase su lugar.

La princesa no dió respuesta alguna, y ellas continuaron expresando su sentimiento, no con el corazon muy apesarado por la pérdida de la favorita.

Al dia siguiente el príncipe presentó al Bajá un memorial relativo al agravio que se le habia hecho, demandando reparacion. El Bajá prometió castigar á los salteadores, pero no se cuidó de prenderles, ni pudo por otra parte obtener indicios que le facilitaran la persecucion.

Pronto se echó de ver que nada se conseguiria mediante la autoridad. Los gobernadores, acostumbrados á conocer de mas crímenes de los que podian castigar, descansaban holgadamente con indiferente descuido, y cuando perdian de vista al recurrente, al punto olvidaban la demanda.

Imlac procuró en seguida adquirir algunas noticias por medio de agentes privados. Halló á muchos que afectaban un exacto conocimiento de todas las guaridas de los árabes, y

una correspondencia ordinaria con sus jefes, y que al momento emprendieron la liberacion de Pekuah. Algunos agentes recibieron dinero para su viaje, y no volvieron nunca; otros fueron largamente recompensados por noticias que á los pocos dias resultaron falsas; pero la princesa no queria dejar de poner en juego ningun medio, por mas inoportuno que fuese, y mientras hacia algo, no perdía la esperanza. Cuando fallaba un expediente, se imaginaba otro; cuando un mensajero regresaba sin buenas noticias, se despachaba otro á distinto punto.

Pasaron dos meses, y nada se supo de Pekuah. Las esperanzas que se habian recíprocamente alimentado, fueron perdiéndose, y la princesa, al ver que ya no quedaba recurso, cayó desconsolada en una profunda tristeza. Reprochóse mil veces por la condescendencia que tuvo al permitir que su favorita no la siguiese á la pirámide.

—Si mi cariño, dijo, no se hubiese contrapuesto á mi autoridad, Pekuah no se habria atrevido á expresar sus temores, pues me hubiera temido mas que á los espectros; una severa mirada la habria intimidado, y una orden perentoria obligado á obedecer. ¿Porqué abrigo tan desatinada indulgencia? ¿Porqué no hablé, sin escuchar?

—Gran princesa, dijo Imlac, no te reprendas por tu virtud, ó no la consideres vituperable, aunque haya causado una desgracia accidental. Tu consideracion á la timidez de Pekuah fué generosa y amable. Cuando obramos segun

nuestro deber, encomendamos el éxito al Criador, á tenor de cuyas leyes se gobiernan nuestras acciones, y el cual no permitirá que nadie sea castigado por su obediencia. Cuando al esperar algun bien natural ó moral, conculcamos los preceptos que se nos han prescrito, nos apartamos de la direccion de la sabiduría suprema, y quedamos responsables de toda consecuencia. El hombre no conoce tanto la conexion de las causas con los efectos, que pueda aventurarse á ser injusto para hacer justicia. Cuando caminamos á nuestro objeto por sendas legales; podemos consolarnos de nuestro engaño con la esperanza de una futura recompensa. Cuando solamente consultamos nuestra astucia, y procuramos hallar una senda mas cercana al bien, traspasando los límites de la justicia y la injusticia, no podemos felicitarnos aun por el éxito, porque no nos es dado huir de la conviccion de nuestra falta; además, si nos extraviarnos, el desengaño es irremediabilmente acerbo. ¡Cuán-insusceptible de consuelo es el pesar de quien siente á un tiempo los remordimientos de sus faltas y la amargura del mal que le han acarreado!

Considera, princesa, lo afligida que ahora estarías, si la señora Pekuah hubiese deseado acompañarte, y, obligada á quedarse en las tiendas, hubiese sido robada; ó lo que pensarias si la hubieses forzado á entrar en la pirámide, y hubiera muerto de terror en tu presencia.

—Tanto si hubiese acontecido lo uno como lo otro, contestó Nekayah, al punto hubiera muerto de dolor; habria su-

frido y enloquecido al recordar tanta crueldad, ó desfallecido aborrecida de mí misma.

—A lo menos, dijo Imlac, la recompensa de tu virtuosa conducta es que ninguna consecuencia fatal puede hacer que te arrepientas de tu conducta.

CAPÍTULO XXXV.

La princesa se aflige porque no tiene á Pekuah á su lado.

Reconciliada consigo misma, Nekayah conoció que ninguna desgracia es insoportable sino la que va unida con el sentimiento íntimo de que hemos sido injustos. Desde entonces quedó libre de la violencia de una afliccion aguda, y cayó en silenciosa meditacion y melancólica tranquilidad. Desde la mañana hasta la noche recordaba todo lo que Pekuah habia hecho ó dicho, atesoraba cuidadosamente todos los dijes de que Pekuah hiciera aprecio, y que podian traerla á la memoria un pequeño incidente ó una alegre conversacion. Las opiniones de aquella á quien ya no esperaba ver mas, eran guardadas en su memoria como preceptos de la vida, y Nekayah no meditaba sino para conjeturar la opinion ó el consejo que hubiera dado Pekuah en tal ó cual circunstancia.

Como las doncellas que la servian no sabian nada de su real condicion, ella no les dirigia la palabra sino con pre-

caucion y reserva. Nekayah empezó á templar su curiosidad, sin gran cuidado de aglomerar ideas que no tenia ocasion de emitir.

Raselas procuró primeramente consolarla, y despues distraerla; solia ver á unos músicos, y ella afectaba escucharles, pero no les oia. Dióla maestros para que la instruyesen en varias artes, los cuales hubieron de repetir casi siempre sus lecciones. Nekayah habia perdido su aficion al placer y su ambicion de brillar, y aunque á veces se distraia por breves instantes, siempre estaba pensando en su amiga, cuya imagen no se apartaba nunca de su mente.

Todas las mañanas rogaba encarecidamente á Imlac que renovase sus indagaciones, y todas las noches le pedia noticias de Pekuah, hasta que el poeta, no pudiendo dar á la princesa la deseada respuesta, se hallaba cada vez menos dispuesto á presentarse delante de Nekayah, quien, observando su negligencia, le mandó que la escuchase atentamente, y le dijo:

— No debes confundir la impaciencia con el resentimiento, ó suponer que te acuso de negligente, porque me aflijo al ver el mal éxito de tus gestiones. No me maravillo de tu ausencia; bien sé que los infelices nunca están alegres, y que el hombre esquivo naturalmente el contagio de la desdicha. Oír lamentos es tan pesado para el infeliz como para el dichoso. ¿Quién oscureceria con la nube de una pena adventicia los efimeros resplandores de contento que la vida nos

concede? ¿Quién, cuando gime en sus pesares, querrá exacerbarnos con ajenos infortunios?

No está léjos el dia en que los suspiros de Nekayah no molestarán á nadie: ya no daré ningun paso mas en busca de la felicidad, pues estoy resuelta á retirarme del mundo y de todos sus halagos y falacias, y á vivir en la soledad, sin mas cuidado que componer mis pensamientos y regularizar las horas de mi vida con una constante sucesion de ocupaciones inocentes, hasta que con el alma purificada de todo deseo terrenal, entraré en aquellas mansiones á que todos se dirigen apresuradamente, y en donde espero disfrutar otra vez de la amistad de Pekuah.

— No embaraces tu alma, dijo Imlac, con determinaciones irrevocables, ni aumentes el peso de la vida con una voluntaria acumulacion de penas: el hastío del retiro continuará ó subirá de punto, aun cuando se olvidare la pérdida de Pekuah. Estar privada de un placer, no es una razon para que desprecies los demás.

— Desde que Pekuah me fue robada, dijo la princesa, no tengo ningun placer que despreciar ó conservar. La que no tiene á nadie á quien amar ó en quien confiar, poco tiene que esperar, pues que necesita de los principios radicales de la felicidad. Tal vez podemos conceder que toda la satisfaccion que á este mundo ofrecer le es dado, nace de la combinacion de las riquezas con la instruccion y la bondad: la riqueza es nula cuando no se emplea bien, y nada es la ins-

truccion cuando no se comunica; por consiguiente, deben derramarse entre los demás; pero ahora, ¿á quién puedo gozarme en darlas? La bondad ofrece el único consuelo que nos es permitido disfrutar sin la compañía de otra persona, y la bondad es susceptible de práctica en el retiro.

— Ahora no discutiré sobre si la soledad admite la bondad ó la aumenta, replicó Imlac, pero acuérdate de la confesion del piadoso ermitaño. Tú querrás volver al mundo cuando se borre de tu imaginacion la imágen de tu compañera.

— Nunca haré tal, dijo Nekayah. La generosa franqueza, la modesta finura y la completa fidelidad de mi cara Pekuah, no se apartarán jamás de mi memoria, mientras yo viva contemplando el vicio y la fragilidad humana.

— El estado de un alma oprimida por una repentina desgracia, observó Imlac, es como el de los fabulosos habitantes de la tierra recién creada, que cuando se vieron envueltos en la oscuridad de la primera noche, creyeron que nunca volveria á brillar el dia. Cuando las nubes del dolor se amontonan sobre nosotros, nada vemos al través de ellas, ni siquiera imaginamos que se disiparán; pero á la noche sucede un nuevo dia, y el dolor no siempre deja de vislumbrar una aurora de alivio. Pero los que no quieren aceptar consuelos, hacen lo que los salvajes hubieran hecho si se hubiesen sacado los ojos cuando reinaba la oscuridad. El alma, como el cuerpo, está en continuo flujo: á cada momento pier-

de ó adquiere algo. Perder mucho á la vez es inconveniente á cualquiera; pero mientras las facultades vitales permanecen incólumes, la naturaleza halla los medios de reparacion. La distancia obra el mismo efecto sobre el alma que sobre los ojos, y mientras nos deslizamos en la carrera del tiempo, todo lo que dejamos detrás va siempre disminuyendo, y todo aquello á que nos acercamos crece en magnitud. No hagas estadiza la vida, sino la quieres entristecer por falta de movimiento; lánzate otra vez á la corriente del mundo, y Pekuah desaparecerá paulatinamente de tu imaginacion, hallarás otra favorita, ó aprenderás á desahogarte en la conversacion general.

— A lo menos, dijo el príncipe, no te desesperes antes de probar todos los remedios. Todavía continúan las investigaciones acerca del paradero de la infortunada Pekuah, y proseguirán aun con mayor diligencia, pero con la condicion de que has de prometer aguardar un año para el éxito, sin tomar ninguna resolucion invariable.

Esta demanda, hecha á ruegos de Imlac, pareció razonable á Nekayah, que hizo dicha promesa á su hermano. Imlac no tenia ciertamente grandes esperanzas de libertar á Pekuah; pero creia que contando con el término de un año, la princesa no llegaria á encerrarse en un convento.

CAPÍTULO XXXVI.

Mas recuerdos de Pekuah. Progresos del dolor.

Al ver Nekayah que se habian hecho todos los esfuerzos posibles para hallar á su favorita, y habiendo abandonado por entonces la intencion de retirarse, á causa de su promesa, empezó insensiblemente á entregarse de nuevo á las penas y placeres comunes. Alegrábase á pesar suyo cuando se endulzaban sus pesares, y algunas veces se sorprendia con indignacion en el acto de alejar de su memoria á Pekuah, á quien no sabia resolverse á olvidar nunca.

Señaló pues cierta hora del dia para meditar sobre los méritos y afecto de Pekuah, y durante algunas semanas se retiró constantemente á la hora prefijada, volviendo con los ojos hinchados y el semblante anublado. Volvióse poco á poco menos escrupulosa, permitiendo que algun obstáculo importante y urgente demorase el diario tributo de lágrimas. Despues cedió á menos ocasiones, olvidó de vez en cuando lo que ya temia recordar, y por último, eximióse enteramente del deber de afligirse cada dia.

Pero su verdadero amor á Pekuah no habia aun disminuido. Mil incidentes se la traian á la memoria, y mil deseos que tan solo puede satisfacer la confianza de la amistad, se la hacian echar de menos muy á menudo. Por esto suplicó á Im-

lac que nunca desistiese de sus indagaciones, ni dejase de poner por obra todos los medios imaginables y no practicados aun, para que á lo menos pudiese tener el consuelo de saber que no sufría por descuido ó pereza.

—Pero ¡ay! ¿qué esperar, decia, de nuestro afan por correr en pos de la felicidad, cuando vemos ser tal la condicion humana, que la misma felicidad es causa de la desdicha? ¿Por qué tratamos de conseguir aquello cuya posesion no es segura? De hoy mas, me guardaré de dar mi corazon á la bondad, siquiera sea eminente, ó á la estimacion, siquiera sea ternísima, por no volver á perder lo que con Pekuah he perdido.

CAPÍTULO XXXVII.

La princesa recibe nuevas de Pekuah.

A los siete meses, uno de los mensajeros enviados el dia en que Nekayah hizo su promesa, regresó, despues de muchas correrías inútiles, de los confines de la Nubia, con la noticia de que Pekuah se hallaba en manos de un jefe beduino que poseia un castillo ó fortaleza al extremo del Egipto. El árabe, cuyas rentas provenian del robo, exigia por ella y sus dos doncellas un rescate de doscientas onzas de oro.

El precio no fué objeto de discusion. Cuando la princesa supo que su favorita vivia y podia ser rescatada tan fácil-

mente, no cupo en sí de alegría. Ya no pensó en retardar un momento la felicidad de Pekuah ó la suya propia, sino que suplicó á su hermano que enviase al mensajero con la suma exigida. Imlac fué consultado, y no fió mucho en la veracidad del narrador, dudando aun mas de la fé del árabe, el cual podia, si se confiaba demasiado en él, retener á la vez el dinero y las cautivas.

Creia peligroso ponerse ellos mismos en manos del beduino yendo á su distrito, y desconfiaba de que el ladron quisiera exponerse hasta el punto de entrar en un país donde tal vez le prenderian las fuerzas del Bajá.

Cuando no hay confianza, son difíciles las negociaciones; empero, despues de alguna deliberacion, envió Imlac al mensajero para proponer que Pekuah fuese conducida por diez jinetes al monasterio de San Antonio, situado en los desiertos del Egipto Superior, donde seria recibida por otros tantos, y se pagaria su rescate.

A fin de no perder tiempo, pues esperaban que la proposicion seria aceptada, pusiéronse inmediatamente en camino para el monasterio, y llegados, Imlac pasó adelante con el mensajero hácia la fortaleza del árabe. Raselas deseaba ir con ellos; pero ni su hermana ni Imlac lo consintieron. Insiguiendo la costumbre de su nacion, el árabe observaba las leyes de la hospitalidad muy escrupulosamente para con los que iban á visitarle, y á los pocos dias acompañó á Pekuah y sus dos doncellas al punto señalado, donde recibió la suma

estipulada, y púsolas en libertad con el mayor respeto, encargándose de escoltarles á todos hácia el Cairo, hasta ponerles fuera de todo peligro de robo ú otra violencia.

La princesa y su favorita se abrazaron con trasportes de un júbilo muy vivo para poder expresarse, y se apartaron para derramar lágrimas de ternura y exhalarsen en protestas de cariño y gratitud. Dentro de pocas horas volvieron al refectorio del convento, donde, en presencia del prior y la comunidad, el príncipe rogó á Pekuah que narrase la historia de sus aventuras.

CAPÍTULO XXXVIII.

Aventuras de Pekuah.

—«Cuándo y cómo fuí robada, dijo Pekuah, ya os lo han contado vuestros criados. Lo repentino del suceso me sorprendió, y quedé mas asombrada que agitada de temor ó de pena. Mi confusion tomaba creces por la celeridad y tumulto de nuestra fuga cuando nos perseguian los turcos, que, segun parece, pronto desesperaron de alcanzarnos ó tuvieron miedo de aquellos á quienes afectaban amenazar.

«Al verse los árabes fuera de peligro, moderaron su carrera, y cuando sufrí menós, exteriormente, por aquella violencia, empezó á nacer la inquietud en mi ánimo. Poco des-

mente, no cupo en sí de alegría. Ya no pensó en retardar un momento la felicidad de Pekuah ó la suya propia, sino que suplicó á su hermano que enviase al mensajero con la suma exigida. Imlac fué consultado, y no fió mucho en la veracidad del narrador, dudando aun mas de la fé del árabe, el cual podia, si se confiaba demasiado en él, retener á la vez el dinero y las cautivas.

Creia peligroso ponerse ellos mismos en manos del beduino yendo á su distrito, y desconfiaba de que el ladron quisiera exponerse hasta el punto de entrar en un país donde tal vez le prenderian las fuerzas del Bajá.

Cuando no hay confianza, son difíciles las negociaciones; empero, despues de alguna deliberacion, envió Imlac al mensajero para proponer que Pekuah fuese conducida por diez jinetes al monasterio de San Antonio, situado en los desiertos del Egipto Superior, donde seria recibida por otros tantos, y se pagaria su rescate.

A fin de no perder tiempo, pues esperaban que la proposicion seria aceptada, pusieronse inmediatamente en camino para el monasterio, y llegados, Imlac pasó adelante con el mensajero hácia la fortaleza del árabe. Raselas deseaba ir con ellos; pero ni su hermana ni Imlac lo consintieron. Insiguiendo la costumbre de su nacion, el árabe observaba las leyes de la hospitalidad muy escrupulosamente para con los que iban á visitarle, y á los pocos dias acompañó á Pekuah y sus dos doncellas al punto señalado, donde recibió la suma

estipulada, y púsolas en libertad con el mayor respeto, encargándose de escoltarles á todos hácia el Cairo, hasta ponerles fuera de todo peligro de robo ú otra violencia.

La princesa y su favorita se abrazaron con trasportes de un júbilo muy vivo para poder expresarse, y se apartaron para derramar lágrimas de ternura y exhalarsen en protestas de cariño y gratitud. Dentro de pocas horas volvieron al refectorio del convento, donde, en presencia del prior y la comunidad, el príncipe rogó á Pekuah que narrase la historia de sus aventuras.

CAPÍTULO XXXVIII.

Aventuras de Pekuah.

—«Cuándo y cómo fuí robada, dijo Pekuah, ya os lo han contado vuestros criados. Lo repentino del suceso me sorprendió, y quedé mas asombrada que agitada de temor ó de pena. Mi confusion tomaba creces por la celeridad y tumulto de nuestra fuga cuando nos perseguian los turcos, que, segun parece, pronto desesperaron de alcanzarnos ó tuvieron miedo de aquellos á quienes afectaban amenazar.

«Al verse los árabes fuera de peligro, moderaron su carrera, y cuando sufrí menós, exteriormente, por aquella violencia, empezó á nacer la inquietud en mi ánimo. Poco des-

pues nos detuvimos en una hermosa pradera, cerca de un manantial que debajo de umbrosos árboles corría, donde fuimos sentadas en el césped, y nuestros raptos nos presentaron los refrigerios que ellos tomaban. Sentéme con mis doncellas algo apartada de los demás, y nadie pensó en consolarnos ni insultarnos. Entonces comencé á sentir todo el peso de mi desgracia. Las doncellas lloraban en silencio y de vez en cuando me miraban para que las socorriera. Yo ignoraba la suerte que se nos habia reservado, y no podia conjeturar el punto de nuestro cautiverio, ni abrigar alguna esperanza de libertad. Estábamos en poder de unos ladrones salvajes, y yo no hallaba ninguna razon para suponer que su piedad excediera á su justicia, y que se abstuviesen de satisfacer algun ardiente deseo ó algun capricho cruel. Con todo, consolé á mis doncellas y procuré tranquilizarlas, haciéndoles observar que aun se nos habia tratado con decoro, y que, puesto que los árabes se veian libres de toda persecucion, no habia peligro de que atentaran á nuestra vida.

«Cuando tuvimos que montar otra vez á caballo, mis doncellas prurrieron en clamores y se negaron á partir; pero las mandé que no irritasen á los que nos tenian en su poder. Viajamos lo restante del dia por un país salvaje y sin caminos, y á la luz de la luna llegamos al pié de un cerro, donde se hallaba establecido el resto de la compañía. Las tiendas estaban fijadas y el fuego encendido. Nuestro jefe fué recibido como á un hombre muy amado de sus inferiores.

«Nosotras fuimos introducidas en una tienda espaciosa, donde hallamos mujeres que habian esperado la vuelta de sus maridos de la expedicion. Presentáronnos la cena que habian aderezado, y comí, no tanto para satisfacer mi apetito, como para dar ánimo á mis doncellas. Concluida la cena, se prepararon alfombras para descansar. Yo estaba rendida de fatiga, y en el sueño esperaba hallar aquel alivio de los pesares que rara vez nos niega la naturaleza. Disponiéndome pues á desnudarme, observé que aquellas mujeres me miraban atentamente, no esperando, segun creo, verme servida con tanto respeto. Cuando se me hubo quitado el sobretodo, parecieron maravillarse de la riqueza de mis vestidos, y una de ellas puso tímidamente la mano sobre el brocado. En seguida se marchó y casi al momento volvió con otra mujer que parecia ser de mas alto rango y ejercer mas autoridad, la cual hizo, al entrar, la reverencia de costumbre, y tomándome de la mano me condujo á una tienda mas pequeña, de alfombras mas finas adornada, donde pasé tranquilamente la noche con mis doncellas.

«Al dia siguiente por la mañana, mientras estaba sentada en el césped, vino á verme el capitán de la compañía. Levantéme para recibirle, y se inclinó con profundo respeto.

«— Ilustre dama, dijo, soy mas afortunado de lo que me habia atrevido á esperar: mis mujeres me han dicho que tengo una princesa en mi campamento.

«— Señor, contesté, tus mujeres se han y te han en-

gañado : no una princesa , sino una infeliz extranjera soy , que intenta salir pronto de este país , en el cual debo ya permanecer cautiva para siempre .

« — Quien quiera y de donde quiera que seas , replicó el árabe , tus vestidos y los de tus criadas revelan la superioridad de tu rango y la copia de tus riquezas . ¿ Por qué te crees en peligro de cautiverio perpetuo , tú que tan fácilmente puedes alcanzar tu rescate ? El objeto de mis excursiones es aumentar mis riquezas , ó mejor , reunir tributo . Los señores de Ismael son los señores naturales y hereditarios de esta parte del continente , usurpada por los últimos invasores y por malnacidos tiranos , de quienes nos vemos obligados á tomar con la punta de la espada lo que niegan á la justicia . La violencia de la guerra no admite distinciones , y la lanza dirigida contra el delincuente y el poderoso hiere algunas veces á la inocencia y la hermosura .

« — ¡ Cuán léjos estaba de esperar , exclamé , que ayer me hiriese á mí !

« — Las desgracias se deberian esperar siempre , contestó el árabe . Si el ojo de la hostilidad pudiera ser reverente ó compasivo , una mujer de tan altas cualidades como tú se veria libre de todo ataque ; pero los ángeles del dolor derraman sus penas sobre el virtuoso como sobre el malvado , sobre el poderoso como sobre el indigente . No te desconsuelen : no soy de aquellos bandidos inhumanos y crueles del desierto , y sé los preceptos de la vida civil . Fijaré tu res-

cate , daré un pasaporte á tu mensajero y cumpliré mi convenio con exacta puntualidad .

« Ya podeis figuraros cuán encantada y alegre quedé de su amabilidad . Conociendo que su pasion predominante era la sed de oro , creí menor mi peligro , pues pensaba que nadie tendria por demasiado fuerte ninguna suma para libertar á Pekuah . Díjele que no hallaria motivos para tacharme de ingrata , si se me trataba con finura , y que cualquier cantidad que se me exigiera como á una jóven de clase comun , sería pagada ; pero que no debia persistir en tasar mi rescate como el de una princesa . Contestóme que consideraria lo que debia hacer ; y luego , souriendo , se inclinó y retiró .

« Poco despues vinieron á rodearme las mujeres , compitiendo todas en solicitud para conmigo , y hasta mis doncellas eran servidas con respeto .

« Viajábamos á cortas jornadas .

« Al cuarto dia díjome el jefe que mi rescate estaba fijado en doscientas onzas de oro , y no solo se las prometí , sino que le ofrecí añadir otras cincuenta , si á mí y mis doncellas se nos trataba decorosamente .

« Hasta entonces no conocí el poder del dinero . Desde aquel dia tuve á los árabes á mi disposicion . Las jornadas eran largas ó cortas segun mi voluntad , y las tiendas se fijaban en los puntos que yo indicaba . Entonces ya teníamos camellos y otras comodidades para el viaje ; mis doncellas no se apartaban de mi lado , y yo me complacia en ob-

servar las costumbres de los pueblos nómadas, y en contemplar los restos de los monumentos antiguos con que al parecer fueron en remotos días profusamente embellecidas aquellas desiertas regiones.

« El jefe de la partida era un hombre algo instruido: viajaba guiado por las estrellas ó por la brújula, y en sus errantes expediciones habia observado los puntos mas dignos de la atención del viajero. Díjome que los edificios se preservan siempre mejor en los lugares poco frecuentados y de difícil acceso; pero que cuando un país declina una vez de su primitivo esplendor, cuanto mas negligentes son los habitantes, con tanta mas presteza se llena de ruinas. Los muros suministran piedras con mas prontitud que las canteras, y se demuelen palacios y templos para construir establos de granito y cabañas de pórfido.

CAPÍTULO XXXIX.

Continuación de las aventuras de Pekuah.

« Estuvimos viajando durante algunas semanas, ya como nuestro jefe ordenaba para complacerme, ya como yo disponia para conveniencia suya.

« Esforzábame para manifestar contento, pues el enojo y el resentimiento habrían sido estériles, y así mi alma gozaba de mas tranquilidad; pero mi corazón se acordaba siempre

de Nekayah, y las penas de la noche preponderaban sobre las distracciones del día.

« Mis doncellas, que consagraban todo su cariño á su señora, depusieron inquietudes y temores desde que me vieron tratada con respeto, y se entregaban á los incidentales alivios de nuestra fatiga, sin cuidado ni pesar. Su alegría me alegraba y su confianza me infundia valor. Desde que supe que el árabe asolaba el país solamente para acumular riquezas, se habia desvanecido bastante mi natural terror.

« La avaricia es un vicio uniforme y tratable.

« Las demás perversidades intelectuales son diferentes en diferentes templos de alma. Lo que halaga el orgullo de uno, ofende el orgullo de otro; pero para obtener el favor del codicioso, hay siempre un camino abierto; désele dinero, y en todo consiente.

« Por último llegamos á la mansion de nuestro jefe, que era una fuerte y espaciosa casa de piedra, edificada en un islote del Nilo, y situada bajo el trópico, segun me contaron.

« — Señora, díjome el árabe, permanecerás en este punto durante algunas semanas, y entretanto puedes considerarte como una reina entre sus vasallos. Mi ocupacion es la guerra: por eso he elegido esta humilde residencia, de donde puedo salir inopinadamente, y á donde es fácil retirarme sin ser perseguido. Puedes, pues, quedar tranquila: aquí hay pocos placeres, pero no hay peligro alguno que temer.

« En seguida me condujo á las habitaciones interiores , y haciéndome sentar en el cugin mas precioso, retiróse despues de inclinarse profundamente. Sus mujeres , que me tenian por una rival , me miraban con malignidad; pero informadas luego de que era una gran señora detenida solo por mi rescate , empezaron á competir en obsequiosidad y respeto.

« Consolada de nuevo con repetidas promesas de una cercana libertad , calmé por algunos dias mi impaciencia observando aquellos lugares. Las torrecillas dominaban el país á gran distancia , y ofrecian una vista de muchas vueltas y revueltas del tortuoso rio. Durante el dia me paseaba de un punto á otro , mientras el curso del sol daba variedad al esplendor de las galas que desplegaba la naturaleza , presentándose ante mis sorprendidas miradas objetos hasta entonces para mí desconocidos. Los cocodrilos y los hipopótamos abundan en aquella despoblada region , y yo los contemplaba sobrecogida de terror , á pesar de que sabia que no podian hacerme daño alguno. Figurábame que tambien veria sirenas y tritones que , segun me dijo Imlac , los viajeros europeos creen que habitan en las ondas del Nilo ; pero nunca aparecieron animales de tal especie , y cuando pregunté por ellos á los árabes , se rieron de mi credulidad.

« Por la noche el árabe me aguardaba siempre en una torre apartada para observaciones astronómicas , y en la que trataba de enseñarme los nombres y el movimiento de los astros. Mi aficion á este estudio no era muy grande; pero fue-

me necesario fingir alguna atencion para complacer á mi maestro , que se preciaba de inteligente ; y al cabo de poco tiempo conocí que era indispensable alguna ocupacion para entretener el tédio del tiempo , que habia de pasar rodeada siempre de los mismos objetos. Cansábame de ver por la noche las cosas de que ya me habia cansado por la mañana , y esto por último me determinó á observar los astros preferentemente á no hacer nada ; pero no siempre me era dado coordinar mis ideas , y muy á menudo estaba pensando en Nekayah , mientras los demás creian que contemplaba el cielo. A los pocos dias partió el árabe para otra expedicion , y entonces mi único placer se cifraba en departir con mis doncellas acerca del percance que nos puso en manos de los árabes , y de la dicha que gozaríamos al terminar nuestro cautiverio. »

—Si en la fortaleza del árabe habia mujeres , dijo la princesa , ¿por qué no trabaste amistad con ellas , ni disfrutaste de su conversacion , ni compartiste sus diversiones ? ¿Por qué habias de dejarte consumir por la melancolía , en un lugar donde ellas hallaban ocupacion ó solaz ? ¿Por qué por algunos meses no podias sufrir una condicion en que ellas estaban condenadas á vivir para siempre ?

—«Las diversiones de aquellas mujeres , contestó Pekuah , solo eran juegos infantiles que no entretienen el entendimiento acostumbrado á menos frívolas operaciones. Yo podia hacer todo lo que hacian ellas , por medio de facultades puramente sensibles , mientras las intelectuales se fijaban en

el Cairo. Las veía correr de uno á otro cuarto, como pájaros que saltan de uno á otro alambre dentro de su jaula. Bailaban con objeto de estar en vivo movimiento, como cabras que brinean por la pradera. A veces la una pretendía haber recibido algun daño, á fin de que las demás se alarmasen, ó se ocultaba para que otra la buscase. Pasaban el tiempo contemplando el curso de los ligeros cuerpos que flotaban en el río, y observando las variadas formas que en la esfera tomaban las nubes.

«Su única ocupacion era coser y bordar, en cuyas labores á veces las ayudábamos yo y mis doncellas; pero no sabeis que la atencion se aparta fácilmente de los dedos, ni sospechais que el sentimiento del cautiverio y de la ausencia de Nekayah no podia ceder al solaz que ofrecian las flores de seda.

«De su conversacion no debía prometerme mucha amenidad; ¿de qué podian hablar que ameno fuese? Nada habian visto; habian vivido desde su infancia en aquel reducido islote, y no tenian noticia de lo que no habian visto, ni sabian leer. Solo estaban al corriente de las pocas cosas que habia dentro de aquella perspectiva, y apenas tenian nombres para designar los objetos que no pertenecian á sus vestidos ó á su alimento. Viendo que me portaba como una mujer de alta clase, llamábanme á menudo para terminar sus desavenencias, que decidia tan equitativamente como se me alcanzaba. Si me hubiese sido fácil entretenerme oyendo las quejas de cada

una contra todas, hubiera oido largas historias; pero eran tan exíguos los motivos de su enfado, que no podia prestar atencion sin interrumpir el cuento.»

—Es pues extraño, dijo Raselas, que el árabe á quien describes como á hombre de prendas no comunes, pueda refocilarse en un serrallo ocupado por semejantes mujeres. ¿Son admirablemente hermosas?

—«No carecen, contestó Pekuah, de esa belleza fria é innoble que puede subsistir sin viveza ó sublimidad, sin juicio sólido y sin virtudes dignas. Pero para un hombre como el árabe, semejante belleza no era mas que una flor arrancada por casualidad y arrojada con indiferencia. Cualesquiera que fuesen los placeres que en medio de ellas hallaba, no nacian de la amistad, ni de la sociedad. Cuando se divertian á su alrededor, mirábalas con apática superioridad, y cuando se afanaban por merecer su atencion, marchábase disgustado. Como eran ignorantes, su conversacion no quitaba ningun grado al tedio de la vida, y como no podian elegir su ternura, fingida ó verdadera, no le inspiraba orgullo ni gratitud; no hallaba halago alguno en las sonrisas de unas mujeres que no veian á otro hombre alguno, ni quedaba muy obligado por un cariño de que nunca podia saber la sinceridad. Además, érale fácil conocer con frecuencia que la demostracion de ese cariño servia, no tanto para complacerle, como para afligir á una rival. Lo que él daba y ellas recibian, por via de amor, consistia en una indolente distribucion del

tiempo sobrante, esto es, el amor que un hombre puede tener á un objeto que desdeña; el que no tiene esperanza ni temor, alegría ni pesar.»

—Razon tienes, señora, para creerte feliz, dijo Imlac, despues de haber salido tan pronto de aquel sitio. ¿Cómo era posible que un alma ávida de instruccion se consolase de perder, en medio de su hambre intelectual, tan rico banquete como la conversacion de Pekuah?

—« Paréceme, contestó esta, que el beduino permaneció indeciso durante algun tiempo, puesto que á pesar de su promesa, siempre que le proponia enviar un mensajero al Cairo, hallaba algun pretexto para retardar el cumplimiento de su palabra. Mientras estuve detenida en su casa, practicó varias excursiones á los países circunvecinos, y tal vez se habria negado á devolverme la libertad si sus rapiñas hubiesen llenado la medida de sus deseos. Visitábame siempre con amabilidad, contábame sus aventuras, admitia con gusto mis observaciones, y procuraba adelantarme en el conocimiento de la astronomía. Cuando le importunaba para enviar mis cartas, se deshacia en protestas de honor y de sinceridad, y cuando ya no podia dejar de rendirse á mis súplicas, partía de nuevo con sus beduinos, dejando á mi cargo el gobierno de la casa durante su ausencia. Esta estudiada tardanza me affigia sobremanera, y á veces me acosaba el temor de ser olvidada, pues á salir vosotros del Cairo, yo hubiera terminado mis dias en una isla del Nilo.

« Por último perdí toda esperanza y caí en un abatimiento penoso; de modo que me cuidé tan poco de darle conversacion, que por algun tiempo habló mas frecuentemente con mis doncellas. Tan fatal hubiera sido para nosotras que se hubiese enamorado de ellas, como de mí, y aquella creciente amistad no dejaba de incomodarme algun tanto. Pero mi ansiedad no duró mucho, pues cuando recobré parte de mi buen humor, el árabe volvió á ser para conmigo lo que siempre, y no pude menos de arrepentirme de mi anterior zozobra.

« Aun continuaba demorando el árabe la partida de un comisionado que percibiese mi rescate, y tal vez nunca se habria determinado á ello, si el vuestro no se hubiese dirigido á él. El bandido no pudo rehusar, cuando le fué ofrecido, el oro que no se apresuraba á recoger. Activó, pues, los preparativos de nuestro viaje á este punto, lo mismo que un hombre libertado de un conflicto intestino, y despedíme de mis compañeras de la casa, que en aquel acto se mostraron llenas de fria indiferencia.»

Oida la narracion de su favorita, Nekayah se levantó y estrechóla entre sus brazos. Raselas la dió cien onzas de oro, que ella entregó al árabe en vez de las cincuenta prometidas.

CAPÍTULO XL.

Historia de un sabio.

Nuestros prófugos del valle feliz estaban tan contentos de verse reunidos, que apenas se separaban por un momento. El príncipe comenzaba á tener afición al saber, y un dia declaró á Imlac que intentaba dedicarse á las ciencias y pasar el resto de sus dias en la soledad literaria.

—Antes de hacer tu eleccion final, contestó Imlac, debes examinar sus azares y conversar con los hombres que han encanecido en la compañía de sí mismos. Acabo de dejar el observatorio de uno de los astrónomos mas hábiles del mundo, el cual ha invertido cuarenta años en el incansable examen del movimiento y aparicion de los cuerpos celestes, y espaciado su alma en interminables cálculos. Recibe mensualmente á un corto número de amigos, y les entera de sus deducciones y descubrimientos. Yo le fuí presentado como persona inteligente y digna de su atencion. Los hombres de conocimientos varios y de facundia son generalmente bien recibidos por aquellos cuyas ideas se han fijado largo tiempo en un solo punto, y que descubren las imágenes de otros objetos ocultos. Agradábanle mis observaciones, oia con gusto la relacion de mis viajes, y olvidaba con gozo las constelaciones para descender por un momento á la baja tierra.

La segunda vez que le visité, tuve la dicha de volver á complacerle; desde entonces templó la severidad de su sistemática conducta, y me concedió la entrada en su observatorio cuando cumpliese á mis deseos. Siempre le hallaba ocupado, y siempre gozoso de que yo le distrajera. Cuando el uno sabia mucho lo que el otro deseaba aprender, cambiábamos nuestras noticias con mútua satisfaccion. A mí no se me ocultaba que cada vez mas iba captándome su confianza, y continuamente descubria nuevos motivos para admirar su profundo entendimiento. Su inteligencia es vasta, su memoria capaz y retentiva, su razonamiento metódico, y su expresion clara.

Su integridad y benevolencia son tan grandes como su saber. Interrumpe con gusto sus mas profundas investigaciones y estudios favoritos para hacer buenas obras con sus consejos ó sus riquezas. Todos los que necesitan su auxilio son admitidos en su retiro mas oculto, aun cuando esté ocupadísimo: «Aunque soy enemigo de la ociosidad y de los placeres, dice, nunca cerraré mi corazon á la caridad. El hombre á quien se permite examinar el firmamento, tambien tiene el deber de practicar la virtud.»

—Ese hombre seguramente es feliz, observó la princesa.

—Yo continuaba visitándole con mas frecuencia, prosiguió Imlac, y cada dia quedaba mas satisfecho de su conversacion: era sublime sin orgullo, cortés sin formalidad, y comunicativo sin jaectancia. Al principio, gran princesa, fuí

de tu opinion: créle el mas dichoso de los mortales, y á menudo le felicité por la ventura de que gozaba. Parecia oirlo todo con indeferencia, menos los elogios dirigidos á su condicion, á los cuales daba siempre una contestacion general, haciendo recaer la conversacion sobre algun otro punto.

En esta buena predisposicion á ser complacido y esforzarse en complacer, hallé luego razon para imaginar que algun pesar agobiaba su alma. Muchas veces alzaba ansiosamente el astrónomo sus miradas al sol, é interrumpia sus palabras. Cuando nos hallábamos los dos solos, de vez en cuando me miraba silenciosamente y con el aire de un hombre que anhelaba decir lo que aun estaba resuelto á callar. A menudo me enviaba á llamar con urgencia, aunque no tuviese nada extraordinario que decirme; y á veces, al separarme de su lado, me llamaba de nuevo, reflexionaba algunos momentos, y luego me dejaba salir.

CAPÍTULO XLI.

El astrónomo revela la causa de su inquietud.

Por último vino un dia, continuó Imlac, en que se rompió el sello del secreto. Anoche nos hallábamos ambos sentados en el observatorio de su casa, examinando la emersion de un satélite de Júpiter, cuando el cielo se anubló de repente á impulsos de una tempestad que frustró nuestros designios.

Quedamos por un momento silenciosos en medio de las tinieblas, y luego me dirigió el sabio estas palabras:

—«Imlac, há mucho tiempo que considero tu amistad como el mayor bien de mi vida. La integridad sin instruccion es débil é inútil, y la instruccion sin integridad es peligrosa y temible. En tí he hallado todas las cualidades indispensables para merecer la confianza y la benevolencia, y para ser varon fuerte y experimentado. Há tiempo que desempeño un cargo que pronto abandonaré de orden de la naturaleza, y en los dias de impotencia y de pena tendré el gusto de resignarlo en tus manos.»

Tuve á mucha honra semejante testimonio de amistad y afecto, y protesté que todo lo que pudiese conducir á su felicidad coadyuvaria tambien á la mia.

—«Oye, Imlac, prosiguió el astrónomo, lo que difícilmente vas á creer. La regulacion del tiempo y la division de las estaciones han corrido á mi cargo por espacio de cinco años. El sol ha escuchado mis preceptos y pasado de trópico á trópico bajo mi direccion. A mi voz las preñadas nubes han descargado sus aguas, y el Nilo ha salido de madre; he templado el ardor de la canícula y amortiguado el fuego del cáncer. Solamente los vientos, entre todas las potencias elementales del mundo, se han resistido hasta hoy á mi autoridad, y muchísimas personas han perecido en las tempestades equinocciales, que yo era incapaz de prohibir ó detener. He ejercido este importante empleo con exacta justicia, y repartido

imparcialmente entre las diferentes naciones de ambos hemisferios las aguas pluviales y las claras y ardientes miradas del rey de los astros. ¿Cuál habria sido la desventura de la mitad del globo, si yo hubiese circunserito las nubes á regiones particulares, ó desterrado el sol á uno de los dos lados del ecuador?»

CAPÍTULO XLII.

Explánase y justificase la opinion del astrónomo.

Supongo que á pesar de la oscuridad de la habitacion, el astrónomo notó en mí algunas señales de asombro y de duda, porque despues de una breve pausa prosiguió de esta manera:

—«El no ser fácilmente creído no me sorprenderá ni ofenderá nunca, pues segun toda probabilidad, soy el primero de los hombres á quien se ha conferido tal empleo. Ni siquiera sé si distincion semejante es una gracia ó un castigo, pues mientras la he obtenido, mi felicidad ha sido mucho menor que antes, y solo el sentimiento de la buena intencion me hubiera permitido soportar la pesadez de una vigilancia continua.»

—«¿Cuánto tiempo hace, le pregunté, que ejercéis tal empleo?»

—«Hace unos diez años, me contestó, que mis diarias

observaciones de los cambios de la esfera me inducian á considerar que si yo hubiese tenido el mando de las estaciones, habria podido derramar mayor abundancia sobre los habitantes de la tierra. Esta consideracion se apoderaba de mí mente, y permanecia dia y noche en un imperio imaginario, haciendo caer sobre este y aquel país lluvias benéficas, y secundándolas con una conveniente claridad de sol. No tenia mas que la voluntad de hacer bien, y no creia que tuviese la facultad de ejercerlo siempre.

«Cierta dia, mientras contemplaba los campos quemados por el calor, sentíme dominado repentinamente por el deseo de hacer llover sobre las montañas del Mediodía, y de hacer salir de madre el Nilo. Arrebatado por mi imaginacion, mandé que lloviese, y calculando el tiempo trascurrido desde que dí la orden hasta el de la inundacion, deduje que las nubes habian oido mis palabras.»

—«¿No podia otra causa producir esa coincidencia? le dije; el Nilo no se desborda siempre en el mismo dia.»

—«No creas, me contestó impaciente, que se me ocultasen tales objeciones: razoné largo tiempo contra mi propia conviccion, luché obstinadamente con la verdad. A veces me tuve por loco, y no me habria atrevido á confiar este secreto sino á un hombre como tú, capaz de distinguir lo maravilloso de lo imposible, y lo increíble de lo falso.»

—«Pero ¿por qué, señor, le dije, llamais increíble lo que sabeis ó creéis saber que es verdad?»

imparcialmente entre las diferentes naciones de ambos hemisferios las aguas pluviales y las claras y ardientes miradas del rey de los astros. ¿Cuál habria sido la desventura de la mitad del globo, si yo hubiese circunserito las nubes á regiones particulares, ó desterrado el sol á uno de los dos lados del ecuador?»

CAPÍTULO XLII.

Explánase y justificase la opinion del astrónomo.

Supongo que á pesar de la oscuridad de la habitacion, el astrónomo notó en mí algunas señales de asombro y de duda, porque despues de una breve pausa prosiguió de esta manera:

—«El no ser fácilmente creído no me sorprenderá ni ofenderá nunca, pues segun toda probabilidad, soy el primero de los hombres á quien se ha conferido tal empleo. Ni siquiera sé si distincion semejante es una gracia ó un castigo, pues mientras la he obtenido, mi felicidad ha sido mucho menor que antes, y solo el sentimiento de la buena intencion me hubiera permitido soportar la pesadez de una vigilancia continua.»

—«¿Cuánto tiempo hace, le pregunté, que ejercéis tal empleo?»

—«Hace unos diez años, me contestó, que mis diarias

observaciones de los cambios de la esfera me inducian á considerar que si yo hubiese tenido el mando de las estaciones, habria podido derramar mayor abundancia sobre los habitantes de la tierra. Esta consideracion se apoderaba de mí mente, y permanecia dia y noche en un imperio imaginario, haciendo caer sobre este y aquel país lluvias benéficas, y secundándolas con una conveniente claridad de sol. No tenia mas que la voluntad de hacer bien, y no creia que tuviese la facultad de ejercerlo siempre.

«Cierta dia, mientras contemplaba los campos quemados por el calor, sentíme dominado repentinamente por el deseo de hacer llover sobre las montañas del Mediodía, y de hacer salir de madre el Nilo. Arrebatado por mi imaginacion, mandé que lloviese, y calculando el tiempo trascurrido desde que dí la orden hasta el de la inundacion, deduje que las nubes habian oido mis palabras.»

—«¿No podia otra causa producir esa coincidencia? le dije; el Nilo no se desborda siempre en el mismo dia.»

—«No creas, me contestó impaciente, que se me ocultasen tales objeciones: razoné largo tiempo contra mi propia conviccion, luché obstinadamente con la verdad. A veces me tuve por loco, y no me habria atrevido á confiar este secreto sino á un hombre como tú, capaz de distinguir lo maravilloso de lo imposible, y lo increíble de lo falso.»

—«Pero ¿por qué, señor, le dije, llamais increíble lo que sabeis ó creéis saber que es verdad?»

—« Porque no puedo probarlo con una evidencia exterior, me contestó; y sé muy bien las reglas de la demostración, para figurarme que mi convencimiento ha de influir en otro que no puede persuadirse como yo de su fuerza. Por eso no intento merecer crédito á fuer de controversista; á mí me basta conocer la facultad que há tanto tiempo tengo, y que cada día he ejercido. Pero la vida del hombre es breve, los achaques de la edad me agobian, y pronto vendrá la hora en que el regulador del año deberá confundirse con el polvo. Ha tiempo que me aguija el cuidado de nombrar un sucesor; he pasado muchos días y noches comparando el carácter de todos los hombres con quienes he trabado conocimiento, y aun no he hallado uno tan digno como tú. »

CAPÍTULO XLIII.

El astrónomo cede su cargo á Imlac.

« Escucha, pues, con la atención que la prosperidad de todo un mundo reclama, lo que voy á comunicarte. Si se tiene por diffeil la obligación de un rey que á su cuidado tiene solamente unos cuantos millones de almas, á quienes no puede hacer mucho bien ó mal, ¡cuál ha de ser la ansiedad de aquel de quien depende la acción de los elementos y los grandes bienes de la luz y del calor!—Óyeme pues con atención.

« He considerado afanosamente la posición de la tierra y del sol, y formado innumerables planes en que cambiaba su situación. A veces he colocado en otro punto el eje de la tierra, y á veces variado la eclíptica del sol; mas he hallado imposible combinar una disposición que mejorara el mundo; lo que una region gana, otra region pierde por algun cambio imaginable, aun sin tener en cuenta los puntos distantes del sistema solar, de que no tenemos conocimiento. Por lo tanto, cuando rijas el año no halagues tu orgullo haciendo innovaciones; no te complazcas en creer que puedes adquirir celebridad en las edades futuras, desconcertando las estaciones. La memoria de un daño no es fama digna de ambición. No te dejes tampoco dominar por el amor ó el interés: nunca prives de la lluvia á otros países para derramarla sobre el tuyo. A nosotros nos basta el Nilo. »

Prometle que cuando yo tuviese tal poder, usaria de él con inflexible integridad; y se despidió de mí estrechándome la mano.

—« Ahora mi corazón queda tranquilo, me dijo, y no tendré que arrepentirme de mi benevolencia, pues he hallado á un hombre sabio y virtuoso á quien trasmito gustosamente la herencia del sol. »

El príncipe oyó ese relato con grave atención; pero la princesa se sonrió y Pekuah prorumpió en una carcajada.

—Señoras, dijo Imlac, burlarse de la mas triste calamidad humana, no es caritativo ni discreto. Pocos adquieren la

sabiduría de ese hombre, y pocos practican sus virtudes; pero todos pueden sufrir su desgracia. De las incertidumbres de nuestro actual estado, la mas temible y alarmante es la de la continuidad del juicio.

La princesa volvió en sí, y la favorita quedó confusa. Raselas, mas profundamente afectado, preguntó á Imlac si creia frecuentes tales enfermedades de la mente, y cómo se contraian.

CAPÍTULO XLIV.

Peligroso dominio de la imaginacion.

—Los desórdenes intelectuales, contestó Imlac, acontecen mucho mas á menudo de lo que se figuran los observadores desatentos. Hablando con rigurosa exactitud, quizá ninguna persona se halla en su cabal juicio. No hay hombre alguno cuya imaginacion no predomine á veces sobre su razon; que pueda obrar libremente á su arbitrio, y cuyas ideas vengán y partan segun su voluntad. No hay hombre alguno en cuya mente no imperen á veces vanos pensamientos que le obligan á esperar ó temer, traspasando los límites de la sana probabilidad. Todo el poder de la imaginacion sobre el juicio es un grado de locura; pero mientras no es dado gobernarlo y reprimirlo, ese poder no es visible para los demás, ni considerado como una depravacion de las facultades mentales:

no es locura declarada, sino cuando se vuelve incorregible y reina sobre las palabras ó las acciones.

Favorecer el poder de la ficcion, y lanzar la imaginacion al espacio, es con frecuencia el pasatiempo de los que se complacen demasiado en las meditaciones silenciosas. Cuando nos hallamos solos, no siempre estamos ocupados; el trabajo de pensar es muy violento para durar demasiado, y el ardor de la investigacion conduce á veces á la negligencia, ó á la saciedad. El que no tiene objetos externos que le distraigan, se goza en sus propios pensamientos y concíbese á sí mismo tal como no es; pues ¿quién vive satisfecho de lo que verdaderamente es? Entonces se espacia en un futuro sin límites, y de todas las condiciones imaginables, escoge la que por de pronto cumpliria mas á sus deseos, los entretiene con fruiciones imposibles, y atribuye á su orgullo un imperio inasequible. La mente vaga de escena en escena, reúne todos los placeres en mil combinaciones, y embriágase con las delicias que ni la naturaleza ni la fortuna pueden ofrecer, á pesar de toda su munificencia.

Con el tiempo, la atencion se fija en alguna série particular de ideas, y son rechazados los demás deleites intelectuales. El alma, hastiada ú ociosa, recurre constantemente á su concepcion favorita, y bebe en la copa de deliciosas mentiras, siempre que la ofende la amargura de la verdad. El dominio de la imaginacion se afianza progresivamente; primer corece imperioso, y luego despótico. Entonces las fic-

ciones comienzan á obrar como realidades, las opiniones falsas avasallan la mente, y la vida corre envuelta en sueños arrebatados de alegría ó dolor.

Ese, señor, es uno de los peligros de la soledad, que el ermitaño ha confesado no promover siempre el bien, y que la desgracia del astrónomo ha probado no ser siempre propicia á la sabiduría.

— De hoy mas, dejaré de imaginarme reina de Abisinia, dijo Pekuah. Con frecuencia he pasado las horas que la princesa deja á mi disposicion, ajustando ceremonias y arreglando la corte; reprimido la soberbia del poderoso y accedido á las demandas del pobre; edificado nuevos palacios en sitios mas amenos; plantado alamedas en las cumbres de los montes, y gozádome en la munificencia de la real majestad, hasta el extremo de dejar de inclinarme ante la princesa, cuando ella me sorprende en tal distraccion.

— Por mi parte, dijo Nekayah, ya no me permitiré representar á las zagalas cuando sueño despierta. A menudo he regalado mis pensamientos con la tranquilidad é inocencia de los pasatiempos pastoriles, hasta el punto de creer oir en mi gabinete el gemido de los céfiros y el balido de las ovejas: ora he libertado el corderillo enredado en las malezas, ora acometido con mi cayado al lobo. Tengo un vestido como el de las aldeanas, y me lo pongo para dar alas á mi imaginacion; tambien tengo un caramillo que toco dulcemente, y me figuro que mis ganados me siguen.

— Confieso, dijo el príncipe, que me siento halagado por una delicia fantástica, mas peligrosa que las vuestras. Frecuentemente he procurado imaginar la posibilidad de un gobierno perfecto con que atajar toda injusticia, reformar todo vicio, y conservar la sencillez y la tranquilidad entre los súbditos. Este pensamiento origina infinitos planes de reforma, y dicta muchos reglamentos útiles y edictos saludables. Este ha sido mi entretenimiento y á veces mi trabajo en la soledad, y me estremezco al pensar con cuán poco sentimiento supuse un dia la muerte de mi padre y de mis hermanos.

— Tales son los efectos de quiméricos designios, contestó Imlac. Al formarlos vemos desde luego su absurdo: pero nos familiarizamos insensiblemente con ellos, y con el tiempo perdemos de vista su extravagancia.

CAPÍTULO XLV.

Conversacion con un anciano.

La noche estaba muy adelantada, y se levantaron para volver á su casa. Al pasar por las márgenes del Nilo contemplando los rayos de la luna que en las aguas rielaban, vieron á corta distancia un anciano á quien el príncipe habia oido muchas veces en el congreso de los sabios.

— Hé aquí un hombre, dijo, cuyos años le han calmado

las pasiones, pero no robado la inteligencia: coronemos las disquisiciones de esta noche, inquiriendo lo que piensa sobre su estado, para saber si solamente la juventud debe luchar y sufrir, y si para la última edad de la vida queda alguna esperanza mejor.

Acercóse el anciano y les saludó. Invitáronle á seguir juntos el camino, y hablaron por algun tiempo como conocidos que se habian encontrado casualmente. El anciano era placentero y locuaz, y en su compañía el camino parecia corto. Alegróse de no verse desdeñado, acompañóles á su casa, y á ruegos del príncipe tambien entró en ella. Hiciéronle ocupar el sitio de honor, y le presentaron vino y conservas.

— Señor, le dijo la princesa, á un hombre como tú, un paseo nocturno debe causarle placeres que la ignorancia y la juventud apenas pueden concebir. Tú conoces las cualidades y causas de todo lo que miras, las leyes que hacen manar los rios, los períodos en que los planetas ejecutan sus revoluciones. Todas las cosas deben excitar tu consideracion y robustecer la conviccion de tu propia dignidad.

— Señora, contestó él, prométase placeres en sus paseos el hombre alegre y vigoroso: basta que la senectud obtenga reposo y tranquilidad. Para mí el mundo ha perdido su novedad: miro en derredor, y veo lo que recuerdo haber visto en mas felices tiempos. Me reclino contra el tronco de un árbol, y reflexiono que á la misma sombra disputé un día

sobre la inundacion anual del Nilo, con un amigo que ya descansa mudo en la tumba. Alzo mis miradas, fíjolas en la inconstante luna, y medito dolorosamente acerca de las vicisitudes de la vida. He cesado de recrearme mucho en las verdades de la física; ¿qué importan unas cosas que en breve he de abandonar?

— A lo menos, observó Imlac, debe de seros grato el recuerdo de una vida intachable y útil, y el goce de la celebridad que todo el mundo os concede.

— La celebridad! exclamó suspirando el sabio. La celebridad es un vano fantasma para el anciano. No tengo madre que se alegre de la reputacion de su hijo, ni esposa que participe de los honores de su marido. He sobrevivido á mis amigos y á mis rivales. Ya nada tiene importancia para mí, puesto que no me es dado inspirar interés á nadie mas que á mí mismo. A la juventud se la contenta con aplausos, porque se la considera ansiosa de algun bien futuro, y porque el panorama de la vida es muy dilatado; pero para mí, que ya piso los umbrales de la decrepitud, hay poco que temer de la malevolencia de los hombres, y aun menos que esperar de su aprecio ó estimacion. Todavía pueden arrebatarme algo, al paso, empero, que no pueden darme nada. Seríanme ya inútiles las riquezas, y penosos los altos empleos. Al echar una ojeada retrospectiva sobre mi vida, recuerdo las numerosas ocasiones que he tenido de hacer bien y que he desperdiciado; recuerdo el mucho tiempo malgastado en fri-

volidades, y el mucho mas perdido en la pereza y la ociosidad. Dejo muchos grandes designios por realizar, y muchos grandes experimentos por concluir. Ninguna falta grave oprime mi alma, y disfruto de tranquilidad; procuro abstraer mis pensamientos de las esperanzas y temores que, si bien no ocultan su vanidad al juicio, todavía se esfuerzan en conservar su antiguo dominio sobre el corazon; espero con serena humildad la hora que la naturaleza no puede retardar mucho; y espero poseer en mejores regiones la ventura que aquí no puedo hallar, y la virtud que aquí no puedo conseguir.

Y el sabio se levantó y partió, dejando á sus oyentes no muy satisfechos con la esperanza de una dilatada vida. El príncipe se consoló, observando que no era razonable dejarse alucinar por tal discurso, puesto que la vejez nunca se ha considerado como la edad de la dicha; que si se puede vivir contento en la decadencia y debilidad, es probablemente porque habrán sido felices los tiempos de vigor y alegría, brillante el medio dia de la existencia, y apacible la noche.

La princesa sospechó que la vejez era quejumbrosa y maligna, y que se complacia en turbar las esperanzas de los que se hallaban en la florida vereda de la existencia. Habia visto á los príncipes y señores de estados mirar con envidia á sus herederos, y conocia á muchas personas que reconcentraban su alegría en el fondo de su corazon á fin de no comunicarla á nadie.

Pekuah conjeturó que aquel hombre era mas anciano de

lo que parecia, é imputó sus quejas á la debilidad de la vejez; ó bien supuso que habia sido desgraciado, y que esto le amargaba: «Pues nada mas comun, decia, que llamar condicion de la vida á nuestra propia condicion.»

Imlac, que no queria mortificarles, se rió de los consuelos que tan pronto habian hallado, y recordó que á la misma edad tambien estaba seguro de una pura prosperidad, y era fecundo en recursos consolatorios. Dejó, pues, de inculcarles máximas desagradables que pronto leerian en el libro de la experiencia. La princesa y su favorita se retiraron pensando en la locura del astrónomo, y desearon que Imlac ejerciera sus funciones para que á la mañana siguiente retardase la salida del sol.

CAPÍTULO XLVI.

Nekayah y Pekuah visitan al astrónomo.

La princesa y su favorita hablaron privadamente del astrónomo de Imlac, y hallaron su carácter tan bueno y á la vez tan extraño, que desearon conocerle mas de cerca, y pidieron á Imlac que buscase los medios de presentarlas al regulador de las estaciones.

No era muy fácil.

El filósofo no habia recibido nunca visitas de mujeres, aunque viviese en una ciudad donde por cierto no escaseaban

los europeos, que seguían las costumbres de sus países, y gentes de las demás partes del mundo que vivían á la europea. Las dos amigas deseaban verle á todo trance, y propusieron varios medios para realizar su designio.

Acordóse introducirlas en el retiro del sabio, como extranjerías sin recursos, para quienes era siempre accesible; pero despues de algunas reflexiones, surgió la objecion de que con este artificio no trabarian amistad, pues su conversacion seria breve, y no les seria dado molestarle con frecuencia, sin traspasar la valla del decoro.

—Es verdad, dijo Raselas; pero aun se me ocurre una objecion mas poderosa contra la ficcion de vuestro estado. Constantemente he tenido por una traicion á la gran república del género humano el explotar las virtudes del hombre para engañarle, sean ó no graves las circunstancias. Toda impostura debilita la confianza y enfria la benevolencia. Cuando el sabio descubra que no sois lo que pareceis, tendrá el resentimiento natural en un hombre que, convencido de sus grandes talentos, ve que ha sido burlado por capacidades inferiores á las suyas; y tal vez el recelo que despues no podrá nunca deponer enteramente, cerrará los labios del consejo y la mano de la caridad. ¿Dónde hallareis luego la facultad de restituir sus beneficios á los hombres, ó su paz á él mismo?

Nadie intentó replicar á esas palabras, é Imlac empezó á esperar que su curiosidad se desvaneceria; pero al dia si-

guiente Pekuah le dijo que ya habia hallado un buen pretexto para visitar al astrónomo, esto es, que ella solicitaria el favor de continuar bajo su direccion los estudios en que el árabe la iniciara, y la princesa podria ir con ella, ya como condiscípula, ya porque no era decoroso ir una mujer sola á la casa del sabio.

—Creo que pronto se cansará de vuestra compañía, contestó Imlac: á los hombres muy adelantados en las ciencias y artes, no les gusta repetir los elementos de ellas, y se me figura que ni aun comprendereis los elementos, si los enlaza con consecuencias y los mezcla con reflexiones.

—Eso corre por mi cuenta, dijo Pekuah; solo te ruego que me acompañes allá. Tal vez mi inteligencia es mas clara de lo que presumes, y si me conformo siempre con su opinion, haré que la crea mas profunda de lo que es.

Adoptada ya la resolucion, díjose al astrónomo que una dama extranjera que viajaba para instruirse, habia oido hablar de su reputacion y deseaba ser su discípula. Esta extraordinaria proposicion excitó la sorpresa al paso que la curiosidad del sabio; y cuando, prévia una corta deliberacion, consintió en admitirla, sintióse dominado por la impaciencia hasta el dia siguiente.

Las señoras se vistieron magníficamente y fueron presentadas por Imlac al astrónomo, que se alegró de ver que se le acercaban con respeto unas personas de tan espléndido porte. En el cambio de los primeros cumplidos, mostróse tí-

mido y cortado; pero cuando se regularizó la conversacion, recobró sus facultades y justificó el carácter que Imlac habia bosquejado. Habiendo preguntado á Pekuah el motivo de su aficion á la astronomía, oyó de sus labios la historia de su aventura en la pirámide y del tiempo pasado en la isla del árabe. Pekuah refirió su cuento con facilidad y elegancia, y el sabio quedó prendado de su conversacion. Esta recayó luego sobre la astronomía: Pekuah expuso sus conocimientos en la materia; considerola él como un prodigio de génio, y la suplicó que no desistiese de un estudio que tan felizmente habia empezado.

Repitiéronse las visitas, y las señoras eran cada vez recibidas con mayor atencion y amabilidad que antes. El sabio procuraba entretenerlas para que prolongasen sus visitas, pues conocia que sus propias ideas se hacian mas claras y luminosas en su compañía: las nubes del pesar se desvanecian progresivamente, mientras se afanaba por satisfacerlas con su conversacion, y se apenaba cuando al marcharse le dejaban entregado á sus añejas funciones de regir las épocas del año. La princesa y su favorita le oyeron hablar mucho en el transcurso de algunos meses, y no pudieron notar una palabra de que inferir si continuaba ó no en la manía de su empleo preternatural. Tendíanle lazos para hacerle caer en una abierta declaracion; pero él eludia fácilmente sus ataques, y por do quiera que le acosasen escapaba y abordaba otra materia.

Como quiera que acreciese la franqueza, invitábanle con frecuencia á la casa de Imlac, donde le distinguian con extraordinario respeto. El astrónomo empezaba paulatinamente á deleitarse con los placeres terrenales: iba temprano y volvia tarde; esforzábase en recomendarse con su asiduidad y condescendencia; excitaba su curiosidad sobre nuevas artes, para que solicitasen su compañía y sus lecciones; y cuando ellos hacian alguna excursion de recreo ó de investigaciones, pedíales el favor de acompañarles.

Por la prolongada prueba de su integridad y sabiduría, el príncipe y su hermana quedaron convencidos de que podian fiarse de él sin ningun peligro, y para que no concibiese engañosas esperanzas á causa de las atenciones de que era objeto, le enteraron de su dignidad y de los motivos de su viaje, pidiéndole que emitiese su opinion sobre la eleccion de vida.

—De las diferentes condiciones que á vuestros ojos ofrece el mundo, dijo el sabio, no me es dado decirlos la que debéis preferir. Solo puedo manifestaros que yo la escogí muy mala. He invertido el tiempo en estudios sin experiencia, y esforzádome para entender ciencias cuya mayor parte no sirven sino remotamente á la humanidad. He comprado la sabiduría á costa de todos los placeres comunes de la vida; me he abstenido de la atractiva delicadeza de la amistad de las mujeres, y del venturoso trato de la ternura doméstica. Si obtuve algunas prerogativas sobre otros estudiantes, vinieron

acompañadas de temores, inquietudes y escrupulosidades; pero hasta he comenzado á dudar de la realidad de tales prerogativas, desde que mis ideas han variado á impulsos de una comunicacion mas íntima con el mundo. Mientras por algunos dias me he entregado á placenteras distracciones, me ha herido siempre el estímulo de creer que mis investigaciones me han precipitado al error, y que he sufrido mucho, y sufrido en vano.

Imlac se alegró al observar que la inteligencia del astrónomo iba despejándose, y resolvió robarle á los planetas hasta que olvidase su trabajo de gobernarlos, y el juicio recobrase su primitiva influencia.

Desde entonces el astrónomo fué recibido como á un amigo familiar, y participó de todos los proyectos y diversiones de nuestros fugitivos del *valle feliz*: su respeto le hacia atento, y la actividad de Raselas no le dejaba mucho tiempo libre. Siempre habia algo que hacer: se pasaba el dia haciendo observaciones que entretenian la conversacion hasta la noche, y por la noche se formaban planes para la mañana siguiente.

El sabio confesó á Imlac que desde que habia penetrado en el alegre tumulto de la vida, y dividido el tiempo entre las diversiones, veia que la conviccion de su autoridad sobre los cielos se desvanecia por grados, y empezaba á desconfiar mas de una opinion que nunca pudo probar á nadie, y que ya encontraba sujeta á variaciones, por causas en que la razon no tomaba parte alguna.

—Si se me deja solo por algunas horas, decia, mi inveterada persuasion se apodera de mi ánimo y avasalla mis ideas con violencia irresistible; pero pronto se emancipan cuando hablo con el príncipe, é instantáneamente recobran su libertad cuando se presenta Pekuah. Yo soy como un hombre que, habitualmente temeroso de los espectros, permanece tranquilo junto á una lámpara, y se admira del terror que en la oscuridad le hiela; pero que, si su lámpara se extingue, vuelve á sentir el pánico que sabe que cesará cuando sea de dia. A veces me espanta la idea de que favorezco mi sosiego con una incuria criminal, y olvido voluntariamente el grande empleo que se me ha conferido. Si me apoyo á mí mismo en un error manifiesto, ó solo atiende á mi comodidad en una cuestion dudosa y tan importante, ¡cuán horrible es mi crimen!

—Ningun achaque de la imaginacion, contestó Imlac, es tan difícil de curar, como el que se complica con el temor de delinquir. Entonces la imaginacion y la conciencia nos dominan alternativamente, y se relevan con tanta frecuencia, que las ilusiones de la una no se distinguen de los preceptos de la otra. Si la imaginacion presenta imágenes inmorales ó irreligiosas, el alma las rechaza cuando la disgustan; pero cuando las ideas tristes toman la forma del deber, se apoderan de las facultades, sin oposicion, porque tememos excluirlas ó desterrarlas. Por eso las supersticiones son con frecuencia tristes, al paso que la tristeza es casi siempre supersticiosa.

Pero no consintais que las sugerencias de la pusilanimitad esclavicen vuestro entendimiento: el peligro de la dejadez es segun la probabilidad de una obligacion que hallais muy pequeña cuando la considerais con independencia; y esta pequeñez sube de punto cada vez mas. Abrid vuestro corazón á la influencia de la luz que de cuando en cuando os ilumina: si os importunan los escrúpulos cuya vanidad conocéis en vuestros momentos lúcidos, no os detengais en conversaciones, sino volad al trabajo, ó al encuentro de Pekuah, y guardad siempre fijo en vuestra memoria este pensamiento: que solamente sois un átomo de la masa de la humanidad, y no teneis virtudes ni vicios que os distingan para merecer favores ó desprecios.

CAPÍTULO XLVII.

Entra el príncipe y cambia la conversacion.

—Con harta frecuencia he reflexionado sobre todo lo que acabais de decir, contestó el astrónomo; pero como há tanto tiempo que una idea incontestable y opresora subyuga mi entendimiento, este no se atreve á confiar en sus propios juicios. Ahora discerno cuán fatalmente he vendido mi reposo, permitiendo que vanas quimeras me tengan secretamente esclavo; pero la tristeza huye de la comunicacion, y nunca hallé á un hombre á quien participar mis inquietudes, por

mas cierto que estuviese de recibir consuelos. Me alegro de que vuestras opiniones confirmen las mias, pues vos no os engañais fácilmente, ni teneis motivo ni intencion de engañar á nadie. Yo espero que el tiempo y la mudanza disiparán la tristeza que durante tanto tiempo me ha oprimido, y que el resto de mi existencia se deslizará pacíficamente.

—Vuestro saber y vuestra virtud, repuso Imlac, pueden inspiraros justas esperanzas.

En esto entró Raselas con la princesa y Pekuah, y preguntó si habian discurrido nuevas diversiones para el dia siguiente.

—Es tal la condicion de la vida, dijo Nekayah, que nadie es feliz sino con la anticipacion de la mudanza; la mudanza en sí no es nada, y cuando la efectuamos, el siguiente deseo es variar otra vez. El mundo aun no está exhausto de novedades para mí: vea yo mañana algo que no haya visto nunca.

—La variedad es tan necesaria á la dicha, contestó Raselas, que hasta el *valle feliz* me disgustaba por sus constantes placeres; pero no podia menos de reprocharme vivamente cuando veia que los frailes de San Antonio soportaban sin quejarse una vida, no de monótonas delicias, sino de penalidades monótonas.

—Aquellos hombres, observó Imlac, son menos infelices en su solitario convento, que los príncipes abisinios en su cárcel del placer. Todo lo que hacen los frailes reconoce un

Pero no consintais que las sugerencias de la pusilanimitad esclavicen vuestro entendimiento: el peligro de la dejadez es segun la probabilidad de una obligacion que hallais muy pequeña cuando la considerais con independencia; y esta pequeñez sube de punto cada vez mas. Abrid vuestro corazón á la influencia de la luz que de cuando en cuando os ilumina: si os importunan los escrúpulos cuya vanidad conocéis en vuestros momentos lúcidos, no os detengais en conversaciones, sino volad al trabajo, ó al encuentro de Pekuah, y guardad siempre fijo en vuestra memoria este pensamiento: que solamente sois un átomo de la masa de la humanidad, y no teneis virtudes ni vicios que os distingan para merecer favores ó desprecios.

CAPÍTULO XLVII.

Entra el príncipe y cambia la conversacion.

—Con harta frecuencia he reflexionado sobre todo lo que acabais de decir, contestó el astrónomo; pero como há tanto tiempo que una idea incontestable y opresora subyuga mi entendimiento, este no se atreve á confiar en sus propios juicios. Ahora discernio cuán fatalmente he vendido mi reposo, permitiendo que vanas quimeras me tengan secretamente esclavo; pero la tristeza huye de la comunicacion, y nunca hallé á un hombre á quien participar mis inquietudes, por

mas cierto que estuviese de recibir consuelos. Me alegro de que vuestras opiniones confirmen las mías, pues vos no os engañais fácilmente, ni teneis motivo ni intencion de engañar á nadie. Yo espero que el tiempo y la mudanza disiparán la tristeza que durante tanto tiempo me ha oprimido, y que el resto de mi existencia se deslizará pacíficamente.

—Vuestro saber y vuestra virtud, repuso Imlac, pueden inspiraros justas esperanzas.

En esto entró Raselas con la princesa y Pekuah, y preguntó si habian discurrido nuevas diversiones para el dia siguiente.

—Es tal la condicion de la vida, dijo Nekayah, que nadie es feliz sino con la anticipacion de la mudanza; la mudanza en sí no es nada, y cuando la efectuamos, el siguiente deseo es variar otra vez. El mundo aun no está exhausto de novedades para mí: vea yo mañana algo que no haya visto nunca.

—La variedad es tan necesaria á la dicha, contestó Raselas, que hasta el *valle feliz* me disgustaba por sus constantes placeres; pero no podia menos de reprocharme vivamente cuando veia que los frailes de San Antonio soportaban sin quejarse una vida, no de monótonas delicias, sino de penalidades monótonas.

—Aquellos hombres, observó Imlac, son menos infelices en su solitario convento, que los príncipes abisinios en su cárcel del placer. Todo lo que hacen los frailes reconoce un

motivo adecuado y razonable. Sus fatigas les crean necesidades; fatigas de que no pueden prescindir, pero que son ciertamente galardonadas. Su devoción les prepara para otro estado, y les recuerda su aproximación, mientras esa misma devoción les hace dignos de él. Su tiempo está distribuido con regularidad: un deber sucede á otro, de modo que no pueden entregarse á una distracción mal gobernada, ni perderse en las sombras de una indiferente inacción. Para cada hora tienen señalado un trabajo oportuno, y sus tareas son alegres porque las consideran como actos de piedad, por cuya mediación van siempre caminando á la felicidad perdurable.

—¿Crees, preguntó Nekayah, que la regla monástica es el estado mas santo y menos imperfecto que otro cualesquiera? ¿No puede igualmente esperar la felicidad futura el que habla sencillamente con sus semejantes, alivia al necesitado con su caridad, instruye al ignorante con su sabiduría, y coadyuva con su industria al sistema general de la vida, aun cuando omita algunas de las mortificaciones practicadas en el claustro, y se permita los inocentes placeres de que su condición le hace susceptible?

—Cuestión es esta, contestó Imlac, que há mucho tiempo viene dividiendo á los sabios y poniendo perplejos á los buenos. En cuanto á mí, temo emitir mi opinión. El que vive bien en el mundo, está mejor que el que vive bien en un monasterio; pero tal vez no á todos les es dado resistir á las

tentaciones de la vida mundanal: y si no pueden vencer, pueden retirarse oportunamente. Algunos tienen pocas semillas para sembrar el bien, y también poca fuerza para resistir el mal. Muchos se cansan de gemir en la adversidad, y desean expulsar las pasiones de que tan vanamente y por tanto tiempo han sido juguetes; y muchos tienen que separarse, por la edad y los achaques, de los deberes mas trabajosos de la sociedad. En los monasterios el desvalido y el tímido pueden felizmente hallar amparo, el cansado reposo, y el penitente horas de meditación. Esos retiros de contemplación y plegarias tienen tanto atractivo para la humanidad, que quizá no hay nadie que no se proponga encerrar su vida en una piadosa abstracción con algunos compañeros tan formales como él.

—Tal ha sido muchas veces mi deseo, dijo Pekuah, y he oído á la princesa declarar que no moriría voluntariamente en el seno de la muchedumbre.

—No se trata de controvertir sobre la libertad de emplear los placeres inocentes, prosiguió Imlac; pero aun falta saber qué placeres son inocentes. El mal de cualquier placer que Nekayah pueda imaginarse, no se oculta en el placer mismo, sino en sus consecuencias. El placer, hasta en su propia inocencia, puede hacerse perjudicial, encareciéndonos un estado probatorio y efímero, y alejando nuestros pensamientos de aquel á cuyo principio las horas nos avecinan, y á cuyo término no nos impelerá nunca la fuerza del tiempo. La mor-

tificación no es esencialmente virtuosa, y solo sirve para robarnos á los halagos de los sentidos. En el estado de futura perfeccion por que todos suspiramos, habrá placer sin peligros, y seguridad sin límites.

La princesa estaba silenciosa, y Raselas, volviéndose al astrónomo, preguntóle si podria diferir el retiro de su hermana, mostrándola alguna cosa que aun no hubiese visto nunca.

—Tan general ha sido vuestra curiosidad, dijo el sabio, y tan ardiente vuestro afan de saber, que ya es muy difícil hallar novedades para vosotros; pero lo que no podeis obtener de los vivos, quizá los muertos lo ofrezcan. Entre las maravillas de este país se cuentan las catacumbas, ó antiguos depósitos, en que descansan los restos de las mas remotas generaciones, y donde aun permanecen incorruptos por la virtud de las gomas que los embalsaman.

—Ignoro qué placer puede causar la vista de las catacumbas, dijo Raselas; pero ya que nada mas se ofrece, me decido á visitarlas, y pondré esto en el número de otras muchas cosas que he hecho, solo por el gusto de hacer algo.

Alquilaron un piquete de hombres de á caballo, y al dia siguiente visitaron las catacumbas. Cuando iban á descender á las cuevas sepulcrales:

—Pekuah, dijo la princesa, ya ves que estamos invadiendo otra vez la mansion de los muertos, y como sé que deseas quedarte fuera, quisiera hallarte salva al volver á verte.

—No; esta vez no quiero quedarme, contestó Pekuah; bajaré entre tú y el príncipe.

Entonces descendieron todos y recorrieron asombrados aquel laberinto de corredores subterráneos, guarnecidos por dos hileras de cadáveres.

CAPÍTULO XLVIII.

Imlac filosofa sobre la naturaleza del alma.

—¿Qué razon puede darse, preguntó el príncipe; por qué conservarían tan costosamente los egipcios los cadáveres, que algunas naciones arrojan á las llamas, otras confunden con la tierra, y todas concuerdan en apartar de la vista, luego de celebrados los ritos de costumbre?

—El origen de los usos antiguos es generalmente desconocido, respondió Imlac: extinguida la causa, casi siempre continúa el efecto, y relativamente á las ceremonias supersticiosas, toda conjetura es punto menos que estéril, pues lo que la razon no puede dictar, tampoco puede explicarlo la razon. Yo creo que la costumbre de embalsamar nace solo del amor á los restos de los deudos ó amigos, y me inclino tanto mas á esta opinion, cuanto que parece imposible que este cuidado fuese general: si todos los muertos hubiesen sido embalsamados, con el tiempo habrían ocupado mas espacio que los vivos. Estoy persuadido de que solo se pre-

servó de la corrupcion á los ricos y los nobles , y que los demás fueron abandonados á la accion de la naturaleza.

Pero comunmente se supone que los egipcios creian que el alma vivia hasta que se descomponia el cuerpo , y por eso ensayaban este método de evitar la muerte.

—¿Es posible , dijo Nekayah , que los egipcios creyesen tal absurdo respecto del alma? Si el alma podia una vez sobrevivir á su separacion , ¿ qué perjuicio habia de inferirla despues el cuerpo?

— Los egipcios pensaron sin duda erróneamente , dijo el astrónomo , cuando reinaban las tinieblas del gentilismo y brillaban los primeros albores de la filosofía. La naturaleza del alma aun se pone en tela de juicio en los debates mas lúcidos de los sabios , y algunos hasta dicen que es material, creyéndola empero inmortal.

— Verdad es que algunos han dicho que el alma es material , contestó Imlac ; pero apenas puedo creer que nadie lo haya pensado , si pensar sabe ; pues todas las conclusiones de la razon demuestran la inmaterialidad del alma , y todas las observaciones del buen juicio y las investigaciones de la ciencia contribuyen á probar que la materia carece de sentimiento.

Jamás se ha supuesto que el pensamiento sea inherente á la materia , ó que cada partícula sea un ente pensador. Además , si alguna parte de la materia está exenta de pensar , ¿ en qué parte supondremos el pensamiento? La materia difiere de

la materia solo en la forma , densidad , volúmen , movimiento y direccion del movimiento : ¿ á cuál de estos , aunque variados ó combinados , va unido el sentimiento? El ser redondo ó cuadrado , sólido ó líquido , grande ó pequeño , el moverse lenta ó rápidamente hácia una ú otra parte , son modos de existencia material. Si la materia existe una vez sin pensamiento , solo una nueva modificacion puede habilitarla para pensar , y todas las modificaciones que puede admitir son igualmente inconexas con las facultades mentales.

— Pero los materialistas , dijo el astrónomo , se obstinan en sostener que la materia puede tener cualidades que no conocemos.

— Entonces , replicó Imlac , se declaran contra lo que conocen , solo porque hay algo que dejan de conocer. El que sienta posibilidades hipotéticas contra la certeza reconocida , no es digno de pertenecer al número de los racionales. Todo cuanto sabemos de la materia , consiste en que la materia es inerte , insensible , y carece de vida ; y si esta conviccion solo puede combatirse por medio de lo que no sabemos , tenemos toda la evidencia que al juicio humano le es dado admitir. Si aquello que no se sabe ha de triunfar de lo sabido , preciso es confesar que nadie , á no ser omnisapiente , puede llegar á la certidumbre.

— Sin embargo , objetó el astrónomo , no limitemos arrogantemente el poder del criador.

— No es limitar su omnipotencia , replicó el poeta , supo-

ner que una cosa no es compatible con otra ; que la misma proposicion no puede ser verdadera y falsa á la vez ; que el mismo número no puede ser par ó impar ; que el pensamiento no puede ser una facultad conferida á lo que se creó incapaz de pensar.

— Ignoro la importancia de esta cuestion, dijo Nekayah. Esa inmaterialidad que en mi concepto has probado con suficiencia , ¿ incluye necesariamente la duracion eterna ?

— Nuestras ideas sobre la inmaterialidad , contestó Imlac , son negativas , y por consiguiente oscuras. Parece que la inmaterialidad implica el atributo natural de una perpétua duracion , como un efecto de la exencion de toda causa de decadencia : lo que perece es destruido por la solucion de su contextura , y por la separacion de sus partes ; y nos es imposible concebir cómo puede corromperse ó malearse naturalmente lo que no tiene parte alguna.

— Lo que no puedo concebir , observó Raselas , es que exista alguna cosa sin extension. Lo que se extiende debe de tener partes , y tú confiesas que todo lo que las tiene es perecedero.

— Examina tus concepciones, dijo Imlac, y la dificultad será menor. Seguramente hallarás sustancia sin extension. Una forma ideal no es menos verdadera que el volúmen de cualquier materia ; pero una forma ideal carece de extension. Cuando piensas en una pirámide , tu mente posee la idea de tal pirámide ; y esto es tan cierto , como que la pirámide

misma existe en pié. ¿ Ocupa la idea de una pirámide mas espacio que la de un grano de arena ? ¿ Pueden ambas ideas sufrir menoscabo ? Tal efecto , tal causa : tal pensamiento, tal facultad del que piensa ; facultad indestructible y exenta del influjo de las cosas externas.

— Pero el Sér , dijo Nekayah , á quien temo nombrar , el Sér que creó el alma , puede destruirla.

— Indudablemente puede destruirla , contestó Imlac , toda vez que , aunque imperecedera , recibe de una naturaleza superior el privilegio de la eternidad. Que el alma no perecerá por ninguna inherente causa de destruccion , ó por ningun principio de corrupcion , la filosofía puede patentizarlo ; pero la filosofía no puede decir mas. Que no será aniquilada por el que la creó , debemos aprenderlo de una autoridad mas elevada.

Todos los circunstantes permanecieron un rato silenciosos y meditabundos.

— Salgamos, dijo Raselas, de esta lúgubre escena. ¡ Cuán tristes deberian de ser estas mansiones de los muertos para el que no sabia que nunca habria de morir ; que lo que ahora obra , continuará su operacion ; y que lo que ahora piensa , pensará por los siglos de los siglos ! Los que yacen aquí tendidos ante nosotros , los sabios y los poderosos de los tiempos antiguos , nos advierten que recordemos lo fugaz de nuestro actual estado : quizá fueron arrebatados de este mundo mientras se ocupaban como nosotros en la eleccion de vida.

—Para mí, dijo la princesa, se ha hecho menos importante la eleccion de vida; de hoy mas, solo pensaré en la eleccion de eternidad.

Entonces salieron prontamente de las cavernas, y regresaron al Cairo escoltados por su guardia.

CAPÍTULO XLIX.

Conclusion en que nada se concluye.

Habia llegado la época de la inundacion del Nilo, y pocos dias despues de la visita hecha á las catacumbas, el rio empezó á salir de madre.

Los príncipes y sus amigos no podian salir de su casa. El país enteramente inundado no les invitaba á salir á paseo; y teniendo muchas cosas de que hablar, entreteníanse con comparaciones de las diferentes clases de vida que habian observado, y con los diversos planes de felicidad que cada uno formara.

Pekuah no hallaba absolutamente un lugar que la agradase tanto como el convento de San Antonio, donde el árabe la devolvió á la princesa, y su mas vivo deseo era llenarlo de piadosas vírgenes y merecer el nombramiento de priora de la órden. Se hallaba cansada de esperar y sufrir, y habria tomado alegremente un estado invariable.

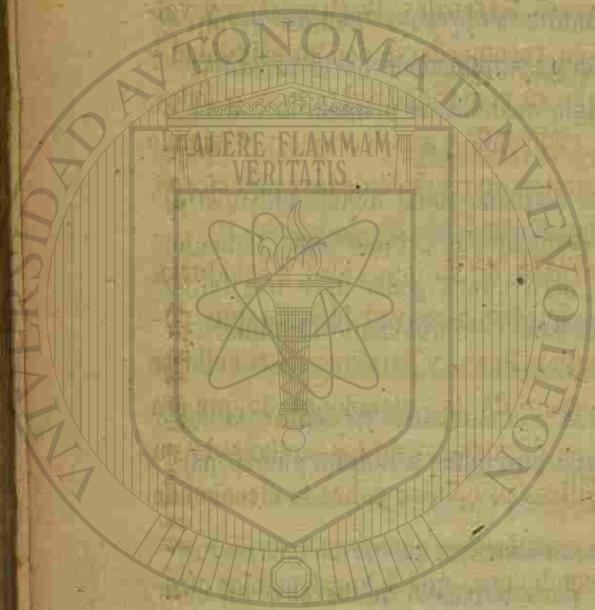
La princesa creía que de todas las cosas sublunares, la

sabiduría es la mejor: primeramente deseaba aprender todas las ciencias, y en seguida se proponía fundar un colegio de mujeres sabias, dirigido por ella, á fin de que, conversando con las ancianas y educando á las jóvenes, pudiese dividir el tiempo entre la adquisicion y comunicacion de la sabiduría, y formar para el próximo siglo modelos de prudencia y dechados de piedad.

El príncipe deseaba un pequeño reino donde administrar justicia por sí mismo, y ver con sus propios ojos todos los distritos de su gobierno; pero nunca podia fijar los límites de sus dominios, y aumentaba continuamente el número de sus súbditos.

Imlac y el astrónomo se contentaban con seguir la corriente de la vida, sin dirigir su rumbo á ningun puerto particular.

Ciertamente estaban persuadidos de que no podian realizar ninguno de estos deseos, pues habiendo deliberado un momento sobre lo que convenia hacer, resolvieron volver á Abisinia luego que cesara la inundacion del Nilo.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

CUARTA PARTE.

(Continuacion.)

	Páginas.
X.—El embajador.	5
XI.—Las dos señales.	20

QUINTA PARTE.

I.—La Cueva de Ceyzeriat.	34
II.—Golpe en vago.	52
III.—Casa de postas.	63
IV.—La mala de Chambery.	84
V.—Contestacion de lord Greenville.	91
VI.—Primeras pesquisas.	102
VI.—Una inspiracion.	115
VII.—Los presentimientos de Morgan se realizan.	135
VIII.—Cadoudal en las Tullerías.	152
IX.—El ejército de reserva.	156
X.—Cumple Amelia la promesa hecha á Morgan.	162
XI.—Cumplimiento de la promesa.	180
XII.—La confesion.	201
XIII.—Inelicacia de las nuevas medidas adoptadas por Roland.	209
CONVERSACION.	222

HISTORIA DE RASELAS.

Capítulo I.—Descripcion de un palacio en un valle.	235
Cap. II.—Descontento de Raselas en el valle feliz.	239
Cap. III.—Necesidades del que nada necesita.	243
Cap. IV.—El príncipe continúa apesadumbrándose y meditando.	245
Cap. V.—El príncipe medita su fuga.	250
Cap. VI.—Disertacion sobre el arte de volar.	251
Cap. VII.—El príncipe halla á un hombre de saber.	257
Cap. VIII.—Historia de Imlac.	259
Cap. IX.—Continúa la historia de Imlac.	263
Cap. X.—Continuacion de la historia de Imlac. Disertacion sobre la poeta.	267

TOMO II.

26

1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900